Ecos de Otoño

A. J. MANGA



ECOS DE OTOÑO

A. J. Manga



Título: Ecos de otoño

Autor: A. J. Manga
ajmangaescritor@gmail.com

Edición, corrección y maquetación:
Laura Carrascal Gómez
lauracarrascalgomez@gmail.com

Diseño de cubierta: Emma Claire Caldelas Mooney
emmaclairedesing@gmail.com

Producción Audiovisual: María Amado Ortiz
mariaamadoortiz9@gmail.com

Web: María Amado Ortiz
mariaamadoortiz9@gmail.com

Hexenwort Editorial

hexenworteditorial@gmail.com

ISBN 978-84-09-67142-7

© Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

«A mi madre, cuyo amor por los libros me brindó las alas para que aprendiese a volar».


Mar del Leviatán
Bosque de los Dioses
Bastión Olvidado
Paso del Mago
Patts
Paso Helado
Río Verde
Bosque de los Susurros
Río Azul
Kalem
Butterbero
Río del Oso
Paso de los Dioses
Trovaos
Castor
Montañas Partanas
Río Castor
Verhim
Montañas Galur
Islas del Oeste
Tiberia
Río Cinco
Pickers
Arsim
Sadnavar
Río Muerto
Río de los Sauces
Skar
Río Grande
Bredo
Montes de Ank
Lago Negro
Río Negro
Puente del Concilio
Mar de la Muerte
Mar del Fin del Mundo
Río de la Bruja
Ciénaga de la Bruja
Ankara
Barti
Picos del Desvelo
Aguada
Piermont
Cipella
Río Corto
Bosque del Desvelo
Río Sucio
Merino
Río Largo
Espinada
Bosque de los Lobos
Lago Sucio
Prontos
Río Marrón
Greendown
Río de la Niña
Printea
Las Flores
Mar Bravo
N
W
E
S

INTRODUCCIÓN

Los primeros en habitar esta tierra que luego pasaría a llamarse Skar fueron los elfos, hijos del Bosque de los Dioses y, según los escritos, descendientes de Khala, la diosa de la naturaleza. Eran seres amables con su entorno, conocedores del idioma de los árboles y capaces de hablar con los animales, con quienes convivían en armonía.

No se sabe en qué momento los magos empezaron a llegar, ni de donde procedían, pero fueron acogidos por los guardianes del bosque. Ávidos de conocimiento y dueños de poderosos dones, aprendieron todo lo que pudieron y adoptaron sus filosofías y sus costumbres, llegando ambas razas a convivir durante más de veinte mil años durante la que, según afirman los maestres, fue la mejor época conocida.

Por último, llegaron los humanos. Aunque idénticos a los magos en apariencia, estos carecían de los privilegios que la magia otorgaba, lo que los hacía más vulnerables e impredecibles. Llegaron con las espadas y el fuego por delante, pero pronto se dieron cuenta de que no sería necesario derramar sangre en el lugar, pues parecía una tierra rebosante de recursos y sus habitantes los recibieron con regalos y promesas de amistad.

Y así fue como, durante siglos, las tres razas convivieron en armonía. De los elfos eran los bosques, de los humanos y los magos, las llanuras y costas. De esta forma, poco a poco, hombres y magos unidos erigieron primero pueblos y luego ciudades cada vez más abarrotadas. No tardaron mucho en encontrar motivos para luchar entre ellos, trayendo constantemente caos y muerte al que en otro tiempo fue un lugar pacífico.

Los elfos intentaron hacerles entrar en razón, pero los humanos no querían escuchar y los magos ya habían olvidado lo que los había unido tiempo atrás. Desesperados por la destrucción que llevaban décadas causando, los guardianes del bosque atacaron las ciudades, dando comienzo a la Gran Guerra, un sangriento periodo que enfrentó a humanos y magos contra elfos y que duró ciento quince años, tras los cuales ninguno de los bandos parecía estar próximo a la victoria. Según los datos, las bajas en ambos lados del tablero fueron tantas que solo un tercio de la población sobrevivió. Por si fuera poco, la fiebre roja, un mal que parecía venir del inframundo pues empezó afectando a los lugares donde la muerte había estado presente, sembró el terror entre los supervivientes no elfos, los cuales veían como su piel se tornaba roja para poco después terminar cayéndoseles como si los hubiesen arrojado a una hoguera. Las fiebres que llegaban tras ese punto venían acompañadas de la peor de las agonías, que solo cesaba cuando finalmente, fallecían. Entonces y solo entonces, los humanos y los magos decidieron escuchar. Pero los guardianes del bosque habían perdido toda confianza en ellos. Eran razas peligrosas para la tierra y para su pueblo, por lo que pactaron abandonar todos los bosques hasta el conocido como Paso de los Dioses para no volver jamás, pero, a cambio, ni humanos ni magos cruzarían dicho lugar, siendo a partir de ahí territorio elfo. Los seres más antiguos del mundo conocido abandonaban una tierra devastada e inundada de muerte cuyos habitantes solo conocían la miseria.

Conocedores del negro futuro que les esperaba si no ponían solución a sus diferencias, los humanos y los magos unieron más que nunca sus fuerzas. Como iguales, reconstruyeron las ciudades y las unieron, nombrando señores y estos a su vez al primer rey del recién creado reino de Skar, Victus Baltán. Se crearon leyes, se disolvieron algunas casas y aparecieron otras, algunas de las cuales llegaron para quedarse mientras otras desaparecían para siempre. Surgieron guerras internas y en ocasiones algún que otro rey hizo tambalear lo creado, pero durante casi mil años un monarca sucedió al anterior, siempre con el mismo apellido.

Los hechos acontecidos en este libro datan del novecientos cuarenta y siete d.G.G[1], cincuenta años después de la Guerra de Sucesión Sureña, evento que culminó con el gran pogromo[2], donde la magia y todos los magos fueron perseguidos y expulsados del reino, ahora de los humanos.

1. d.G.G: Después de la Gran Guerra.

2. Pogromo: Masacre de grupo étnico, aceptada o promovida por el poder.

INVIERNO: PRÓLOGO

El primero de los seis carros, tirado cada uno por dos robustos caballos que no paraban de retozar como queja por el temporal que azotaba el lugar, se detuvo ante los miles de maltrechos escalones de piedra. Los cinco restantes lo hicieron tras este.

La caravana era escoltada por ocho guardias montados en caballos, negros como las chorreantes armaduras y las pesadas capas que vestían sus jinetes. Uno de ellos se levantó un poco el yelmo, cerrado excepto por una ranura en forma de «T» que le permitía ver, y que llegaba desde la altura de los ojos hasta la base. Se llevó un cuerno de guerra a los labios y sopló con fuerza. El bronco sonido nació con desmedida potencia, pero tras abrirse camino a través del ensordecedor viento y la itinerante tormenta, pereció súbitamente, como si los muros que custodiaban el imponente Palacio de Mármol que coronaba la colina supusiesen una barrera infranqueable para él. Un segundo soplido precedió a un tercero, y este a un impaciente y debilitado cuarto, tras el cual las puertas se abrieron. Diez o doce hombres protegidos de la lluvia por oscuras capuchas salieron por ellas y comenzaron a descender por los resbaladizos escalones, cargando amplias cestas de mimbre a la espalda.

—¡Por fin llegan los porteadores! —anunció uno de los soldados antes de ordenar a los mercaderes que retirasen las lonas de cuero que impermeabilizaban sus carros.

Los porteadores ni siquiera hablaron, si no que procedieron a cargar lo más rápido que pudieron sus cestas con todo lo que cabía en ellas, las cubrieron y volvieron a tomar la insufrible escalera, esta vez en dirección opuesta. Poco después regresaron, aún mudos excepto por los sonoros resoplidos que emitían, recargaron sus alforjas de mimbre y se encaminaron a una nueva ascensión por la

ladera del monte sagrado. La tercera vez que llegaron, su mutismo había cesado, pues no paraban de refunfuñar y maldecir a quien fuese que los mandaba.

—Después se vanagloria de haber encabezado cada batalla, de no esconderse en la retaguardia, de dar ejemplo a sus hombres… ¡Pues no veo a ese gordo bigotudo aquí, mojándose y jugándose la vida en estos putos escalones! —espetó uno de ellos al tiempo que sacaba de una de las carretas, ayudado por otro porteador, una caja repleta de lo que parecían verduras.

—Espera… —comenzó a decir su compañero—. ¿Qué cojones es eso? —preguntó señalando hacia el fondo del carro.

—¡Llama a uno de los guardias! ¡Creo que se nos ha colado una pequeña polizona! —le respondió.

Uno de los soldados de capa negra acudió a la llamada y sacó a quien se ocultaba tras las cajas, que resultó ser una aterrada niña de no más de diez años, de piel pálida y grandes ojos verdes. Su pelo era largo y ondulado, de color marrón y vetado en rojo. Estaba algo sucia, y no respondía a las preguntas, solo guardaba silencio y agachaba la cabeza cada vez que los soldados se la levantaban para que los mirase. Lloraba, aunque dejaba claro que trataba de no hacerlo, apretando con fuerza los labios y los párpados cada vez que nuevos regueros salían de sus ojos.

—¿Qué haremos con ella? —quiso saber uno de los capas negras.

—Ha intentado colarse en Patts… y ya conoces las leyes que protegen al Palacio de Mármol, nuestra obligación es llevarla hasta el gran maestre —contestó otro encogiéndose de hombros.

—Pero… ¡Es solo una niña! —dijo el primero.

—Hardy es quien manda aquí, y de él será el peso del sufrimiento que esta pobre desgraciada pase… No nos concierne lo

que hagan con ella.

CAPÍTULO 1: GUARDIAS Y TORMENTAS

Diez largos años habían pasado desde que Kaín Belamour llegó a Patts. El pertenecer a una familia como la suya le había proporcionado la oportunidad de recibir su formación en el Palacio de Mármol, famoso entre otras muchas cosas por su grandiosa biblioteca y la férrea custodia que el gran maestre Hardy ejercía sobre el lugar.

Kaín había sido un muchacho hábil en el uso de su cerebro, cualidad que lo ayudó bastante en sus estudios, aunque su manejo de las armas también destacaba entre la de los demás reclutas. Su padre, Tristán Belamour, era célebremente conocido en todo Skar, pues sirvió como justicia del rey durante la Guerra de Sucesión Sureña y al finalizar esta, cortó la cabeza de Pried Mackay, quien se hacía llamar «El Rey Blanco», junto a la de todos los que fueron considerados rebeldes a la Corona y vivieron lo suficiente como para ser juzgados. Pero lo que no sabía Tristán era que la mismísima diosa de la muerte se cernía sobre él lentamente y en silencio, envenenado su cuerpo de la misma forma en la que su alma lo estaba ya desde hacía mucho. Tras un tiempo de relativa tranquilidad, la fiebre roja mostró su rostro, y cada vez más enfermo, Tristán se vio obligado a dejar la posición que ostentaba y volver a sus tierras en Arsim, al este de la capital del reino. Este siempre había sido una persona fría y dictatorial, y tras su regreso, se dedicó a imponer sus deseos a toda su familia, humillando constantemente a su esposa, quien, a pesar de todo, parecía amarlo de forma incomprensible, y eligiendo el futuro de sus dos hijos.

Kaín pronto tuvo la oportunidad de especializarse en el uso de la espada, y como todo noble, de tener acceso a la gran biblioteca de Patts donde pasó su formación sirviendo al gran maestre y aprendiendo todo lo que este y los libros le pudieron enseñar. Con solo diez años, el muchacho tuvo que abandonar su casa por orden

de su progenitor y poner rumbo al que durante una década sería su nuevo hogar. Un hogar que tardó años en ver como tal, si es que lo logró en algún momento, donde cada noche lloraba enterrado entre mantas lo que durante el día se veía obligado a callar para no avergonzar a su padre. A sus veinte años estaba a punto de ser nombrado guardia de la tormenta, y ya poseía conocimientos en medicina, poesía, historia y contabilidad, además de un importante manejo de las armas. Tenía el cabello rubio y largo, que casi siempre llevaba recogido en un moño, la mandíbula cuadrada heredada de su padre, y los ojos color miel. El duro entrenamiento y la difícil vida en Patts habían hecho de él un muchacho fuerte, más apto para vestir la capa negra de la Guardia de la Tormenta que la mayoría de sus compañeros, pero eso no parecía ser suficiente para su maestro.

El gran maestre Hardy era conocido y respetado en todo Skar, nadie sabía con certeza con cuántos años contaba, y corría el rumor de que había visto cientos de años pasar. Alto, de cuerpo lánguido y apariencia frágil, con una larga barba blanca que le llegaba al ombligo y siempre ataviado con la túnica gris de maestre, Hardy fue un severo maestro para Kaín, quien, tras las largas sesiones de entrenamiento, además de tener que trabajar en el servicio del palacio era obligado a pasar interminables horas en la biblioteca bajo la constante supervisión del viejo.

Pero, aunque le costase admitirlo, le había cogido cariño al lugar. Echaría de menos el sonido del mar golpeando salvajemente el acantilado tras la muralla norte del imponente Palacio de Mármol los muchos días de tormenta, el olor a inciensos y hierbas aromáticas que harían a un ciego ubicar Patts a millas de distancia, el delicioso sabor del asado de alce que el gordo Cordin preparaba cada entrada de nueva luna... Pero, sobre todo, echaría de menos la tranquilidad y el silencio. Solo podían vivir allí los soldados, maestres, o quien tuviera un permiso real, cosa muy rara, reservada a los hijos de casas importantes.

Bajó los escalones del torreón de los reclutas despacio, intentando sentir por última vez su tacto bajo los pies y

sorprendiéndose de que, por más veces que había maldecido esa escalera de caracol y sus incontables y maltrechos escalones de mármol, el descenso le había parecido más rápido de lo que acostumbraba a ser… o de lo que hubiese querido. La escalera daba directamente a la pequeña puerta de salida, abierta de par en par. Vargah, la diosa del viento, había sido clemente esa mañana. El Sol brillaba de tal forma que costaba mantener los ojos abiertos, y los árboles respiraban tranquilos propagando su calma a todo el entorno. La poderosa tormenta que los había tenido dos noches sin dormir había dejado tras de sí un rastro de destrucción en el bosque y, aunque el persistente vendaval no paró de castigar la pared norte, los trabajos de reconstrucción solo tuvieron que centrarse en limpiar de innumerables ramas el patio de acceso sur. En él se encontraba la mayor parte de sus compañeros cuando vio al capitán Reid junto al puente de mármol, acompañado por Sisou Brada y Teori Baferson.

Mientras se acercaba a ellos, intentaba adivinar quién era la mujer que yacía sentada en el suelo junto a ellos, pues era demasiado raro ver a una mujer en Patts, ya que les estaba prohibido su acceso. Acurrucada con la espalda contra la muralla del puente, se abrazaba las rodillas, y que el pelo largo y marrón le cayese por la cara no ayudaba mucho a identificarla. Caminaba absorto en sus deducciones cuando de repente, la mujer levantó la cabeza y lo miró. Estaba ya a pocos pasos de ellos, pero lo que estaba viendo lo paró en seco. La supuesta mujer no tendría más de diez años, pero era difícil distinguir qué era piel, y qué sangre y mugre. Los tres soldados se percataron de la llegada del joven y Sisou lo saludó levantando su espada. Kaín le devolvió el gesto con el brazo, y se dirigió al capitán.

—Capitán, ¿alguna novedad? Tenemos nueva compañera de viaje por lo que veo…

—Os presento a la señorita Abigail Thomas. Ella… bueno, intentó colarse anoche en el palacio escondida entre las pieles y los quesos de un mercader. La encontraron los porteadores, la pobre desgraciada no debía saber que las carretas no pueden subir hasta

aquí. Hardy nos ordena llevarla con nosotros hasta Sadnavar. Al parecer va a tener suerte, será desterrada de Skar, pero saldrá con la cabeza sobre los hombros. —Baferson soltó una sonora carcajada —. El gran maestre se ha vuelto mucho más benevolente con la edad al parecer —añadió Reid mirando a la niña con un claro gesto de desaprobación.

—Tampoco le viene mal, no creo que intentar no morir en medio de una tormenta sea motivo suficiente para cortarle la cabeza a una niña —se apresuró a decir Kaín.

—Vuestra tolerancia terminará costándoos cara algún día, Belamour. Bueno caballeros, es hora de irnos. Señor Brada, subid a la señorita Thomas a su caballo. Mientras, vosotros dos, terminen de cargar las alforjas de los suyos con todo lo que puedan, nos queda un largo camino por delante hasta Tiberia.

Mientras lo hacía, Kaín no paraba de darle vueltas a la cabeza. Estaba nervioso, algo que no se le hubiese ocurrido compartir con sus compañeros de viaje, pero sabía que Sisou también lo estaba, y en cierta manera eso le ofrecía algo de tranquilidad. Sabía que las palabras del capitán Reid eran ciertas, el camino era largo y aunque seguirían la calzada real, en los últimos años los asaltantes habían cogido cierto gusto por las proximidades de las zonas menos transitadas de esta y, para ser sinceros, Kaín sabía que, aunque contasen con el capitán Reid, héroe de guerra, sus enormes bigotes trenzados ya no eran del color amarillo que solían ser por aquel entonces. Seguía siendo un hombre alto y fuerte, capaz de derribar un árbol de un golpe de su inseparable hacha de guerra, cosa que solía hacer cada vez que faltaba leña para calentar el palacio, pero no sabía si sería suficiente para aquel viaje.

Sisou, por su parte, había sido su mejor amigo en esos años en Patts. Su familia poseía algunas tierras cerca de la ciudad de Butterberd, donde su padre era el señor de un pequeño pueblo llamado Castor, y él, como Kaín, había sido enviado a Patts para estudiar y formarse como guardia de la tormenta, la principal fuerza

militar del reino. Tenía el cabello corto, casi afeitado, así como la barba, de la que apenas se distinguía una sombra. También era alto, mucho más alto que el capitán y, por supuesto, muchísimo más alto que Kaín. Tan delgado, que cuando empuñaba la espada sus lánguidos brazos parecían que se fuesen a partir por el peso. Pero no, lo cierto es que Sisou era un joven muy fuerte, y si bien no podría decirse que la inteligencia fuese su mayor virtud, si lo era su fidelidad, y eso, en estos tiempos, era algo que Kaín valoraba por encima de muchas cosas.

Teori quizás fuese del que menos se fiaba. Era ya un hombre adulto, de unos cuarenta o cuarenta y cinco años, poco más bajo que Kaín, con el pelo largo, sucio y enmarañado y una espesa y descuidada barba. Siempre acompañaba al capitán Reid, y tenía fama de gran guerrero, pero de igual medida, de violador y buen bebedor de hidromiel. Se cuenta que el día de la batalla de sublevación de Tiberia acabó con la vida de más de cincuenta soldados a golpe de espada, y cuando la batalla hubo finalizado, se desmayó encima de los cadáveres de unos pocos de la borrachera que llevaba, y que el señor de la ciudad lo recompensó con una virgen por soldado muerto por su espada. También se cuenta que ninguna de ellas volvió a ver la luz del día. Era todo un compañero del que fiarse.

Kaín echó un último vistazo al Palacio de Mármol, imponente con sus seis gigantescos torreones afilados como agujas tratando de pinchar el cielo, y mientras cruzaba el puente hacia la puerta de salida, se preguntaba si algún día volvería, o si de lo contrario, sería la última vez que lo vería.

El gigantesco portalón de madera permanecía abierto como de costumbre, pues la entrada siempre estaba vigilada y el único acceso a él eran las escaleras de piedra que descendían por la ladera del Monte Sagrado, en cuya cima se encontraba Patts. Cualquiera que se aproximara a menos de siete mil pies era visto desde la entrada.

Los guardias se cuadraron ante el capitán cuando llegaron a la salida y uno tras otro fueron saliendo sobre sus caballos negros, como todos los caballos de la Guardia de la Tormenta. El calor pegaba más duro de lo que había imaginado Kaín. Esto no solía ocurrir, pues normalmente el frío era el protagonista en aquel extremo del reino, sobre todo cuando el invierno aún ejercía su dominio. Pero aquel día, el último de la fría estación, ya empezaban a sobrarle los ropajes negros. El hecho de que los reclutas no llevasen aún la capa negra ni la coraza le aliviaba. Al menos el código le permitía quitarse el yelmo siempre y cuando el oficial al mando lo permitiese… y Reid se lo permitía. No era el hombre más amable de Skar, pero a veces también pasaba calor. Lo cierto es que el uniforme de la Guardia de la Tormenta fue diseñado para infundir miedo a los rivales durante la Gran Guerra, pues las batallas se libraron en su mayoría de noche y no, no pensaron en los calurosos días. El descenso fue lento, pues tuvieron que desmontar para aliviar el peso de la carga de los caballos tras un resbalón del que montaba Sisou al bajar uno de los escalones, en el que a punto estuvo de partirse una pata, y el viaje aún no había hecho nada más que comenzar.

—Oiga capitán, ¿nos diréis de una vez el motivo por el cual nos acompañáis a Sadnavar? —preguntó de repente Sisou.

—¿A qué viene esa pregunta, soldado? Creo que ha quedado bastante claro, vos y el señor Belamour serán nombrados caballeros de la Guardia de la Tormenta por el rey, y tanto el señor Baferson como yo, los acompañamos como escoltas… por seguridad. ¿Qué parte es la que no entendéis?

—Veréis, capitán, la primavera pasada dos compañeros fueron reclamados por el rey por el mismo motivo y no tuvieron escolta… Y hace dos primaveras pasó lo mismo… Y hace tres igual… Y ahora que lo pienso, ninguna primavera que recuerde los reclutas reclamados tuvieron escolta…

Sin dejarle terminar la frase, el capitán se giró cogiendo a Sisou por el cuello con la mano izquierda a la vez que apoyaba un cuchillo en su vientre. La cara del joven se descompuso, siendo incapaz de reaccionar de forma alguna mientras Reid cerraba el puño con el que lo asfixiaba.

—¿Qué parte es la que no entendéis?

Kaín estaba tan paralizado como él, sorprendido por lo que estaba pasando. La cara de su amigo se tornaba roja luchando por respirar mientras la mano de Reid apretaba su garganta cada vez más hasta que de pronto lo soltó y el capitán se volvió hacia él.

—¿Y vos, señorito Belamour?, ¿lo entendéis todo?

No entendía nada, ni la reacción de Reid, ni el porqué de que los acompañaran, ni la frialdad de Baferson que había permanecido inmóvil mirándolo fijamente sin inmutarse mientras todo ocurría, como si supiese que eso pasaría... Pero solo pudo asentir. Sisou, con una rodilla clavada en el suelo, daba sonoras bocanadas de aire. El capitán se acercó a su caballo, sacó un odre lleno de agua, y se lo lanzó de mala gana.

—Bebed, señorito Brada, hace calor y no querríamos que os asfixiaseis al principio del viaje.

Los gigantescos bigotes blancos se le movieron en una extraña mueca parecida a una sonrisa.

Durante un buen rato el camino fue dominado por el silencio, solo roto por el monótono pisar de los caballos. Kaín observó a la prisionera, que seguía a lomos de la montura de Sisou sin abrir la boca, seguramente aterrada por lo que le esperaba. Era solo una niña e iba a ser desterrada solo, quizás, por intentar pasar una noche resguardada de la tormenta o intentar robar algo de comida… Pero esas eran las leyes de Patts. El Palacio de Mármol albergaba secretos que solo el gran maestre podía conocer, y protegerlos era su mayor cometido. Allí acabaron todos los libros relacionados con la

magia tras la Guerra de Sucesión Sureña, cuando los últimos magos que no pudieron o no quisieron huir de Skar fueron acribillados por la Guardia de la Tormenta al norte, en Bastión Olvidado, y el rey mandó quemar todo vestigio de magia en Skar, prohibiendo además la tenencia de cualquier cosa relacionada con esta. Fue entonces cuando Hardy, por aquel entonces alquimista y curandero personal del rey, se comprometió a proteger todo ese conocimiento para que no fuese destruido por completo, creando la Orden de los Maestres de Patts. Kaín respetaba esas leyes, respetaba la orden y respetaba al viejo maestre… y esa chiquilla había intentado saltar por encima de todo ello, eso estaba claro… Pero aun así no creía que fuese un castigo del todo proporcionado.

Pudo observar que Sisou se había acercado un par de veces a ofrecerle agua, pero ella no había aceptado beber.

—Dejadla, no puede tener sed, anoche la enseñaron a bucear en un barril un buen rato… ¿Cierto, Teori? —soltó Reid riéndose tras el segundo intento del chico de que bebiese.

Baferson se limitó a mirarlo y dedicarle una amplia sonrisa que dejaba ver los pocos dientes verdes con los que aún contaba.

Era curioso, pues siendo considerado uno de los mejores guerreros del reino, el infame guardia nunca había sido condecorado ni ascendido, a diferencia de Reid, antiguo protector del rey y el mando más alto de Patts solo por debajo del gran maestre. Aun así, ambos compartían un estrecho lazo desde poco después de la sublevación de Tiberia, cuando Baferson, según cuentan, le salvo la vida al hijo de Reid. Seguían juntos desde entonces, inseparables. El capitán lo llevó consigo cuando estuvo sirviendo en Sadnavar tras la guerra e hizo lo mismo cuando lo destinaron al Palacio de Mármol. Allí no fue muy bien recibido por sus compañeros, pues a esas alturas ya era bien sabido que gustaba de emborracharse cada noche y pasar por la espada al primero que se le cruzase. Aunque por alguna extraña razón, Hardy impidió que lo echasen, quizás porque de otra forma Reid también se iría, y no quedaban muchos

oficiales con su experiencia. A Kaín nunca le había caído bien, y menos cuando supo que había sido condenado a muerte por el rey tras haber violado y matado a varias prostitutas. Cuando preguntó a sus compañeros el por qué el hombre seguía vivo y sirviendo a la Guardia, se encogieron de hombros y le contestaron que Reid lo había salvado una vez más. En Patts no había mujeres que violar ni tabernas donde emborracharse, y las duras leyes del lugar lo habrían dejado sin cabeza la primera semana si no hubiese sido inteligente. El único vicio que parecía conservar era la bebida, y Reid se encargaba de proporcionársela a escondidas siempre y cuando se controlase.

El viaje continuó como se esperaba, con una tranquilizante a la vez que sospechosa monotonía. El Paso Helado era el tramo de camino real que conducía desde el valle formado por el Monte Sagrado y una de las montañas Galur hasta las tierras dominio de Tiberia. Se tardaban unos dos días en cruzar las montañas Galur hasta Verhim y era una de las zonas más peligrosas del reino, pues su poco tránsito hacia o desde el palacio convertían a las caravanas de comerciantes en fáciles objetivos para los asaltantes.

Sisou se acercó a Kaín.

—Oye Kaín, ¿crees que tendremos que entrar en batalla durante el camino?

El muchacho sonrió antes de contestar.

—Creo que puedes estar tranquilo, los asaltantes de por aquí están gordos y satisfechos de la buena vida que les da robar a los comerciantes, no creo que se molesten en asaltar a cuatro guardias de la tormenta armados y sin apenas provisiones.

—Sí… pero Kaín, olvidas que hace solo seis días el capitán Reid y el loco de su amigo capturaron a tres de ellos. Ahora están colgados de los árboles. Tendrían amigos, y no creo que estén muy contentos con eso…

—Te voy a explicar una cosa, Largo —interrumpió Baferson, que para sorpresa del muchacho había oído la conversación—. Los asaltantes, como los piratas o los magos, no tienen «amigos». Son escoria, matarían a sus propias madres a cambio de unas monedas de bronce. Y, por cierto, agradezco que me llames loco, a todos los que dicen estar cuerdos les apesta la boca a culo de algún señor que dicta cómo tienen que vivir. Yo prefiero que me huela a coño de puta y a vino. —Escupió en el suelo—. Si los ves juntos, no es porque se quieran, sino porque así dan más miedo. Los asaltantes solo entienden de miedo, por eso colgar a tres o cuatro no sirve de nada.

—El señor Baferson sabe bastante de ellos y de cómo meterles miedo, ¿cierto? —añadió Reid aflojando la marcha para estar más cerca de la conversación.

—Cierto, capitán. —Soltó una carcajada—. No es ningún secreto mi gusto por los placeres carnales, placeres por los que algunos me intentaron condenar y por los que estoy aquí apartado del mundo. Sin miel, no habrá oso, debieron pensar. Pero nada ha cambiado, ahora trabajo de lo que me gusta. —Volvió a reír, esta vez acompañado del capitán—. Esos de los que habla el Largo, por ejemplo, fueron tres, tal y como pusimos en el informe. Pero hubo dos más, él solo soltó la espada y pidió por su vida y ella… Bueno, ella ni siquiera llevaba cuchillo. Había tres opciones, o los llevábamos al palacio para que les cortaran la cabeza, o los colgábamos también … o los usábamos para esparcir miedo y de paso hacíamos una buena obra dejándolos vivir.

—¿Qué les hicieron, capitán?

A Sisou le temblaba la voz mientras esperaba la respuesta, pero fue Baferson quien se adelantó.

—Me follé a los dos y a ella le corté un pecho que después tuvo que comerse su amigo. Debo admitir que lo disfruté… ¿y sabéis lo

mejor? Que nadie va a juzgarme por ello, porque esa gente es escoria, y tuvieron lo que se merecían. —Volvió a escupir.

—Solo añadir, muchachos, que, por supuesto esta conversación no ha tenido lugar, y si para alguno en algún momento de su vida la tiene, no hace falta decir lo que el señor Baferson puede hacerles… Esto es por el reino chicos, por Skar, cada vez más llena de maleantes, cada vez menos segura. Hacen falta actos así a veces. Y vos, Baferson, cerrad la boca ya, esta niña ya ha visto y oído lo suficiente en estos dos días como para no volver a abrazar la cordura en la poca vida que le queda…

Kaín la miró, y pensó que Reid llevaba razón, tenía la mirada perdida, y apostaba a que bajo toda esa mugre habría alguien que ya nunca volvería a ser la misma. Prefería no preguntar qué le hicieron la noche anterior, pero no creía que hiciese falta… Al menos conservaba todas las partes de su cuerpo.

Antes de caer la noche, el capitán mandó a Baferson y a Sisou a inspeccionar los alrededores en busca de algún lugar donde esconderse hasta que la luz les permitiese seguir el viaje y a Kaín le tocó vigilar a la niña mientras él vaciaba su estómago tras unos arbustos.

Observándola con más detenimiento, se fijó en que su cabello sucio y enredado no solo era marrón, si no que tenía algunos mechones rojos. Las pocas zonas que no tenía invadidas por la mugre parecían mostrar una piel blanca, casi tanto como la leche. Dos ojos grandes y redondos de color verde claro lo miraron al acercarse.

—Deberíais beber algo de agua, llevamos todo el día de viaje y no habéis probado ni gota, podríais…

—¿Morir? —preguntó de repente la chica mirándolo con un gesto que hacía evidente su miedo—. Decidme pues, ¿de qué me serviría llegar con vida a Sadnavar? ¿Para darle el gusto a alguno de vuestros amigos reales de cortarme la cabeza allí? ¿O es que vais a

ser vos el que lo haga? Normalmente los encargados de hacer valer la justicia del rey son los que llevan apellidos importantes… lo he leído.

—¿Por qué decís eso? ¿Qué sabéis de mi apellido?

—Todo el mundo conoce a vuestra familia, oí como se refirió a vos el de los bigotes cuando llegó.

—Y parecía que no os enterabais de nada… —Kaín esbozó media sonrisa—. Pues lamento deciros que nadie va a cortaros la cabeza, señorita…

—Abigail.

—Pues eso, nadie va a cortaros la cabeza, señorita Abigail. El castigo por entrar en Patts no es la muerte, sino el destierro. ¿Tenéis familia? —preguntó a la vez que le ofrecía el odre de agua.

La niña lo cogió con las dos manos, intentando levantarlo, pero sus brazos temblaban con el peso y no hizo más que derramárselo por la cara. Kaín la ayudo a beber.

—Tenía. Ellos… ya no están.

—Vaya, lo siento mucho. ¿A qué se dedicaba vuestro padre?

—Mi padre era curandero. Mi madre murió cuando yo vine al mundo, no tenía oficio…

—¿Hermanos?

—No.

—¿Sois de Verhim?

—¿Por qué iba a ser de Verhim?

—Porque es la única aldea desde el palacio hasta Tiberia, y el mercader venia de allí… a menos que seáis una asaltante…

—¿Y si lo fuese?

—Pues seríais la asaltante más torpe de todo Skar. A ninguno se le ocurriría intentar entrar en Patts. Hay poco que robar y mucho que perder.

—No era robar mi intención, solo buscaba un lugar donde cobijarme, pero en su lugar, ese al que llamáis capitán me golpeó hasta que no podía abrir la boca y luego me encerró en una sucia celda con el otro…

Notó que la chica volvía a bajar la mirada y, entre la costra, vio que cerraba los ojos con fuerza.

—Pero ¿qué hacíais cerca de Patts sola?

En ese momento, Reid apareció de entre los arbustos terminando de atarse los pantalones.

—Les dejo solos un momento y se hacen amigos… Tenéis el mismo don de gentes que vuestro padre, Belamour. Cuando llegó no paraba de hablar, pero esta mañana, ni siquiera he conseguido que me diese los buenos días, creía que se había quedado muda.

El capitán la miró con desprecio.

— Quizás vos y Baferson tenéis algo que ver con eso, ¿no creéis capitán? —preguntó Kaín.

Reid se paró frente a él, clavándole la mirada.

—¿Queréis preguntarle vos mismo al señor Baferson? Puedo conseguiros un rato a solas con él…

—No será necesario —contestó.

Teori y Sisou llegaron poco después, habían dado con una zona bastante decente a unos doscientos pies del camino. Era el recodo de un pequeño arroyo que bajaba desde alguna de las montañas Galur, y las zarzas que lo rodeaban, junto con dos grandes piedras

que desentonaban en el bosque formaban una especie de pared que los ocultaba a la vez que les serviría para, desde encima, avistar cualquier peligro. Tras atar a los caballos, Reid ordenó a Sisou que hiciese lo mismo con la niña. Esa noche comieron anguila seca y queso junto con unas piezas de pan duro, acompañado de un odre de vino que compartieron. Kaín se sorprendió al ver que Teori apartó una pieza y se la tiró a Abigail, quien comenzó a comer como si llevara meses sin hacerlo, mientras este la miraba fijamente imaginando solo él sabe qué clase de maldad contra ella. Tras la cena, todos se tumbaron a dormir excepto Sisou, a quien le había tocado cubrir la primera guardia. Este trepó hasta sentarse encima de una de las dos rocas y se puso a limpiar su espada.

Aún Kaín recordaba cuando lo conoció el mismo año que llegó a Patts. Reid lo había enfrentado a él en su primer entrenamiento cuerpo a cuerpo con espadas sin filo y aún podía sentir la impotencia de no ser capaz de acercarse siquiera a tocar con el arma a ese niño, pues sus brazos eran casi tan largos como los de un adulto. Aquel día lo maldijo de todas las formas posibles por haberlo ridiculizado delante de todos, pero por la noche, durante la cena, el chico se le acercó ofreciéndole un trozo de pan con queso.

—Admito tener ventaja, mis brazos son muy largos —le dijo al tiempo que se sentaba a su lado.

—La próxima vez no te servirán de nada.

—Mi nombre es Sisou Brada y tú, sé que eres un Belamour, pero aún no se tu nombre… ¿Eres el hijo de Tristán Belamour?

—Eso parece… ¿Por qué lo preguntas?

—Ah no, solo era curiosidad. Es toda una celebridad. Dicen que el golpe de espada fue tan limpio que la cabeza del Rey Blanco miró desde el suelo a los ojos de tu padre sorprendido, pues no le había dado tiempo ni de morirse.

—Sí, eso dicen —respondió con tono serio.

—Vale, vale, tranquilo, amigo… No sabía que pudiese molestarte. Lo siento, ¿vale? Mi padre también participó en la Guerra de Sucesión Sureña, aunque no es tan famoso como el tuyo.

—¿Tu padre era guardia de la tormenta?

—No, digamos que su fama es fruto de sus estofados… es el cocinero del rey.

Kaín no pudo aguantar soltar una carcajada.

—¡Eh, tío! Ahora podría ofenderme yo.

Ambos comenzaron a reír.

Tras esa noche vinieron muchas más risas, muchos más entrenamientos juntos y muchas más palizas recibidas por parte de Sisou. Kaín sabía que aquel largo huesudo había sido su mayor apoyo esos años en el Palacio de Mármol y, a pesar de ser el hijo de un cocinero nombrado señor por la legendaria gula del rey Casius, estaba seguro de que nunca lo traicionaría. Ese joven ya no era uno más, era su hermano.

No pasó mucho tiempo hasta que el cansancio y el sueño lo abrazaron y así, con el sonido de árboles rozando sus ramas movidas por el viento y alguna que otra lechuza haciendo coros con los ronquidos de Baferson y Reid, se quedó dormido.

—Quedan pocas horas para el alba —le susurró Sisou.

Kaín se incorporó bostezando y le tocó el hombro al cruzarse con él. Subió a la piedra que momentos antes había ocupado su amigo mientras este se acurrucaba junto a los caballos.

En las horas siguientes tuvo tiempo de pensar muchas cosas mientras luchaba por no quedarse dormido. No había parado de darle vueltas al altercado de esa mañana, ni a la reacción de Reid. Sabía que Sisou tenía razón cuando decía que algo olía mal, pero había quedado claro que ni el capitán ni Baferson iban a responder a sus preguntas. Ver salir al bigotudo del palacio no era habitual, que lo hiciese con Baferson menos aún. El puto loco tenía prohibida la entrada en la mayoría de las ciudades y pueblos del reino, era por eso por lo que pasarían la segunda noche a las afueras de Verhim. El capitán Reid no quería armar un escándalo en la pequeña aldea, así que Kaín y Sisou tendrían que ir a reabastecer las alforjas mientras él y Baferson esperaban. Tras pasar la noche allí continuarían unos diez días hasta la gran ciudad de Tiberia. No pararían allí, muy a pesar de Baferson. La conocida como Ciudad del Pecado, donde este nació, no había siquiera intentado limpiar su nombre. Majestuosa como pocas desde fuera de sus muros, con la Guarida del Merodeador coronándola. Kaín la había visitado solo una vez, cuando iba camino de Patts para su formación. Recordaba el caos que la dominaba, los estrechos callejones plagados de mendigos y mujeres de mala vida, las pequeñas plazas atiborradas de mercaderes, bufones y tragafuegos… y como no, los bardos. Había tantos que era imposible encontrar un lugar en toda la ciudad donde no se oyera música. Pero había algo que no vio, guardias. Aunque los había, la Guardia de la Tormenta de Tiberia no solía salir de los cuarteles, solo se limitaba a proteger las murallas, como si respetase el caos y la perversión que plagaba la ciudad, tal vez en un intento por que no infectase otros rincones del reino.

Kaín observó un buen rato a Baferson, tumbado panza arriba. Hasta dormido perturbaba la paz del lugar rompiendo el silencio con sus ronquidos. El joven no pudo evitar sonreír cuando en un par de ocasiones, al tomar aire, se tragó un mosquito y casi se atraganta,

llegando a pensar que, si eso sucediera, deberían enterrar al pequeño bicho con honores. Abigail parecía dormir atada al mismo árbol que los caballos y tapada con una de las viejas mantas que llevaban, aunque dudaba que pudiese estar haciéndolo realmente. ¿Quién sería esa pobre chica? Y, sobre todo, ¿de qué huía como para jugarse la vida colándose en Patts?

El siguiente día amaneció algo menos caluroso que el anterior, y tras comer algo de queso, continuaron por el camino real que los llevó, ya llegando la noche, hasta las afueras de Verhim. Como estaba previsto, los dos jóvenes tomaron el camino rodeado de árboles que atravesaba el bosque hasta la aldea, situada en un claro abrazado por grandes arces que se alzaban hasta el negro cielo. Allí fueron recibidos por varios perros que acudieron a ladrar a los caballos a la vez que algunas puertas se abrían por vecinos que se preguntaban quién llegaba al lugar. Aun siendo pequeño, a Kaín no le dio la impresión de que fuese un sitio pobre. Contaba con calzada de madera y faroles de aceite colgaban de las ramas de los incontables arces rojos que la delimitaban a ambos lados. Todas las casas que alcanzaba a ver estaban fabricadas con madera o directamente construidas en el tronco de los árboles, y la mayoría contaba con un pequeño huerto abarrotado de plantas y algún que otro árbol frutal. El gran maestre Hardy le había contado a Kaín que Verhim fue hogar de los elfos antes de la Gran Guerra, y aunque acabó destruido durante esta por los hombres, luego se reconstruyó para servir de puente entre Patts y el resto de Skar. El pueblo no contaba con ejército ni tampoco parecía que lo necesitase. Se respiraba paz.

Algunas familias aún estaban en el exterior de sus cabañas charlando entre ellos, vigilando a los niños que jugaban cerca o pasando el rato antes de ir a dormir. Las pisadas de los caballos resonaban en toda la calle, y fue cuando Kaín notó que quizás eran los únicos sobre montura en toda la aldea.

—Si no muero antes, sería un buen sitio para retirarme —soltó de repente Sisou—. Me haría con una buena porción de tierra y

cultivaría naranjas.

Kaín no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Por qué naranjas? —le preguntó.

—Mi padre siempre traía naranjas cuando volvía a casa. Las compraba en el mercado de Sadnavar para nosotros. Hay pocos sitios donde se cultiven naranjas, piénsalo.

—Nunca dejas de sorprenderme —le contestó.

—¿Pues sabes otra cosa que te sorprendería?

—A ver…

—El pavo con salsa de naranjas de mi padre.

Kaín volvió a reír.

—Después de estos dos días comiendo queso y pan duro, no sería difícil.

Cruzaron toda la calle principal hasta llegar a una casa poco más grande que el resto, con techo de paja y rodeada por faroles y con varias ánforas vacías adornando la entrada. Como les había dicho el capitán, la taberna no tenía pérdida. Amarraron los caballos a un tronco a pocos pasos y entraron. Era más pequeña de lo que parecía desde fuera. Tenía una pequeña barra a la izquierda y cuatro mesas a la derecha, solo la segunda de ellas ocupada por dos hombres de mediana edad que levantaron la copa en señal de bienvenida cuando entraron. Kaín pensó por las vestimentas que debían de ser labriegos. Una mujer joven no muy alta, ataviada con un vestido verde, de pelo muy largo y negro, delgada y esbelta y que parecía regentar el lugar, secaba tras la barra una jarra de arcilla con un viejo trapo.

—Buenas noches, amigos. ¿Qué se os ofrece? —preguntó.

Ambos se acercaron a la barra.

—Si sois tan amable, dos jarras de hidromiel estarían bien —se adelantó a decir Sisou mientras le lanzaba un guiño a Kaín.

La joven les dio la espalda para servirles, momento en el que Kaín le dio un puñetazo a su amigo en el hombro.

—Ya escuchaste al capitán, nada de emborracharse. La idea era entrar, cargar cuantas provisiones pudiésemos llevar y volver…

—Cálmate Kaín, nadie se emborracha con solo una jarra de hidromiel. Y nos espera un largo camino hasta Sadnavar, todo por culpa de ese cerdo de Baferson.

—Sí, en eso tienes razón. Pasar la noche en Tiberia no hubiese estado nada mal. —Kaín sonrió—. Pero bueno, quizás sea mejor así. Mírate.

—¿Qué quieres que mire? —preguntó Sisou.

— Te dejan solo un rato para buscar provisiones en un pueblucho en mitad del bosque y lo primero que haces es pedir hidromiel. No quiero pensar lo que pasaría si te dejaran en Tiberia, donde hasta los pozos embriagan. Y esas chicas… de verdad amigo, recuerdo que había tantas que no sabías hacia donde mirar, aunque por aquel entonces no es que me fijase mucho aun en ellas.

—Bueno, aquí no hay tantas… Pero la única que he visto hasta ahora también me hace no saber hacia dónde mirar —dijo el joven mientras le hacía un gesto con la cabeza a su amigo en dirección al trasero de la muchacha que acababa de agacharse a coger algo.

—¿Ves lo que te decía?

Ambos empezaron a reír. La chica les trajo sendas jarras y Sisou se apresuró a beberse la mitad de la suya de un solo trago.

—Veréis señorita, también necesitaríamos toda la carne seca y todo el queso que nos pudieseis suministrar, así como algunas onzas de pan si fuera posible.

—¿Os dirigís a Tiberia? —les preguntó apoyándose en la barra.

—Se podría decir que sí. Pasaremos por allí, pero nuestro destino es Sadnavar —respondió Kaín.

—Sois muy jóvenes, ¿será vuestro primer servicio?

—En realidad será nuestro nombramiento.

Kaín bebió de su jarra. El hidromiel era bueno, muy bueno.

—¡Vaya! Pues lo que pensaba. No tenéis cara de haber servido al reino durante mucho tiempo.

—¿Y qué cara es esa?

—No las vuestras, eso seguro. Disculpadme, iré a ver que hay en la despensa y mi hermano lo cargará en vuestros caballos.

La chica salió por una estrecha puerta tras la barra para volver a entrar poco después.

—No es que hubiese mucho, aquí se suele venir a beber, pero creo que os dará para llegar a Tiberia ¿tomaréis otra jarra?

Antes de acabar la pregunta, Sisou le había tendido la suya. Kaín lo miró frunciendo el ceño y este se encogió de hombros con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cuáles son vuestros apellidos? —preguntó de repente la chica clavándoles sus vivaces ojos negros.

—¿Por qué lo preguntáis? —respondió Kaín.

—Habéis pasado vuestra formación en Patts, es obvio que vuestros padres no son granjeros.

—¡El mío es cocinero! —soltó de repente Sisou.

—¡Cierto! —añadió su amigo ante el gesto de incredulidad de la joven.

—Debe ser un cocinero muy importante…

—¡Lo es! —se apresuró a decir Kaín—. Dadle una docena de buenas naranjas y veréis lo que es capaz de hacer.

Sisou le dio un puntapié disimuladamente tras la barra.

—¿Y el vuestro? ¿Vais a decirme que es herrero o algo así? —insistió la chica.

—Mi padre fue guardia de la tormenta… La fiebre roja se lo llevó hace unos años.

—Oh… Lo siento.

—Tranquila, pasé ese duelo hace tiempo. ¿Y qué hay de vos? ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre es Seilyn Ta-Has.

—¿Ta-Has? No me suena.

Kaín frunció el ceño.

—Es un apellido de origen élfico, al igual que mi nombre. No creo que os suene de nada, esta taberna es el único logro de mi familia.

—Había oído que Verhim era una antigua aldea élfica y que sus gentes aún conservaban muchas de sus costumbres, pero no sabía que también habían adoptado sus apellidos.

—Pues ya sabéis algo más —le dijo la chica dejando notar la ironía en sus palabras.

Bebieron y charlaron con la joven un rato durante el cual esta les contó que había nacido en una de las cabañas de al lado, que nunca había salido de Verhim y que no estaba casada, algo en lo que Sisou pareció mostrar más interés. También les contó que su hermano y ella heredaron la taberna cuando sus padres fallecieron.

Su hermano resultó ser uno de los hombres que bebían sentados en la mesa cuando llegaron al lugar. Al parecer, este había sido guardia de la tormenta, pero se vio obligado a retirarse por una enfermedad que apenas le permitía caminar. Kaín observó al hombre. No tendría más de cuarenta y cinco años, pero sus movimientos lentos y torpes y las arrugas que cubrían su rostro le hacían parecer mucho mayor. Era alto y con hombros anchos, señal de que había sido un hombre fuerte. Tenía el cabello fino y liso de color plateado, corto por el cuello, con el flequillo largo y una escasa barba de dos días. Sus facciones eran duras, con una prominente nariz que acompañaba a la larga pero fina línea que era su boca.

—No se parece en nada a su hermana —le susurró Sisou a su amigo cuando el hombre pasó por su lado aprovechando que Seilyn no se encontraba cerca.

Ambos miraron a la chica.

—La verdad es que no.

Los dos rieron.

Tras despedirse de Seilyn y agradecerle la hospitalidad, los dos montaron en sus caballos cargados de víveres y tomaron el camino de vuelta al bosque donde los esperaban el capitán Reid junto a Baferson y Abigail.

El hidromiel les había hecho olvidar la discreción, pues recorrieron el camino cantando y riendo. Casi habían llegado al lugar cuando sus caballos se detuvieron de repente.

—¿Qué les ocurre? —preguntó Sisou.

—¿Cómo podría saberlo?

Kaín bajó del suyo e intentó calmarlo acariciándole la crin, pero no funcionó. Cada vez más nervioso, el animal se dio la vuelta y echó a correr sin dar tiempo a agarrarlo, mientras que el de su amigo comenzó a relinchar y a levantarse sobre sus patas traseras

de forma violenta, haciendo que Sisou cayera al suelo quedando enganchado por un brazo de las riendas. Su pierna crujió varias veces a consecuencia de los pisotones, haciéndole soltar un alarido de dolor.

Kaín se lanzó a tratar de cogerlo por las riendas, pero la bestia volvió a levantarse lanzándolo contra un robusto árbol. El golpe fue brutal, pero no sintió dolor alguno, solo notó que le faltaba el aire y que sus ojos empezaban a mezclar todo lo que veía. Un cosquilleo le subió por toda la espalda hasta la nuca mientras buscaba con la mirada a su amigo, al que aún podía oír lamentarse. Todo empezó a girar en su cabeza y su mundo se volvió más y más oscuro, pero luchó por no desmayarse. Mientras perdía la batalla, pudo ver fugazmente a un hombre llegar corriendo, y tras esto, dejó de sentir.

No debió pasar mucho tiempo hasta que un sabor a sangre en la boca y un intenso dolor en la espalda lo trajeron de vuelta, pero le costó asimilar la escena un buen rato. Los lamentos de Sisou lo tranquilizaron, pues era señal de que seguía vivo, pero frente a él, su caballo yacía tirado en el suelo con el cuello abierto en canal. De las sombras apareció alguien al que conocía bien.

Teori Baferson se acercaba jadeando, con su espada negra empuñada, de la cual caía un reguero de sangre hasta el suelo.

Kaín quiso reincorporarse, pero las fuerzas le fallaron. Quiso hablar, pero tampoco pudo sacar aire de su pecho para hacerlo. Todo empezó a tornarse negro de nuevo y ese cosquilleo volvió a recorrerle la espalda. Solo cerró los ojos mientras le pareció oír al loco gritar algo sobre un capitán muerto y una puta niña maga…

PRIMAVERA: CAPÍTULO 2: EL OCASO DEL REY

Cada día que pasaba le costaba más al viejo rey llegar por su propio pie a su refugio personal. Lo había visitado cada día desde que se instaló en Sadnavar hacía ya bastantes años. Era un pequeño jardín interior al que solo se podía acceder desde su estancia, en el corazón de la fortaleza real. Tenía un roble en el centro cubriendo un pequeño banco tallado en mármol. Las paredes estaban totalmente cubiertas por enredaderas y no había un solo palmo en el suelo sin algún arbusto en flor. Le gustaba sentarse allí después de cenar. Antes, para ordenar los pensamientos que se le amontonaban en la cabeza tras los duros días posteriores a la Guerra de Sucesión Sureña. Ahora, a veces pensaba que solo lo hacía para recordar cómo era antes, cuando su peso y su enfermedad aún le permitían moverse con normalidad. Lo cierto es que tenía la certeza de que había sido un buen rey. La paz se instauró pronto en el reino tras la guerra y los robos y asesinatos de antaño fueron desapareciendo.

Al principio, cuando su padre, Vapul Baltán, murió y él fue coronado, los detractores de este se encargaron de que no pudiese dormir ni una sola noche tranquilo. El Consejo Real le había advertido de que intentarían usurpar el trono con total seguridad, pero la gestión de su padre había generado tantos enemigos que no sabía quién sería el traidor. El Consejo ordenó matar a muchos hombres de poder de la ciudad por ser sospechosos de intento de traición contra la Corona, pero nunca imaginaron que el golpe llegaría desde el sur. Un tal Pried Mackay, un mago a quien, según le habían informado, llamaban «El Rey Blanco», había conseguido esparcir un discurso separatista entre la población sureña. En él aseguraba que la gestión del reino por parte de la casa Baltán había llevado a este a la terrible situación en la que se encontraba en ese momento, además de recordar fervientemente que quizás lo mejor

para todos sería que un mago se sentase en el trono. Para cuando se dieron cuenta, Mackay había reunido un ejército tan numeroso que se hizo con Las Flores, la principal ciudad del sur, en una sola noche.

A los guardias de la tormenta capturados que hubiesen nacido en el sur se les ofreció conservar la vida si cambiaban su capa por una blanca y le juraban lealtad al mago. Ahí se ganó el apodo de «El Rey Blanco». Como era de esperar, la mayoría de ellos aceptó sin dudar, pues eran hijos del sur y este había sido el sitio que más había sufrido la tiranía de su padre. No era de extrañar que pensasen que un rey sureño podía ser la solución a todos sus problemas.

Casius siempre había entendido la forma de ver las cosas de los sureños y nunca negó nada de lo que su padre hubiese hecho durante su reinado, pero sabía que su deber era ocupar el trono y morir defendiéndolo. Él no era como su progenitor, esperaba poder demostrarlo sin derramar sangre, pero no le dieron tiempo. El recién autoproclamado rey del sur junto con todos los aliados sureños avanzó hacia Sadnavar con un imponente ejército blanco y dorado de más de diez mil efectivos entre hombres y magos.

El viejo aún podía notar esa sensación en el pecho, una especie de pinchazo cuando recordaba el momento en el que desde el torreón de la fortaleza real vio por primera vez como el verde de los campos que los rodeaban se tornaba totalmente blanco. Desde la distancia parecía que hubiese caído una gran nevada de repente, pero no, sabía que lo que se avecinaba era algo mucho más duro que una simple noche de invierno.

El viejo rey miró hacia arriba. Sobre su cabeza, de una de las ramas del roble colgaban un par de bellotas. Se levantó y arrancó una de ellas para después metérsela en boca. Estaba muy amarga, pero era un sabor al que se había acostumbrado. Volvió a sentarse y se pasó las manos por el tobillo derecho.

—¡Maldita enfermedad! —gruñó en voz alta.

El mal de reyes le decían, pero todavía ningún curandero había conseguido darle una solución, o al menos, una explicación al por qué sufría esos terribles dolores en las extremidades. En los peores momentos no podía ponerse ni las botas, pues no había calzado donde cupieran sus pies, que llegaban a doblar su tamaño y se tornaban de un color morado oscuro. Su padre también sufrió el mismo mal al final de su vida, al igual que también su abuelo. «La maldición de los Baltán», solía llamarlo con resignación. Pero en aquella época aún no sabía lo que era esa sensación de fragilidad que la vejez y la enfermedad le traerían tiempo después. En esos tiempos sentía que tenía un deber, y decidió asumirlo.

La guerra entre la Guardia de la Tormenta y la recién creada Guardia del Sol duró todo un invierno y parte de la primavera posterior. Fue una época dura de muerte y devastación.

Casius amaba Skar y siempre sufrió cada batalla ganada o perdida entre lo que para él eran hermanos de la misma tierra. No fue un rey de palacio, encabezó la primera victoria a las puertas de Sadnavar. Durante esos meses luchó junto a sus guardias de la tormenta, comió del mismo caldero que ellos e incluso, las pocas veces que pudo, durmió junto a ellos. Tras la primera batalla se sucedieron otras muchas, la mayoría terminando con la victoria de su parte. Casius no quería una guerra, nunca la quiso, pero lo cierto es que le sirvió para ganarse el respeto de su ejército y del Consejo Real.

A Pried Mackay lo capturaron en la última gran batalla de la guerra a las puertas de Las Flores. Nunca olvidaría a ese hombre. Era más viejo, bajo y delgado de lo que imaginaba, con el pelo enmarañado y de color gris sucio. Vestía con la coraza blanca y dorada de su guardia, aunque en ese momento luciese de un color más cercano al marrón por la mugre.

Lo primero que se preguntó al verlo fue cómo ese hombre de apariencia débil había podido unir al ejército más grande visto en Skar desde la Gran Guerra. Pero en ese momento sintió pena por él. El Consejo Real había sido unánime en la decisión de sentenciarlo a muerte, pero Casius decidió jugar sus cartas. Era un hombre inteligente y sabía que el mago seguía teniendo muchos seguidores aun habiendo perdido la guerra que lo convertirían en mártir, así que le dio la oportunidad de conservar la cabeza e incluso le ofreció el control de Las Flores si se postraba. Pero el Rey Blanco no lo aceptó. Arrodillado y encadenado frente a él, el mago lo atravesó con sus penetrantes ojos azules, y dedicándole una sonrisa, pronunció sus últimas palabras.

—Sabes que es cierto, engendro Baltán, ninguno de vosotros debería haber llevado esa corona. Lo sabes, como lo sabrán todos.

Fue entonces cuando ordenó al comandante de la Guardia de la Tormenta de Sadnavar y justicia real, Tristán Belamour, cortarle la cabeza.

El viejo, con la mirada fija en el suelo, apretó los puños contra las rodillas.

—Puto Mackay… —murmuró.

El final del Rey Blanco acabó con la guerra, pero no con las muertes. Este, como temía, se convirtió en mártir y parte de la escasa comunidad maga decidió vengar lo que para muchos había sido un acto de odio hacia ellos.

Casius sabía que no todos los magos tomaban parte de esos crímenes, pero lo cierto es que sembraron el terror y el caos en el reino durante bastantes semanas. Fueron días oscuros, donde grupos de magos entraron en los hogares de hombres del reino y masacraron a todo el que se encontraba en su interior, niños incluidos. Usaron la magia para destruir pueblos y sembrar el caos en grandes ciudades, así como para reducir a cenizas monumentos y santuarios junto con todo el que orara en ese momento en su

interior, haciéndolos encontrar una agónica muerte cuando lo que buscaban era la salvación.

La comunidad maga era muy pequeña y cada vez nacían menos niños magos, fruto de los amoríos entre estos y los humanos, y Casius lo sabía. Pero también sabía que no existía nada más poderoso que la magia ni nada más peligroso que un mago. Así que fue entonces cuando sucedió.

Tras varios días de reuniones con el Consejo seguidas de varias noches llenas de hidromiel y vacías de sueño, el rey nombró señor de Las Flores a un sureño elegido por los señores de todas las casas del sur, llamado Priot Belross, y firmó el llamado Tratado del Sol, en el que todas las casas del sur juraban lealtad al reino, pero conservaban su propio gobierno y guardia, la misma que había luchado contra él en la guerra, la Guardia del Sol.

Gracias a esto, los sureños dejarían de temer la tiranía sufrida por parte de guardias de la tormenta no sureños en tiempos del reinado de su padre. Así, habiéndose asegurado la lealtad de todos ellos, tomó la decisión más difícil de su vida.

Dio orden de expulsar a todos los magos de Skar, prohibió la magia bajo pena de muerte y ordenó quemar todo libro o vestigio de magia. Así mismo, quien ocultase o ayudase a ocultar cualquier cosa relacionada con ella, sufriría la misma pena.

Esta vez fueron los magos quienes no tuvieron tiempo de reaccionar. Unos pocos se fueron por su propia voluntad y se les facilitó caballos y víveres a donde fuera que quisiesen ir una vez cruzasen las puertas traseras de Butterberd. Pero la mayoría sentía que Skar era su tierra al igual que lo era para los humanos. Muchos de ellos con hijos e incluso nietos humanos se mudaron de ciudad ayudados a veces, como siempre había sabido Casius, por familias no magas que no apoyaban la ley. En esas nuevas ciudades se hicieron pasar por humanos y pudieron quedarse. Otros muchos lo intentaron, pero fueron vendidos a la Guardia por algún que otro

vecino que conocía el origen de su familia, ya fuese por miedo o por unas cuantas monedas de oro.

Los pocos que intentaron luchar fueron masacrados por el reino. Durante un tiempo, se unieron y se ocultaron en el Bosque de los Susurros, al norte, pero los guardias de la tormenta terminaron llegando, haciéndolos atrincherarse en el viejo castillo abandonado conocido como Bastión Olvidado. Allí se hicieron fuertes gracias a los aún resistentes muros del lugar y a sus poderes y hechizos, pero también terminaron siendo masacrados.

Al viejo le pesaba la idea de lo que pasó esa noche en aquel lugar. El Consejo le aseguró que era la única forma de acabar con ellos de una vez por todas, pero, aun así, sabía que, si daba la orden, nunca se quitaría ese estigma de encima. Pero la dio.

Esa noche lanzaron ánforas llenas de aceite dentro de las murallas, luego el negro cielo se cubrió de fuego. Las flechas acabaron con los magos que montaban guardia en las almenas, así como con los que simplemente paraban en el patio exterior. Pero la peor parte fue para los que dormían. Las llamas no tardaron en envolver todo el castillo convirtiéndolo en un colosal horno que los quemó poco a poco. Los desgarradores gritos que salían del interior enmudecieron a los guardias, quienes se miraban unos a otros horrorizados por lo que acababan de hacer. No hubo supervivientes magos esa noche.

Casius entró al bastión a la mañana siguiente. El patio delantero estaba lleno de cadáveres calcinados y emanaba un penetrante olor mezcla de madera y carne quemada. Pero lo que lo hizo arrodillarse devastado delante de todo el que lo acompañaba, llorando y pidiendo perdón, fue lo que vio en el salón principal. Familias enteras, decenas de niños, algunos ni tan siquiera habrían aprendido a caminar, asados vivos. Eran figuras desplomadas por todas partes, algunas agarradas a otras, de color rojo oscuro y negro, en las que no existían rasgos, piel, ni cabello.

El rey volvió a apretarse las rodillas a la vez que cerraba los ojos. Se le hacía duro recordar eso. Siempre había sabido que recordarlo cada día del resto de su vida sería su precio a pagar, pero no había otra opción si quería que las muertes cesaran.

—Majestad, vuestro baño está preparado —dijo de repente una voz femenina que lo sacó de sus pensamientos.

Era Viame, su sirvienta personal. A veces pensaba que quizá era la persona que mejor lo conocía, y por seguro, era en la que más confiaba de todo Skar. Llevaba sirviéndole desde que era una chiquilla, cuando la cogieron escondida en la bodega de un barco procedente de las Islas del Oeste. Al principio todos se opusieron a que una salvaje negra entrara en el servicio, pero él sabía que de no ser así esa niña hubiese terminado vendida a alguna casa de placer, violada, o muy posiblemente asesinada.

—Gracias, Viame. Dame unos minutos para ver si consigo levantar este viejo culo.

La mujer, con un vestido largo de color gris y blanco, se apresuró a ayudarlo a incorporarse. Ambos caminaron lentamente agarrados del brazo hasta llegar a la habitación.

Además del baño, había puesto incienso a quemar junto al catre, cuyo humo se mezclaba con el vapor que emanaba del agua caliente. Casius se desvistió sentado en una silla que Viame había preparado junto al baño, ayudado en todo momento por ella. No solía gustarle que le ayudaran a asearse, pero desde hacía tiempo la enfermedad no le dejaba otra opción. La mujer lavó su cuerpo y su pelo con cuidado como ya había hecho en muchas otras ocasiones, masajeando su cabello con aceite de romero y aplicándole esencia de lavanda en la barba tras habérsela recortado.

—Viame, por favor, ¿podrías traerme una copa de ese veneno al que llaman vino? —le pidió cuando la sirvienta hubo terminado.

—Ya sabéis lo que os dicen los curanderos sobre beber —advirtió ella mientras llenaba la vieja copa de oro.

—Lo sé, querida. Sé que quizás no sea lo más recomendable para mi enfermedad, pero te aseguro que sí lo es para mi cabeza. —Casius sonrió.

La mujer le dio la copa y se dirigió hacia la puerta, pues sabía que al viejo le gustaba relajarse un rato a solas.

Mientras la veía salir, el rey sintió miedo por un momento. Era un miedo que ya había sentido más veces y que se manifestaba en forma de una fuerte presión en el pecho. No tenía miedo a morir, ni al dolor, tenía miedo de que algún día esa mujer que quería como a la hija que nunca había podido tener no volviese a entrar por esa puerta. Tenía miedo a quedarse solo.

En no pocas ocasiones le había ofrecido abandonar el servicio para que buscase marido, tuviese hijos, formase una familia… E incluso le ofreció una pequeña porción de tierra al noroeste de Sadnavar en un pequeño pueblo llamado Pickers. Pero ella siempre eligió permanecer a su lado. Pasó toda su juventud sirviéndole, y así seguía ahora que peinaba algunas canas que resaltaban en su abundante cabello rizado de color negro azabache.

El rey se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo. Le gustaba ese vino. Era incluso mejor que el de Printea, ciudad sureña famosa por sus campos de uvas. Tenía que acordarse de informarse de qué lugar procedía.

Cerró los ojos, recostado y sumergido en el agua aún caliente. Como siempre, recordaba a Eleonora, su esposa. Había fallecido plácidamente años atrás mientras dormía. No sufría de ningún mal ni acusaba de dolor en su cuerpo. Era como siempre había sido, una mujer fuerte y con carácter que asumió su papel de reina consorte y que lo acompañó en cada uno de los momentos importantes de su vida. Aún la amaba con toda su alma. Ella nunca le dio hijos, y eso supuso una constante presión por parte del Consejo. Pero Casius

decidió sacrificar su apellido con tal de no separarse de su amada. Él era el último de su casa, pues su único hermano murió víctima de la fiebre roja cuando aún era niño.

Sabía que, tras la muerte de su esposa, muchos señores de casas importantes que acudían mostrándole sus condolencias se frotaban las manos, pues tenían hijas en edad de concebir. Pero a pesar de las recomendaciones del Consejo, Casius se negó si quiera a reunirse con ellos. El amor de su vida ya no estaba y nadie ocuparía nunca su lugar. La echaba de menos, pero se consolaba al pensar que le quedaba poco para volver a encontrarse con ella. A veces era lo único, junto con Viame, que le importaba.

El viejo sonrió al pensar que su padre estaría revolviéndose en su tumba al saber que casi mil años de reinado de la casa Baltán acabarían por culpa de su único hijo vivo, pero eso a él no le importaba en absoluto, ya no. Tras su muerte, según las leyes de Skar, al no tener descendencia, siempre y cuando no se hubiese nombrado un sucesor, los señores de cada una de las siete ciudades más importantes, Sadnavar, Butterberd, Tiberia, Las Flores, Cipella, Printea y Trovaos, postularían al trono y el nuevo rey sería elegido entre ellos por el Consejo Real.

Tardó un buen rato en acabarse el vino. Se dio cuenta, pues ya podía notar el agua fría que lo envolvía. Llamó de nuevo a Viame que lo ayudó a salir del baño, a vestirse y a meterse en el catre antes de pedirle permiso para retirarse a descansar. La noche fue larga, habiéndose despertado decenas de veces atacado por el terrible dolor que le producían sus hinchados pies. Si la enfermedad le hacía sufrir por el día, por las noches era mucho peor. Viame siempre le dejaba la pipa cargada con hierbas del sueño que el gran maestre Hardy cultivaba en Patts, y esa noche tuvo que encenderla en más de una ocasión para calmar el dolor. Pero como tras toda noche, por larga que fuera, llegó el amanecer.



Javier Cudella, el capitán de su Guardia Real desde hacía treinta años, había sido el encargado de despertarlo esa mañana con los primeros rayos del sol. Poco después, Viame junto con dos muchachas pidieron permiso para servir el desayuno. Comió varias piezas de pan dulce que notó que estaban recién horneadas y las acompañó con una jarra de leche caliente con vino rojo. Luego, Casius se acercó al espejo que colgaba de la pared, justo encima de una pequeña mesa de roble negra sobre la que reposaba su corona, junto con varias hojas de papel amarillento. Su rostro parecía cansado, con unas grandes ojeras negras que hacían que sus ojos pareciesen dos oscuros pozos. La barba, que si alguna vez fue roja y que ahora estaba cubierta de canas y era más bien gris y amarilla, cubría la mayor parte de su cara, plagada de arrugas. Se puso la corona sobre la cabeza y salió de la habitación.

Fuera lo esperaba Javier Cudella con otros cuatro guardias reales. El uniforme de la Guardia Real era muy parecido al de la Guardia de la Tormenta, con botas, coraza y yelmo negro, al igual que las grebas y los brazales. La diferencia residía en la capa, pues era roja, así como los guantes y el cinturón.

—Buenos días, señores.

—Buenos días, majestad —contestaron los cinco al unísono a la vez que plantaban la rodilla en el suelo.

Antes las audiencias se realizaban en el salón principal, pero se volvió imposible desde hacía tiempo, pues se encontraba en el otro extremo de la fortaleza y había bastantes escalones que subir, algo

imposible para el rey en los peores días de su enfermedad. Así que este decidió trasladar el trono hasta el antiguo comedor, pues los dos salones eran casi igual de grandes y se encontraba al final de un pasillo a la izquierda de su estancia.

Solía llegar mucho antes que el Consejo, pero esa mañana ya lo esperaban de pie junto al trono. Los cuatro hombres vestían la misma túnica gris con adornos dorados y piedras rojas y verdes, y de sus cuellos colgaban collares de oro y llamativas joyas.

—Me complace observar que esta mañana vuestro mal os ha dado una tregua, majestad —se apresuró a decir Víctor Blus, que, si bien contaba con más de sesenta años, era el más joven del grupo.

—Sí, Víctor. Parece ser que la hierba del sueño me ha dado al menos la opción de poder venir aquí —le dijo sonriendo al pequeño hombrecillo de pelo y bigote plateado.

—Bien, empecemos cuanto antes si no les importa, señores.

Casius subió a su viejo trono de roble. Como de costumbre, Víctor Blus y Dean Becki se colocaron a su izquierda, mientras que Parrot Williams y Raid Coll lo hacían a su derecha. Los cuatro guardias y Javier Cudella en el centro se cuadraron unos metros por delante cerrando el paso a los escalones que conducían a la tarima sobre la que permanecía el trono.

Esa jornada, como era normal, fueron llegando hombres y mujeres de todo Skar, algunos simplemente para presentarle sus respetos, otros, buscando solución a algún problema que les preocupaba. La mayoría estaba formada por ciudadanos de clase media de Sadnavar, agricultores, artesanos, etc. Pero a veces también llegaban señores de casas importantes pidiendo facilidades de mercado, ofreciendo algún que otro hijo o hija para servir en la fortaleza o buscando mediación a rencillas entre casas.

Pero ya avanzada la mañana, tras un herrero que pedía indignado que se le pagara algo más por su trabajo, entró en la sala

un hombre alto, de unos cuarenta años. Tenía el pelo rizado y corto color negro y lucía un curioso bigote cuidadosamente rizado hacia arriba acompañado de una larga perilla. Vestía una coraza de acero negro, adornada con una capa azul con rombos amarillos. Casius lo reconoció al instante. Era Rico Hart, el señor de Butterberd. Su familia gobernaba Butterberd desde mucho antes de la Guerra de Sucesión, y era sin duda una de las más poderosas de todo Skar, si no la que más. Por suerte, también había sido siempre de las más fieles al reino. Su apoyo en la Guerra de Sucesión Sureña fue determinante, pues contaba con un ejército que igualaba en fuerzas al de Sadnavar, la capital del reino. Además, Klaus Hart, padre del presente Rico, había sido un gobernante rígido con una capacidad innata para darse a respetar a la vez que contentaba a la mayoría de su pueblo preocupándose de tener las calles limpias de malhechores y las barrigas de casi todos llenas de comida. Klaus apoyó de manera incondicional el éxodo de los magos y fue una pieza clave en este, pues eran las gigantescas puertas traseras de acero de su ciudad por las que todos ellos abandonaron Skar para nunca volver.

—Cada día os parecéis más a vuestro padre, que los dioses lo tengan en su gloria

—se adelantó a decirle Casius mientras el hombre se arrodillaba frente a los escalones.

—Sería un honor parecerme a mi padre, majestad, o acercarme siquiera a sus logros, pero hago lo que puedo —le sonrió este mientras se incorporaba.

—¿Qué tal se encuentra Laura, vuestra esposa?

—Siempre ocupada de cuidar a mis hijos, majestad, aunque aún es capaz de poner la ciudad patas arriba si se lo permitimos…

Casius soltó una carcajada.

—Me alegra escuchar eso, ha salido a su padre. Y bien, ¿a qué se debe el hecho de que el mismísimo señor de Butterberd acuda en

persona y sin aviso a la capital?

—Veréis, majestad, como ya sabéis las cosas en Butterberd van bastante bien, cada vez más jóvenes acuden a la fortaleza pidiendo unirse a la Guardia de la Tormenta. Los campos de cultivos están próximos a dar lo que parece ser la mejor cosecha en años, y el ganado pasta sin cesar. Podría aseguraros que tenemos las vacas más gordas de todo Skar.

Casius sonrió.

—Y ¿entonces? ¿Cuál es el problema?

—Majestad…

Rico miró fugazmente hacia izquierda y derecha.

—Creo que es un tema que deberíamos tratar en un lugar más privado.

Casius frunció el ceño en un gesto de preocupación mientras los cuatro consejeros se miraban y murmuraban entre ellos.

—Perdonad a mi Consejo, lord Hart, con la monotonía de palacio han olvidado incluso cómo guardar silencio. Sir Cudella, mande cerrar las puertas, no recibiré a nadie más hoy. Luego, que se encarguen de que a ninguno de los acompañantes de lord Hart les falte de nada.

—Gracias, mi rey —dijo el señor de Butterberd mientras hincaba una rodilla en el suelo.

—Ya casi es la hora de comer. Compartiremos mesa y hablaremos en un rato.

Casius hizo un intento de levantarse del trono, pero un agudo pinchazo le recorrió desde el tobillo derecho hasta la rodilla y le hizo desistir. Víctor Blus se acercó a ayudarlo seguido de Raid Coll. Lo acompañaron de vuelta a su estancia mientras que el rey apretaba la mandíbula a cada paso que daba.

Para cuando llegaron a la entrada hacía ya rato que las puertas del auditorio se habían cerrado. Viame lo esperaba con unos paños calientes humedecidos en aceite de hierbas de Patts, que, tras las largas jornadas de auditorías sentado en el incómodo trono, le proporcionaban un pequeño alivio en sus pies.

La mujer le quitó las botas con dificultad mientras que el viejo se agarraba con fuerza al almohadón de su catre. Viame miró sus piernas increíblemente hinchadas y moradas.

—Majestad, ya os han hecho saber en incontables ocasiones que no es necesario que asistáis a las auditorías, para eso está el Consejo. Vuestros pies… Cada mañana están peor, podríais…

Casius levantó una ceja invitándola a continuar.

—No me malinterpretéis, no dejéis al Consejo la total toma de decisiones, pero no sé, podríais reuniros con ellos aquí, en vuestra habitación. O en el jardín, si lo deseáis.

—¿Y dejar que todos vean como el último de los Baltán no es capaz siquiera de sentarse en el trono? Seguro que muchos se alegrarían de ello.

—Vos habéis sido el mejor rey que Skar ha tenido en su historia, y el más valiente. Mi señor, poca gente en este reino se alegraría si os pasase algo.

—Te equivocas, querida. Cuando yo muera, perros hambrientos de carroña se lanzarán sobre mi cadáver. La mayoría de los que hoy dicen quererme correrán a dar el primer bocado e intentarán llevarse la mayor tajada posible. Nunca tuve hijos que defiendan mi nombre y mi casa, y los pocos fieles con los que cuento se verán obligados a serlo de otro. Por eso es importante que nunca me vean así.

Se miró los pies mientras Viame los envolvía con los paños.

—Estoy segura de que infravaloráis los sentimientos de vuestro pueblo hacia vos, mi rey.

—Y yo estoy seguro de que tú me valoras demasiado.

La mujer le sonrió.

—Por cierto, Viame, hoy comeré en el patio, tengo visita. Haz que preparen una mesa bajo el árbol y que traigan bastante vino. Si el joven Rico es como su padre, no habrá suficientes vasijas en la ciudad para saciar su sed.

Pasó un buen rato hasta que todo estuvo listo. El servicio, como les había indicado Viame, había preparado una pequeña mesa de madera oscura en el lugar indicado. El Sol brillaba, pero en ese lugar siempre hacía una temperatura agradable.

Casius esperaba sentado en la mesa atiborrada de grandes bandejas de oro que contenían diferentes viandas, algunas de ellas confitadas y otras guisadas. Había también una gran pieza de pan blanco con sal y otro plato con uvas tanto amarillas como negras.

Rico Hart llegó escoltado por Javier Cudella y Rigo Andrews, pero este último salió de la habitación para guardar la entrada junto a otros dos guardias. Solo el capitán se quedó, inmóvil a unos metros de la mesa. Hart, tras hacer una reverencia, se sentó frente al viejo rey al tiempo que Viame le llenaba la copa de vino. Cogiéndola con dos dedos en un extraño gesto, bebió un sorbo.

—Me alegra saber que por fin se ha dejado de producir vino en Sadnavar y han decidido traerlo de Printea.

El rey soltó una carcajada.

—No os condenaré a muerte por eso, podéis estar tranquilo. Nuestro vino siempre me pareció basura. Lo cierto es que no es de Printea, no sé muy bien de dónde procede.

—Aquí elaboráis el segundo mejor hidromiel de todo Skar, si os sirve de consuelo.

—¡¿El segundo?! —exclamó Casius con el ceño fruncido—. Creía que en eso nuestras barricas no tenían rival.

—Bueno, mi rey, y así es, de momento. El próximo invierno prometo mandaros varios barriles de nuestra especialidad.

El viejo se llevó la copa de vino a los labios sonriendo.

—¿A eso se dedican ahora en su tiempo libre los Hart?

—¿A qué mejor cosa podríamos dedicarnos?

—Se nota que sois hijo de vuestro padre. Él también tenía una enfermiza pasión por el hidromiel.

Ambos soltaron una carcajada.

—¡Por vuestro padre! ¡Que Dragha lo tenga en su reino!

Ambos chocaron sus copas derramando gran parte de su contenido sobre la mesa.

Charlaron un buen rato mientras engullían y bebían sin parar todo lo que el servicio había dispuesto sobre la mesa. Había pasado ya tiempo desde que Viame había retirado la sobras cuando sirvió al rey una jarra de leche tibia con vino rojo y ofreció otra a Rico, pero este prefirió seguir tomando hidromiel.

—Y bien —dijo Casius pasándose la mano por el bigote manchado de leche—, creo que va siendo hora de que pasemos a ese asunto tan importante que os ha traído hasta aquí.

—Se trata de los elfos, majestad —se apresuró a decir.

El viejo no esperaba esa respuesta, pues hacía ya casi mil años desde que la Gran Guerra había separado para siempre a los humanos de los elfos. Butterberd se construyó precisamente para servir como frontera entre los dos pueblos. Ellos no volverían a Skar y los humanos no cruzarían el Paso de los Dioses ni se aproximarían

a sus costas. Nada se sabía de ellos desde entonces, y como se solía decir, era mejor así.

—¡¿Elfos?! ¿Se han acercado a las murallas?

—No, mi rey, al menos que sepamos. Pero algo está sucediendo al norte en el Bosque de los Dioses. Cuando el viento sopla hacia el sur, los guardias de las murallas dicen oír el sonido del acero.

—¿Acero? Eso es imposible. Los elfos no usan el acero.

—Cierto, ese es el problema.

Casius se inclinó hacia delante invitando al señor de Butterberd a seguir hablando.

—Los elfos no usan el acero porque este se trabaja con fuego, y como bien sabéis el fuego es el elemento prohibido de su pueblo —dijo antes de tomar un sorbo de su copa—. O eso se pensaba hasta hace unos meses.

—¿Qué me queréis decir?

—El Bosque de los Dioses arde, mi rey. Al principio solo eran unas pequeñas columnas de humo a una semana aproximadamente de camino desde la ciudad, pero fueron apareciendo más y cada noche están más próximas.

—¿Por qué iban a querer los elfos quemar su bosque?

—Veréis, majestad… —El señor de Butterberd se peinó el bigote con los dedos mientras parecía buscar las palabras correctas—. No creo que sean los elfos quienes lo están haciendo, da la impresión de que están en guerra.

Casius se llevó la mano al pecho intentando calmar ese pinchazo que empezaba a subirle hasta la garganta.

—¡Imposible! —soltó dando un puñetazo en la mesa—. ¿Quién osaría atacar a los elfos?

—Esa, majestad, es la pregunta. Pero creedme cuando os digo que todo apunta a ello.

—Creo que vuestra mente, joven Hart, va más rápida que los acontecimientos. Sin duda es preocupante lo que contáis, pero el pueblo de los hombres juró no involucrarse en asuntos de los elfos. Todos conocemos la historia, lord Hart, y sabemos de lo que es capaz su pueblo. Sabrán defenderse de lo que sea que los amenace. Pocas criaturas son más peligrosas que un elfo en su bosque.

—No me cabe duda. Es a las puertas de mi ciudad a las que vuelve algún que otro desterrado suplicando que se le permita volver a Skar. No son muchos, pero los que lo han hecho preferían morir de sed o ejecutados por las flechas de los guardias antes que volver al bosque. No puedo imaginar los horrores a los que esas malditas criaturas verdes los someten… Pero ellos siempre han respetado el tratado. Nunca han intentado siquiera acercarse a las puertas de Butterberd. Lo que sea que los amenace se acerca también a nosotros. Quizá tengáis razón y los elfos acaben destrozándolo, o cabe la posibilidad de que no. Y tendríamos un problema.

Rico acabó con lo que le quedaba en la copa de un largo trago mientras que el rey hizo un gesto a Viame, que se apresuró a llenarla de nuevo.

—¿Y qué proponéis, lord Hart? —preguntó temiendo conocer la respuesta.

—Pido permiso para enviar algunos hombres al Bosque de los Dioses. Irán sin armadura ni exhibirán el escudo de la Guardia. En el caso de ser capturados dirán que son desterrados de Skar. Los elfos nunca sabrán que son guardias ni enviados de la Corona.

—Lo sepan o no, estaríamos faltando a nuestra palabra.

—Mi apellido es Hart, mi rey, nadie ha hecho respetar más ese pacto que mi familia.

—Y siempre lo habéis hecho de forma honorable. ¿Qué creéis que os diría el viejo Klaus Hart en mi lugar?

—Eso es algo que suelo preguntarme constantemente. Mi padre era un hombre impredecible, no sabría contestaros, pero sí puedo deciros que solo había una cosa que mi padre amase más que el hidromiel, Butterberd. Y puedo aseguraros que haría lo que fuese necesario para protegerla.

—¿Aun teniendo que faltar a su honor?

Casius lo miró fijamente.

—¿Qué es el honor, mi rey? ¿Existe algún escrito, en Patts quizás, que lo detalle?

—Todos distinguimos el bien del mal, lord Hart, todos sabemos cómo se debe actuar.

—Eso es cierto, cada uno dicta las leyes de su propio honor, majestad, y para mi padre el mayor de los honores siempre fue defender su ciudad. No dudo que se hubiese saltado mil tratados con tal de protegerla.

El viejo sabía que lo que decía era cierto, aunque en otros tiempos Klaus Hart ni siquiera hubiese cruzado la distancia hasta Sadnavar para pedirle a él permiso. Klaus habría sido más impulsivo que su hijo. Para bien o para mal, habría actuado por su cuenta, pero, aun así, ese hombre llevaba la sangre de los Hart, quizá adornada con diplomacia y buenas formas, pero sus ojos azules y la constante media sonrisa grabada en la cara dejaban claro que era hijo de quien era.

—Está bien, lord Hart. Mañana a primera hora de la mañana reuniré al Consejo y le trasladaré la situación. Si lográis convencerlos a ellos, no me opondré a vuestra petición.

Rico sonrió a la vez que se levantaba de la silla.

—No sabía que fuese necesario pedir permiso al Consejo.

—Y no lo es, pero esos cuatro están demasiado aburridos, notarían que algo sucede a sus espaldas y no quisiéramos ofenderlos, son los mejores buscando información y también ocultándola. Pueden sernos muy útiles.

—Si creéis que es lo mejor, así será, majestad.

Rico se llevó una mano al pecho a la vez que inclinaba la cabeza en señal de respeto.

Javier Cudella lo acompañó hasta la puerta de la habitación mientras Viame llegaba para ayudar al rey a levantarse junto a tres muchachas que se dispusieron a recogerlo todo.

Esa noche el rey volvió a ver al maldito Pried Mackay. Nunca había dejado de visitarlo en sueños. La escena siempre era la misma y sus palabras seguían repitiéndose como un eco en su cabeza aun cuando despertaba: «Sabes que es cierto, engendro Baltán, ninguno de vosotros debería haber llevado esa corona. Lo sabes, como lo sabrán todos». Después de eso, la cabeza caía rodando por el suelo, sonriendo sin dejar de mirarlo.

CAPÍTULO 3: EL HOGAR DEL CUERVO Y LA LUNA

Según las palabras de Baferson, se echó a dormir tras una arboleda y dejó al capitán Reid afilando su hacha hasta que los caballos lo despertaron de golpe. La escena que encontró cuando llegó al lugar fue la misma que encontró Kaín poco después. Faltaba la joven, al igual que los dos animales. En la oscuridad le fue difícil localizar al capitán, pero al acercarse a lo que en un principio le había parecido un arbusto, lo vio. El viejo yacía hecho un ovillo en el suelo con las manos agarrándose las rodillas aún. Kaín hubiese pensado que seguía vivo si no fuese por las cuencas vacías de sus ojos de las que aún salían sendos regueros de sangre, la misma que le cubría todo el rostro. Tenía la boca mucho más abierta de lo que cualquier hombre podría abrirla, y doblada hacia un lado en un ángulo imposible por cuya comisura colgaba la lengua.

—Parece que haya muerto aterrorizado —dijo Kaín acuclillándose para verlo más de cerca—. Pueden haber sido asaltantes —añadió.

—¿Qué asaltante se detendría a hacerle eso a su víctima? Esto no ha sido obra de ningún asaltante, Belamour —espetó Baferson.

—¿Cómo podría una niña hacerle esto a un hombre como el capitán? —preguntó Kaín al tiempo que se percataba de que la carne que debía cubrir los dedos del capitán había desaparecido, quedando la piel gris y pegada al hueso, haciéndolos parecer un montón de ramas secas, duras como piedras.

—¿No está bastante claro? Esa puta niña no es humana. Solo puede tratarse de una maga… Ya viste la reacción de los caballos al acercarse al lugar. ¿Qué otra cosa puede explicar esto?

—Si así fuese, podría haberse ahorrado bastantes días de sufrimiento, ¿no creéis?

Baferson gruño pensando en qué responder.

—Quizá quería que la trajésemos hasta aquí —dijo por fin—. Lo único seguro es que estamos muy jodidos ahora.

—Aún tenemos algo de oro, podemos comprar caballos en Verhim. No serán gran cosa, pero espero que puedan llevarnos hasta Tiberia. Allí la Guardia de la Tormenta nos facilitará nuevas bestias y podremos reabastecer víveres…

—¿Y qué crees que pensará ese cerdo de Darco Tyrois cuando me vea aparecer contando que una puta niña maga le sacó los ojos a mi capitán?

—Tendrá que creerlo…

Baferson soltó una carcajada.

—Quizá te crea a ti. Los señores suelen creer a los niños de alta cuna… Ni tú ni tu amigo conocéis a ese cerdo que se hace llamar señor de Tiberia, pero a mí me cortará la cabeza en el momento en el que pise su ciudad.

Kaín sabía que eso era cierto. La palabra de Baferson hacía tiempo que había dejado de tener valor y su sola presencia asqueaba y aterrorizaba a ricos y pobres por igual. Pero también sabía que el viaje a Sadnavar era largo y un hombre como Baferson podía significar la diferencia entre vivir o morir.

—El plan no tiene por qué cambiar. Nos esperaréis a las afueras de la ciudad, nadie sabrá que andáis cerca.

—¿Y qué les dirás cuando pregunten por mí? Si me permitieron seguir vistiendo la capa negra fue gracias a ese viejo… Sin su protección, muchos intentarán quitármela a bocados. Créeme, medio reino lo hubiese hecho ya de no ser por él… o lo hubiese intentado.

A Kaín le dio la impresión de que al loco le producía satisfacción el odio que generaba. A pesar de su locura, Teori tenía razón, y el joven sabía que de difícil manera podría convencerlo de lo contrario, y mucho menos obligarle a acompañarlos. Con la ayuda de Sisou dudaba de que pudiesen hacerlo, pero con su amigo tullido no tendría la más mínima posibilidad contra él.

—No voy a hacerte daño ni a ti ni al largo. De querer haberlo hecho, habría bastado con dejar que ese caballo os aplastara. —Teori clavó los ojos en él—. Te diré lo que haremos. Bajarás de nuevo a ese pueblucho, conseguirás dos caballos y volverás con ellos. El largo y yo te esperaremos escondidos cerca de aquí. Yo tomaré uno de ellos y me iré. Creo que ha llegado la hora de mi retiro. Vosotros podéis hacer lo que os plazca, eso me da igual.

—¿Hacia dónde iréis?

Baferson respondió con una sonora carcajada.

—¿De verdad piensas que te lo diría? Eres un Belamour, tu lealtad a la Corona te impediría no delatarme.

—No puedo negároslo…

Teori se dio la vuelta y empezó a caminar hacia donde esperaba Sisou.

—Por cierto —dijo de repente sin ni siquiera mirar al joven—, si has pensado en volver acompañado, basta decir que tu amigo dejará de lamentarse por su pierna… ¡Estás perdiendo el tiempo, Belamour!

Kaín volvió a bajar en dirección al bosquecillo en total oscuridad salvo por las lanzas de luz de luna que se colaban entre los pocos huecos que dejaban los árboles. Era el mismo camino que había recorrido un rato antes, pero solo y a pie se sentía distinto.

En no pocas ocasiones le pareció ver dos pequeños ojos entre los matorrales, amarillos como pequeños faroles, de algún zorro o

gato salvaje. Sabía que no eran lobos, pues de lo contrario ya se lo habrían hecho saber.

La paz y tranquilidad del lugar seguían estando presentes, pero el joven esta vez la percibía de forma agobiante, opresora. Caminaba todo lo deprisa que sus pies le permitían, intentando no perder en ningún momento de vista lo que tenía a sus espaldas, aunque sabía que era inevitable hacerlo de vez en cuando, sobre todo cuando algo rompía el silencio pasando entre la maleza. Nunca el ladrido de perros le había sonado tan bien. Había llegado de nuevo al pueblo.

Se dirigió al extremo derecho de este, donde se encontraban los establos, dos grandes chozas de madera dentro de un cercado lleno de pasto y cuatro abrevaderos de piedra entre ellas. Justo a su izquierda, había una pequeña casa de una planta iluminada por dos farolillos que colgaban en la entrada. La puerta, de madera tachonada y con una ventanilla superior protegida por barrotes de metal al igual que las dos ventanas delanteras, debía valer más que muchas de las casas que Kaín había visto. Un tablón de madera vieja colgaba de una viga horizontal en el que se podía leer «Establos del abuelo Ben». La casa estaba cerrada a cal y canto, por lo que el joven empezó a aporrearla. No tardó en abrirse un poco la ventanilla dejando salir un haz de cálida luz amarilla proveniente de una vela.

—¿Sabéis la hora que es? —preguntó una voz de hombre aguda y con un leve tartamudeo.

—Disculpad, buen hombre. Mi nombre es Kaín Belamour. Solo quería comprar dos caballos para continuar mi viaje. Se que no son horas… Pero se trata de un asunto de la Corona.

—¿Sois guardia de la tormenta?

—Lo soy, señor —mintió.

El hombrecillo tras la puerta abrió del todo la ventanilla para analizar a Kaín de arriba abajo.

—No suelen viajar solos los guardias de la tormenta… —dijo arqueando una de las espesas y despeinadas cejas blancas a la vez que intentaba sin éxito taparse la falta de pelo superior con el poco que le salía de los laterales y la nuca.

Kaín aprovechó para analizarlo también. Era bastante más bajito que él, pues apenas llegaban sus ojos a la altura de la ventanilla, misma que al muchacho llegaba al pecho. Era ya anciano y tenía la cabeza descompensada con el pequeño y escuálido cuerpo, cuyos huesudos hombros marcaban la caída de un largo batín de dormir blanco.

—Tenéis razón, mis compañeros aguardan en la taberna. Ellos me enviaron mientras se abastecían de víveres para el camino.

Mentir no era del agrado del joven, pero estaba claro que no haría ningún trato con ese hombre si le contaba la verdad.

—Ya entiendo… Sois el novato, ¿no?

El hombre dejó escapar una sonrisa.

—¿Cómo decís?

—Que está claro que sois el novato. El más joven de vuestro grupo. Y os han mandado a hacer el trabajo mientras ellos se emborrachan… Típico.

El hombrecillo cerró la ventanilla para, tras el sonido de tres pestillos abriéndose uno tras otro, abrir la puerta. A pesar de lo que esperaba, Kaín se sorprendió al ver que este era aún más pequeño de lo que parecía, estando seguro de que el pequeño banco de madera junto a la puerta lo usaba para llegar a la ventanilla y los pestillos superiores.

—Acompañadme, joven —dijo mientras salía arrastrando el batín hacia los establos.

Haciendo uso de todo su cuerpo, arrastró el gran pestillo casi igual de grande que él que cerraba el lugar. Dos gigantescos perros negros con el pecho y el hocico marrones se apresuraron a salir a saludar a su dueño junto a quien parecían caballos. Pronto se percataron de la presencia de Kaín y se acercaron moviendo el rabo.

—Tranquilo, os han visto conmigo, saben que sois amigo.

De cerca, eran aún más imponentes y a Kaín le impresionó el tamaño de sus cabezas en concordancia con la de su dueño.

—No esperéis gran cosa, hace una semana una guarnición llegó y compró la mitad de las bestias.

Kaín recorrió todo el establo, un pasillo central con cuadras individuales a ambos lados, mientras el hombre hacía algún comentario acerca del animal ante el que el joven se detenía a observar. Todos ellos, unos doce, eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para tal viaje.

Del segundo establo, eligió dos bestias de tiro, aunque algo delgadas, marrón y blanca la primera y parda la segunda. Tras haber pagado casi el doble de su valor por ellas, pero a sabiendas de no tener muchas más opciones, Kaín montó en la marrón, tras la cual ató a la otra, y se dirigió a las afueras del pueblo de nuevo en dirección al bosque del que hacía poco rato deseaba salir.

Lo recorrió bastante más rápido que antes, sin poder quitarse de la cabeza la situación en la que se encontraba. Aunque en un principio prefirió creer a Baferson, con el pasar de las horas empezaron a surgirle dudas. Le costaba encontrar la razón por la cual, si esa niña era maga, no había escapado antes, y la casualidad de que lo hubiese hecho justo cuando Teori no estaba presente… era sospechosa. Pero, aun así, Kaín no encontró una razón por la cual el loco asesinaría al hombre que garantizaba su estatus. El joven había convivido bastante tiempo en Patts como para saber que Reid era lo único por lo que Teori parecía sentir algo parecido a la amistad, así que la teoría de que hubiese sido el asesino quedaba descartada.

Por otro lado, el cuerpo del capitán parecía no tener corte o herida alguna, aparte de la falta de los ojos y la mandíbula descoyuntada. Y sí, seguro que Baferson había hecho cosas parecidas e incluso peores, pero no parecía que fuese el caso. Era cierto lo que le dijo, podría haberlos dejado morir y no lo hizo. Eso significaba algo. En cuanto a dejarlo ir, tampoco tenía más opción. Además, aún no era guardia de la tormenta y a todos los efectos, Baferson sí. Al menos por el momento.

Cuando llegó, Teori había descuartizado la mitad del caballo que había matado antes y había llenado las alforjas con trozos de este envueltos en hojas verdes y con todo lo que pudo recoger de lo esparcido por el suelo.

—Si hubieses tardado un poco más, me hubiese follado a tu amigo. No hay nada mejor que follarse a un tullido tras un descuartizamiento —dijo nada más verlo aparecer.

—Intentadlo, quizás sería el ultimo tullido al que os follaríais —gruñó Sisou recostado en el tronco del mismo árbol con el que chocó Kaín.

—Tranquilo, solo era una broma, eres demasiado canijo para mí. Todo huesos. No me pareces apetecible, eso te ha salvado —le soltó Teori mientras le daba un puntapié en la pierna rota antes de dirigirse hacia Kaín—. Carga mi caballo —le ordenó al pasar a su lado.

Kaín apretó los dientes costándole no responder a las provocaciones de Baferson, pero se contuvo.

Tras colocarle al caballo pardo la montura y las alforjas, Teori se soltó el broche con la luna que cerraba su capa negra y la dejó caer para, tras dedicarle una sonrisa a los dos jóvenes, subirse al animal y desaparecer entre los árboles sin mirar atrás.

Cuando Kaín estuvo junto a su amigo, pensó que no le gustaba el color que estaba tomando su pierna.

—No tiene buena pinta, ¿verdad?

El muchacho jadeaba a causa del dolor.

—Nadie nos dijo que sería fácil, ¿no? —contestó Kaín sonriendo para intentar quitarle importancia al problema.

—Dime la verdad, Kaín. ¿Voy a perder la pierna?

—Nadie va a perder la pierna, Sisou. Te la inmovilizaré lo mejor que pueda, dadas las circunstancias, y en Tiberia podrás ser atendido por buenos maestres y recuperarte.

A Sisou le caían regueros de sudor por la frente empapándole toda la cara.

—Ahora, muerde esto lo más fuerte que puedas —le dijo dándole una rama que cogió del suelo.

El chico obedeció y apretó con fuerza los ojos y los dientes mientras su amigo le ataba un tronco con jirones de tela cortada de la capa de Baferson. Tras esto, le dio de beber agua de su odre y no sin bastante esfuerzo lo ayudó a subir al caballo. A continuación, recogió los escasos trozos de queso y pan duro que Teori había dejado atrás y los envolvió con el resto de capa que quedaba para después atarlo al cuello del animal.

La noche estaba bastante avanzada y pronto el cielo rojo daría la bienvenida al sol, por lo que el joven decidió volver a Verhim, donde quizá, al amanecer, podría dar con algún curandero que aliviase el dolor de Sisou, además de una montura y algo de agua y carne seca.

Recorrieron el camino del bosque hasta la entrada del pueblo, pero no pasaron por ella. En su lugar, acamparon entre unos árboles solitarios al este de esta.

—Será mejor que intentes dormir algo, pronto amanecerá —le dijo a su amigo tras recostarlo contra una piedra.

—Eso sería lo ideal —contestó Sisou tratando de sonreír—. ¿Sabes…? —continuó mientras se agarraba la pierna intentando calmar el dolor—. No creo que esa chica fuera una maga, lo hubiésemos notado.

—¿Has visto alguna vez a un mago?

—Pues no, que yo sepa. Pero perdóname si a veces tiendo a pensar mal del bueno de Baferson.

—Baferson es un violador y un asesino, eso es indudable, pero ¿por qué querría matar a la única persona en el mundo a quien le importaba?

—Porque está loco —dijo Sisou encogiéndose de hombros.

—Está loco, pero no es tonto. Podría habernos matado, y seguimos vivos.

—Que le jodan a Baferson —concluyó escupiendo a un lado provocando la risa de Kaín.

—Que le jodan —añadió Kaín.

Como era de esperar, el Sol no tardó en aparecer acompañado del ruido de aldeanos camino a los campos de cultivo situados a las afueras y de carros tirados por caballos cargados y vacíos que entraban y salían del pueblo.

Kaín había conseguido dormir un poco, aunque estaba seguro de que no había sido más de una hora, y cuando despertó encontró a su amigo en la misma posición, mirándolo y agarrándose la pierna.

—No has pegado ojo, ¿verdad? —le preguntó, a lo que este negó con la cabeza.

—Moriría por una infusión de hierbas de Patts… —dijo mirando hacia la entrada del pueblo.

—No sabría decirte si habrá hierba de Patts en este lugar, pero de alguna forma deben calmar el dolor —opinó Kaín incorporándose.

Varios niños corrían tras los perros de la entrada gritando y esquivando a la gente que se cruzaba en sus caminos. Pasaron junto a ellos ante la atenta mirada de varios aldeanos que los observaban de arriba abajo. A Kaín no le extrañó. Dos hombres vestidos de negro, oliendo a todo lo que se puede oler tras varias semanas sin recibir un baño, uno de ellos pálido, con una pierna rota y sobre un caballo de dudosa calidad y sin montura… No debía ser lo más habitual de ver en Verhim.

No conocían mucho más del lugar que los establos y la taberna, así que decidieron dirigirse directamente a la segunda. Kaín tuvo que golpear varias veces antes de que la puerta se abriera. Seilyn apareció tras ella, estaba claro que acababa de salir del catre por su pelo despeinado y los ojos hinchados. Kaín se fijó en que tampoco llevaba calzado alguno.

—¿Otra vez vos? Deberíais saber que este establecimiento tiene una hora de apertura —espetó la chica.

—No os habría despertado de haber tenido opción.

El joven se echó a un lado para que viese a Sisou tirado sobre el caballo.

—Disculpad, señorita. Toda la culpa es mía —se disculpó este con la voz entrecortada.

Seilyn se apresuró a revisar la pierna del joven.

—Bajadlo del caballo y metedlo dentro. Ya me contaréis que os ha pasado más tarde. Primero echémosle un ojo a eso.

La chica entró de nuevo dejando la puerta abierta, y para cuando Kaín hubo bajado a Sisou del caballo y entrado en la taberna, ya los esperaba junto a la puerta que había tras la barra. La siguieron a través del almacén hasta un largo pasillo que daba paso

a dos habitaciones. Entraron en la segunda, un pequeño cuartucho con las paredes de madera gris con una minúscula ventana que daba a lo que parecía la parte trasera del local. Un robusto mueble de cedro a los pies de un espejo y un pequeño catre con las mantas arrebujadas eran los únicos objetos de esta.

Kaín ayudó a su amigo a tumbarse y Seilyn le trajo un almohadón relleno de paja y se lo puso bajo la pierna. La chica le retiró los vendajes y la rama y le lavó la zona con un trapo humedecido en un cubo que había ido a llenar a un pozo situado en la parte trasera del lugar.

—¿Hay algún curandero en la aldea? —preguntó Kaín.

—La mayoría de las familias de Verhim tienen a uno o varios entre ellos —contestó sin dejar de mirar la pierna de Sisou.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Verhim es un lugar distinto, aquí no nacemos entre sábanas de seda ni adoramos a estatuas de piedra. Crecemos en el bosque, aprendemos de él y lo escuchamos.

—No seré yo quien os diga a quién debéis adorar, pero decidme, ¿tenéis en este bosque algo que ayude a mi amigo?

—Vuestro amigo tiene una pierna rota, no puede hacerse más por él que dejarlo reposar. Le untaré algo que le calmará el dolor cuando más apriete… Pero no esperaría que pudiese viajar hasta el verano.

Seilyn se encogió de hombros.

—¡Imposible! —espetó Sisou de repente—. Nos esperan en Sadnavar. ¡El rey nos espera! ¡Díselo, Kaín!

Kaín lo miró. Sabía que la chica tenía razón. Viajar con Sisou en este estado sería hacerle correr el riesgo de perder la pierna. Y una pierna rota no se arreglaba en una semana, pero, aun así, preguntó.

—¿No hay alguna forma de acelerar el proceso?

La joven soltó una carcajada.

—Los días de los magos tocaron a su fin cuando ese que os espera en la capital decidió que así fuese.

Miró de nuevo a su amigo, el cual apretaba los dientes mientras le volvían a entablillar la pierna. Sabía que Sisou tomaría la decisión de hacer el viaje aun estando en juego su salud, pero a estas alturas, Kaín ya había desechado esa opción. Le quedaban otras dos. La primera, quedarse en Verhim y esperar a que alguna patrulla de guardias de la tormenta pasase por allí, ellos podrían llevar el mensaje a Tiberia y allí algún maestre enviaría cuervos a Sadnavar con este. La segunda opción, y la que ganaba más peso en su cabeza, era pagarle a Seilyn para que cuidase de su amigo. Él solo haría el viaje hasta Tiberia, donde se reabastecería para el resto del camino. Con algo de suerte, allí podría unirse a alguna guarnición que también fuese hacia la capital y así tener compañía, e igualmente enviaría cuervos para avisar sobre lo sucedido con el capitán Reid, Baferson y Sisou.

—¿Tendrá mi amigo un lugar donde dormir y un plato de comida caliente hasta que mejore si os pago bien?

—No lo dejaría morir, si es lo que queréis saber —contestó la chica dirigiéndose hacia la puerta cargada con el cubo y los trozos de capa sucios.

—¿Vas a dejarme aquí? —preguntó Sisou claramente indignado.

—¿Tienes alguna idea mejor? Olvídate de decirme que harás el viaje así, porque no lo permitiré. Podría quedarme, pero nos olvidamos del capitán. Tenemos que informar lo antes posible, y creo que aquí estarás bien.

—No pienso quedarme aquí, Kaín.

Al muchacho le temblaba la voz.

—Sisou… Sabes que es lo más sensato.

Salió de la habitación mientras su amigo golpeaba el catre con los puños repitiendo una y otra vez que no iba a quedarse allí, y encontró a Seilyn abriendo la puerta de la taberna, así como el ventanal. Esta se giró al oírlo llegar.

—Le va a costar hacerse a la idea.

—Sisou es una persona racional, solo necesita descansar para pensar con claridad. Ha sido una noche dura… Aunque dudo mucho que lo haga si no se tranquiliza.

—¿Me permitís hablar a solas con él?

Kaín arqueó una ceja, sorprendido por la petición de la joven.

—¿Tenéis algo parecido a la hierba de Patts?

—Hay mil plantas en estos bosques que ayudarían a vuestro amigo a descansar. Y sí, tengo alguna de ellas. Pero ahora mismo solo quiero hablar con él.

—Adelante, pero ya os digo que en estos momentos una de esas hierbas le vendrían mejor que todo lo que podáis decirle.

Seilyn no respondió, se limitó a pasar por su lado para desaparecer tras la puerta que daba al almacén.

Kaín salió a cerciorarse de que el caballo seguía donde debía estar. Se acercó a él y le acarició el morro.

—Sé que en la granja se vive mejor, pero solo te pido un viaje. Sé que lo aguantarás —le susurró mientras el animal lo miraba tranquilo con sus grandes ojos negros.

Se sorprendió al oír llegar a Seilyn tan pronto.

—¿Os ha servido de algo? —se burló Kaín.

—Pasad a verlo vos mismo —contestó la chica apoyada contra el marco de la entrada.

El joven fue hasta la habitación solo para encontrarse con su largo amigo durmiendo profundamente, lanzando tales ronquidos que podrían rivalizar con los de Baferson. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Qué le habéis dado? —preguntó a la joven que acababa de aparecer.

—Solo palabras —se encogió de hombros y le lanzó una sonrisa.

—¿Cuánto decíais que ibais a pagarme? —le preguntó para después marcharse sin esperar respuesta.

Tras despedirse, Kaín aceptó varios trozos de carne seca, así como un poco de queso fuerte y pan duro que Seilyn le ofreció. Llenó su odre de agua en el pozo y partió del lugar mientras la culpa por dejar atrás a Sisou y el sentido del deber luchaban en su cabeza.



La luz del día le permitió alcanzar la calzada real rápidamente sin querer cansar demasiado al caballo, que, por otra parte, le sorprendía por momentos pues parecía ser bastante más veloz de lo que prometía en un principio. No encontró a nadie en la calzada durante los dos primeros días, pero el amanecer del tercero lo despertó con el ruido ensordecedor que solo una caravana podría producir.

Le tomó un instante recoger sus pertenencias y cargarlas al caballo, el cual dejó atado mientras se asomaba oculto entre dos

arbustos. Era lo que pensaba, una pequeña fila de ocho carretas de mercaderes avanzaba lenta pero estrepitosamente por la calzada custodiada por unos diez hombres a caballo. Kaín recordó cómo cada cierto tiempo caravanas también custodiadas llegaban a los pies del Monte Sagrado, y cómo ellos tenían que descender los miles de escalones que llevaban hasta la cima para hacer las veces de porteadores de todo lo que traían. Siempre llegaban en grupos de mínimo seis carretas cargadas con todo lo que se podía necesitar. La mayoría de las veces las custodiaban guardias de la tormenta proporcionados por la ciudad de procedencia previo pago. En muy pocas ocasiones eran guardias personales enviados por el señor de esta. Este parecía ser el caso, pues los diez hombres vestían la armadura con el blasón de Tiberia. El peto era plateado y una franja lo partía en dos en sentido vertical, la misma que dividía el yelmo de forma acampanada y totalmente cerrado, excepto por una delgada ranura horizontal a la altura de los ojos. De él colgaba un pañuelo morado. Las capas eran negras con los bordes también morados y llevaban el blasón de la luna menguante y el cuervo amarillo en el centro. Un par de afiladas cuchillas curvas de mangos rojos se cruzaban en sus espaldas y guantes morados y faldones amarillos adornaban la cintura de los conocidos como «Los Secuaces del Ladrón».

Kaín estuvo observándolos un rato. Estaba claro que llevaban un cargamento importante pues la guardia de Tiberia no debía contar con más de cuarenta efectivos, y prescindir de diez teniendo un imponente ejército de más de veinte mil guardias de la tormenta era cuanto menos curioso. Estuvo a punto de acercarse a ellos, pero desechó la idea cuando se dio cuenta del estado en el que estaba, más parecido al de un asaltante que al de un recluta. Sería más posible que lo atravesaran con una flecha que pudiesen ayudarle en algo, así que permaneció oculto hasta que se hubieron alejado lo suficiente. Aun así, pensó que solo ver y oír a otro ser humano resultaba reconfortante.

Subió a su caballo y retomó el camino, siempre avistando el horizonte y saliéndose unos pasos de este cuando pasaba por un tramo que le impedía hacerlo para evitar una emboscada.

Los días amanecían calurosos, demasiado para estar comenzando la primavera, pero varias noches Kaín hubiera dado lo que fuese por un fuego junto al que dormir las pocas veces que lo hacía. Conforme se acercaba a Tiberia, el paisaje frondoso y verde que lo había acompañado todo el viaje se volvía cada vez más desolador, con pocos árboles de colores oscuros y escasos brotes. Encontrar un arbusto vivo en aquel suelo era verdaderamente difícil, como si la tierra roja del lugar no fuese apta para la vida. Lo que sí abundaban eran los cuervos, con cuyos graznidos el joven se despertaba y se dormía.

En el octavo día de viaje se le empezaron a acabar las provisiones. El pequeño trozo de queso de la mañana fue el último, así como el de pan. Aún contaba con carne seca para al menos dos días más, y aunque debería ser suficiente para llegar a Tiberia, tuvo que contenerse un par de veces para no cazar alguno de los molestos pájaros negros.

El noveno día se encontró con dos cazadores montados en un sucio asno gris claro. Estuvo poco tiempo hablando con ellos, lo justo para cerciorarse de que había tomado el desvío correcto hacia la ciudad y enterarse de que, aunque no había visto a ninguno, por la zona abundaban los jabalíes calvos y que iban tras el rastro de uno.

Si se daba prisa, esa noche podría dormir en alguna posada de la ciudad. Pero el caballo había cumplido increíblemente bien y no quería matarlo al final del trayecto. Lo cierto es que le estaba cogiendo cariño al animal, a pesar de ser consciente de que tendría que dejarlo en la ciudad pues no soportaría el viaje hasta Sadnavar, y en el caso de que lo hiciera, con la capa negra tendría que tomar el que el capitán de la Guardia de la Tormenta de turno le asignase.

No le había puesto nombre alguno, por lo que lo llamaba «Chico» para no vincularse aún más a él.

Como era de esperar, ese tramo estaba plagado de soldados que patrullaban aquí y allá, habiendo llegado a darle en más de una ocasión el alto al joven. La mayoría de ellos continuaba cuando decía su apellido, pero algunos le pedían más información sobre su casa o sobre las intenciones de su llegada a la ciudad.

Hacía ya varias horas desde que había divisado su destino en el horizonte, en medio de una gigantesca llanura de tierra roja. En la lejanía, ya prácticamente con el Sol escondiéndose tras él, el torreón de la fortaleza conocida como la Guarida del Merodeador en el centro de la ciudad se unía a las murallas formando una silueta que se asemejaba a una descomunal espada negra apuntando hacia el cielo.

La oscuridad ya lo había dominado todo cuando las antorchas a los lados del último tramo del camino empezaron a encenderse. Uno de los encargados de hacerlo lo llevó hasta una pareja de guardias de la tormenta que permanecían apostados en la entrada del puente levadizo que cruzaba el foso perimetral.

—Llegáis justo a tiempo, chico. El puente se levanta en cuanto vuelven todos los faroleros, y este era el último —dijo uno de ellos tras el yelmo.

—¿Quién sois y a qué venís a Tiberia? —preguntó el otro en un tono mucho más serio.

El chico desmontó del caballo.

—Mi nombre es Kaín Belamour y querría hablar con el comandante de la Guardia de la Tormenta de la ciudad.

Ambos soltaron una carcajada y el que había preguntado se acercó al joven.

—El comandante de la ciudad a estas horas debe estar en alguna casa de placer con la cabeza metida entre los muslos de alguna ramera… No seré yo quien le moleste en estos momentos.

—Soy recluta de la Guardia de la Tormenta, señor. De hecho, mi destino era Sadnavar, donde tendrá lugar mi nombramiento. Creedme si os digo que se trata de un asunto importante. Habréis oído hablar de Teori Baferson, pues creció aquí.

—¿Teori, el Demonio Loco? —preguntó el otro acercándose interesado.

—El mismo. Viajábamos con el capitán Reid y otro recluta más. Escoltábamos a una niña que iba a ser desterrada. El otro recluta y yo nos acercamos a Verhim para reponer provisiones y al volver la chica había escapado y nuestro capitán había sido asesinado.

—¿El Demonio Loco mató a vuestro capitán? —inquirió el más serio.

—Creo que no… Aunque suene raro, todo apunta a que no tuvo nada que ver.

—Os diré qué haremos. Nos acompañaréis a la posada más cercana y os quedaréis allí esta noche. Yo mismo me encargaré de que no la abandonéis hasta que el Sol salga. Mañana os llevaré hasta nuestro comandante. Si eso que contáis es cierto, no creo que una chica dé muchos problemas, pero tener al Demonio Loco suelto por la zona es otra historia.

Kaín tuvo que esperar un buen rato a que levantaran el puente, tarea en la que participaron cuatro guardias más. Tras esto, lo llevaron a una pequeña posada construida con piedra roja y arcilla, como la mayoría de las edificaciones que había visto desde que entró a la ciudad.

La habitación se encontraba en el piso de arriba, si es que podía llamarse habitación. Era tan pequeña que el catre tocaba las dos

paredes opuestas y a los lados solo quedaba espacio para entrar y salir. Que tuviera ventanas hubiera sido de agradecer, al menos entraría algo de aire que no fuese el olor a rancio que subía desde la cocina e impregnaba todo el lugar. Aun así, el joven durmió como no lo había hecho desde hacía tiempo.

Durante la noche, Baferson visitó sus sueños riendo y dejando al descubierto sus dientes podridos. También vio a Abigail, pero esta, cabizbaja, no hacía otra cosa que observar en silencio algo que sostenía entre sus manos, unidas como si se dispusiese a beber agua de un río, pero no era agua lo que chorreaba entre sus dedos, si no una sangre tan corrompida que, en lugar de rojo, teñía el suelo de negro. Kaín se acercó más solo para ver que lo que la niña sostenía era una hoja seca de arce. No estaba herida, si no que la sangre parecía brotar de la hoja.

Dos fuertes golpes lo sacaron de su sueño, seguidos de otros dos más. Esta vez Kaín había recobrado la conciencia lo suficiente como para darse cuenta de que llamaban a la puerta.

—Dadme un momento —gruñó mientras se incorporaba del catre.

No tardó mucho en colocarse la ropa y se tomó un instante para inspeccionar su espada, una preciosa pieza de acero blanco con el mango de cornamenta de venado con detalles en oro y amatistas incrustados. El guardamano estaba formado por varias puntas de cuerno cruzadas apuntando hacia la hoja. Había sido la espada de su padre y se la entregó cuando partió hacia Patts para formarse. Al dársela, le dijo con su habitual halo de negatividad que se la entregaba porque no quería que la recogiese de la pared cuando este muriera, pues no creía que sobreviviese a los años de su formación… Y al final, acertó.

—¡No tenemos todo el día! —apremiaron desde el otro lado de la puerta seguido de otros dos golpes bastante más fuertes que los anteriores.

El camino hasta los cuarteles de la Guardia de la Tormenta no tenía desperdicio. La ciudad era una infinita red de callejones, la mayoría de ellos tan estrechos que Kaín encontró un par de mercaderes discutiendo por quién debería haber esperado para no chocar. El suelo a su alrededor estaba plagado de mazorcas de maíz y tomates, así como una extraña verdura morada que nunca había visto. Curiosamente, el problema entre ellos se solucionó nada más ver aparecer a los dos guardias de la tormenta que lo acompañaban.

Casi todos los callejones tenían tablones de madera y telas que protegían del sol a unos diez pies de altura enganchados a los edificios de ambos lados. La gente que se encontró por el camino era distinta a la de cualquier otra ciudad. Las mujeres vestían con una especie de telas cruzadas en el pecho que dejaban ambos senos a la vista, mismas con las que cubrían torpemente el resto del cuerpo cayendo a girones desde la cintura hasta los tobillos. Abundaban las caras pintadas, sobre todo de color blanco y con los ojos sombreados en negro. A Kaín le sorprendió que nadie vestía de un color que no fuese el negro, el morado, o los que menos, el amarillo. Parecía como si fuese un requisito para vivir allí, y la verdad, es que no le extrañaba si las historias sobre las excentricidades del Señor de los Ladrones eran ciertas.

Los cuarteles se encontraban junto a las murallas del este de la ciudad, justo al norte del mercado. Estaban formados por una cadena de más de diez robustas edificaciones de dos niveles conectadas entre sí por arcos de piedra flanqueados por dos guardias cada uno.

Cruzaron bajo el primero de los arcos por un pequeño pasillo con el techo curvado hasta salir a un amplio patio plagado de pinos.

«¡Por fin algo verde!», pensó mientras bajaba del caballo y se lo entregaba a un niño rubio que lo llevó a los establos.

Siguió a los dos guardias en dirección norte por el patio bordeando las murallas de la ciudad. Varios capitanes dirigían a

grupos de reclutas y otros jóvenes luchaban entre sí con espadas sin filo. Como en cualquier cuartel, el ruido del acero chocando nunca cesaba y no pudo evitar recordar los entrenamientos durante su formación en el Palacio de Mármol, así como a Sisou, quien estuvo presente en cada uno de ellos.

Giró a la izquierda al pasar junto a un numeroso grupo que tiraba flechas sin parar contra unos sacos llenos de heno dispuestos contra las murallas mientras que un guardia más alto de lo habitual les gritaba instrucciones y entró en uno de los edificios aproximadamente a mitad del complejo. En el interior, una puerta protegida por un guardia era lo único que llamaba la atención.

—Capitán Seeford, venimos a ver al comandante Brawler —se adelantó a decir el guardia más viejo.

Sin otra respuesta, el que guardaba la puerta retiró el pestillo y entró cerrando tras de sí para volver a abrir de inmediato.

—Pueden pasar. El comandante los recibirá —informó con voz ronca.

Un hombre con armadura negra los esperaba tras una robusta mesa de madera oscura sobre la que había infinidad de hojas y pergaminos esparcidos además de una vela apagada sobre la cabeza de un cuervo de piedra. Tendría unos cincuenta años y unas pronunciadas entradas que prácticamente habían ganado el terreno a un pobre y escaso pelo amarillento. Una barba rojiza de pocos días cubría su delgado y redondo rostro hasta justo debajo de sus diminutos ojos, vivos y de color azul, pero hundidos en dos arrugas más de las muchas que cubrían su frente.

—Comandante… —dijeron los dos guardias al unísono mientras agachaban la cabeza.

—¿En qué puedo ayudaros, capitán Seeford? —preguntó abriendo las manos sobre la mesa sin dejar de mirar a Kaín con el ceño fruncido.

—Este joven dice ser el hijo de Tristán Belamour, comandante. Según nos cuenta, viajaba junto a un tal Reid…

—¿El viejo Reid? ¿El capitán de la Guardia de Patts? —preguntó de repente dirigiéndose directamente al chico.

—Sí, mi comandante. Viajábamos a Sadnavar escoltando a una chica que fue sorprendida intentando entrar en el Palacio de Mármol. Otro recluta y yo fuimos a Verhim, y cuando regresamos…

Kaín le contó la historia con detenimiento mientras que el hombre escuchaba atento.

—Sea como fuere, Tiberia no permitirá que el Demonio Loco campe a sus anchas, muchos son los crímenes de los que se le acusaron y muchas las cuentas que aún tiene pendientes con esta ciudad —dijo—. ¡Organizad patrullas que pateen hasta el último tramo desde aquí hasta Verhim! Se le acusa de los crímenes de violación, sodomía, asesinato y traición. ¡Por fin cortaremos la cabeza de ese demonio! —le ordenó al capitán Seeford, que se limitó a asentir y desaparecer por la puerta junto a su compañero.

—Coincidí con el viejo Reid en las campañas contra los piratas de las Islas del Oeste, ¿sabéis?

—No es que el capitán fuera un hombre de muchas palabras…

—¡Cierto! —El hombre rio sonoramente—. Pero fue un valioso guardia de la tormenta. Aún recuerdo como barría grupos enteros de piratas cuando sacaba su hacha a bailar. —Sonrió.

—Aún sabía usarla. En mi primer año en Patts lo vi cortar un árbol de un tajo —añadió Kaín devolviéndole la sonrisa.

—Pues debería haberla usado para cortarle la cabeza a ese demonio al que protegía. —El comandante tiró varios papeles al suelo con el dorso de la mano—. ¿Sois el hijo de Tristán Belamour como dicen?

—Lo soy, comandante.

—No puedo hacer otra cosa que creer vuestras palabras, pues… —Extendió los brazos mostrando las palmas de las manos—. Imagino que querréis continuar vuestro camino tan pronto sea posible.

—¿Qué hay de la chica? —preguntó el joven.

—No creo que sobreviva, aun así, daré orden a las patrullas de que estén atentas. En la próxima caravana que pase por allí enviaré un caballo para vuestro compañero. Tenéis mi palabra. En cuanto a vos, buscad una taberna para comer y daros un baño, que lo necesitáis. Descansad esta noche si lo creéis oportuno, mañana podréis continuar vuestro viaje, yo me encargaré personalmente de informar a lord Darco Tyrois.

—Disculpadme, ¿no debería ser él quien diera la orden de capturar a Baferson? —preguntó el chico haciendo que el semblante del comandante cambiara al momento.

—El poder del señor de una ciudad acaba tras sus murallas. Las decisiones que tomar fuera de estas no son de su incumbencia —gruñó señalándole la puerta.

Abandonó los cuarteles dándole vueltas a las últimas palabras del comandante.

Que la relación entre el señor de Tiberia y el reino no era la mejor era algo que todos sabían. El Señor de los Ladrones nunca había sido visto con buenos ojos por muchos de los grandes hombres del reino, pues al parecer este no era más que un criminal cuando el ejército de Pried Mackay tocó a las puertas de Tiberia. El antiguo señor de la ciudad, anciano en esos momentos, se ahorcó nada más comenzar el asedio sin dejar descendencia, y fue entonces cuando Darco Tyrois y sus secuaces asumieron el control respaldado por una ciudad desesperada. Tiberia no cayó gracias a eso. En agradecimiento, tras la guerra, fue nombrado señor de la ciudad por

el rey, pasándose por alto tanto al Consejo como a varias casas importantes de la ciudad cuyos señores se consideraban con más derecho. Kaín nunca había visto a ese hombre, pero siempre había sentido cierto interés por su leyenda.

Tras despedirse de su caballo, le dieron en los establos una esbelta yegua negra que, curiosamente, tenía un ojo verde y otro azul. Compró algo para comer y volvió a la pensión donde pasaría el resto del día y la noche. Con los primeros rayos del sol prepararía sus cosas y partiría hacia la capital. Le costó dormirse debido a los nervios por su nombramiento. El camino hasta Sadnavar, aunque no era ninguna tontería, sí que era mucho más seguro, pues la calzada real estaba muy transitada a partir de ahí y plagada de guardias de la tormenta.

Se acordó de Sisou, intentando convencerse de que estaría bien. No podría perdonarse nunca si algo le sucediera en aquel lugar. Volvió a verse de rodillas frente al rey mientras le colocaban la capa negra. «Tú tampoco tardarás en llevarla, hermano», pensó convencido mientras se entregaba a la noche.

EXTRACTO DE CANCIÓN TÍBERA

Cuidado debes tener
si con la Luna decides volver.
Cual fantasma en la noche podrá aparecer
cansado de las llamas que lo hacen arder.
Más te vale poderte ocultar
si ves la espada negra bailar.
Humano no es, tampoco animal,
vaga poseído por su deseo carnal.
No importa si sabes luchar
pues a un demonio no se le puede matar.
El cuervo y la Luna lo conocen bien,
tiemblan con la idea de pertenecer a su harem.

CAPÍTULO 4: BUTTERBERD

Las gigantescas puertas delanteras de la ciudad de Butterberd se abrieron cuando Rico Hart junto con los seis guardias personales que lo habían acompañado a Sadnavar se detuvieron ante ellas. La ciudad aguardaba su regreso. Varios soldados se apresuraron a abrir paso entre la multitud que abarrotaba los alrededores de la Catedral Negra, imponente con sus tres torreones acabados en pico, con el único propósito de ver de cerca a su señor. Rico era consciente de la expectación que causaba su sola presencia, y le encantaba dejarse querer. Como siempre que abandonaba la ciudad por varios días, había ordenado a su guardia detenerse en un pequeño bosquecillo antes de llegar solo para afeitarse, peinarse y cerciorarse de que cada parte de su armadura seguía donde debía estar.

Cruzó las puertas rizándose aún el bigote apresuradamente, pero sin perder esa mueca en la cara tan característica de su familia entre la risa y la prepotencia. Su caballo, Alhazam, el único blanco de los siete, había sido el regalo que su padre le hizo cuando abdicó para convertirlo en señor de la ciudad. Era una impresionante bestia no muy rápida, pero bastante más grande, fuerte y resistente que cualquier otra que hubiese visto antes. Tanto niños como adultos se quedaban mirando con los ojos como platos cuando lo veían pisar con fuerza el suelo de piedra negra.

La ciudad, construida con el fin de servir como frontera entre Skar y el Paso de los Dioses, fue diseñada para ser cruzada lo más rápido posible, por lo que una amplia calle la cruzaba de sur a norte permitiendo en su momento que las interminables caravanas de elfos que abandonaban Skar tras la Gran Guerra atravesasen la ciudad de forma controlada y sin opción de volver una vez pasasen por las llamadas Puertas del Olvido, situadas en la muralla norte. La Fortaleza Negra, que había servido de hogar a los Hart desde su construcción, se erguía inmensamente bella en el corazón de la

ciudad tras la concurrida plaza central, donde mercaderes vendían su género resguardados del sol gracias a los miles de pinos que adornaban el lugar. Constaba de cuatro caras con un torreón en cada esquina, siempre custodiados por varios arqueros.

Rico estaba orgulloso de su ciudad, un orgullo que su padre se encargó de transmitirle a él y a su hermano cinco años menor, Darmund, al igual que su abuelo hizo con su padre y él hacía con sus tres hijos. Era el orgullo de pertenecer a la ciudad más importante y con el ejército más grande de todo el reino, habiendo sido también hogar de los primeros reyes de los hombres antes de la reconstrucción de la capital, Sadnavar.

Varios chicos jóvenes ataviados con la túnica azul del servicio acudieron a encargarse de los caballos mientras su señor se apresuraba a responder con cortesía a los saludos de todos con los que se cruzaba por los pasillos que conducían a su estancia personal, desde donde accedió a un gigantesco jardín que rodeaba un lago no menos impresionante en el que varios cisnes danzaban sobre el agua. Varios caminos de tierra amarilla se abrían entre frondosos arbustos perfectamente dispuestos.

No tardó en oírlos jugar. Los pequeños gemelos de seis años, Vigo y Lucius, estaban inmersos en un acalorado duelo con sus espadas de madera al borde del lago. Ambos eran la viva imagen de su padre, de piel blanca y cabello rizado y negro como el azabache. Mientras se acercaba intentando sorprenderlos, una voz le hizo mirar a la izquierda.

—¡Papá!

Naiara, su hija mayor, corrió a engancharse de su cintura con tanta fuerza que casi le hace perder el equilibrio. Si sus hijos eran Hart, estaba claro que su primogénita era Belross. Tenía la piel tan morena como la de su madre, el cabello rojo y largo hasta casi las rodillas y unos preciosos ojos verde jade. Su esposa, Laura, no tardó

en unirse al abrazo, seguida de sus dos hijos que habían dejado caer las espadas para ver quién llegaba antes hasta él.

Solo habían pasado veintiocho días desde que partiera rumbo a Sadnavar, pero lo cierto es que pocas veces había tenido que estar tanto tiempo alejado de su familia y los había echado de menos.

Desde el momento en el que la conoció, no hubo para él nada más hermoso en el mundo que Laura. No la eligió, ni ella a él. Se vieron por primera vez en su boda, ceremonia organizada por su padre con la intención de mantener las relaciones con la ciudad de Las Flores, gobernada por Priot Belross, su ahora suegro. Pero a pesar de todo, la había amado desde ese día y estaba seguro de que ella también a él.

Ambos estuvieron abrazados tanto tiempo que los gemelos volvieron a su combate a muerte y Naiara se alejó no sin antes opinar que el beso que estaban dándose sus padres era asqueroso. Rico simplemente le sonrió y volvió a besar a su esposa.

Había dado la orden de no ser molestado lo que restaba del día con la intención de recuperar el tiempo perdido con su familia, y así lo hizo. Pasaron la tarde bañándose en el lago del jardín y jugando a pillarse. Rico se percató de que los gemelos crecían muy rápido, ya no eran bebés, y parecían tener predisposición por las armas. Eso era bueno, pues la pareja había decidido enviarlos a Patts en pocos años para estudiar y ser entrenados como en su momento hicieron él y su hermano.

Naiara era su devoción. No solo físicamente era Belross, tenía el carácter de su madre. Nunca daba un paso sin haberlo pensado antes. Era inteligente, y aunque nunca en sus doce años había desobedecido a sus padres, no podía evitar rebatir cada norma impuesta. También como su madre amaba a los animales, y por esa razón, su abuelo materno le había enviado hacía ya dos meses un cachorro de zorro blanco de ojos azules que no dejaba salir de día porque, según ella, su abuelo le había dicho que aún era pequeño y

hacía mucho calor. El animalillo era inteligente, aunque para nada obediente. Pasaba las horas escondido bajo el catre o tras las piernas de la niña analizando todo cuanto ocurría a su alrededor, percatándose incluso del más leve sonido.

Ya comenzaba a desaparecer el Sol tras las murallas de la fortaleza cuando Laura pidió al servicio que preparase la cena mientras Avina, la nana, se preocupaba de sus tres hijos. La mujer recibió a Rico con un abrazo tan fuerte como su viejo cuerpo pudo antes de alejarse con ellos.

—Debo admitir que tenías razón, mi amor —le dijo de repente a su esposa sin dejar de mirar a la anciana irse.

—¿A qué te refieres? —le contestó ella arqueando una ceja.

—No hubiésemos encontrado a nadie mejor que ella en todo el norte para cuidar a nuestros hijos.

—Avina nos crio a mí y a mis hermanos, ¡y mírame!

La mujer se puso las manos en la cintura y le guiñó un ojo.

—Nada que objetar al respecto… Bueno…

—¿Bueno? ¿Qué queja tiene el señor de Butterberd de su esposa, si puede saberse? —le gruñó juguetona.

—Quizás el mal genio también sea cosa de ella —respondió riéndose a la vez que se protegía sus partes, pues siempre eran el primer objetivo de su esposa cuando discutían.

—Avina es sureña, sería posible —admitió encogiéndose de hombros—. Y no te preocupes, mi amor, no te lastimaré, esta noche quiero que estés totalmente a mi disposición.

Laura se acercó a él y le mordió la oreja con suavidad.

Esa noche cenaron todos juntos y luego Rico se sumergió en el baño de su estancia con el agua tibia y perfumada con flores de

azahar, el perfume favorito de su esposa, que llegó para meterse con él. Hicieron el amor allí y terminaron en el catre después de que casi inundaran la habitación volcando la bañera, pero no les importó. Y, a decir verdad, cuando estaban juntos, poco les importaba todo lo demás.

Ya habiendo acabado, Rico, tumbado en el catre con su amada acostada sobre su pecho, miraba por la ventana desde la cual podía verse la cima de la gigantesca muralla que los separaba de ese mundo tan desconocido para ellos y al que llamaban el Bosque de los Dioses.

—¿Puedo preguntarte qué te ha dicho el rey? —le preguntó Laura.

—Ha accedido a que enviemos hombres a ver qué pasa con esos jodidos elfos… Pero la Corona se lava las manos si sale mal. Si nos descubren, estaremos solos.

—¿Cómo que estaréis? —preguntó su esposa levantándose.

—Laura, ya hemos hablado varias veces de esto… No puedo pedir a mis hombres que hagan algo que yo no haría. No es así como me educaron. Mi padre siempre encabezó cada batalla y travesía, por eso su ciudad lo amaba. Yo no seré menos.

—Esto es diferente, Rico.

Laura lo atravesó con sus hermosos ojos.

—No es diferente… Si todo sale como debería salir, estaremos de vuelta en pocos días sin siquiera haber desenvainado las espadas para matar a un lobo. Solo nos acercaremos lo suficiente como para saber si deberíamos preocuparnos por esos elfos —le dijo volviendo a acurrucar a su esposa que aún lo miraba haciéndole notar que no estaba de acuerdo.

—Prométeme que no irás —le pidió de nuevo, esta vez a modo de súplica.

—No puedo confiar en nadie para esto, Laura…

—¿Y si os ven los elfos? ¡Todo el mundo te conoce, Rico! ¡Todo el mundo conoce la cara del señor de Butterberd!

Sus palabras se entrecortaban por las lágrimas que empezaban a caerle por las mejillas.

—Por lo que sabemos, ningún hombre ha visto a un elfo desde la Gran Guerra. Quizá ni siquiera sigan en el Bosque de los Dioses… No sabemos nada de ellos, y ellos tampoco de nosotros. No veo el por qué podrían saber quién soy.

—¿Y qué pasaría si todo saliese mal? Porque ese viejo gordo te ha dejado claro que en ese caso…

Laura hundió la mirada en sus rodillas.

—En ese caso —continuó Rico—, mi hermano Darmund asumirá el control de la ciudad, ya está hablado. En un principio se dirá que volví a Sadnavar por orden del rey, esto os dará tiempo a ti y a los niños para preparar vuestro viaje a Las Flores.

—¿Qué pretendes decirme, Rico?

Su voz sonaba cada vez más rota.

—Llegado el caso, sería lo mejor. Estaríais bajo la protección de tu familia, siempre quisiste que nuestros hijos se criasen en el sur… Y Butterberd quedaría en buenas manos hasta que los gemelos fuesen lo suficientemente mayores como para gobernar.

Miró a su esposa convencido de lo que decía, pero sin poder evitar sentir una especie de culpa por sus palabras.

—¿Sabes qué? —preguntó ella mientras se bajaba del catre—. Eres un cerdo egoísta que solo piensa en sí mismo. Haces todo esto para intentar sentirte mejor porque sabes que lo eres. ¿De verdad eres tan idiota como para creer que si eso sucediese ese adorador

de cuervos al que llamas hermano nos dejaría con vida? Tus hijos te importan lo mismo que yo, ¡nada!

Rico también se levantó dejando caer las sábanas y quedando completamente desnudo.

—¿Eso piensas? —le gritó mientras ella lo miraba con el rostro rojo, mordiéndose la lengua y apretando los puños—. ¡Dime si eso es lo que piensas de mí! ¡Repítelo!

Avanzó gritándole hasta estar a un paso de ella.

—¡Cerdo egoísta!

Laura le escupió en la cara, y sin darle tiempo a reaccionar, le dio una patada en sus partes con tanta fuerza que lo hizo caer de rodillas. Acto seguido, la mujer salió de la habitación dando tal portazo que hizo ladrar a los perros que guardaban los establos en el extremo opuesto de la fortaleza.

Le costó un buen rato recomponerse tras el golpe. Después de diez años de matrimonio no podía decirse que le hubiera pillado desprevenido, pero seguía sorprendiéndole la velocidad con la que su esposa zanjaba las discusiones. Eso lo tenía claro.

Volvió a vestirse sentado en el sillón situado a los pies del catre y pasó un buen rato frente al pequeño espejo circular que colgaba en la pared, peinando y perfumando su pelo y rizándose el bigote con aceites aromáticos. Le pidió al capitán de su guardia personal, sir Dawson, que lo acompañase, y ambos salieron de la fortaleza por las puertas que daban a los establos. Rico montó a Alhazam, mientras que su acompañante tomó un macho bastante más pequeño, negro como el carbón y con una pequeña franja blanca en el pecho. Se colocó el yelmo, una preciosa pieza negra de forma ovalada con visera acabada en un filo delicadamente pintado de amarillo, al igual que los bordes inferiores. Esta, quizá, era la mayor diferencia entre su armadura y las de sus guardias, pues las de estos, aunque también negras, carecían de detalles a color a

excepción de escudos azules y amarillos que adornaban el pecho y capas azules con rombos amarillos que cubrían sus espaldas.

Cruzaron el muro de la fortaleza por la puerta norte y se apresuraron en atravesar la plaza central hasta la gigantesca calle principal, abarrotada de vida. Habiendo ya pasado un buen rato desde que el Sol se hubo marchado, los faroleros ya habían prendido los miles de faroles colgados de los pinos, cuyos destellos se reflejaban en la negra calzada y en la fachada de las casas, todas construidas con el mismo tipo de piedra oscura que el resto de la ciudad. Decenas de gatos corrían y saltaban de tejado en tejado, logrando incomprensiblemente no resbalar a pesar de la acentuada inclinación de estos, la mayoría triangulares y coronados por una humeante chimenea. Claveles tanto rojos como blancos y hasta algunos naranjas adornaban los balcones y escudos azules con rombos amarillos embellecían las puertas de los orgullosos vecinos.

Todavía podía verse algún que otro mercader que intentaba deshacerse del género que le quedaba, así como gente que intentaba hacerse con mercancía bajada de precio por ser última hora. Cada ciertos pasos se cruzaban con una pareja de guardias de la tormenta, la mayoría de ellos a pie, que mantenían el orden en toda la calle.

Pasaron bajo el imponente Arco del Olvido, adornado con cientos de rosas rojas y lleno de faroles en su cara sur, pero oscuro y lleno de musgo en su cara norte.

A partir de ese punto, la calle se iba haciendo cada vez más estrecha cambiando las casas de los laterales y los farolillos por robustos muros con antorchas que formaban un largo pasillo hasta las puertas traseras de la ciudad. Allí, la Guardia de la Tormenta era aún más numerosa.

Rico se levantó la visera del yelmo para saludar brevemente a alguno de ellos, pero sin detenerse en ningún momento hasta llegar al final, donde se erguía la conocida puerta trasera de Butterberd, de

sesenta y cinco pies de alto por veintiséis de ancho, forjada por planchas de acero casi tan gruesas como un carruaje, aunque a él lo que de verdad le fascinaba era la muralla que esta atravesaba. La misma tenía ciento noventa y seis pies de altura y abarcaba todo el perímetro norte de la ciudad, más de dieciséis mil cuatrocientos pies. Por si fuera poco, la ciudad se encontraba sobre una colina que dotaba a su parte norte con otros cien pies sobre el Paso de los Dioses. Veinte torreones a lo largo de esta comunicaban con pasillos los tres niveles de la muralla, teniendo el superior casi el doble de ancho que el inferior, haciéndose imposible de escalar en caso de ataque, pues el enemigo siempre tenía encima un nivel que sobresalía más que el anterior.

Dos soldados los saludaron y tomaron sus caballos a pie del torreón principal, el número diez. El interior estaba bastante oscuro pues las torres contaban con un compartimento bajo el suelo del primer nivel abarrotado de madera y yesca que la guardia se encargaba de mantener siempre seca con el fin de prenderla si llegase el improbable momento en el que el enemigo lograse internarse en alguna de ellas para llegar a la ciudad. Así pues, y tras varios incendios accidentales, se decidió prohibir entrar con antorchas o faroles al interior.

Subieron las escaleras de piedra negra en espiral hasta la puerta de acero que daba salida al balcón del primer nivel, cerrada en ese momento al igual que la del segundo nivel varios pies más arriba. No así la última, pues en el tercer nivel era donde la Guardia de la Tormenta vigilaba las murallas día y noche.

En el estrecho pasillo que los comunicaba con el exterior tuvieron que apretar un par de veces los ojos debido a la repentina luz que desprendía una de las siempre vivas hogueras que coronaban la muralla y mantenían a los soldados calientes en las frías noches. Estas se protegían de la lluvia gracias a unos grandes caparazones de acero que las cubrían. Hacía bastante viento allí arriba y el constante batir de las banderas que dominaban el lugar

producía un ruido tan ensordecedor que hacía difícil incluso oír a quien hablaba.

Los cuatro guardias que cubrían el turno se acomodaron el yelmo con prisa haciendo a Rico esbozar una sonrisa.

—Tranquilícense, muchachos. Siempre he pensado que esa norma vuestra de no quitaros el yelmo es una suma estupidez.

—Mil disculpas, mi señor. Solo tomábamos un poco el aire. La noche parece tranquila y… —se apresuró a decir uno de ellos.

—Podéis hacerlo, por mi parte no hay problema. Y dudo que lo haya por parte de sir Dawson…

Arqueó una ceja en dirección a su escolta.

—Ningún problema —dijo este a la vez que se quitaba el suyo dejando su rostro a la vista.

Sir Dawson tenía unos veinte años más que Rico, pero aparentaba muchos más. El pelo, corto y completamente blanco, hacía ya tiempo que había empezado a escasear, sobre todo por la arrugada frente. Una nariz redonda sobresalía de entre dos grandes surcos que formaban sus viejas mejillas y sus pobladas cejas blancas escondían unos ojos rasgados de cuyos laterales nacían aún más arrugas. Pero, pese a su edad, Rico confiaba en ese hombre más que en ningún otro. Llevaba en la guardia personal de su padre desde los dieciocho años, siendo la persona más joven en ostentar ese honor hasta el momento, y era el único que quedaba vivo de esta. Su rostro desgastado ocultaba un físico aún envidiable, dando buena fe de ello a los nuevos reclutas en los entrenamientos. Así mismo, siempre le había sorprendido su increíble temple a la hora de tomar decisiones, hecho que lo había convertido también en su más fiel consejero.

Los cuatro guardias se limitaron a asentir y a cuadrarse en sus puestos mientras Rico y Dawson se acercaban al borde de la

muralla. Ante ellos, la inmensa oscuridad lo cubría todo. Gracias a las hogueras podía distinguirse el paso, abrazado por los gigantescos acantilados que delimitaban el infinito Bosque de los Dioses. Aún en los días más soleados era imposible ver un solo palmo de tierra en la inmensidad de ese mar de árboles tejidos entre sí, menos si cabe, de noche. Pero no era tierra lo que Rico había ido a ver.

En la lejanía, a miles y miles de pies de distancia, entre dos colinas, un surco naranja se ramificaba como un rio en cientos de arroyos finos cada vez más grandes. Pareciese que buscasen el mar. Pero el señor de Butterberd sabía que no era así. Lo que fuera que estaba quemando la tierra de los elfos venía en dirección a la ciudad en un avance lento pero constante. En casi un mes que había durado su viaje, el fuego se había extendido bastante en todas direcciones y Rico no veía señales de que se fuese a detener en algún momento.

—Es preocupante, no cabe duda —dijo taciturno sir Dawson mientras apretaba los ojos intentando ver algo mejor.

—Lo es… Necesitamos respuestas y las tendremos más pronto que tarde, viejo amigo —contestó Rico pasando una mano sobre el hombro del guardia.

—¿Cuándo tenéis previsto salir?

—En cuatro semanas llegará un destacamento desde Sadnavar con nuevos desterrados… Me mezclaré con ellos.

—¿Puedo insistiros en que me dejéis acompañaros, mi señor?

Rico sonrió.

—Si volvéis a hacerlo, tendré que ordenar que os corten la lengua.

—Es bien sabido que un guardia de Butterberd no necesita las palabras, mi señor. —Le devolvió la sonrisa.

—Ya lo hemos hablado… No confío en casi nadie, no tanto como para confiar el destino de la ciudad. Vos, los integrantes del Consejo, el rey, mi hermano y Laura sois las únicas personas en el mundo que conocen esta misión, y curiosamente, ninguno estáis de acuerdo con que se lleve a cabo.

—El rey os dio su aprobación.

Dawson se encogió de hombros.

—El rey me dijo que la Corona no quería tener nada que ver, aunque lo prefiero así…

—Tampoco yo me fiaría de un capa negra. —Sonrió mientras miraba de reojo a los cuatro guardias de la tormenta que permanecían firmes en sus puestos—. Pero, y por última vez, mi señor… Yo conozco esos planes, y sabéis que os sería de ayuda ahí afuera… Los elfos no tienen nada de amigables precisamente.

—Vos sois la única persona a la que confiaría mi familia. En mi ausencia cuidaréis de ella y llegado el caso en el que algo me ocurriese, los pondríais a salvo y os aseguraríais de que todo ocurriese como está previsto.

Dawson asintió con visible resignación.

—¿Cómo se lo tomó lady Laura?

Rico lo miró haciendo que sobrasen las palabras para un instante después comenzar ambos a reír a carcajadas.

—Es la mejor compañera que podría tener —dijo Rico cuando las risas cesaron.

—No me cabe la menor duda, mi señor.

—¿A qué viene eso?

—Vuestro padre no aprobaba ciertos comportamientos vuestros cuando erais joven, ¿sabéis?

—Mi padre se hizo adulto tan rápido que olvidó lo que era ser joven, diría yo.

—Sea como fuere, esa joven sureña supo calmaros.

—Aún sabe hacerlo, mejor que nadie —contestó mientras se llevaba las manos a la entrepierna recordando aún el dolor—. Nunca fue fácil, no me da vergüenza admitirlo… No llevábamos más de un año casados cuando, a su criterio, yo había flirteado con una sirvienta.

—¿Flirteasteis con ella? —le cortó sir Dawson.

—¡No! Saben los Dioses que era preciosa… Una joven de no más de veinte años y con unos pechos difíciles de igualar… Pero lo cierto es que en esos momentos solo tenía ojos para Laura. Estaba increíble esa noche… Hasta cuando me saltó la muela con un palo de repente. Después vinieron varios golpes más… Hasta que me dio por preguntar qué había hecho.

—Es sureña, mi señor. Sabíais a lo que os enfrentabais.

Ambos rieron.

—Sí, una sureña que me ha dado las peores palizas de mi vida, los mejores momentos de toda ella… y a tres preciosos hijos. ¿Sabéis lo que provoca el amor?

—Apuesto a que me lo vais a decir…

—Miedo —contestó Rico bajando la mirada—. Antes de ellos me hubiese embarcado en mil gestas sin dudarlo, vos sabéis bien que es verdad… Pero ahora, lo admito, el miedo me invade. Miedo a no verlos crecer, a no poder protegerlos.

—Si no llega a ser por eso, quizá hubieseis muerto en cualquier callejón de mala muerte, borracho y con la ciudad arruinada.

—No os contrariaré, amigo.

Sonrió.

—Vos sois Hart, mi señor. Vuestra familia supo sacar adelante esta ciudad, y convertirla en la más grande del reino no fue gracias al oro ni a las espadas… Si no a las decisiones acertadas que siempre supieron tomar. Butterberd es grandiosa, mi señor, como lo es vuestro apellido. Ambos sois uno, y mientras un Hart viva, esta ciudad lo hará también.

—Decidme la verdad, ¿creéis que encontraré respuestas más allá del Paso de los Dioses?

—Creo que las respuestas os encontrarán a vos, mi señor. Esos elfos sabrán que estáis en su bosque con solo poner un pie en él. Creo que irán a por vos, y el resto sería hablar de más.

Rico se rizó el bigote.

—Tal vez no sean hostiles… —dijo mirando hacia la inmensa oscuridad.

—Ojalá los dioses os den la razón.

CAPÍTULO 5: EL SECRETO DEL OTOÑO

Los primeros días habían sido largos para Sisou. En aquella habitación tan pequeña pasaba horas y horas apoyado en la ventana observando las idas y venidas de los miles de pajarillos que habitaban en los coloridos árboles del lugar. La parte trasera de la taberna era una amalgama de arbustos en flor alrededor del viejo pozo al que Seilyn iba a coger agua varias veces al día. También casi a diario, cuando el Sol empezaba a esconderse tras los árboles, Sisou la veía pasear con su hermano agarrado del brazo charlando y riendo mientras tiraban trozos de pan duro a los pájaros, los cuales parecían confiarse demasiado en su presencia, incluso en varias ocasiones la vio con varios de ellos posados sobre sus hombros. Sisou se preguntaba qué mal aquejaría al hermano de la chica. Este debía sufrir terribles dolores, pues siempre apoyaba una de sus manos en la zona baja de su espalda, donde llevaba una toalla gris atada que colgaba desde un hombro.

En casi un mes que llevaba allí, los cuidados de Seilyn habían resultado de gran ayuda, su pierna había mejorado bastante más de lo esperado y el bastón que la joven le había dado días atrás le permitía caminar algunos pasos.

Esa noche había llovido y los primeros rayos del sol secaban el suelo plagado de hojas y ramas húmedas envolviendo el lugar con un agradable olor a tierra mojada. Al chico no le había dado tiempo a nada más que ponerse los pantalones cuando la puerta de la habitación se abrió.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? —preguntó Seilyn que llegaba cargada con una bandeja que contenía trozos de pan con mermelada de manzana y una jarra llena de leche.

—Ahora que estás aquí, mucho mejor —dijo sonriendo Sisou mientras se llevaba la jarra a la boca para bebérsela de un trago.

—No te vas a cansar nunca, ¿verdad?

La chica arqueó una ceja y le devolvió la sonrisa.

—Tal vez, si me permitieras salir de este lugar, tendría otras distracciones.

El joven se tragó una porción de pan casi sin masticarla.

—Sí, tu apetito es señal de que tal vez podrías salir a tomar un poco el sol.

Seilyn se acercó a su pierna envuelta en trapos y los retiró. Aunque aún seguía algo morada, era evidente que había mejorado mucho.

—De hecho, me veo capaz de montar. Quizás podría probar…

—¿Eso crees? Déjame ver… —le cortó la joven al tiempo que le hundía los dedos en la pierna haciéndolo saltar de espaldas sobre el catre gritando.

—¡Está bien, tienes razón!

—Pues no ha terminado de convencerme. Espera un segundo…

Le volvió a hundir los dedos mientras Sisou se arrastraba gateando e intentaba huir.

—¡Para! ¡Eres un demonio!

—Sí… Puede ser. —Recogió la bandeja sonriendo y se dirigió a la puerta—. ¡Vamos! Que hace muy buen día. —le dijo antes de salir.

Incluso con el bastón, le costaba hacer un trayecto tan largo sin ayuda. Recorrió el pasillo hasta la taberna donde la chica despachaba a varios hombres que bebían en la barra.

—Buen día, señores —saludó, a lo que estos contestaron de la misma forma.

—Mi hermano está ahora mismo dando su paseo mañanero, quizás puedas conocerlo.

—No estaría mal hablar con alguien que no buscase la forma de torturarme.

Sisou ignoró el ceño fruncido de su cuidadora y salió del establecimiento, tras lo cual lo bordeó apoyándose contra la pared cada pocos pasos para descansar. Junto al pozo, sentado en un tocón, encontró al hombre.

—Ya iba siendo hora de conocer al invitado de mi hermana —dijo con una voz ronca y calmada mientras le invitaba a sentarse a su lado.

—Gracias, ya creía que no llegaba —bromeó mientras se sentaba.

—Sois un Brada, por lo que me han comentado.

—Lo soy, Sisou Brada.

Le tendió la mano y el hombre se la estrechó.

—Es un placer, mi nombre es Kraigon, Kraigon Ta-Has. He de decir que conocí a vuestro padre.

—Vuestra hermana me dijo que habíais servido como guardia de la tormenta. ¿Servisteis en Sadnavar?

—Casi una década, nada más y nada menos. Pero mi hermana no os dijo toda la verdad, me temo.

—¿A qué os referís?

—No era guardia de la tormenta, pertenecía a la Guardia de Sadnavar.

Sisou se sorprendió, la Guardia de Sadnavar era la guardia personal del rey, y todo el que forma parte de ella está atado de por vida. No pueden casarse, ni tener hijos, tampoco se les permite tener posesiones, a excepción de su armadura y su espada. Solo se quitan la capa roja cuando el rey lo decide, normalmente siendo tan viejos que no pueden con el peso de sus armas.

—¿Por qué vuestra hermana decidiría cambiar vuestra capa?

—Supongo que porque nadie pregunta el por qué un guardia de la tormenta deja de serlo… Pero todos se sorprenden al oír que lo hace un guardia real.

—Tenéis que admitir que no es lo normal.

—No lo es, ¿sabéis cuál es el castigo por quitarse la capa roja sin que lo permita el rey?

Sisou se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—El deshonor. Quien entra en la Guardia Real lo hace por honor. Toda familia de Skar sueña con que alguno de sus hijos lo hagan.

Eso sí lo había oído antes el joven. Soltar la capa roja suponía el mayor deshonor posible para cualquier casa, habiendo incluso oído relatos sobre hombres que lo hacían solo para ver como sus apellidos terminaban cayendo en desgracia.

—Pero vos no dejasteis la Guardia por elección, ¿no? Quiero decir… os retiraron, ¿no?

—Era difícil en mi estado proteger al rey.

Kraigon no le apartaba los oscuros ojos negros.

—Disculpadme si estoy metiéndome donde no me llaman, es que llevo un mes sin hacer otra cosa que mirar por esa ventana.

—No os preocupéis, no suelo avergonzarme de mi pasado, pero me debéis algo de información sobre vos. ¿Sigue vuestro padre vivo?

—Sí, por suerte aún sigue junto a mi madre, gordo como diez cerdos, aunque lo cierto es que no recuerdo haberlo visto nunca delgado.

Ambos rieron.

—Me alegra oírlo. Vuestro padre es un buen hombre. Mi hermana también me dijo que veníais de Patts.

—Así es, me dirigía a Sadnavar cuando tuve el accidente.

—Fuisteis afortunado de acabar aquí, creedme… Muchos mueren por menos.

El hombre le palmeó la espalda.

—Solo tengo palabras de agradecimiento para ese demonio torturador que es vuestra hermana.

Estuvieron allí sentados casi toda la mañana, durante la cual a Sisou le pareció que el hombre era mucho más agradable de lo que aparentaba. No había tenido reparos en hablar sobre su tiempo como guardia real en la capital, aunque tampoco le había dejado claro si el rey había estado de acuerdo con que se quitase la capa roja. Es más, a veces le daba la impresión de que el hombre guardaba algún tipo de rencor hacia su antigua vida.

—¡Pues sí que eres una persona importante!

La voz de Seilyn los hizo mirar en dirección a la taberna. Esta llegó sonriendo, con un vestido verde con botones con forma de hojas de arce que Sisou le había visto varias veces, ceñido a la cintura con un cinturón ancho de color marrón. «Es una diosa», se dijo ensimismado mientras se aproximaba.

—¿Tengo tomates en la cara? —le vaciló la chica.

«Y como toda diosa, es experta en torturar a los hombres», pensó dejando escapar una sonrisa.

—Disculpa, hermano, vas a tener que dejar la conversación para más tarde. Tres guardias de negro han llegado al pueblo preguntando por el «señorito Brada»… Lo esperan en la taberna.

El joven se alegró de oír eso, principalmente porque era señal de que Kaín había llegado sano y salvo a Tiberia, y aunque nunca dudó de que fuese capaz de conseguirlo, con el pasar de los días había empezado a preocuparse.

Los tres hombres que bromeaban entre ellos en la puerta del establecimiento junto a cuatro caballos negros se giraron al verlo llegar con el bastón acompañado de la muchacha.

—Puedo imaginar que sois Sisou Brada —se adelantó a decir el más gordo de ellos, un gigantesco panzudo de unos cincuenta años sin pelo alguno ni en la cabeza ni en el rostro, lo que acentuaba su gigantesca nariz aguileña.

—Podría decirse, os esperaba desde hace días. ¿Venís de Tiberia?

—Exacto, nos dirigíamos a Patts y el comandante Brawler nos pidió que os trajésemos un caballo y nos asegurásemos de que os encontrabais bien.

—No puedo quejarme, aunque preferiría haber podido llegar a la capital...

El hombre extendió los brazos.

—¿Os importa si entramos y charlamos un poco?

Sisou se sentó en una mesa con él mientras los otros dos lo hicieron en otra cerca de la puerta.

—Veréis, os seré sincero —dijo inclinándose hacia delante—. No sois lo que le preocupa al comandante Brawler. Es su deber proporcionar los medios necesarios para garantizar la supervivencia de cualquier guardia de la tormenta, eso es cierto… Pero, a decir

verdad, vos no lleváis aún la capa negra, por lo tanto, que estemos aquí sentados vos y yo ha sido por la libre elección del comandante.

Hablaba de forma muy pausada, remarcando de forma exagerada algunas palabras y deteniéndose muy a menudo a beber de su jarra. Sisou no sabía por dónde lo estaba llevando el hombre, quien había cambiado el semblante de su cara y ahora lo miraba sin parpadear.

—Pero hay algo que sí le preocupa de forma obsesiva.

—¿Y qué es, si puede saberse?

—Tengo entendido que viajabais con Teori Baferson, quiero saber qué ocurrió y dónde se encuentra.

El chico sabía que tarde o temprano iba a tener que explicar lo sucedido, pero no entendía por qué ese hombre le preguntaba por el asunto, ni la razón por la cual debería contestar a sus preguntas. A fin de cuentas, estaban de paso hacia Patts, así que se quedó callado sin atreverse a responder intentando que no se notase cómo habían empezado a temblarle las manos.

—Creía que era la pierna lo que os habían herido, no la lengua —le gruñó inclinándose aún más sobre la mesa que parecía aún más pequeña en comparación con su barriga—. Tal vez he olvidado presentarme, mi nombre es Pietro Colaris, nuevo capitán de la Guardia de la Tormenta de Patts. Serviré en el Palacio de Mármol en el puesto del tristemente desaparecido Reid Boras. Pero antes se me ha encomendado investigar lo… —El hombre chasqueó la lengua—. sucedido. No me diréis que no os resulta preocupante el hecho de que exista la posibilidad de que el señor Baferson haya asesinado al capitán y continúe vagando a sus anchas.

Sisou respondió todas las preguntas que el hombre le hizo, quien con su incesante chasquear de lengua lo estaba poniendo cada vez más nervioso aun sin tener nada que ocultar. Pero para su alivio, el interrogatorio no duró mucho más.

Los otros dos guardias debían llevar días sin beber, pues las jarras vacías se acumulaban en la mesa que ocupaban y ya empezaban a mostrar sus efectos. Vociferaban todo tipo de insultos a todo el que aparecía por la puerta y reían de forma tan exagerada que Pietro Colaris tuvo que marcharse del lugar para que, según le había dicho a Sisou, tomaran el aire, no sin antes recordarle que estarían por la zona unos días y que volverían a verse.

El encuentro lo dejó confuso. Era consciente de que Baferson era muy odiado, pero le había sorprendido el poco interés que tuvo en el hecho de que Abigail hubiese escapado. Sisou no llegó a ver al capitán Reid, pero por lo que Kaín le dijo aquella noche, lo que esa niña le había hecho no era algo normal.

—Vaya amigos nos traes a la aldea —bromeó de repente Seilyn desde la barra.

—No voy a negarte que esperaba algo más agradable.

Ambos rieron.

—¿Qué te ha parecido mi hermano?

—Muchísimo más simpático que tú… aunque no tan guapo.

Seilyn le lanzó a la cara el paño con el que secaba las jarras.

Ese día el muchacho no tomó su almuerzo en su estancia, en cambio lo hizo en la taberna junto a la chica y Kraigon. Al verlos juntos, volvió a notar lo diferentes que eran, no solo no se parecían en el físico, lo cual era evidente, sino en sus formas de ser. Mientras que el hombre era sumamente tranquilo y cortés, ella no podía estarse quieta ni un instante y tenía la ironía grabada en la lengua. A pesar de eso, los dos se llevaban muy bien. Ella estaba pendiente de él en todo momento y se notaba la complicidad entre ambos, aunque Kraigon se pasase toda la tarde pidiendo disculpas por los comentarios de su hermana, pero tampoco es que a Sisou le

ofendiese nada que la chica pudiera decir. Ya creía conocerla un poco y había dejado de sorprenderse.

Ya entrada la tarde, Seilyn guardó el caballo que la guardia había dejado atado en la entrada para Sisou, y el chico se retiró a la habitación. Los días empezaban a ser más largos y aún el cielo era rojo cuando se metió en el catre. Una agradable brisa entraba por la ventana y el sueño no le tardó en llegar, transportado por el repetitivo canto de algún búho madrugador y el leve batir de las ramas.

Despertó con un sonido como de vasijas estrellándose contra la pared. Se incorporó desorientado y cuando la cabeza comenzó a funcionarle con normalidad, observó por la ventana que era bien entrada la noche. Se levantó y agarrado a la pared con una mano y apoyado en el bastón con la otra, recorrió el pasillo lo más rápido que pudo, con la boca aún pastosa y los ojos hinchados, preguntándose qué había ocurrido.

La taberna ya debía estar cerrada hacía un buen rato, así que no debía haber nadie en el lugar a excepción, quizás, de Seilyn. Como era normal, todo estaba en completa oscuridad, pero conforme se iba acercando a la despensa empezó a oír lo que le parecía la voz de dos hombres discutiendo. Se tiró al suelo y la cruzó a gatas, quedándose oculto tras la barra e intentando oír lo que decían. No tardó en darse cuenta de que no era una conversación normal. Al único al que podía escuchar en esos momentos no paraba de llorar pidiendo piedad de una manera que estaba empezando a hacer que se marease por los nervios. Se asomó con cuidado por el lateral intentando ver algo en aquella sofocante oscuridad, y lo que vio casi le hace gritar, pero se tapó la boca con ambas manos a tiempo para evitarlo.

Allí, al fondo, uno de los hombres que acompañaban al capitán Pietro Colaris estaba sumido en un desesperado llanto, de rodillas y suplicando a alguien que parecía estar frente a él, pero que Sisou no podía ver desde allí pues las sombras envolvían el rincón. Sin cesar

su angustia, el guardia sacó lo que debía ser un puñal de su cinturón y como si de repente hubiese cambiado de idea en lo respectivo a vivir, se rebanó la garganta. Su voz se tornó en un desagradable gorgoteo durante el cual el chico incluso pudo oír el caer de la sangre desparramándose por el suelo, hasta que el pobre desgraciado cayó de lado dejando el lugar en completo silencio.

Sisou pensó que le hubiese encantado no haber salido de la habitación, pero ya la situación tenía poco remedio, así que se quedó mirando. De las sombras apareció un hombre alto y algo encorvado. Apretó los ojos intentando verle la cara, pero se dio cuenta de que una capucha oscura cubría su cabeza. Estuvo a punto de echar a correr, pero los latidos que sentía en su pierna le recordaron que en ese momento no era más que un tullido, así que, si ese hombre se dirigía hacia allí, estaba perdido. Para su alivio, se dirigió hacia la salida, abrió la puerta y salió del lugar cerrándola con cuidado.

El chico respiró hondo intentando tranquilizarse y se incorporó apoyándose en la barra. Desde allí veía algo mejor y no tardó en darse cuenta de que otro hombre yacía a unos pasos del primero tras una de las mesas. Se acercó para verle la cara, y tal como había supuesto, era el otro guardia que acompañaba al capitán, del que no había rastro, o eso parecía al menos. Sisou le dio unos golpes con el bastón por si acaso no estaba muerto, pero no hubo señal de vida en él. Entonces se acordó de Seilyn. Era extraño que no hubiese oído el golpe pues su habitación se encontraba más cerca que la suya. Un escalofrío le recorrió entonces el pecho haciéndolo reaccionar.

Se dirigió a la habitación de la chica lo más rápido que pudo intentando sacar de su cabeza el oscuro presentimiento que le apretaba el cuello. Casi había llegado a la despensa cuando el sonido de la puerta de la entrada volviéndose a abrir lo paralizó. Las rodillas empezaron a temblarle de forma exagerada provocándole repentinos pinchazos en la pierna rota. Decidió no mirar atrás, así que dejó caer el bastón y se lanzó hacia su habitación saltando con la pierna

buena. No sabía qué hacer, estaba seguro de que el hombre lo había visto, y de no ser así, el ruido del bastón cayendo lo habría delatado, así que lo único que se le ocurrió fue encerrarse y salir por la ventana hasta el pozo, donde podría ocultarse entre los árboles o gritar para pedir ayuda. Pero, como temía, unos pasos cada vez más fuertes empezaron a oírse tras de sí. Se echó las manos a la cintura inconscientemente, como si llevase su espada con él, pero no contaba con otra cosa que sus puños. Solo le faltaban unos pocos pasos para llegar a la puerta, pero quien lo perseguía estaba alcanzándolo. Cerró el puño, y sin siquiera mirar atrás, se giró en seco y lanzó su largo brazo con toda la fuerza que pudo, pero no acertó en su objetivo. En su lugar, el impulso lo hizo girar una vez más y al apoyar la pierna mala, perdió el equilibro y cayó de lado en el suelo.

—¿Se puede saber qué cojones haces? —dijo la voz de Seilyn de repente.

Sisou, desde el suelo y mientras escupía un diente, la vio salir de su habitación y acercarse hasta él.

—Alguien ha entrado —fue lo único que le dio tiempo a decir antes de volver a ver al hombre encapuchado caminando con torpeza hacia ellos.

Intentó avisar a la chica, pero sus palabras se amontonaron en su cabeza y salieron en forma de grito al tiempo que le zarandeaba la pierna para que mirase.

—Creo que tenemos que hablar… —dijo el hombre bajándose la capucha.

—¡¿Kraigon?! —exclamó Sisou sin entender nada.

—¿Te has asustado de mi hermano?

Seilyn soltó una carcajada.

—¡No lo entiendes! Le he visto…

—Eso es lo que me temía —le interrumpió la joven a la vez que apoyaba la mano en su cabeza—. Calma, solo necesitas tranquilizarte un poco —le dijo esta, palabras que empezaron a repetirse una y otra vez, cada vez más lejos en su mente.



No sabía cuánto había dormido, pero se encontraba como si hubiera sido un día entero. Todo parecía como siempre, los pájaros cantaban y los rayos de sol que entraban por la ventana empezaban a hacerle sudar. Entonces empezó a recordar lo sucedido la noche anterior. Jugó un instante con la idea de que hubiese sido una pesadilla, pero el hueco dejado en su boca por el diente roto le hizo desecharla. Se asomó por la ventana y se alegró al ver que el cubo del pozo seguía seco y eso significaba que Seilyn seguía dormida, así que con un poco de suerte podría escapar y pedir ayuda. Ni por todo el oro del mundo se quedaría en ese lugar… Pero salir por ese hueco estando tullido resultó ser más difícil de lo que había previsto. Lanzó al exterior sus cosas envueltas en una manta y luego salió él teniendo que dejarse caer de cabeza para lograrlo. Si caminar sin una pierna era difícil, hacerlo cargado era imposible, así que decidió dejarlo todo allí, ya tendría tiempo de volver cuando hubiesen ajusticiado a esos asesinos.

La idea de que Kraigon hubiera matado a esos guardias le atormentaba, pero lo que Seilyn le dijo dejaba claro que era cómplice de su hermano. Le costaba convencerse de con quién había estado viviendo durante casi un mes sin darse cuenta. Además, no recordaba nada a partir del momento en el que ella lo tocó. La había visto recoger hierbas del bosquecillo a diario y en más

de una ocasión había demostrado ser una excelente curandera, así que seguramente le habría envenenado con algún tipo de mejunje.

—¡Habéis madrugado hoy! Eso es señal de que dormisteis bien.

La inconfundible voz de Kraigon hizo que mirase hacia el tocón y vio que este lo saludaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Creo que podrías dejar de hacer el tonto y así podríamos explicarte lo sucedido —dijo Seilyn asomándose de pronto por la misma ventana por la que el chico acababa de salir.

Sisou los miró varias veces sin saber qué decir.

—Lo que mi hermana quiere deciros es que a veces basta con sentarse a hablar para entender lo más confuso. Sé lo que visteis, no voy a negároslo, pero despertasteis plácidamente en vuestro catre. No soy lo que pensáis.

—No sé cómo podríais explicar lo que hicisteis —tartamudeó Sisou.

—Sentaos. Estoy dispuesto a contároslo todo. Si tras eso seguís pensando lo mismo, ni mi hermana ni yo os impediremos marcharos. Os doy mi palabra.

Sisou sabía que no tenía otra opción, así que se acercó. Seilyn por su parte había desaparecido, seguramente a abrir la taberna, cosa que lo hizo sentir más seguro.

—Debo insistir en que os sentéis, no debéis fiaros aún de esa pierna.

El chico pensó que la palabra de Kraigon había dejado de valer para él, pero prefirió no decírselo, así que hizo lo que le pedía.

—Sé que no esperabais lo sucedido y os pido disculpas. No deberíais haber visto nada, pero lo visteis. Ayer os visitó un hombre, un tal Pietro Colaris.

—De hecho, vino con…

Sisou titubeó, pero Kraigon terminó la frase.

—Con los dos que maté. Decidme, ¿qué sabéis de ese capitán?

—No lo conocía, me dijo que iba camino de Patts. Poco más.

—Entiendo… No confiáis en mi aún. ¿Sabéis por qué estáis vivo?

—No dejo de preguntármelo.

—Ya os dije que conocí a vuestro padre. Una vez me ayudó sin tener por qué hacerlo cuando nadie más lo hizo. Como vos hicisteis con una niña hace unas semanas.

—¿A quién os referís?

Daba por hecho que hablaba de Abigail, pues no había tenido contacto con ninguna otra niña, pero no entendía cómo Kraigon sabía eso.

—Vamos, no os hagáis de rogar.

—¿Quién os ha hablado de ella? Ni siquiera vuestra hermana conocía su existencia.

El hombre sonrió.

—Creedme si os digo que mi hermana siempre ha sido conocedora de mucho más de lo que os decía.

—Si alguna vez dije algo, debió ser bajo los efectos de algunas de las infusiones que con torpeza tomaba confiado cada noche.

—Si os muestro algo debéis prometerme que no gritaréis.

—¿Por qué iba a gritar?

Kraigon se giró en dirección a la maraña de arbustos a su espalda.

—Puedes salir, pequeña —pidió suavemente.

Sisou no podía creer lo que estaba viendo. Durante un instante no la reconoció sin la mugre. Se había cortado bastante el cabello y había cambiado sus sucias ropas por una bonita capa gris que cerraba al cuello con un broche de madera que emulaba una hoja de arce, pero ahí estaba, no había duda. Abigail pasó por su lado con la mirada baja y las manos entrelazadas bajo el vientre y se sentó al otro lado de Kraigon sin decir palabra alguna. A Sisou le costó un rato cerrar la boca, aunque su confusión iba en aumento a un ritmo frenético.

—Esta es la niña de la cual hablábamos, ¿me equivoco? —preguntó el hombre.

—Lo es… Y vos no sabéis lo que le hizo a mi capitán.

—¿Sabéis lo que vuestro capitán me pretendía hacer a mí? —preguntó Abigail atravesándolo con la mirada.

—¿El capitán Reid? El solo hacía cumplir la ley.

La niña se levantó de un salto y se plantó frente a él. Se dio la vuelta y se levantó la camisa dejando ver las cicatrices que cruzaban su espalda.

—Esto me lo hizo vuestro capitán intentando arrancarme la ropa. Os hubiese bastado con haber preguntado al otro… Él no estaba de acuerdo y se fue.

—¡¿Baferson?!

—Ese.

Abigail volvió a sentarse mientras el joven no podía creer nada de lo que acababa de oír. ¿El capitán un violador y Baferson oponiéndose? Era el mundo al revés. No podía ser, pero, por otro lado ¿por qué iba la niña a mentir?

—Vamos, preguntad eso que os ronda la cabeza. No tendremos reparos en daros una respuesta —le animó Kraigon con cortesía.

—¿Cómo pudisteis hacerle eso a un hombre tan fuerte como el capitán? —preguntó a la niña. Esta instantáneamente miró a Kraigon, quien le hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

Abigail se paró frente a él y se agachó para coger una pequeña flor morada. La arrancó y la sostuvo con dos dedos. De pronto, una extraña neblina inundó sus ojos haciendo que su color verde tornara en blanco, al tiempo que la flor comenzaba a arrugarse dejando caer uno a uno los pétalos marrones y marchitos antes de que el tallo se retorciese y acabase difuminándose con la brisa.

Sisou no daba crédito a lo que acababa de ver. El loco de Baferson llevaba razón, ¡esa niña era una maga!

—Disculpadme… —dijo la chiquilla cubriendo sus ojos con ambas manos para después perderse entre la maleza.

—No es un don del que se sienta orgullosa, ¿sabéis? —dijo el hombre intentando sacarlo del estado de perplejidad en el que se encontraba.

—Eso no es ningún don, es una maldición — murmuró Sisou.

—Dejadme que os diga que no tenéis ni idea de lo que decís. ¿Sabéis algo de maldiciones? Aunque lo dudo mucho visto los esfuerzos de vuestro querido rey por borrarnos de la historia.

—Sé poco… Que es la peor de las manifestaciones mágicas y que son imposibles de parar. Es todo lo que el gran maestre nos enseñó acerca de estas. Pero esperad un momento, ¿habéis dicho «borrarnos»?

El hombre sonrió.

—Nunca nos fuimos del todo, chico. Muchos de nuestros abuelos y padres se negaron a abandonar su tierra, y aunque pocos,

algunos lo consiguieron.

—¿Y os dedicáis a asesinar a guardias de la tormenta?

Kraigon lo agarró con fuerza del brazo.

—El único que se dedica a asesinar es ese desgraciado de Pietro Colaris. Os diré quién es ese «capitán». El rey no es desconocedor de nuestra existencia, pero es bueno ocultándonos de la gente y sus secuaces lo son erradicándonos. Colaris es uno de ellos. Se hacen llamar los Inquisidores y llevan ocultos desde la guerra operando en secreto para la Corona.

—Hacen cumplir la ley… —Las palabras del chico salieron sin fuerza.

—Asesinan a los de mi especie de las formas más crueles que podáis imaginar. Ese hombre no solo buscaba a Teori Baferson. Buscaba a Zarem.

—¿Quién es Zarem?

—Zarem Ta-Has. La conocéis por Abigail Thomas, creo recordar.

—¿Abigail es vuestra hija?

—Si os gusta más llamarla así, por mí no hay problema. Pero habría que ver qué opina mi querida hermana, pues fue ella quien eligió su nombre.

Sisou ya no sabía qué creer y qué no. Si todo lo que le estaba contando Kraigon era cierto, todo Skar vivía en una completa mentira. La magia estaba supuestamente erradicada del reino de los humanos, o eso les hacían creer.

—De ser cierto lo que me contáis, ¿por qué iba el reino a querer ocultar algo así? Quiero decir… ¿No resultaría más fácil hacer como durante el gran pogromo y obligar a que los propios vecinos os entregasen?

—Fue efectivo en su momento, no cabe duda, pero tras un tiempo el reino necesitaba reafirmar su poder. Tenían que crear la ilusión de que habían vencido.

—En cierto modo, vencieron. Vivís ocultos.

—Pero somos libres de hacerlo donde queramos. Los hombres como Pietro nos rondan de vez en cuando, pero ya habéis visto que, de momento, sabemos defendernos.

—¿Puedo haceros una pregunta? —Kraigon asintió—. Si buscaban a Zarem… ¿por qué insistían tanto en Baferson?

El hombre se encogió de hombros.

—Los Inquisidores son expertos en sacar información y manipular, seguro que alguna razón habría. Me vais a permitir que vuelva a mi choza, la espalda me duele especialmente esta mañana y si decidís denunciarnos, preferiría al menos estar descansado.

Después de que el hombre se fuera, Sisou volvió a entrar por la ventana y esperó sentado a que Seilyn apareciese, tenía que dar la cara en algún momento. El chico había pasado de la veneración por ella al terror y de este a algo parecido a la decepción por haberlo tenido engañado de esa forma. Como esperaba, esta hizo acto de presencia poco después. Sisou había estado ordenando las palabras en su cabeza para cuando llegase, incluso ensayó cómo gesticularlo para que sonara más serio, pero cuando tuvo que hacerlo, se quedó en blanco. Ella, con los brazos en jarra, dejó evidencia de su poca paciencia.

—¿No vas a decir nada? Esperaba al menos un «zorra mentirosa» o algo parecido… Me decepcionas. — Rio mientras el joven apretaba los labios intentando no hacerlo también.

Si había algo en lo que Seilyn no había mentido era sobre su carácter.

—De momento solo tengo tres preguntas.

La chica se sentó en el catre y lo invitó con las manos a seguir hablando.

—Si Abi… Zarem es tu sobrina, ¿cómo pudo ser que diese la casualidad de que yo acabase en esta taberna que resulta ser de su padre y su tía? Pudo ser, como digo, una casualidad, pero no me parece muy probable, si te soy sincero.

—Fácil. Kraigon os vio llegar a ti y a tu compañero al pueblo. Aquí estamos siempre alerta, aunque no lo parezca. El hecho es que, no sé si te habrá comentado algo, pero mi hermano es un testario. ¿Sabes qué significa?

Sisou negó con la cabeza.

—Son magos que tienen el don de entrar en la mente de los demás —prosiguió Seilyn—. Algunos, como es su caso, llegan a ser capaces incluso de influir en las acciones de otros. La primera vez que entraste aquí fue por provisiones, ahí mi hermano no tuvo nada que ver… Pero recuerda que él se encontraba ya aquí. Os estaba esperando. Durante el tiempo que pasasteis tu amigo y tú mirándome el trasero y emborrachándoos, él descubría cada secreto vuestro. El más pequeño recuerdo que guardaras él lo sabe ahora. Supo de quién eres hijo y vio por tus ojos cómo caíste del caballo. Estuvisteis a punto de cometer la locura de intentar llegar a Tiberia y no lo hicisteis gracias a mi hermano.

—Te equivocas. Fue Kaín quien decidió venir hasta aquí.

La chica arqueó una ceja y levantó el labio superior dejando claro que pensaba que Sisou era idiota, cosa que él pensó también, pues estaba claro que Kraigon también habría entrado en la cabeza de su amigo.

—¿Por qué habéis decidido contarme todo esto y poneros en riesgo?

—¿Te soy sincera? —preguntó esbozando media sonrisa de forma juguetona—. Si hubiera dependido de mí, estarías… —dijo pasando su dedo por la garganta como si se degollara—. Pero parece ser que mi hermano siente un profundo aprecio por tu padre, no me preguntes por qué, yo no soy testaria, y él no siempre lo cuenta todo, te lo aseguro.

—¿Cuál es entonces tu don?

—Bueno, eso hacen las tres preguntas ¿no?

—Estarás de acuerdo en que podrías permitirme una más, dados los acontecimientos.

—Si tanto te interesa, soy una oneria, puedo hacer que las personas se calmen y visitar sus sueños mientras duermen… No sé cómo no te diste cuenta de nada antes.

Seilyn se dio unos toques con el dedo en la sien y miró hacia el techo.

—Así que no eran las infusiones lo que me ayudaban a dormir —murmuró mientras parpadeaba compulsivamente intentando humedecer sus ojos antes abiertos como platos.

—Bueno, tengo cosas que hacer. ¿Cuál es la última pregunta?

—¿El don de Zarem es quitar la vida?

La chica se puso de pie de un salto y a Sisou le pareció que no esperaba esa pregunta.

—Si alguna vez se te ocurre decir eso delante de ella, seré yo la que te quite la vida con mis propias manos.

Se dirigió a la puerta, pero pareció cambiar de idea, pues se detuvo antes de salir y se giró hacia él.

—Cuando de niños empezamos a manifestar nuestros dones no somos capaces de entenderlos. Zarem nació manifestando su don.

Su madre la parió justo detrás de esta casa. No tendría ni dos días cuando la niña agarró un ramo de margaritas recogidas esa misma mañana y se secó al instante. No sabes lo duro que es crecer sabiendo que aterras a los demás.

—Debo pedirte perdón, no debí preguntarte eso. Me avergüenzo de mí mismo por haberlo hecho…

—Haces bien en avergonzarte, Ella no es ningún monstruo ¿sabes? Recuerdo que su madre pasó el embarazo sin saber cómo llamarla, y no fue hasta el tercer día después de nacer cuando, tras contarme que la niña había secado la mitad de los árboles del patio, me dio el privilegio de elegir su nombre, y elegí el único que podía llevar aquella preciosidad. ¿Sabes qué significa Zarem?

Sisou se encogió de hombros deseando, sin saber por qué, conocer la respuesta.

—Significa otoño.

EL CUENTO DE ANETH Y SEPHIROTH

Cuenta una antigua leyenda del Amanecer de los Tiempos que Adil, el juez de los dioses, encargado de mantener el perfecto equilibrio de todo lo creado por su raza, en una de sus continuas visitas al mundo de los hombres y los elfos se enamoró de una joven humana.

Conocedor del castigo al que tanto él como su amada serían sometidos si sus iguales los descubrían en alguno de sus furtivos encuentros, pero totalmente cegado por el amor que sentía, huyó de los cielos para, oculto tras otro rostro y otro cuerpo, vivir como un humano más, tiempo durante el cual fue realmente feliz.

Pero mientras la extraña pareja disfrutaba de su corto idilio, las sombras se cernían sobre la tierra que ahora era su hogar, pues sin juez los dioses comenzaron a tomar sus propias decisiones sin que nadie los frenara. Descargaban su ira contra las indefensas razas que poblaban el mundo y usaban a sus habitantes como fichas de un macabro juego. Los humanos por su parte cada vez distinguían menos la diferencia entre lo que querían y lo que debían hacer, influenciados por el hambre de Arkha, la diosa de la guerra, quien también había pasado a vivir entre ellos.

Fue entonces cuando Zaci, el padre de todos, bajó convertido en un gato negro para buscar a sus dos hijos. Primero encontró a Arkha, a quien desterró del reino de los dioses y condenó a sufrir una insaciable hambre hasta el fin de los tiempos. Al segundo lo encontró a la orilla de un riachuelo mientras disfrutaba de la compañía de su pareja. El gato negro lo llevó hasta una arboleda cercana para que nadie pudiera oírlos y le ofreció el perdón, pues era el favorito de sus hijos, a cambio de que abandonase para siempre el mundo de los mortales y volviese a su lugar. Pero él no estaba dispuesto a olvidar el amor que sentía por esa mujer y por lo que había empezado a crecer en su interior, así que rehusó obedecer

a su padre quien, presa de la ira, lo devoró allí mismo para después atraer a la mujer hasta el lugar y obligarla a limpiar los restos como penitencia.

Pero la leyenda no acaba aquí, sino que perdura hasta día de hoy gracias a que un niño y una niña nacieron de su vientre poco después, a los que llamó Sephiroth y Aneth respectivamente. Ambos eran una copia del alma de su padre. El niño había nacido bendecido con el poder de la magia, reservado hasta ese momento a los dioses, mientras que la niña parecía no haber recibido esa bendición. Los dos hermanos crecieron felices y unidos hasta que, poco a poco, Sephiroth empezó a cambiar, pues el poder que poseía no podía ser controlado por su cuerpo mortal, débil y corrompible.

El joven pasó los siguientes años sembrando la desgracia y el caos por donde pasaba sin que nadie pudiera detenerlo, pues nadie conocía de su poder… Excepto Aneth, quien plenamente consciente de lo que su otra mitad hacía, pero siendo incapaz de obviar su amor por él, dedicó su vida a estudiar los antiguos escritos, indescifrables para casi todos los humanos, pero no para ella, los cuales memorizaba con la misma velocidad con la que los leía. Así descubrió que su hermano dominaba las formas más oscuras de la magia y ellas lo poseían a él usando su lengua como medio para impregnarlo todo, pues toda maldición necesita palabras para desatar su poder.

La joven anotaba cada hechizo con el que evitaba una desgracia en un precioso cuaderno azul adornado con un espejo en el reverso de la cubierta que su padre había regalado a su madre mucho antes de que ellos naciesen. Fueron miles las páginas que completó, haciéndose inseparable del pesado libro del que nunca se despegaba, hasta que un día, su hermano empezó a sospechar y la obligó a entregárselo, pues dominado por la ambición ansiaba descubrir qué escribía día y noche.

Con el corazón totalmente envenenado, la ira se apoderó de lo poco que Sephiroth aún conservaba puro y estranguló con sus

propias manos a la única persona que lo amaría a pesar de lo que hiciese. Pero el último suspiro que Aneth exhaló mientras cogía la mano de su hermano perdonándolo una vez más, se coló entre las amarillentas páginas de su libro gracias a que su asesino, víctima del arrepentimiento por primera vez desde hacía mucho tiempo, se dio cuenta del monstruo en el que se había convertido y desesperado había usado casi todo su poder para guardar el alma de Aneth allí. Acto seguido, se lo entregó al más sabio de los hombres que había conocido para que lo guardase como protección por si algún día alguien como él caminaba sobre la tierra.

Intentó vivir como un humano más durante muchos años, incluso tuvo hijos que, para su sorpresa, empezaron a mostrar dones distintos a los suyos, pero igual de poderosos a su manera. Ya lucía el pelo plateado y su espalda sufría de los achaques propios de la vejez cuando decidió poner fin a su cruel vida.

Sobre un gigantesco precipicio reunió todo el poder que le quedaba y lo usó para arrancarse el alma y encerrarla en un ópalo negro que se hundió atado a su cuello en lo más profundo de un inmenso lago, donde el tiempo terminó borrando todo rastro de su maldad.

Poco a poco, una nueva raza se propagó por la tierra, todos los descendientes de Adil. Una raza más poderosa que ninguna otra, que era consciente de ello y por lo que al principio se limitaba a cruzarse con los de su misma sangre, temerosos de la ira de Zaci. El mundo cambió una y otra vez a lo largo de los siglos, surgieron algunos reinos y desaparecieron otros, mares inundaron tierras y tierras emergieron de los mares, y la mayoría terminó olvidando la historia de Aneth y Sephiroth, convirtiéndose con el pasar de los milenios en solo un cuento que los ancianos contaban a sus nietos, un relato que los padres usaban para dotar del sentido de la moral a sus hijos o, simplemente, para asustarlos con el regreso del primer y más cruel de los magos.



932 d.G.G, quince años antes de los hechos acontecidos en este libro.

Dos días habían pasado desde que la conocida como sublevación de Tiberia había sido disuelta, durante la cual varias de las familias más poderosas de la ciudad intentaron usurpar el poder al actual señor, y la noche caía pesadamente sobre la Ciudad del Pecado, dejando las ahora sombrías calles bajo el dominio de los lujuriosos y los criminales.

La lluvia y el fuerte viento golpeaban las murallas de forma tan salvaje que a los guardias les era imposible caminar sobre ellas. En su parte este, pegados a la pared menos castigada por el vendaval, dos figuras ocultas bajo amplias capuchas se deslizaban fundiéndose con las sombras.

—Más les vale a esos ineptos haber dejado las cadenas lo suficientemente largas porque de lo contrario me habré quedado sin el placer de rebanarle con mis propias manos el pescuezo a este traidor… —susurró el que caminaba delante.

—Tal vez ese desgraciado sabe nadar —contestó con tono burlón el otro, claramente bajo los efectos del alcohol.

El que mandaba se detuvo al borde del foso que rodeaba la ciudad, a la altura de una de las compuertas por las que la escasa agua del Río Muerto llegaba y se agachó para recoger algo del suelo.

—Pues creo que mi día ya ha merecido la pena, ¿ves lo que siempre te digo, muchacho? Si quieres sobrevivir y llegar lejos en

este mundo, debes tener los ojos bien abiertos, nunca sabes cuándo una oportunidad puede llegar hasta tus pies —le dijo mientras intentaba que la escasa luz le dejase ver si lo que había encontrado era lo que realmente le había parecido en un primer momento.

—¿Qué es, Darco? —preguntó el joven acercándose a ver de cerca lo que analizaba su jefe.

—¡Oh, sí! Pero… ¿Cómo puede ser? ¡Es mi ópalo negro, sin duda! —exclamó girando la gema negra, la cual desprendía mil destellos a la luz de la luna—. No puedes imaginar lo que lo he echado de menos. Pero será un secreto entre los dos, no siempre debes compartir todo lo que encuentres ni todo lo que sepas… Bueno, tú sí debes hacerlo, al menos conmigo. Pero recuerda algo, joven Teori, si algún día quieres ser alguien en esta ciudad, aprende a dar con la izquierda solo la mitad de lo que tomas con la derecha. Ese, mi buen amigo, es el secreto del éxito del Señor de los Ladrones.

CAPÍTULO 6: EL CAMINO DE LOS OLVIDADOS

El día que Rico llevaba semanas esperando por fin había llegado. La compañía llegó a Butterberd con los nuevos desterrados del reino la noche anterior poco después de que se hubiera metido en el catre junto a su esposa.

El ensordecedor chirrido que las Puertas del Olvido producían al abrirse tiradas por veinte guardias de la tormenta había levantado bandadas enteras de pájaros que se resguardaban entre las frondosas copas de los árboles del inmenso mar verde. Caminaba en la fila encadenado de pies y brazos sin poder quitarse de la cabeza a Laura, pues el Sol acababa de salir y sabía que debía estar a punto de despertar, si no lo había hecho ya, y vería que él no estaba a su lado.

Rico había tenido que fingir una enfermedad que supuestamente le impedía salir de su estancia, tiempo durante el cual se trasquiló el cabello como si un niño le hubiese quitado la navaja al barbero, se dejó la barba crecer y se deshizo de su amado bigote. Intentó pasar tanto tiempo como pudo con los gemelos y con Naiara, antes quienes también fingió estar enfermo. El engaño requería que Laura jugase su papel, así que esta había pasado la mayor parte del tiempo asumiendo las obligaciones para las que él estaba impedido. Solo se vieron durante las noches, en las que la pasión siempre prendía un fuego que luego era apagado por las lágrimas provocadas por el miedo. Sir Dawson se había encargado de dejarle el camino abierto hacia una de las celdas recién ocupadas, llevando consigo una orden de destierro que él mismo le había entregado tras los establos, donde lo había esperado oculto bajo una andrajosa túnica marrón. Tras encadenarlo, su leal amigo

lo llevo a la celda en la que pasó el resto de la noche, donde por suerte ningún capa negra se molestó siquiera en retirarle la capucha.

Un capitán cerraba el paso justo en el centro de la colosal puerta con un manojo de llaves en la mano con las que una a una fue soltando las cadenas de los condenados. Era el turno de Rico cuando un hombre muy delgado y con el cuerpo lleno de llagas que llevaba todo el trayecto sin parar de maldecir se tiró al suelo gritando que los dioses lo perdonaban y que ningún hombre podía condenarlo. Cuatro guardias lo levantaron bruscamente, le soltaron los grilletes y lo lanzaron a patadas por el barranco que llevaba al Paso de los Dioses. Sus lamentos siguieron oyéndose para cuando las puertas se hubieron cerrado, momento en el que el resto de los desterrados se dispusieron a arrastrarse por la empinada pared de roca y tierra.

Mientras lo hacía, Rico observaba a los cinco hombres. Tenía claro que no podía fiarse de ninguno, ya que si habían acabado allí no podía ser por buena conducta. Todos eran hombres delgados, de cara enfermiza y barba de varias semanas. Cuatro de ellos parecían rondar entre los treinta y cuarenta años, pero tanto el que yacía a los pies del lugar con el brazo y las dos piernas rotas como el último que bajaba, debían contar con más de cincuenta.

Rico no tardó en darse cuenta de que ese hombre no tardaría en morir. Había deseado poder cortarle el cuello en varias ocasiones durante la noche anterior, atormentado por sus gritos que habían llegado a darle dolor de cabeza. Por no hablar de los insultos que repetidas veces había proferido contra el rey y contra el señor de la ciudad que ahora le cerraba las puertas. Pero ahora sentía pena por él. Si el Bosque de los Dioses era peligroso, entrar en él sin poder caminar y con un brazo roto era una condena a muerte tanto para él como para todo el que lo acompañase, y era algo que todos parecían saber, pues ninguno se detuvo a ayudarlo, en cambio, todos corrieron despavoridos en dirección a la inmensa boca verde que engullía el lugar mientras intentaban no ser alcanzados por

alguna de las flechas que habían comenzado a llegar desde las murallas.

Rico se agachó resguardándose tras una gran roca gris desprendida del barranco y sacó dos pequeñas dagas de acero negro con el mango forrado con cuero azul que había ocultado bajo los ropajes, atadas a la cara interna de uno de sus muslos. Las saetas silbaban en todas direcciones, chocando algunas contra la roca, donde se partían en mil pedazos. Esperó tres oleadas mientras contaba mentalmente el tiempo que pasaba entre cada una de ellas, pues era lo que tardaban los soldados en volver a tensar sus arcos. Echó un último vistazo a la inmensa muralla y una leve mueca de satisfacción apareció en su rostro. Desde allí le pareció aún más grandiosa. Definitivamente, las murallas de su ciudad eran infranqueables.

El hombre seguía llorando y maldiciendo en la misma posición en la que había caído, con una de las piernas flexionada hacia delante a la altura de la rodilla y el brazo bajo la espalda. Rico abandonó su escondite lo más rápido que pudo sin incorporarse del todo y se acercó a él. Este puso los ojos como platos al percatarse de que empuñaba una de las dagas.

—¿Qué vais a hacerme? —le preguntó mirándolo horrorizado.

—Un favor, creedme —contestó mientras hundía de un golpe seco la hoja en el centro del pecho del pobre desgraciado, el cual murió al instante sin mostrar signo de dolor alguno.

Limpió su arma en una de las piernas del ahora cadáver y echó a correr sin mirar atrás cruzando el sendero que acababa donde el mar verde comenzaba hasta que, habiendo pasado bajo el primer árbol, las flechas dejaron de caer. Le dio la impresión de que el aire en el lugar era exageradamente denso, tanto que le costaba respirar e incluso tuvo que toser un par de veces por culpa del intenso olor a madera podrida y humedad.

Mientras caminaba en línea recta se dio cuenta que nunca había visto un bosque como ese, y había visto muchos. La mayoría de los árboles estaban completamente cubiertos por musgo, así como la totalidad del suelo. Cortinas de hiedra, raíces y otras plantas trepadoras se cruzaban en todas direcciones creando una interminable telaraña que no dejaba opción a ver el cielo. Abundaban los helechos similares a los que adornaban muchos lugares de Skar, pero algunos cuatro o cinco veces más grandes.

Las dagas le sirvieron para abrirse paso entre la opresiva vegetación y agradeció llevar puesta la túnica, pues proporcionaba protección frente a los cortes. Había visto hombres morir entre terribles dolores por un simple rasguño de alguna planta venenosa y prefería no ser uno de ellos. Tenía sed, así que su primer objetivo era encontrar agua. Se detenía cada cierto tiempo intentando seguir el sonido de lo que parecía un arroyo, aunque el agobiante coro de pájaros y cigarras no se lo ponían fácil. A pesar de estar acostumbrado a pasar algún que otro día sin agua, la continua lucha por avanzar estaba empezando a dejarse notar. Terminó encontrando su objetivo bastante tiempo después, aunque tenía la certeza de que no había recorrido mucha distancia.

Tras una pequeña pendiente en la que se tuvo que sentar y dejarse caer pues el musgo del suelo no le dejaba otra opción, un estrecho y vivo riachuelo serpenteaba en dirección este partiendo el tupido paisaje en dos. Rico se arrodilló en uno de los márgenes, se retiró la capucha y hundió la cabeza en el agua. Estaba tan fría que se le pusieron los labios morados al instante y su cara se llenó de manchas rosadas, pero le supo a gloria. Bebió cuanto pudo y de una de sus botas sacó un odre de piel de vaca cuidadosamente plegado que llenó antes de colgárselo al cuello con un cinturón improvisado que trenzó con hojas de helecho. Mientras lo hacía, observó que el riachuelo estaba plagado de peces, no muy grandes dada a la escasa profundidad, pero lo suficiente como para que morir de hambre no fuera un problema, así que pensó que tenía algo menos de lo que preocuparse. Hasta donde sabía, los elfos también

necesitaban agua, así que seguir el arroyo en dirección norte podría ser la mejor forma de encontrarlos.

Se disponía a continuar su camino cuando un fuerte golpe en la parte posterior del cabeza acompañado de una nube de astillas le hizo caer de bruces en el agua. Estuvo a punto de perder el conocimiento, pero tal vez gracias a la sensación del agua congelada no lo hizo, e instintivamente se giró buscando lo que lo había derribado para encontrarse con uno de los desterrados con los que había cruzado las puertas de la ciudad esa misma mañana abalanzándose sobre él mientras levantaba un tronco sobre su cabeza. Rico intentó reincorporarse, pero recibió otro golpe, esta vez a la altura de la oreja izquierda, provocándole un intenso pitido que enturbió su visión mientras caía de nuevo al agua esforzándose por no cerrar los ojos. En su lugar, los clavó como pudo en su atacante. Este parecía brindarle una oportunidad, pues se agachó a coger una de las piedras del riachuelo, casi tan grande como su cabeza. No trató de levantarse pues la sangre que empapaba su rostro le impedía ver con el ojo izquierdo y sentía un fuerte mareo que seguramente le hubiese hecho perder el equilibrio. Solo buscó con la mano izquierda bajo su túnica y esperó a que su atacante estuviese junto a él, y cuando este se disponía a dejar caer la piedra, Rico agarró por la hoja una de las dagas y con el mismo impulso con el que rodó hacia un lado la lanzó directa a su garganta. Un abundante chorro rojo manchó el pecho del chico al instante mientras aún sostenía petrificado la roca sobre su cabeza, mirándolo con un gesto de incredulidad grabado en el rostro para luego dejarla caer desplomándose justo después junto a ella. El agua se tiñó de rojo por un breve instante hasta terminar difuminándose con la corriente. El señor de Butterberd se tiró de rodillas, empapándose las manos con la sangre que salía de su cabeza mientras intentaba conocer la gravedad de la herida. La oreja le ardía y le palpitaba de una forma terrible y había perdido un buen pedazo de la parte superior, pero cuando se lavó la cara y notó que no sangraba por la nariz, se tranquilizó. Se preguntó la razón por la que lo había atacado, pero llegó a la conclusión de que lo habría hecho por algo tan banal como

robarle la ropa, sobre todo las botas… o tal vez el odre. Cosas así podían suponer la diferencia entre morir o vivir allí afuera.

Retiró el arma de la garganta del cadáver y la enjuagó maldiciéndose por no haber estado lo suficientemente atento como para oír que alguien se le acercaba. Quizás se había acostumbrado a que siempre le guardasen las espaldas y era algo que no podía volver a ocurrir si quería salir vivo de allí. Nada de lo que llevaba el joven podía aprovecharse pues su ropa estaba tan podrida que se partía con solo tirar de ella, así que lo dejó allí tirado y, ahora sí, continuó su viaje río arriba.

Caminó todo el día por el estrecho margen sin que el paisaje cambiase mucho y sin querer internarse en la densa vegetación que lo abrazaba. El cielo ya se tornaba rojo cuando mató para cenar una pequeña culebra marrón que pasaba ondeando el agua a contracorriente. Hacer fuego fue realmente difícil pues todo parecía estar húmedo allí, pero recordó un truco que su padre le había enseñado cuando era niño en sus salidas a pescar. Buscó varios troncos más gruesos que su brazo y les fue cortando lascas hasta llegar al centro, donde a veces la humedad no llegaba, y de ahí sacó suficientes hebras como para tener una buena base de yesca que terminó prendiendo tras chocar durante un buen rato el acero de una de sus dagas con piedras que seleccionó con cuidado.

La noche fue todo menos tranquila. Al caer el sol, miles de sonidos llegaban desde el follaje, algunos bastante inquietantes como los extraños aullidos de algún tipo de animal que recordaban a los gritos de una mujer pariendo. Estaba solo, pero le daba la impresión de tener cientos de ojos a su alrededor que lo miraban escondidos entre la maleza. Estaba exhausto, pero no podía permitirse el lujo de quedarse dormido ya que no conocía la zona y tenía el continuo presentimiento de que el joven al que había matado esa tarde no sería el único que intentaría asesinarlo. Así que allí, sentado contra el tronco de un árbol más ancho que alto y agradeciendo el calor de la hoguera, tuvo tiempo para pensar.

Recordó a su familia varias veces y no pudo evitar pensar que si salía vivo de ese bosque le iba a costar años que Laura lo perdonase, si es que llegaba a hacerlo algún día. Naiara por su parte ya tenía edad suficiente como para darse cuenta de que su padre no marcharía a la capital sin despedirse, así que, seguramente, Laura terminaría contándole la verdad, pues la acribillaría a preguntas. También recordó a su hermano y a sir Dawson diciéndole que el plan era una locura mientras ultimaban los detalles. Darmund se encargaría de rociar la cena de los guardias con un extraño brebaje que este había traído de las Islas del Oeste años atrás cuando volvió de luchar contra los piratas. Supuestamente, una sola gota era suficiente para poner a dormir a cincuenta caballos adultos. Con los guardias fuera de juego, sir Dawson entraría en la torre principal y abriría en secreto la puerta que daba al primer nivel de las murallas desde donde lanzaría una cuerda que dejaría atada a la espera de su regreso. Solo tendría una oportunidad, si algo fallaba, nunca podría volver.

Le dolía mucho la parte izquierda de la cabeza, sobre todo la oreja, que sentía como un peso en la cara. De vez en cuando pasaba los dedos por encima como si eso fuese a aliviarle el dolor, cosa que no ocurrió en toda la noche.

Con los primeros rayos de sol, el señor de Butterberd comió el resto de culebra que le había sobrado, cubrió la hoguera con tierra húmeda y siguió su camino durante toda la mañana mientras el calor aumentaba hasta tal punto que tuvo que quitarse la túnica, y no hizo lo mismo con la camisa para no quedar totalmente expuesto a las picaduras de los mosquitos, los cuales abundaban. Se detuvo para intentar capturar un pez cuando su estómago le indicó que rondaba el mediodía, aprovechando un pequeño paso de agua entre dos grandes rocas que parecían intentar sin éxito detener la corriente. Los resbaladizos animalillos, conscientes de su vulnerabilidad al llegar al embudo, aleteaban nerviosos chocándose con las rocas y saltando unos por encima de otros, por lo que no le fue difícil coger uno del tamaño de su mano que nadaba aturdido. Se armaba de

valor para comérselo crudo con la intención de no perder demasiado tiempo, un tiempo que quizás no tendría, cuando el crujir de unas ramas le hicieron ponerse alerta y coger una de las dagas antes incluso de mirar. A unos ochenta pasos más adelante, de la arboleda del margen izquierdo salió un majestuoso venado. Rico se quedó inmóvil, observando cómo el animal al que contó más de veinticinco puntas saciaba su sed. Años atrás, su hermano y él cazaron uno casi igual de grande en una batida de caza en el Bosque de los Susurros, pero el pelaje del que tenía enfrente era mucho más largo y de color claro, lo que lo hacía más hermoso. «Si vieras esto, Darmund…» pensó al tiempo que una sonrisa se dibujaba en su cara.

Esperó paciente a que el animal terminase de beber para no asustarlo, fascinado por la escena e imaginando la reacción de su hija si hubiera estado allí, pues mostraba pasión por cualquier ser vivo con pelo, hasta que de pronto una enorme figura surgió de la oscuridad con tal violencia que hizo que el gigante astado diese una voltereta completa antes de quedar tumbado en medio del río, bramando ruidosamente con la lengua gris fuera mientras agitaba todo el cuerpo intentando zafarse de lo que lo había derribado.

Rico no podía creer lo que veía. Enganchado al gaznate del pobre bicho había una bestia que le recordaba a un gato salvaje en la forma, aunque estos solían ser de color pardo con manchas negras, y este era marrón claro en su totalidad. Su cuello tenía el mismo grosor que el del venado y sus patas delanteras, anchas y musculadas, se aferraban al costado de su presa.

Miró a su alrededor buscando una vía de escape, pues prefería no encontrarse cara a cara con el animal, pero dar un paso en ese suelo enfangado y lleno de ramas y piedras llamaría demasiado la atención. No le quedaba más opción que intentar pasar desapercibido mientras pedía a los dioses que el monstruo tuviese la costumbre de retirarse a comer en el bosque, pues de no ser así tarde o temprano terminaría viéndolo y, llegado el caso, las armas con las que contaba serían una broma de mal gusto al lado de las garras de su rival.

Pronto el ciervo dejó de luchar, y aunque Rico al principio aún podía oírlo tratando de respirar, terminó desistiendo. Al levantarse, el gato mostró su verdadero tamaño y era totalmente impresionante. Calculó que a cuatro patas podía igualar la altura de un hombre promedio, pero si se levantaba sobre las patas traseras, de seguro alcanzaría los diez palmos de altura, algo bastante increíble dado que el oso más grande que había visto en su vida no superaba los ocho palmos.

Una mezcla de admiración y pánico lo invadió cuando lo vio levantar casi sin esfuerzo su pesado almuerzo, arrastrándolo hacia la misma zona por la que había llegado. A punto estuvo de salir de su vista cuando, en el momento menos esperado, el animal pareció darse cuenta de que estaba siendo observado, pues soltó su presa para dirigir la vista hacia él. Desde la distancia, pudo ver cómo le clavaba dos amenazantes ojos amarillos mientras dejaba atrás su comida y caminaba hacia él agazapado, posando las patas con sumo cuidado a cada paso en una posición que le recordó a la manera en la que había visto a los gatos cazar, solo que, esta vez, él parecía ser el ratón.

Rico se levantó y empezó a hacer aspavientos con los brazos al tiempo que gritaba intentando asustarlo desesperado, pero una soga pareció apretar su cuello con fuerza cuando se percató de que no había surtido el más mínimo efecto, pues la bestia seguía acercándose lentamente sin detenerse en ningún momento. Estaría ya a unos cuarenta pasos cuando Rico agarró con la mano derecha una de las dagas por el filo mientras escondía la otra con la izquierda. Comenzó a respirar hondo intentando relajarse lo máximo posible, pues esta vez más que nunca no podía fallar o acabaría en el estómago de su rival. Esperaba a que estuviese a una distancia que le diese opciones, pues sabía que era difícil acertar a más de quince pasos, pero el coloso dejó claro que no se lo iba a poner fácil cuando a bastante más distancia, flexionó todo su cuerpo emulando a un gato preparándose para saltar y dejando a Rico sin otra opción que anticipar su lanzamiento. Apuntó a sus ojos y sus ojos le

apuntaron a él. El salto que el animal dio superó todas sus expectativas, cerniéndose sobre él con tanta velocidad que esquivó la primera de las dagas e hizo que le fuese imposible lanzar la segunda. En un acto totalmente involuntario, sus reflejos hicieron que se tirase al suelo y mientras caía, sintió un golpe en el brazo. Había estado cerca, muy cerca.

Se incorporó empuñando la daga que le quedaba, intercambiando en silencio la mirada con el gato que, tras sacudirse, volvía a preparar su devastador ataque. Pero ahora estaba más cerca, tanto que no podía fallar. Así que esta vez fue él quien se adelantó lanzando el arma con un veloz latigazo de brazo. El tiempo pareció detenerse ante sus ojos mientras la hoja volaba girando directa al centro de la frente del animal, donde habría acabado de no ser porque, a menos de un palmo de su objetivo, un silbido seguido de un golpe seco la hizo desviarse, logrando solo rozar una de sus orejas. La bestia dejó de centrarse en él para mirar en dirección a la densa arboleda. Rico hizo lo mismo, totalmente confundido por lo que acababa de ocurrir.

Allí, junto al cadáver del venado, varios seres de piel verdosa y de cabello largo y negro le apuntaban con rudimentarios arcos de madera casi tan grandes como ellos. Parecían cubrir parte de su cuerpo con hojas cosidas entre sí y sus brazos y piernas eran exageradamente largos. El señor de Butterberd esbozó una sonrisa recordando las palabras de sir Dawson. «Creo que ellos lo encontrarán a vos».

—Como de costumbre teníais razón, viejo amigo —murmuró al tiempo que se arrodillaba con las manos levantadas en señal de sumisión.

El monstruo de afiladas garras que había estado a punto de destriparlo ahora corría dando brincos en dirección a los elfos a la vez que estos se acercaban a Rico sin dejar de apuntarlo con sus armas. El que lideraba el grupo se colgó su arco en la espalda para acariciar al gato, cuya cabeza le llegaba a la altura del pecho. Todos

ellos tenían cuerpos fibrosos, pero ese era casi el doble de ancho que el resto. Sobre su cabeza, una corona de hojas verde claro, largas y afiladas como cuchillas, apuntaba al cielo. Ya casi estando a su lado le habló con una voz sorprendentemente estertórea.

—¿Por qué tú expulsado del reino de los humanos?

Rico lo recorrió con la vista desde los pies, demasiado largos y con uñas negras, hasta la cara, amplia y con la nariz ancha y aplastada, con orejas terminadas en pico tan grandes que sobresalían casi una cuarta por encima del pelo, del que colgaba una maraña de ramas, hojas y florecillas de varios colores. Sus ojos eran despiertos, de color amarillo intenso y con el centro negro y de forma similar a los de los gatos. Sus labios gruesos mostraban un verde tan oscuro que podía confundirse con el negro.

—¿Por qué tú expulsado del reino de los humanos? —repitió a la vez que lo obligaba a levantarse agarrándolo con fuerza por el pelo.

Era muy alto, pues le sacaba al menos tres cabezas, y eso que no es que él fuese un hombre de corta estatura.

—Solo robé comida… Por favor… Solo necesitaba comer.

Durante un momento, el elfo se quedó mirándolo de tan cerca que pudo sentir su desagradable aliento humedeciéndole la frente, pero el engaño pareció cumplir su objetivo pues lo soltó un instante después a la vez que ordenaba al resto con las manos que bajasen las armas.

—Tú ahora sigues mí —le indicó golpeándose el pecho con el puño.



Obligado a encabezar el grupo, lo condujeron en dirección norte durante bastante tiempo, abandonando el arroyo y adentrándose de nuevo en la espesura, aunque en todo momento siguiendo un escondido sendero oculto entre enmarañadas zarzas plagadas de pequeñas moras verdes hasta llegar a una zona delimitada por una pared formada por inmensas secuoyas. Tras estas, decenas de centenarios robles extendían sus robustas ramas que acababan donde empezaban las del siguiente, entre las cuales se podían distinguir amplias cabañas de madera y cañizo, comunicadas unas con otras mediante elaborados puentes colgantes sobre los que decenas de elfos los observaban.

Varios niños verdes, de caras redondas y facciones suaves, corrieron a recibirlos arrastrando las hileras de hojas y florecillas que adornaban sus cuerpos, seguidos de otros tantos adultos, todos de cuerpos delgados y definidos. Rico se dio cuenta de que los varones solo se cubrían de la cadera hasta los muslos y las flores que colgaban de sus cabellos eran de colores llamativos como el rojo o el amarillo, mientras que las elfas se cubrían además el pecho y usaban colores más delicados como el celeste o el blanco. Estas últimas aderezaban sus cabezas con preciosas diademas de margaritas, miosotis y jazmines y exhibían elaborados dibujos de enredaderas por toda la piel, sobre todo por la zona de la frente y el contorno de sus grandes ojos amarillos. Aunque de menor estatura que los varones, la más baja de las elfas que Rico vio era más alta que cualquier humano, y la mayoría de los niños y niñas que lo rodeaban le llegaban casi al pecho.

Sus captores estrechaban los antebrazos a modo de saludo con unos y abrazaban a otros, agachándose sonrientes para coger a algún que otro niño. A pesar de las circunstancias, Rico pudo sentir la calidez que emanaba el encuentro y le dio la impresión de que él no era el primer humano al que veían esos sonrientes niños del bosque, pues ninguno parecía mostrar miedo alguno ante su presencia.

—Tú, humano, sigues mí —volvió a indicarle el que claramente mandaba en el lugar.

Seguía siendo el más corpulento de todos los que se había encontrado hasta ese momento. Mientras caminaba por delante, mostraba su ancha y musculada espalda, por la que cruzaba un arco de cedro y un carcaj lleno de flechas largas y adornadas con plumas de color naranja. Lo condujo entre los robles hasta llegar a un pequeño claro plagado de rocas tanto blancas como grises que hacían las veces de asientos para elfos de todas las edades. Algunos charlaban en una lengua desconocida para la mayoría de los humanos y otros observaban el numeroso coro de niños que corrían y jugaban, inundando el lugar de gritos y risas que se sumaban a la sutil melodía que una joven elfa tocaba con su arpa. El aire seguía siendo terriblemente húmedo, aunque por alguna razón los mosquitos no parecían frecuentar la aldea, siendo una multitud de mariposas y libélulas las que sí lo hacían embriagadas por el intenso aroma que desprendían los hermosos y coloridos arbustos en flor que, de forma intencionada, delimitaban la zona. Al otro extremo del claro, un majestuoso sauce llorón cubría la parte superior de la única cabaña construida en el suelo, siendo también la más grande de todas.

El guardián del bosque se detuvo junto a la entrada y apartó la cortina de enredaderas con el brazo, invitándolo a entrar. El interior constaba de una única pero amplia estancia presidida por un robusto tronco cortado en vertical que descansaba sobre cuatro piedras oscuras haciendo las veces de mesa para un sinfín de alimentos dispuestos sobre hojas y cuencos de madera. Rico parpadeó varias

veces intentando acostumbrarse a la escasa luz del lugar, ya que, a pesar de contar con una apertura a modo de ventana en cada una de sus cuatro paredes, tres de ellas estaban cubiertas por cortinas similares a las de la puerta. Su anfitrión pasó por su lado y le dio un pequeño manotazo con la punta de los dedos a un ramillete de flores color violeta que colgaba del techo, haciendo que una pequeña nube de luciérnagas volase por todas partes proporcionando una curiosa iluminación. Luego, se dirigió al lado opuesto de la mesa.

—Tú, humano, comer debes —dijo señalándole con amabilidad un apetecible racimo de uvas moradas, a lo que Rico contestó con un gesto de cabeza como agradecimiento para acto seguido acercarse al tronco, donde de cerca pudo maravillarse con todo lo que había frente a él.

Había varios racimos como el anterior, pero también amarillos, así como otros que unían unos frutos alargados y más grandes que su mano, también amarillos, pero con motas negras. Algunos cuencos contenían cerezas, arándanos y otros tipos de frutos que no supo identificar, además de trozos de carne y pescado seco. Comió hasta hartarse, llegando en algunos momentos a olvidar la incomodidad que suponía que un gigante verde lo analizara en silencio mientras lo hacía.

—Yo agradecido estar, humano, que tú comer en mi mesa —le dijo mientras Rico acababa la última pieza de fruta que le cabía en el estómago.

—Debo ser yo quien os de las gracias —le contestó inclinando la cabeza antes de preguntarle—. ¿Entendéis mi lengua?

—Pocos en aldea conocer de tu lengua, pero todo jefe aprender. Jefe no solo el más fuerte debe ser, también cabeza sabia debemos tener.

—Espero no resultaros un problema…

—Tu estar aquí no ser un problema. Problema solo tener los que hacer malos actos. Ningún niño merece morir, pero algunos hombres no merecen vivir. Otros muchos sí. ¿Cuál eres tú?

En ese momento, las cortinas de la entrada se abrieron haciendo a Rico girarse. Para su asombro, un joven humano de pelo dorado y rizado entró, ataviado con unos desgastados pantalones color marrón oscuro y un chaleco gris. No tendría más de treinta años, quizá incluso menos. Su rostro era redondo y su piel pálida y con aspecto delicado. Sus ojos eran dos zafiros que se dirigieron a él acompañados de una simpática sonrisa. Lo cierto es que Rico había fantaseado con la idea de encontrar humanos viviendo en el Bosque de los Dioses, pero las escasas probabilidades que le daba a ese pensamiento hicieron que su cara de estupefacción fuese totalmente acorde a su sorpresa.

—Este humano Castrian ser. Hermano de tu pueblo, pero como tú, alejado y olvidado ser ahora.

—Agradezco vuestra hospitalidad, Throo-Tham —le dijo el joven abriendo los brazos con las palmas de las manos hacia arriba.

El jefe elfo cruzó la estancia hacia la salida, deteniéndose junto al muchacho y posando amistosamente una de sus descomunales manos sobre su hombro para después sonreírle antes de salir.

—Todos impresionan la primera vez que los ves, pero si es con Throo-Tham con quien os encontráis, se os hiela la sangre, y lo digo por experiencia —comentó el muchacho tendiéndole la mano—. Como os ha dicho el gran jefe, mi nombre es Castrian. ¿Con quién tengo el placer de charlar?

Rico le estrechó la mano acentuando su particular media sonrisa mientras hacía sus propias suposiciones. Estaba claro que ese chico no llevaba mucho tiempo allí, pues si bien mostraba los signos del deterioro en sus ropajes, tanto su rostro como su cabello, limpios y cuidados, lo delataban. Era seguro que tampoco era granjero ni herrero, pues sus manos eran suaves como las de un bebé.

—Mi nombre es Bard —improvisó ante una incómoda pausa.

—Pues como os digo, es un verdadero placer conoceros, señor Bard. ¿Me permitís preguntar de dónde sois?

—Soy nacido en Butterberd.

—¡Vaya! Os habéis ahorrado el viaje al menos… Yo no tuve la misma fortuna que vos, soy de la capital y allí fui apresado y condenado. Pasé días encerrado en una carreta con barrotes casi sin comer ni beber, durmiendo en el mismo suelo donde hacía mis necesidades… Debían pensar que era un monstruo o algo así.

—Sí… A veces algunos guardias olvidan lo que son y se creen torturadores —le dijo Rico intentando simpatizar con él, ya que sabía que, quien quiera que fuese ese chico, podía serle de ayuda, pues parecía tener el beneplácito de los habitantes del lugar.

—Bueno, hay que admitir que muchos merecen ser torturados… No niego que sería un más que merecido trato para asesinos o violadores, pero mi delito no fue otro que nacer. —El muchacho miró al suelo y tragó saliva antes de continuar—. Cuando mi abuelo murió, dejó como herederos a mi padre y a mi tío dos años menor que él. Tampoco es que mi familia poseyese una gran fortuna, pero sí podría decirse que superábamos a la mayoría de las familias de clase media de la capital. Pues bien, llegó el día en el que mi amado padre falleció y mi tío sintió que la mitad de todo no era suficiente para él.

—Deduzco que erais el único heredero de vuestro padre.

—Deducís bien… mi tío se las arregló para que mi querida madre apareciese asesinada y que todo apuntase a que su querido hijo, amante de la lujuria, había sido el culpable.

Rico sabía que posiblemente toda la historia sería una invención del muchacho buscando sobrevivir, al igual que había hecho él. Aunque, por alguna razón, su mirada amable le daba confianza.

—¿Hay más humanos aquí? —le preguntó.

—¡Claro! Bueno… es un poco complicado de explicar, por eso precisamente estoy aquí. Mi misión es explicaros lo que el anterior me explicó a mí.

—No os entiendo —dijo Rico arqueando una ceja.

—Tampoco es que sepa mucho, si os digo la verdad, llevo aquí menos de un mes, si no me equivoco, pues dejé de contar los días la segunda semana al convencerme de que nunca volvería a mi anterior vida. Este bosque puede parecer el lugar más peligroso del mundo y, de hecho, quizás lo sea… Pero estas gentes viven por y para él. Creo que ya pudisteis ver la relación de Throo-Tham, el jefe, con Atrax, su hermano peludo.

—¿Os referís al gatito? Casi lo había olvidado, lo cual me parece curioso teniendo en cuenta que casi me convierte en su almuerzo…

El jovial muchacho soltó una carcajada.

—Sí, sé lo que se siente… A mí me encontró Trishcam, un lobo negro menos imponente, pero también bastante más desobediente.

Castrian le mostró el reverso de su antebrazo izquierdo, en el que varias heridas aún a medio sanar formaban media luna.

—Pues como os decía —continuó—, aquí la vida es distinta. No os negaré que no tendréis las comodidades de la ciudad y nadie vendrá a poneros la comida por delante si no aportáis a la comunidad, pero lo que sí os puedo asegurar es que nunca conoceréis a seres tan amables y con el alma tan pura como los elfos.

—¿Así de fácil? —volvió a arquear la ceja.

—¿A qué os referís?

—¿Aceptan a todos los que encuentran? Es decir… ¿Pretendéis que crea que estas criaturas con cuyos cuentos las madres asustan a

sus hijos a lo largo y ancho de todo Skar se dedican a buscar a los desterrados y salvarlos?

El joven se rio.

—Bueno, más o menos… Habéis acertado en casi todo, por raro que parezca, excepto en que no es salvarlos lo que hacen siempre. Todos los que llegamos a esta aldea lo hacemos porque confesamos nuestros crímenes, y en función de eso, Seshdhar, la hechicera de la aldea, decide si merecemos otra oportunidad o no.

—¿Hechicera?

—Si Atrax y Throo-Tham os han dado miedo, no me avergüenza deciros que yo salí de su cabaña habiendo vaciado mi estómago en los pantalones. Al parecer, Seshdhar significa «la que sostiene las serpientes», y le viene al pelo, pues estas parecen sentirse atraídas por ella, sobre todo una negra y amarilla especialmente grande a la que llama Vasuki y con la que habla como si de su hermana se tratase.

—¿Y decís que esa elfa será la encargada de decidir si puedo quedarme o no?

Castrian se mordió los labios.

—Confesaréis vuestros crímenes ante ella, eso es cierto, y si resulta que no sois un asesino o algo así, podréis, efectivamente, quedaros en mi lugar hasta que los siguientes lleguen, así yo podré partir a otra de las aldeas en las que algunos humanos viven también.

—No soy ningún asesino, muchacho —afirmó dejando ver que se había ofendido.

—Entonces no tendréis problemas.

—¿Y si esa tal Seshdhar decide no creerme?

Castrian tragó saliva.

—Amigo, lamento deciros que no será ella quien decida si tratáis de engañarla. ¿No os decía vuestra madre que las serpientes huelen y devoran a los que mienten?

CAPÍTULO 7: LA REINA DE LAS MARIPOSAS

La jornada había sido tranquila ese día en la taberna, como de costumbre. Hacía ya varios días desde que Pietro Colaris había irrumpido allí hasta arriba de alcohol y notablemente nervioso, haciendo preguntas a todo el que encontraba e intimidando a quien rehusaba responder. Seilyn había sido la última en sufrir su interrogatorio, aunque, a decir verdad, más que sufrir había disfrutado. Reírse de los hombres fieles al reino siempre había sido un placer para ella, e incluso a veces su hermano bromeaba asegurándole que su verdadero don era la interpretación. No tenía suficientes dedos en el cuerpo para contar las veces que muchos de esos hombres la habían tildado de cruel, y en cierto modo pensaba que tenían razón. Aunque tampoco es que se considerase un demonio, quienes la conocían bien podían dar buena fe de ello.

Reírse y manipular a los demás no era su única pasión, pues desde niña sentía una profunda necesidad por escuchar los problemas de la gente, cosa que supo usar para ayudar a todo el que su cabeza, por algún que otro problema, lo martirizaba. Rara era la familia en Verhim que no tuviese algún integrante que acudiese cada cierto tiempo a ella buscando calmar sus agobios. Pero su habilidad para entrar en los sueños de estos muchas veces era la mejor de las soluciones. Así, cuando la noche llegaba, ella los visitaba y observaba en ese mundo caótico en el que recuerdos, temores y pasiones se mezclan, pues sabía que en algún momento el origen de sus problemas aparecería ante sus ojos.

La joven maga tuvo una infancia feliz, aunque corta, ya que la prematura muerte de su progenitora sumió a su padre en un profundo pesar hasta que, al final, tras un largo año negándose a recibir las ayudas de su hija y con su hijo sirviendo en la capital,

tomó la decisión de reunirse con su amada. En ese momento, una Seilyn de dieciséis años tuvo que llorar a su padre mientras asumía las obligaciones que habrían sido de su hermano de no ser porque ocho años atrás había decidido dejar atrás a su familia para postrarse ante el asesino de su pueblo y servirle. Años después, la chica llegó a reconocerle que había llegado a odiarlo por dejarla sola, ya que, si bien era consciente de que a su hermano nunca le habían hecho falta las palabras para conocer las respuestas, ella siempre había respetado el pacto que él le obligó a aceptar cuando solo era una niña y su don comenzaba a manifestarse.

Por aquellos tiempos el sueño la llevaba a un mundo demasiado caótico para una niña de su edad, y Kraigon solía acompañarla para que se sintiese segura. Fue él quien la ayudó a crear su jardín de girasoles. El lugar era todo un espectáculo visual, dominado por el color verde y el amarillo. Un precioso cielo azul claro se extendía hasta el infinito y el resplandeciente Sol iluminaba cada palmo caldeando agradablemente el ambiente. Los girasoles siempre habían sido sus flores favoritas, su sabio hermano lo sabía y lo usó para ayudarla a concebir el que, por siempre, o mientras ella quisiera, sería su refugio personal. Allí acudía cuando necesitaba calmar su alma y cuando necesitaba pensar, y allí solía reunirse con él al anochecer para jugar alejados del alcance del resto del mundo. Que el entonces joven mago pudiera materializarse allí fue gracias a ella, pues su aún naciente don ya mostraba atisbos de su futuro potencial y no solo era capaz de caminar por el mundo de los sueños, sino que tenía el poder de decidir quién podía entrar y quién no, aunque fuese un testario el que llamase a sus puertas. Cuando la niña fue consciente de eso, expulsó a su hermano de allí. Pero una noche, las pesadillas invadieron su reino. La persiguieron sin descanso hasta que llegó el alba y a la noche siguiente le aterraba quedarse dormida, no quería volver a ese lugar. Finalmente, tras dos noches en vela, no pudo más y retornó. Los monstruos seguían esperándola y la habían visto llegar. En su huida, acabó entrando en el jardín de girasoles y pronto descubrió que, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, allí las pesadillas no podían cogerla.

Desde esa noche, todas las demás las pasó allí, a salvo. Pero como toda niña, pronto empezó a aburrirse y decidió invitar a su hermano para poder jugar y porque, aunque nunca se lo hubiese dicho a nadie, tenerlo cerca la hacía sentirse protegida.

Todo fue bien durante un tiempo, pero luego la pequeña Seilyn comenzó a usar sus poderes para entrar sin permiso en los sueños de sus familiares. Disfrutaba esperando a que se quedasen dormidos para asustarlos cuando caminaban por ese lugar en el que ella mandaba, y por esa razón, tanto Kraigon como sus padres le propusieron no usar nunca su don en ellos sin su permiso y a cambio ellos tampoco lo harían en ella. Su mente de niña que acababa de sentir el poder se negó a aceptar el trato. Pero tras tres noches casi sin poder dormir con la voz de su hermano taladrándole la cabeza, cambió de opinión. Desde ese momento, nunca más volvió a visitar sus sueños. Pero la puerta de su jardín siguió permitiendo la entrada a Kraigon y así siguió siendo hasta el día en el que este se marchó a la capital. Si ese día él la estaba echando de su vida, ella lo echaría de su mundo. Si se iba, lo haría para siempre. Y se fue, aunque no para siempre. Volvió tras una década, pero ya no lo veía igual, lo sentía como alguien desconocido, sin importancia para su vida. Pese a eso, la madurez la enseñó a perdonar, pues, a fin de cuentas, era su hermano y la única familia que le quedaba, a parte de la pequeña Zarem, de la que, por si fuera poco, había tenido que hacerse cargo tras lo sucedido a su madre. Así fue como Seilyn empezó a conocer a su hermano de verdad, llegó incluso a entender las razones que lo habían empujado a irse de Verhim, y desde entonces habían forjado un vínculo tan fuerte que estaba convencida de que nunca se volverían a fallar.

Ya había cerrado la puerta del establecimiento y colocaba cada silla en su lugar cuando Zarem llegó desde la despensa, descalza y arrastrando un largo camisón azul verdoso.

—¿Algún día dejarás de robarme la ropa? —dijo sonriendo a su sobrina.

—Vamos, si siempre eres tú la que quiere que me quede a dormir aquí contigo.

La niña le devolvió la sonrisa y se acercó para besarle la mejilla a su tía.

—Eso es cierto, pero podrías traerte tu ropa… ¿O es que te gusta pisarte el camisón?

—Me gusta tu ropa.

Zarem se encogió de hombros y le lanzó una mirada suplicante.

—Y a mí me gusta cómo te queda, tonta —le dijo abrazándola para después darle las buenas noches antes de que desapareciese por donde había llegado.

La joven se quedó mirando hacia la puerta incluso cuando ya hacía rato que Zarem se había ido, pensando en que sería capaz de poner patas arriba todo el reino si alguien osara dañarla. Nunca en su vida había querido a alguien tanto como a esa niña y de pasarle algo malo se convertiría en el demonio sin alma del que muchos la acusaban. Le parecía que fuese ayer cuando nació. Una preciosa bolita rosada sin apenas pelo, pero con una sonrisa que abarcaba toda su rechoncha cara. Delilah, su madre, siempre había sido una más de la familia y la recordaba como la mejor amiga que nunca pudo tener. Esta ayudaba a diario en la taberna durante horas y siempre guardaba tiempo para charlar con ella, y así siguió siendo tras la muerte de sus padres, convirtiéndose en el único apoyo que tenía. Seilyn nunca le preguntó la razón por la que había dejado tiempo atrás a su hermano, pero siempre había sospechado que Kraigon le habría dado motivos suficientes para hacerlo. Cuando se marchó a la capital enamorada del joven Corvinus Rush, Seilyn volvió a sentirse completamente sola. Luego volvió, sin su amor acompañándola, pero embarazada, y poco después esos Inquisidores se la llevaron. Cuidar y proteger a esa niña era la mejor forma que había encontrado de honrar su memoria.

—Puta imbécil… —se dijo culpándose por dejar escapar una tímida lágrima como sucedía siempre que la recordaba.

La noche era su dominio. Durante esta, hacía las veces de espectadora ante una obra de teatro en la que se veía como protagonista. Si no le gustaba lo que aparecía, entraba en escena para hacer los ajustes necesarios sin miedo a que la descubrieran, pues nadie más podía entrar. Allí no había peligro alguno, podía volar a todas partes y detener cualquier acontecimiento que pudiese llegar a hacerle pasar una mala noche. Podía danzar en el aire convertida en una mariposa agradecida por el sol de primavera y posarse a descansar en su lugar preferido, su jardín, haciendo que sonase la melodía más bella del mundo, para luego seguir volando hasta que, como siempre, llegaba el amanecer y hacía desaparecer todo en un poderoso remolino del que ella era el centro.

Pero esa mañana algo no andaba bien. Lo percibió desde el momento en el que unos insistentes golpes que podrían haber echado la puerta de la taberna abajo la trajeron de vuelta. Echó un ojo a la ventana. Aún no había salido el sol, aunque el canto mañanero de algunos pajarillos despertando le indició que no tardaría en aparecer tras los árboles. Zarem, sentada en el catre, la miraba desorientada con la almohada marcada en la cara.

—¿Qué ocurre, tía?

—Tranquila, cariño, será algún borracho rezagado… Sigue durmiendo un poco más.

Seilyn salió al pasillo cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí. Allí encontró a Sisou con la cara y los ojos hinchados.

—¿No es muy pronto para que llegue tu hermano?

—No creo que sea mi hermano, ya sabes cómo suelen pegársele las sábanas.

El chico la siguió acompañado de su inseparable bastón hasta la taberna, donde los persistentes golpes hacían temblar la puerta con violencia.

—¡Vas a pagar esa puerta como la termines rompiendo! ¡Te doy mi palabra, quien quiera que seas! —advirtió Seilyn.

—¡Os habla Pietro Colaris, por orden del rey! ¡Os ordeno que abráis la puerta o nos veremos obligados a echarla abajo!

A la chica se le heló la sangre. Estaba segura de que no podían haber encontrado nada sospechoso pues era bastante meticulosa a la hora de ocultar las cosas que nadie debía ver. Siempre había sido ella la encargada de hacer desaparecer las pruebas que hubiera, y más de una decena de capitanes podían dar buena fe de que lo hacía muy bien. Pero, aun así, un mal presentimiento le rondaba la cabeza, tanto que Sisou tuvo que preguntarle por qué no retiraba el pestillo.

La joven respiró hondo, apretó los labios con fuerza y abrió la puerta de golpe. Pietro Colaris no estaba solo. De un breve vistazo entre los escasos huecos que la abultada figura del inquisidor dejaba, pudo contar a cuatro capas negras más, todos con el yelmo puesto y la espada desenvainada.

—¿Podemos pasar, señorita Ta-Has? —le preguntó Colaris con malévola cortesía.

—¿No tenéis otra forma de llamar a la puerta? ¿Es que en la ciudad no os enseñan modales? —espetó cerrándole el paso agarrándose a los laterales del marco de la puerta con ambas manos.

—Disculpadme, bella dama, tengo una continua tendencia a cambiar la forma en la que quiero expresar mis deseos.

Con un pesado gesto, el inquisidor levantó una pierna y la dejó caer contra el estómago de Seilyn con tanta brutalidad que la joven

pudo oír el aire salir de golpe de su interior mientras caía hacia atrás hasta quedar en el suelo encogida e intentando respirar desesperadamente.

—¡¿Estáis loco?! —gritó Sisou que había soltado su bastón y se arrodillaba junto a la chica—. ¡No podéis hacer esto! —volvió a gritarles con claro nerviosismo.

Colaris entró despacio, frotándose las manos cubiertas por largos guantes de cuero negro y frunciendo el ceño mientras miraba hacia todas partes excepto a quien le hablaba.

—En realidad, señorito Brada —dijo chasqueando la lengua a la vez que desplegaba un pergamino amarillento en el que Sisou pudo distinguir el sello rojo del rey—, puedo hacer lo que crea oportuno para esclarecer tanto el asesinato del capitán Reid como la desaparición de mis dos acompañantes hace ya varios días —continuó, posando su bota encima de una de las manos de Seilyn, quien sentada apretaba con fuerza los dientes mientras miraba fijamente al inquisidor.

—Pero ¡¿qué hacéis?!

La voz de Sisou sonó más a súplica que a pregunta mientras intentaba sin éxito retirar la pierna que aplastaba la mano de su amiga. Pero esta parecía no sentir dolor alguno, más bien pareciese que estaba retando al inquisidor, quien ahora forzaba una amplia sonrisa dejando a la vista unos pequeños dientes blancos como la leche. Dos guardias agarraron al joven por las axilas y lo arrastraron hasta sentarlo en una silla. Los otros dos hicieron lo mismo con Seilyn cuando el capitán decidió liberar su mano. Sisou intentó levantarse al instante, pero le obligaron a volver a sentarse de un empujón.

—¿Estás bien? —murmuró en dirección a la chica.

—Me encanta el olor a capas negras por la mañana —le contestó sin apartar la vista en ningún momento del gigantón calvo,

quien había ordenado a un par de guardias que destrozaran el lugar, por lo que el ruido de sillas, mesas y botellas estrellándose era realmente molesto.

Sisou podía sentir el frío de la punta de la espada del guardia que lo vigilaba en la nuca.

—Creo que cometéis un error, capitán —le dijo a Pietro, a lo que este respondió partiéndole el labio de una bofetada que el chico sintió como si le hubiesen dado con un puñado de piedras, cosa que entendió al observar que de la punta de los guantes negros salían unas pequeñas y afiladas cuchillas a modo de uñas que parecían emular las manos de un gato.

—Más os vale guardar silencio hasta que yo os lo ordene, señorito Brada. No es una amenaza, no me malinterpretéis… Es… —Chasqueó la lengua—. una recomendación.

—El rey sabrá de esto tan pronto como pueda viajar a la capital, puedo asegúraroslo —dijo Sisou seguro de que se llevaría otro zarpazo, pero no fue así.

En cambio, Colaris entrelazó las manos tras la espalda y se dirigió hacia la sombría esquina en la que Kraigon se ocultaba la noche en la que los guardias murieron. Allí se quedó de espadas un rato mirando al suelo.

—¿Qué es lo que buscas aquí, cabrón de la tormenta? —le preguntó Seilyn llevándose un guantazo del guardia que la retenía.

Pietro soltó una forzada carcajada.

—Sabéis muy bien lo que busco… Habéis sido hábil usando el limón y la sal para limpiar la sangre. Pero podríais haberos ahorrado el aceite. Sí, es un excelente limpiador, he de admitirlo… Pero deja un rastro demasiado… —Chasqueó la lengua—. obvio.

Esta vez fue la chica quien se rio.

—¿Vas a condenarme por derramar aceite en mi taberna? —se burló, y Pietro esbozó una sonrisa.

—Para que entendáis el por qué busco aquí, es menester que os presente a alguien a quien vuestro huésped tullido conoce muy bien.

Tanto Sisou como Seilyn miraron hacia la puerta por la que otros dos guardias entraban sosteniendo las cadenas de un sucio y maloliente hombre.

—¡¿Baferson?! —exclamó sorprendido Sisou.

—¡Vaya, Largo! ¡Al final va a resultar que nuestra historia de amor nos da otra oportunidad! —celebró este para después soltar una desagradable carcajada.

Uno de los capas negras le pegó un jalón de las cadenas a modo de advertencia, a lo que Teori respondió cambiando su semblante por la desquiciada cara de un perro rabioso para después darle un fuerte cabezazo en el yelmo. Seilyn se percató de que ese hombre al que Sisou parecía conocer y al que ahora habían sentado entre los dos ponía cara de placer mientras se lamía el bigote empapado por el fino hilillo de sangre que había empezado a brotarle de la frente.

—¿En serio, Colaris? ¿Una puta y un tullido han quitado del medio a dos de tus hombres?

Baferson soltó una carcajada antes de mirar de nuevo hacia Sisou.

—He de admitir que me has sorprendido, Largo. No esperaba que el hijo desnutrido de un cocinero fuese capaz de cargarse a dos guardias.

—Yo no he asesinado a nadie, puto loco.

Otro golpe con la mano abierta del guardia acabó con la breve conversación.

—Bien, tras este emotivo reencuentro —Pietro chasqueó de nuevo la lengua—. y habiendo quedado claro que los acusados no quieren colaborar en la investigación…

—¿En qué deberíamos colaborar? Disculpa si mi inteligencia no alcanza a comprender lo que para alguien tan sabio como tú parece una obviedad —le preguntó la chica dejando notar la ironía en sus palabras.

Colaris cubrió la distancia que los separaba de una zancada, le agarró la cara y le acercó su fea nariz al cabello. Se deleitó con su aroma aspirándolo profundamente mientras recorría su cabeza y se detuvo bajo su oreja para susurrarle.

—Tiene razón el señor Baferson… Oléis a puta de una forma tan abrumadora… Empiezo a entender por qué mis guardias vinieron hasta aquí.

El hombre le pasó su húmeda y caliente lengua por la cara mientras ella seguía sin apenas gesticular, pero cerrando los ojos para intentar soportar el asco que en algún momento parecía ganar la batalla, pues tuvo que volverse a tragar el amargo sabor que le había subido hasta la boca.

—No podéis engañarme, el rastro de los desaparecidos lleva inequívocamente hasta aquí — continuó hablando mientras se dirigía hacia Baferson y le posaba una mano en el hombro—. Y no hay nadie mejor para rastrear la muerte que nuestro viejo y querido amigo Baferson. —Chasqueó de nuevo la lengua.

—Gracias por tus palabras, Pietro, casi me haces llorar. Pero será mejor que quites tu sucio guante de mi hombro o serán tus restos los próximos que me harán encontrar —le amenazó Baferson justo antes de escupirle bajo el ojo izquierdo, a lo que Colaris respondió abriéndole cuatro finos cortes en la cara de un zarpazo.

Acto seguido, el capitán se quitó el guante derecho y sacó un impoluto pañuelo blanco con el que se puso a limpiarse el asqueroso

esputo verde que se deslizaba por su mejilla, dejando claro por la expresión de su cara lo repulsivo que le resultaba. Las exageradas carcajadas de Teori estuvieron a punto de contagiárseles a Seilyn, pero no lo hicieron porque acababa de caer en la cuenta de que su sobrina aún se encontraba en la habitación y la repentina angustia que sintió le hicieron perder el poco sentido del humor que podía quedarle dados los acontecimientos.

«No salgas de ahí», repetía una y otra vez para sí misma, como si Zarem pudiese oírla, aun con la certeza de que no era así. En esos momentos deseaba haber tenido el don de su hermano para poder avisarla. Le hubiera dicho que saliese por la ventana y corriese a ocultarse junto a Kraigon hasta que pasase el peligro mientras ella buscaba la forma de deshacerse de ese desgraciado y sus secuaces… Pero no tenía forma de hacerlo, así que solo esperaba que la niña hubiese sabido qué hacer cuando el sonido del caos en el que se había convertido la taberna hubiese llegado a sus oídos. Confiaba en ello, pues si bien había sido una niña sumamente sensible, también había demostrado en varias ocasiones que su cabeza era capaz de tomar el control de su corazón cuando era necesario.

—¿Te has dado cuenta de que de espaldas su cabeza parece un escroto? De hecho, ese es su apodo en los cuarteles de Tiberia —le susurró Teori a Sisou, quien tuvo que apretar los labios para no reírse—. Te haré un favor, Largo. Di que sabes poco, pero que quieres colaborar. Di que lo único que sabes es que viste a esa puta enterrando algo en el patio trasero.

—¿Por qué iba a decir eso? —preguntó el joven sin levantar la voz.

—Porque ya saben dónde buscar. Este lugar huele tanto a muerto que la boca se me hizo agua nada más entrar en la aldea. Los van a encontrar, y cuando eso suceda, será demasiado tarde para ti… o quizás ya lo sea.

Pietro ordenó algo a los dos que destrozaban la taberna y ambos obedecieron saliendo a paso ligero al exterior.

—Se te acaba el tiempo, Largo. Tienen perros y esos dos los van a llevar ahí atrás… ¿Vas a dejar que te corten el cuello por una puta?

Baferson se limitaba a intentar que Colaris no le oyese, pero su voz era lo bastante alta como para que Seilyn si lo hiciese. El hedor que el sucio hombre desprendía había inundado el establecimiento, un olor que a la joven le recordaba al apestoso aroma de una huronera, mezcla de orín y humedad. Centró su atención en Teori y pensó que no le caía del todo mal, a pesar de que este intentaba hacer que Sisou la traicionase, pues parecía compartir con ella la repugnancia hacia Colaris. Pero tampoco es que esperase ni quisiese tener ningún tipo de trato con él, pues le transmitía una extraña sensación que no le gustaba en absoluto. Además, no entendía cómo sabía lo del patio trasero, ya que supuestamente, solo ella y su hermano conocían el paradero de los cuerpos. En efecto, los habían enterrado tras el pozo, por la misma zona que a todos los anteriores. De hecho, recordaba haberse topado con una bota mientras cavaba el agujero. Si el tal Baferson decía la verdad y llevaban perros, estos se iban a volver locos cuando acercasen sus hocicos al suelo. Volvió a acordarse de Zarem. Esperaba que no la hubiesen visto salir, si es que lo había hecho…

—Vigiladlos bien… sobre todo al señor Baferson. La señorita va a enseñarme el resto de la vivienda — ordenó Colaris llevándose a Seilyn en volandas, agarrándola del brazo mientras esta no dejaba de intentar zafarse.

Lanzó tantas patadas y puñetazos como pudo, pero sus puños no llegaban ni al codo del inquisidor, que apretaba la mano tanto que parecía que quería quebrarle el brazo como se quiebra una rama seca.

Casi habían llegado a la puerta de su habitación cuando, desesperada, se aferró al brazo de su captor y apartándole el

guante, le hundió los dientes en él con todas las fuerzas que pudo. Este soltó un grito de dolor y con el otro puño comenzó a golpearla en la cabeza violentamente. La chica aguantó cuatro puñetazos, cada uno más fuerte que el anterior, hasta que sus ojos se cerraron un instante, lo suficiente para que la carne que mordía se desprendiera del brazo de su dueño al tiempo que la joven perdía la fuerza con la que se agarraba, cayendo al suelo con la tajada aún entre los dientes y la boca llena de sangre del inquisidor.

—¡Puta cerda miserable! —repetía una y otra vez Pietro mientras se quitaba el guante para inspeccionar la herida.

De un tirón, arrancó el camisón a Seilyn y se vendó el antebrazo para después volver a ponerse el guante.

La chica estaba mareada, pero continuó luchando para evitar que abriera la puerta. Podía parecer una tontería, pero el hecho de estar completamente desnuda la hizo sentir más vulnerable que nunca. De poco le sirvió nada de lo que intentó, pues ahora el guardia la levantaba casi un palmo del suelo agarrándola con una mano por el cuello. Podría haberse quedado quieta e intentar pronunciar alguna súplica, esperando a que el aire volviese a poder entrar en su pecho, un aire que sabía a vida, una vida que empezaba a abandonarla. Pero no estaba dispuesta a rendirse, ese no era su estilo. Había visto la pulsera que Colaris llevaba cuando se retiró el guante. Solo había sido un instante, pero en un giro de muñeca pudo ver la piedra que esta engarzaba. Todos los Inquisidores portaban una igual, aunque nunca había visto a ninguno cometer la idiotez de lucirla de un modo tan descarado. Normalmente la ocultaban bajo la coraza, colgada al cuello, en el interior de alguna de las botas o incluso en los calzones. La turmalina negra brindaba a su portador protección frente a la mayoría de las intrusiones mágicas. Seilyn había oído que algún que otro mago había aprendido a anular los efectos de la piedra, pero ella no era uno de ellos.

Tenía que intentar dar una oportunidad a Zarem. Se concentró y esperó, aferrándose a la vida un poco más, hasta que el inquisidor abrió de una patada la puerta, momento en el que la chica dejó escapar un grito ahogado a la vez que de un rápido gesto retiraba el guante con una mano y con la otra arrancaba la pulsera haciendo que sus eslabones de plata rebotasen en todas direcciones. La piedra rodó hacia el catre hasta que una bota la detuvo. La joven conocía de sobra esa bota, y varias lágrimas brotaron de sus ojos ya prácticamente ausentes mientras un cálido cosquilleo la llenaba de una esperanza que ya amenazaba con desaparecer.

Kraigon, ataviado con su túnica y con la cabeza cubierta, miraba con ojos fríos como el hielo a Colaris, quien soltó el cuello de la chica dejándola caer para lanzarse a recoger la piedra al tiempo que se cubría los ojos con el otro antebrazo. Seilyn se dio cuenta de que su torturador, aunque fuese un sádico vanidoso, sabía a lo que se enfrentaba. Pero durante un fugaz momento casi imperceptible para él, su mirada se había cruzado con el poderoso vacío de los ojos del mago. Al principio fue solo un lejano silbido, pero al instante se tornó en una afilada aguja que perforaba el interior de sus oídos. Un sonido tan estridente que le tensó la mandíbula y lo hizo caer de cabeza a los pies de Kraigon.

Seilyn, aún lejos de recuperarse, observaba disfrutando del sufrimiento del que era preso el asesino de magos. Pudo ver las primeras gotas rojas caer desde uno de sus oídos y escurrirse entre sus dedos manchando el suelo. Su hermano prefería acabar con ellos deprisa cortándoles el cuello, envenenándolos con esencia de belladona gris, o simplemente dejando que ellos mismos lo hiciesen, pero ella prefería saborearlo, y esta vez estaba disfrutando especialmente que el inquisidor suplicara que lo matasen buscando acabar con su sufrimiento. Quería que la cara de «esa puta» fuese lo último que viese ese desgraciado, por lo que se incorporó y le apartó una de las manos de la cabeza para después pisarla con el talón, alegrándose de que varios huesos crujiesen bajo él.

Colaris, totalmente fuera de sí, la miró desde el suelo y esta le sonrió mientras dejaba que Kraigon desenvainase su espada de oro y aún sin color alguno en los ojos, la levantase para acabar con él. Pero de repente, un sonido seco captó su atención.

—¡Al suelo! —gritó su hermano empujándola con fuerza contra el suelo para después tirarse sobre ella.

Del hombro de Kraigon brotaba sangre y comenzaba a manchar su túnica.

—¡Te han herido! —le dijo aún sin asimilar lo que acababa de suceder mientras la sangre de su hermano empapaba sus pechos.

—Tranquila, estoy bien, el tiro ha salido un poco desviado… —trató de bromear Kraigon sin conseguir en absoluto que ella cambiase su cara de preocupación.

—¡Poneos boca abajo y no se os ocurra mirar hacia aquí si queréis vivir! —amenazó una voz que venía del otro lado de la ventana, por cuyo lateral asomaba la punta de una flecha que les apuntaba al tiempo que otro de los guardias entraba por la puerta blandiendo su acero.

Los llevaron hasta la taberna y volvieron a sentar a la chica, desnuda y con sus senos manchados de rojo, en la misma silla que había ocupado un rato antes, pero esta vez inmovilizada con dos correas. A Kraigon lo encadenaron de pies y manos, le cubrieron la cabeza con una bolsa de cuero arrugado anudada al cuello y lo tiraron al suelo como si de un cadáver se tratase.

Los dos guardias del exterior entraron, esta vez agarrando cada uno las cadenas de dos perros marrones los cuales se vieron obligados a volver a sacar del lugar tras una breve mirada de Seilyn que los volvió locos, tensando sus cadenas en dirección a la puerta mientras gimoteaban arrastrando por el suelo sus ridículamente largas orejas. Cuando los guardias volvieron a entrar, se fueron a

buscar a su capitán mientras los otros dos seguían vigilando a los prisioneros.

—¿Qué te han hecho? —le preguntó Sisou a la chica mirándolos con rabia, a lo que Seilyn respondió señalando con los ojos a Kraigon.

—Este día no hace más que mejorar… —dijo Baferson ensimismado en sus pechos llenos de sangre.

—Tened cuidado con lo que deseáis… —intentó intimidarlo Seilyn mostrándole su naturaleza con los ojos, pero los guardias se apresuraron a golpearla y le cubrieron el rostro de la misma forma que a su hermano.

—Eso ha sido acojonante. Tengo que admitir que eres la puta más sorprendente con la que me he topado… y han sido muchas —oyó decir a Baferson desde la oscuridad de su agobiante máscara para, tras un breve momento de silencio, dirigirse a uno de los dos capas negras—. Es la segunda vez que te digo que tengo que mear, ¿me oyes, armadura con patas? Si termino mojándome los pantalones, te juro que serás el primero en morir cuando escape… Ya sabes cómo me llaman en tu sucia ciudad.

—Llévalo ya, a ver si se calla de una puta vez — pidió el otro.

Hasta con el cuero cubriéndole la cabeza, a Seilyn le llegó la peste del hombre cuando pasó por su lado acompañado del arrastre de cadenas, el cual siguió sonando aun cuando los dos ya parecían haber salido.

—¿Estáis locos? —se oyó preguntar a Sisou.

—¡Cierra la boca! ¿O es que quieres perder otro diente? —le contestaron.

—Vais a conseguir que se escape. Os apuesto lo que queráis a que…

Una palmada sonó, seguida de una amalgama de sonidos que la chica percibió como un forcejeo, quedándole claro que Sisou iba a conseguir que lo matasen si no cerraba la boca de una vez. La situación pareció empeorar, pues un sonido que le recordó a cuando se deja caer un saco de garbanzos precedió a otro que la joven conocía muy bien… el sonido que todos hacen al morir.

—¡Sisou! —gritó temiendo lo peor.

—¡Baja la voz o terminarás alertando a los demás! Aunque dudo que no lo hayas hecho ya… —le advirtió el chico casi susurrándole al tiempo que la liberaba de las correas y la capucha.

Seilyn lo miró perpleja. Tenía en su mano derecha el cuchillo que ella había cogido antes de abrirle la puerta a Colaris.

—No ha sido cosa mía… No suelen ocurrírseme este tipo de cosas, si te soy sincero. —Sisou se encogió de hombros—. Cayó justo donde luego plantaron la silla de Baferson… Aproveché que los guardias miraban hacia la despensa intentando saber qué estaba ocurriendo para cogerlo con los pies.

—¿Lo has matado tú? —preguntó la joven sin terminar de creérselo.

—Sí, y te admito que ahora mismo lloraría si pudiera, porque estoy acojonado, así que date prisa, hay que soltar a tu hermano antes de que «el escroto» vuelva…

—¿Quién? —preguntó mientras le quitaba el cuchillo de la temblorosa mano a Sisou y se disponía a desatar a Kraigon.

—¿No dirás que no se parece de espaldas?

—Eres un completo imbécil, ¿sabes? —le dijo dejando escapar una sonrisa, misma que despareció cuando le quitó a su hermano la capucha.

Estaba realmente pálido y parecía haber perdido el conocimiento, pues no respondía cuando le hablaba. Lo incorporó abrazándolo y descubrió para su preocupación que había mucha más sangre de lo que en un principio parecía chorrear de su hombro. Al menos respiraba.

El sonido de los pesados pasos de Pietro Colaris no tardó en llegar, acompañado de incontables insultos y amenazas que el inquisidor gritaba presa de la cólera sin parar, especialmente dirigidos a «la puta» a la que ya parecía haber decidido degollar.

—¡Tenemos que irnos, Seilyn! —apremió nervioso Sisou, ya en pie y apoyado en su bastón.

—No pienso dejarlo aquí.

La muchacha empezó a abofetear a su hermano pidiéndole una y otra vez que despertara, pero este no daba señales de que lo fuese a hacer. Pensó en usar su don, pero traer a alguien de vuelta no era lo mismo que llevarlo, podría hacerlo, y de hecho lo había hecho antes, pero requería un tiempo que en ese momento no tenía.

—¡Ya pensaremos cómo liberarlo! ¡Si no nos vamos ahora mismo, nos matarán a los tres!

—Te digo que no pienso dejarlo aquí, ¿me oyes?

La chica estaba fuera de sí. Zarandeaba a Kraigon presa del llanto mientras Sisou intentaba inútilmente arrastrarla, tarea que lo hizo tropezar por culpa de un terrible pinchazo en la pierna. El capitán irrumpió en el lugar en ese momento, obviando el cadáver del guardia que yacía tirado en el suelo hasta tal punto que lo pisó al pasar. Sisou se quedó paralizado viendo cómo Seilyn no cesaba en su angustia sin ni siquiera prestar atención a la mole que alzaba su frío y afilado acero sobre su cabeza con cara de desquiciado a la vez que dictaba su sentencia.

—Y así, señores, es como deben acabar las pu…

Una lengua negra emplumada apareció en la boca del inquisidor, negándole el placer de terminar la frase, justo antes de que se desparramara en el suelo a los pies de los otros dos guardias que llegaban con las espadas en la mano, dejando a la vista la saeta que salía por su nuca.

—¿No irá a decirme alguien que le caía bien? —dijo Baferson desde la entrada para después reírse abriendo exageradamente su podrida boca mientras volvía a tensar un arco corto.

Su segundo disparo dio en la coraza de uno de los guardias destrozando la flecha en el impacto. Esto no causó daño alguno al capa negra, pero hizo que tanto él como su compañero dejasen de lado a la chica y se lanzaran a por él, quien por su parte había dejado caer el arco para empuñar su infame espada negra.

—¿Me has echado de menos? —oyó Seilyn a Baferson decirle a su arma antes de besar su hoja amablemente.

Pero en un instante, su mirada se tornó cruel y calculadora. La chica no daba crédito a la forma en la que ese hombre luchaba, presa de una desbordante ira que lo hacía parecer un oso rabioso. Demostraba tener una fuerza desproporcionada para su tamaño y la velocidad con la que lanzaba sus ataques era devastadora.

El brazo del primer guardia cayó todavía empuñando su espada, salpicando todo cuanto había a su alrededor. El yelmo seguía protegiendo su cráneo cuando, acto seguido, también cayó.

—¡Vete! ¡Sal por la habitación y no mires atrás! —le dijo Sisou a la chica, pero esta no dio señal alguna de que le fuese a hacer caso —. Zarem necesitará a alguien… —le insistió.

En ese momento, Seilyn cayó en la cuenta de que el joven tenía razón. No podía dejar a Zarem sola. Terminarían encontrándola y asesinándola.

—Perdóname, por favor —le dijo a su hermano aún inconsciente mientras le hundía la cara en el pecho dejándoselo empapado de lágrimas.

Lo recostó con cuidado y tras prometerle a Sisou que volvería a por ellos, echó a correr hasta desaparecer tras la puerta de la despensa.

Mientras tanto, el nuevo rival de Baferson parecía más duro que su compañero, pues llevaba un rato soportando los salvajes golpes que el loco lanzaba sin parar. El pobre desgraciado retrocedió hasta terminar chocando con la barra y, seguramente consciente de que su vida estaba próxima a tocar a su fin, le propinó una patada en la pierna a Teori tratando de quitárselo de encima, pero este dio un paso atrás, se miró la zona del golpe y con un gesto más cercano al enfado que al dolor, segó con su arma la pierna derecha de su oponente a la altura de la rodilla. Luego se abalanzó sobre este, que había caído boca arriba en el suelo.

—¡E…eres un mons…monstruo! —tartamudeó el capa negra.

—Todos tenemos un monstruo en nuestro interior, la diferencia es que a mí no me avergüenza dejarlo salir —susurró el loco atravesando con su negra hoja el gorjal del soldado como si de grasa de cerdo se tratase.

Totalmente bañando en sangre, Teori daba sonoros resoplidos hipnotizado por la escena. Tras un rato en ese estado, miró a su alrededor intentando ubicarse y fijó la vista en Sisou, quien parecía paralizado por la carnicería que acababa de presenciar.

—Vuelve a cubrir la cabeza del mago, Largo. Nos queda un largo viaje por delante hasta Sadnavar.

—¡¿Cómo?! —consiguió preguntar el chico.

—Llevo días pensando en volver a vestir la capa negra, ¿sabes? Y estoy convencido de que un mago y un asesino de guardias sería

el mejor presente que el bueno de Casius podría esperar como compensación por mis «errores».



Poco después, oculta tras una de las ventanas de la pequeña choza en la que siempre había vivido con su padre, Zarem observaba cómo dos caballos negros salían de la aldea en dirección al bosque ante la atenta mirada de decenas de personas que murmuraban entre sí. Sobre uno de los animales, agarrado a la espalda de Sisou, iba su padre con la cabeza cubierta.

—Vamos, cariño, póntela, te protegerá del frío — le dijo su tía ya vestida con su capa verde con capucha mientras le tendía la suya.

—¿Dónde iremos? —preguntó la niña mientras se la ponía.

Seilyn le acarició la mejilla y agarró su largo bastón de cedro.

—A traer de vuelta a tu padre… y a nuestro amigo.

CAPÍTULO 8: DONDE LOS MONSTRUOS SUSURRAN

Durante el resto del día, al señor de Butterberd no se le permitió hacer mucho más que esperar a que la Luna saliese, pues al parecer, según lo que Castrian le había contado, a ningún humano se le permitía abandonar la cabaña del jefe elfo hasta que obtuvieran el beneplácito de la hechicera y su hermana en un extraño ritual que solo podía llevarse a cabo al caer el sol. Para evitar fugas, los guardianes del bosque custodiaban la entrada armados cada uno con un macuahuitl, el arma preferida de los elfos junto con el arco largo. Miles de estas grandes palas de madera con afilados dientes de obsidiana fueron dejadas atrás por sus dueños tras finalizar la Gran Guerra, pero, aunque la mayoría terminó pudriéndose y desapareciendo por culpa de la lluvia o en manos de asaltantes, unas pocas colgaban de las paredes de diferentes lugares de Skar como recordatorio de un tiempo pasado. Una de ellas adornaba el salón principal del Castillo de la Cólera, hogar del señor de la ciudad de Las Flores y padre de Laura. Rico llegó a preguntarle en una ocasión a su suegro cómo de efectiva podría resultar ese arma en combate, a lo que este le contestó que en manos de un elfo podría ser aterradora, ya que, a diferencia de las espadas de acero, la finalidad de los macuahuitl no era cortar, sino desgarrar.

Castrian pasó todo ese tiempo haciéndole compañía y hablando sin parar, como si llevase años sin hacerlo y sus labios no pudiesen volver a cerrarse nunca más, hecho que Rico aprovechó para sacarle toda la información que pudo. Resultaba que la aldea era solo la primera de toda una red de comunidades perfectamente unidas por senderos ocultos e interminables túneles cavados por los primeros elfos que habitaron el Bosque de los Dioses. Los humanos no tenían permitido quedarse allí, aunque siempre había uno que, tras haber recibido el visto bueno de la hechicera, debía esperar a que llegase

el siguiente. Se hacía de esa forma con el objetivo de que todos los condenados recibiesen un trato justo antes de ser juzgados y fuesen conscientes de lo que les esperaba si no merecían el perdón, cosa que al parecer sucedía casi siempre. Solo unos pocos salían de allí como hombres o mujeres libres, teniendo la opción de abandonar el bosque si así lo decidían o, como solían hacer, asentarse en alguna de las aldeas cercanas en las que ambas razas vivían como una sola. Todo el que elegía quedarse debía adoptar las costumbres del pueblo anfitrión si no querían ser de nuevo expulsados. El joven también le contó que Throo-Tham solo era el jefe de esa aldea, pues cada una de ellas contaba con su propio líder nacido entre sus habitantes. No existían reyes ni señores verdes, pues según su filosofía de vida, todo ser vivo nacía con los mismos derechos y obligaciones, siendo la figura del jefe solamente un elegido por su pueblo para transmitir sus deseos y cubrir sus necesidades.

Rico se percató de que el joven de cabello dorado parecía estar totalmente enamorado de lo que conocía de la cultura élfica, lo que tampoco le extrañaba si tenía en cuenta que este, al igual que todos en Skar, habría crecido escuchando que eso seres eran monstruos asesinos y daría por hecho que su vida tocaba su fin cuando cruzó las Puertas del Olvido, solo para descubrir después que, en cambio, estas criaturas eran amables y justas y le darían la oportunidad de empezar de nuevo.

En cuanto al asunto de los incendios, Castrian parecía desconocer lo que sucedía, aunque sí le dijo que hacía ya un par de semanas más de la mitad de los habitantes habían abandonado la aldea en dirección norte, unos a pie y otros montados sobre ciervos, con sus cuerpos pintados con el color de la guerra y armados hasta los dientes. Le preguntó entonces si pensaba que podía tratarse de un conflicto entre las diferentes comunidades, pero el joven se encogió de hombros y le contestó algo que Rico ya sabía, que los guardianes del bosque nunca usarían el fuego y añadió que tampoco creía que los elfos luchasen entre sí, pues estarían faltando al más

importante de sus cometidos, velar por mantener la armonía en sus bosques.

Hacía poco que la luz había dejado de filtrarse entre las copas de los árboles cuando Throo-Tham entró seguido por los dos guardias que custodiaban la entrada.

—*Na Quian'a da odo kadúh, irk burko Ni bedi* — dijo mirando a Castrian.

El chico le sonrió y le pidió disculpas de antemano por si erraba en su traducción.

—Me ha parecido entender algo así como que la Luna ya nos observa y que el momento ha llegado —le dijo este a Rico intentando en vano ocultar una evidente preocupación.

El exterior se había convertido en todo un espectáculo de luciérnagas que deambulaban de aquí para allá sumidas en una caótica danza. Había tantas que las siempre iluminadas calles de Butterberd parecían cavernas en comparación con ese lugar. Aun así, pocos elfos quedaban en tierra firme, ya que la mayoría estaban ya resguardados en sus hogares colgantes o sobre las pasarelas que los comunicaban. A Rico le dio la impresión de que muchos de ellos murmuraban algo sobre él y Castrian pareció darse cuenta, pues se le acercó al oído y le susurró.

—Sois la novedad, si todo sale bien y acabáis siendo un hombre libre, todos os acogerán como hicieron conmigo, os lo aseguro.

Cruzaron el pequeño claro hasta llegar al primero de los robles, donde una escalera de madera fijada al tronco los llevó hasta la entrada de una de las cabañas, una construcción con forma de semicírculo con el lado curvo hacia el frente, en cuyo centro se abría una negra boca cubierta por cortinas como las que adornaban todas las demás cabañas.

Con su característica cortesía, el jefe le indicó a Rico que entrase, lo que hizo sin poder evitar sentir una profunda intranquilidad, pero a la vez convencido de que saldría vivo y con las respuestas que había venido a buscar. Aun así, ni Castrian ni nadie podría haberlo preparado para lo que encontró al entrar.

La supuesta hechicera lo recibió sentada en una especie de trono formado por un tocón de cuyo borde salían troncos más finos a modo de respaldo. Estos a su vez servían de soporte para un sinfín de collares fabricados con huesos y distintos tipos de piedras. De las paredes colgaba toda una colección de cráneos de animales e incluso alguno que se asemejaba demasiado al de los humanos. A diferencia del hogar de Throo-Tham, donde las luciérnagas llenaban todo el espacio, allí la mayoría se acumulaban en la parte superior como si una pared invisible les impidiera descender. Pero no fue nada de eso lo que captó su atención al tiempo que se le helaba la sangre, sino la descomunal serpiente negra con el vientre amarillo que abarcaba todo el perímetro en un continuo, pero casi imperceptible movimiento que hacía que las escamas de su infinito cuerpo desprendiesen destellos itinerantes reflejando la luz de los pocos insectos que se atrevían a pasar sobre ella. Parte del monstruo se perdía tras el siniestro trono y volvía a aparecer por el otro lado, apoyando su terrorífica cabeza triangular en el regazo de la elfa mientras ambas lo miraban como un zorro mira a un conejo herido.

—Siéntate, humano. Y piensa bien las respuestas que nos darás —le pidió la elfa señalando un tocón pequeño que descansaba junto a la entrada.

Al hombre le sorprendió la perfección con la que hablaba su idioma, nada que ver con las conjugaciones imposibles que salían de la boca del jefe.

—¿Qué queréis saber? —le preguntó, pero solo obtuvo una escalofriante mueca remotamente parecida a una sonrisa a modo de respuesta, dejando ver sus afilados dientes acabados en pico.

Su cabello era el más largo que Rico había visto, negro como el carbón, pero plagado de mechones plateados que caían junto al resto a lo largo de su torso hasta llegar al suelo. Aros de madera negra recorrían el contorno de sus grandes orejas y decoraban sus huesudos dedos acabados en largas uñas también negras que podían calificarse como garras. Rico no sabía qué aspecto tendrían los elfos en su etapa anciana, pero estaba casi seguro de que esa no lo era, pues a pesar de tener pintado de negro el contorno de los ojos y la frente, no parecía mostrar arrugas ni facciones cansadas, sino todo lo contrario.

Allí sentado, el señor de Butterberd sabía que Castrian le había dicho el nombre de la serpiente que ahora se acercaba lentamente hacia él sacando una y otra vez su bífida lengua negra, pero no lograba acordarse, quizás a consecuencia de la tensa situación. Y no lo hizo hasta que esta empezó a envolver su cuerpo desde los pies hasta el pecho, asiento incluido.

«Vasuki», recordó cuando el monstruo ya lo miraba fijamente a los ojos y su lengua le golpeaba la nariz emitiendo un perturbador siseo que parecía venido del inframundo.

—¿Crees que mereces vivir? —le preguntó la hechicera desde su asiento.

—Nunca hice mal alguno que debiera privarme de ello.

Vasuki le humedeció el rostro con un largo resoplido. Seshdhar abandonó entonces su particular trono y agarró varios de los collares que colgaban del respaldo y comenzó a tararear una extraña canción mientras se paseaba por toda la estancia agitando las manos. Un extraño aura se adueñó de la cabaña, algo que hasta las luciérnagas debieron percibir, pues una a una fueron apagando sus cuerpos dejando todo totalmente sumido en las sombras, y eso, unido a los delirantes cantos y siseos de las hermanas, tornaron el lugar en la peor de las pesadillas.

El traqueteo que los collares producían sonaba cada vez más y más cerca, hasta que estos se hicieron tan fuertes que opacaron todo lo demás.

—Dinos, humano, ¿por qué tus hermanos te echaron de tu casa? ¿Qué crimen cometiste para que tu nombre haya sido borrado de la memoria de tu pueblo?

Rico no sabía qué era peor, si tener una serpiente en cuya boca cabía su cabeza entera oliéndole la nariz, o que un demonio con dientes afilados le acariciase el oído con su aliento.

—Tú también lo sabes, humano, como lo sabemos nosotras. Así que no te demores demasiado, pues nada hará que tu destino cambie. Los puros viven… los impuros caminan con una afilada cuchilla sobre el cuello preparada para caer.

Rico dudó un instante debido a la voz interior que le decía que no mintiese, que dijese quién era y la razón por la que estaba allí… Pero, por otro lado, la misma le recordaba lo que podía llegar a pasar si lo hacía.

—Lo admito… Robé algo para comer. Haber nacido pobre fue mi delito.

Un repentino silencio en el que incluso la respiración de la serpiente se detuvo precedió a la enfermiza risa de la hechicera y a la sensación de estar siendo poco a poco triturado por el poderoso abrazo del monstruo.

Pero lo más angustiante para él no era oír cómo sus huesos comenzaban a crujir por todo su cuerpo, sino darse cuenta de que cada vez que exhalaba aire de los pulmones al respirar, las costillas y el pecho se comprimían más y más impidiéndole volver a coger aire, cosa que empeoró cuando Vasuki le bañó la cara con su húmedo y pestilente aliento al abrir las fauces emitiendo el sonido más aterrador que había oído en su vida. Una vida que iba a acabar de la forma más cruel que podría imaginar, comido vivo.

Las caras de sus hijos pasaron por su mente, ambos con la característica media sonrisa heredada de él. También vio a Naiara, tan perfecta como siempre había sido. Laura fue la última en aparecer, el ser más hermoso que había tenido la suerte de conocer, y dos lágrimas salieron de sus ojos, como la mayoría de los hombres a los que había visto morir hacían. Pero sus lágrimas no eran fruto del mismo miedo que las de ellos, sino que nacían de la cruda certeza de que Laura tenía razón. Los iba a dejar solos.

—Lo siento —murmuró agotando el poco aire que parecía quedar en su interior.

—Recibirás tu castigo, humano, pero no será ahora. Otros esperan su turno.

Otra siniestra carcajada retumbó en la oscuridad al tiempo que poco a poco su pecho volvía a llenarse de aire, hasta que, de pronto, notó cómo una descarnada mano le cubría la nariz y la boca como si quisiera asfixiarle. Un extraño polvo de olor ácido entró por sus fosas nasales quemando todo a su paso como si de arena hirviendo se tratase. Su garganta se contrajo y fuertes espasmos sacudieron su cuerpo, del que rápidamente perdió el control. Seguía consciente, lo sabía por el fuerte olor que recorría todo su ser, y siguió estándolo incluso cuando cayó al suelo. No podía pronunciar palabra alguna y los oídos casi habían dejado de funcionarle cuando las luciérnagas volvieron a iluminar tenuemente la cabaña, momento en el que, al final, perdió el conocimiento.

Cuando despertó, se sentía como si le hubiesen metido la cabeza en el interior de un tambor, le dolía muchísimo la garganta y el pecho y, por si fuera poco, estaba muerto de frío. El tacto del pestilente lodo sobre el que yacía le resultó totalmente repulsivo. Tenía la camisa y los pantalones tan impregnados de este que le llevó un rato despegarse del suelo. Miró a su alrededor intentando ubicarse, pero solo veía paredes de tierra y barro a su alrededor. Fue al mirar hacia arriba cuando se dio cuenta de que lo habían arrojado a un oscuro foso no demasiado profundo, pero cubierto por un techo de cañas cruzadas de la misma manera en la que los barrotes de metal forman las rejas de una celda. El agujero era tan estrecho que si extendía ambos brazos llegaba a tocar las paredes opuestas, pero lo suficiente largo como para que las sombras no le dejasen ver el final.

—Será mejor que te pongas cómodo, amigo. Esto va para largo.

Rico dio unos pasos en dirección al lugar del que procedía la voz, donde encontró a un par de famélicos hombres recostados uno junto al otro. La mugre los cubría de tal forma que podían ser confundidos con dos tétricos muñecos de barro. Uno de ellos estaba totalmente desnudo, mientras que la túnica del otro se pegaba a su esquelética figura hasta acabar fundiéndose con el suelo como si formase parte de este.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Rico aun temiendo la respuesta.

—Esto, amigo, es una despensa.

Los dos hombres se echaron a reír con nerviosismo.

—¿Qué os parece tan gracioso?

—Bueno… —comenzó a decir el que carecía de ropa—. Cuando lleves dos meses aquí, comiendo los desperdicios que de vez en cuando dejan caer por ahí —Señaló el techo de cañas cruzadas y continuó—, casi sin beber y oyendo los lamentos de tus compañeros

de desgracia… O te ríes de todo, o decides acabar con tu sufrimiento. Cosa que te aseguro que ya habría hecho si tuviese las suficientes fuerzas como para partirme el cuello.

—Según me decís, os proporcionan comida, aunque esté podrida… ¿Qué sentido tiene que nos mantengan vivos?

—Por si no lo has escuchado antes, esto es una despensa, amigo, la despensa de un perturbado. Cuando los dos llegamos nos encontramos con que tendríamos que compartir «catre» con cuatro más. Dos de ellos desvariaban más que dormían y pocos días después discutieron entre sí por algo que aún no sabemos, ni nunca sabremos… La cosa es que a la mañana siguiente nos encontramos a uno de ellos boca abajo, enterrado en el lodo.

—Si llegamos a despertar un poco más tarde ni siquiera lo hubiésemos encontrado… Este suelo succiona todo lo que cae en él —comentó el otro al tiempo que se jalaba la túnica para que se viese lo enterrada que estaba.

—¿Qué pasó con los otros tres? —preguntó Rico.

—Bueno… digamos que ese monstruo negro y amarillo decidió castigar esa misma noche al otro loco, lo mismo que hizo una semana después con el tercero… El cuarto tuvo que seguir vivo otros diez días más, o tal vez fueron menos, no me hagas mucho caso.

—El bicho come cada semana… aproximadamente —apuntó el de la túnica mirando hacia arriba.

«Tiene que haber alguna forma de salir de aquí», intentaba convencerse mientras analizaba el agujero como podía dada la escasa luz.

—Pierdes el tiempo. Solo hay una manera de salir… en el estómago del monstruo.

—Vigilan el foso, supongo…

—Así es, día y noche, Y te lo digo por experiencia. Yo mismo traté de huir trepando la primera vez que vi a ese bicho entrar… Y te puedo asegurar que si aún conservo la cabeza es por pura suerte, ya que la pared se deshizo bajo mis pies justo cuando el elfo que hacía guardia se disponía a ahorrarle el trabajo al bicho con una afilada lanza. Aunque ahora que lo pienso… Me habría hecho un favor…

—Decís que se alimenta cada siete o diez días… —dijo Rico frunciendo el ceño.

—Sí, amigo, sé lo que estás pensando… no debe faltar mucho para que alguno de nosotros gane el premio.

Si las noches eran duras en el agujero, los días eran infinitamente peores. La claridad del amanecer venía acompañada por un agradable aumento de las temperaturas que le proporcionaba un breve alivio ante el frío, pero que súbitamente se transformaba en el más devastador de los calores, mismo que hacía fermentar la repulsiva mezcla de heces, orina y restos de comida descompuesta envenenando el ambiente. Por si fuera poco, legiones enteras de moscas gordas como almendras acudían al lugar para comer y reproducirse, mostrando especial predilección por las heridas infectadas de los pobres desgraciados que eran arrojados allí.

En su acuciante desesperación, Rico llegó a pensar que, si algo positivo podía sacar de la situación, era que el profundo asco que le hizo vomitar compulsivamente durante su primer día como habitante del inframundo tampoco le permitía sentir la mínima necesidad de alimentarse. Por suerte o por desgracia, allí el hambre era un insípido pero efectivo veneno que actuaba lento, corrompiendo las entrañas, pero sin dejarse percibir.

Rico contó tres amaneceres y justo cuando el último día empezaba a dar paso a su cuarta noche allí, dos elfos se asomaron al foso, se agacharon y apartaron el techo de cañas. Los jadeos y lloriqueos de sus compañeros de celda le avisaron de que el momento había llegado.

—Oh… Ya viene… ya viene… —murmuraban ambos repetitivamente.

Tierra y piedras cayeron tras ser arrastradas por la serpiente cuya cabeza descendía lentamente al tiempo que se mecía intentando ubicar a su presa. El señor de Butterberd se había tumbado en el extremo izquierdo del foso cubriendo su cuerpo lo más que pudo con el pestilente lodo en un intento por pasar desapercibido, aunque parecía evidente que Vasuki estaba más que acostumbrada a ese olor e incluso tal vez le resultaba apetitoso dados sus hábitos alimenticios.

Ya fuese por esa razón, o solo porque los otros dos no paraban de llamar su atención, el frío monstruo, aun con más de la mitad de su interminable cuerpo en la superficie, recorrió los pocos pies que lo separaban de ellos, y de la misma forma en la que había abrazado a Rico durante su juicio, los envolvió a los dos juntos. Sus lloriqueos dieron paso a desgarradores gritos que se intercalaban con el crujir de huesos mientras que, como si de una gigantesca mano arrancando una zanahoria del suelo se tratase, los despegó del barro y se los llevó a la superficie.

El zumbido de los insectos volvió a hacerse presente al poco tiempo, pero Rico no se movió hasta que vio como la reja de cañas volvía a tapar la entrada, momento en el que decidió deshacerse de la túnica para poder incorporarse e intentar en vano sentirse menos sucio y más seco para afrontar la que ya parecía que iba a ser la noche más fría de las tres. Se sentó agarrándose las rodillas y empezó a frotarse los brazos tratando de entrar en calor, y mientras lo hacía, no paraba de pensar que no era esa la forma en la que quería morir. No lo merecía. Los elfos no habían sido justos con él.

Curiosamente, esa fue la primera noche en la que pudo dormir algo, o quizás se había desmayado, no lo tenía del todo claro, pues la traumática escena de la serpiente había sido la gota que había colmado el vaso de su cordura, ayudada por el cada vez más extremo estado de inanición en el que se encontraba. Siempre se

había jactado de ser alguien completamente seguro de sí mismo. Desde pequeño, se había considerado la mejor solución ante cualquier problema, pues confiaba en él mismo por encima de todas las cosas. Y tal vez fue por eso por lo que, por primera vez en su vida, siendo consciente de que hiciese lo que hiciese nunca podría salir de allí y de que cada día que pasaba todo lo que había creído ser se desvanecía más y más, perdió la esperanza. En pocos días, las murallas traseras de su ciudad iban a permitir la entrada a alguien por primera vez en su historia… Alguien que nunca llegaría a tiempo para hacerlo.

FRAGMENTO DE LA MEMORIA DEL MUNDO

(Biblioteca de Patts)

Y sobre su caballo negro cabalgó
y ante el asesino de magos se arrodilló.
Y bajo un manto de estrellas vistió
aquella capa del color del dolor.
El hijo del verdugo los pasos siguió
de su cruel padre carente de honor.
Aquel hombre que un aciago día segó
la vida del blanco orador.

VERANO: CAPÍTULO 9: LA VERGÜENZA DE TRISTÁN

Kaín habría preferido ser destinado a la capital, de esa forma estaría más cerca de su familia, pues les echaba de menos. En cambio, tuvo que contentarse con una fugaz visita de menos de dos semanas aprovechando el permiso real que se les otorgaba a todos los recién nombrados guardias de la tormenta. En el poco tiempo que tuvo, disfrutó como hacía mucho que no lo hacía. Conoció a su sobrino, el primogénito de su hermano mayor, que ya tenía tres años y lucía el cabello rubio de su tío. Se alegró al notar que la vejez parecía no afectar a su madre, la cual seguía exactamente igual que la última vez que la vio, en el funeral de su padre. En todas las cartas que había enviado a su hermano durante su larga estancia en Patts, había preguntado por ella. El joven temía que esta no lograse levantar cabeza tras el fallecimiento de su esposo y, aunque su hermano siempre le contestaba que todos estaban bien, no podía evitar pensar que tal vez lo hiciese por no preocuparle, por lo que verla así le provocó una infinita alegría. Las cosas iban tan bien como siempre en su hogar, gracias en gran parte a la buena gestión de las tierra de su familia por parte de su hermano, quien además de haber logrado mantener la herencia, la había multiplicado enriqueciendo no solo a los suyos, sino a todo el pueblo, donde la mayoría vivían de una forma u otra de los exquisitos melocotones que producían sus campos. Estos se exportaban a todos los rincones de Skar, incluidas las ciudades y los pueblos del sur, totalmente vetados por su testarudo padre cuando aún vivía, quien afirmaba no necesitar el oro sureño.

Tras su visita, Kaín volvió a la capital donde se unió a una caravana de mercaderes que se dirigía a la ciudad a la que había sido destinado, Butterberd. Había crecido escuchando historias de aquel lugar y estaba emocionado y deseoso de conocer el

emblemático Arco del Olvido y la famosa puerta trasera, así como sus murallas, tan importantes para la historia del reino. No le decepcionaron en absoluto. Caminar sobre la gloriosa muralla norte le provocó mareos durante su primera guardia, pero pronto su cuerpo se acostumbró a la sensación de rozar el cielo con la cabeza.

Durante las larguísimas horas que pasaba allí, pensaba y pensaba sin parar. En cuanto pudiese, recorrería la poca distancia que separaba Butterberd de Castor, el pueblo de la familia de Sisou. Hacía tiempo que no sabía nada de él, aunque seguramente estaría terminando de recuperarse en su pueblo, rodeado de su familia y hartándose de comer carnes con salsa de naranja acompañadas por más naranjas. Las últimas noticias que recibió de su amigo vinieron de parte del mismísimo rey Casius poco antes de que le colocaran la capa, y saber que se haría lo necesario para llevarlo de vuelta a su hogar le quitó un tremendo peso de encima. También le daba mil vueltas al asunto del extraño a la par que monstruoso incendio que asolaba el inmenso Bosque de los Dioses. El joven no había oído hablar de ello hasta que llegó a Butterberd. Allí parecía ser la comidilla de toda la ciudad. La gente estaba nerviosa, se lo notaba incluso a sus compañeros, los cuales tampoco es que supiesen mucho más que él. Las llamas cubrían gran parte del horizonte en una suerte de fulgurante pared de la que nacían cientos de columnas de denso humo gris, el cual se acumulaba varios pies más arriba tapando el cielo como si de un colosal telar se tratase y sumía en total oscuridad las murallas cuando el viento llegaba del noreste. Pero lo que más extraño le resultaba a Kaín era el hecho de que el incendio nunca paraba de avanzar hacia la ciudad sin importar hacia dónde soplaba el viento. Además, era cuanto menos curiosa la forma en la que se expandía, comenzando siempre con pequeños focos humeantes que aparecían de repente a bastante distancia de los anteriores y que terminaban uniéndose hasta convertirse en un nuevo muro de llamas. Era como si todos los elfos al unísono decidieran encender hogueras que después dejaban descontrolarse, dispuestos a reducir a cenizas uno a uno todos los árboles del

bosque de manera cuidadosamente planeada, tratando de no dejar nada verde atrás.

Kaín preguntó a uno de sus compañeros en una ocasión si el célebre señor de Butterberd era consciente del problema, ya que en los meses que llevaba allí no lo había visto. A quien sí pudo ver fue a lady Laura, su mujer. Esta siempre iba acompañada por un hombre mayor que resultó ser el capitán de la Guardia de Butterberd. Rara era la noche en la que la hermosa mujer no recorría la cima de la muralla, agarrada del brazo de su acompañante. Kaín, tras el anonimato que le proporcionaba su yelmo cerrado, la observaba por la delgada rendija en cruz intentando oír lo que decía cuando pasaba lo suficientemente cerca. Y fue así como se enteró de que su marido se encontraba enfermo en la capital. Su estado debía ser grave, pues no cualquier enfermedad lo retendría tanto tiempo impedido y sin poder asumir las obligaciones que por su posición le correspondían. Y seguramente esa sería la razón por la cual la mujer parecía sufrir una profunda tristeza que era incapaz de ocultar y que se hacía más evidente por culpa de los largos vestidos de seda que solía vestir, carentes de color y con sus telas batiéndose al compás del siempre presente viento, dándole un aspecto fantasmagórico. «La Dama Blanca», la llamaban muchos en secreto. Durante sus taciturnos paseos, a menudo se acercaba a las almenas y se quedaba mirando hacia el llameante mar verde durante horas mientras su acompañante la esperaba con paciencia a unos pasos de distancia, como quien acompaña solemnemente a la madre que ha perdido a su hijo en batalla, estando presente, pero respetando la importancia del duelo, sintiendo su dolor, pero entendiendo que es necesario, prestándole su apoyo incondicional, pero sin pronunciar palabra alguna. En algunas ocasiones, aunque menos, también los acompañaba Darmund Hart, el hermano del señor de la ciudad. Este tenía unos treinta y cinco años, alto y fornido, con el cabello de color negro azabache hasta los hombros y una espesa barba negra vetada en plata. Siempre vestía un peto negro con delicados adornos en oro sobre camisa del mismo color, sus pantalones solían ser también negros y la famosa capa azul con rombos amarillos de la Guardia de

Butterberd cubría su espalda, aunque esta se diferenciaba de las demás por llevar los bordes dorados. El hombre tenía grabada en la cara una característica mueca que fácilmente podía confundirse con una sonrisa y que le confería la imagen de ser una persona prepotente, lo que reforzaba el aura que rodeaba la leyenda de los Hart, aunque de él emanaba tal oscuridad que incluso corría el rumor de que adoraba a dioses prohibidos.

El verano llevaba ya semanas dejando su huella, y lo que al momento de la llegada de Kaín era, haciendo honor a su apodo, un inmenso mar verde, ahora estaba minado por colores de tonalidades más parecidas al amarillo, cosa que no había hecho sino aumentar la voracidad con la que el ardiente monstruo lo engullía. El olor a madera quemada que al principio llegaba de manera sutil mezclado con la brisa, ahora irritaba las fosas nasales de quien lo respiraba, obligando a todo el que pasara mucho tiempo en el lugar a cubrirse la boca y la nariz con un pañuelo. Lo mismo hacía Kaín, aunque el sofocante calor de las últimas semanas lo había tentado constantemente a no hacerlo con la esperanza de que el poco aire que dejaba pasar la ranura de su yelmo lo refrescara. Estaba claro que el verano allí era mucho más duro que en Patts, donde incluso en los días más calurosos podías necesitar una manta por las noches y donde cada invierno todos soñaban con la llegada de la tímida primavera.

Tras las largas jornadas de guardia, el joven solía salir a pasear por la ciudad, intentando recorrer un trayecto distinto cada vez, tratando de conocer cada calle y callejón de la ciudad, una ciudad que parecía repetir una y otra vez el simétrico diseño de sus calles, todas de piedra negra o, en su defecto, gris oscuro. Le fascinaba el hecho de que aún no hubiese encontrado un solo callejón que no contase con un farolillo iluminándolo durante la noche, como si el señor de la ciudad estuviese obsesionado con la idea de que la oscuridad propicia la maldad. En su día libre, Kaín pasaba horas y horas en la plaza central, perdiéndose entre los cientos de puestos que vendían desde pan hasta ropa y joyas, pasando por un sinfín de

especias, frutas, verduras, carnes, pescado y hasta armas de mayor y menor valor. Allí solía aprovechar para comer y compraba algo para cenar, y había tenido que aprender a regatear con los comerciantes tras notar que todo lo que compraba le costaba sospechosamente más caro que a sus compañeros oriundos del lugar. Ver chicas por todas partes le proporcionaba una profunda satisfacción que solo quien hubiese pasado diez años en el Palacio de Mármol podía entender. Aunque lo cierto es que tampoco es que le sirviese de mucho, ya que, si bien había entablado conversación con alguna que otra, todas ellas mercaderes, al final había terminado comprando cualquier cosa de las que vendían, aun sin necesitarla, en un desesperado intento por no evidenciar su falta de capacidad de seducción. En esas ocasiones como en otras muchas, deseaba que Sisou estuviese allí con él, ya que el carácter extrovertido de este le habría permitido pasar desapercibido como acostumbraba a ocurrir cuando estaban juntos. Nunca se había sentido cómodo siendo el centro de atención y su amigo le brindaba la opción de no serlo con solo dejarle hablar. Ahora, en cambio, se sentía como un niño de teta que acaba de aprender a dar sus primeros pasos, descubriendo con ilusión un mundo nuevo, pero sin suficiente capacidad para recorrerlo.

Las únicas personas con las que había sido capaz de entablar una conversación medianamente larga eran sus dos compañeros de barraca, Peter Noville y Martine Tritus. Ambos habían llegado a la ciudad la misma semana que él y les pusieron la capa negra en la misma ceremonia de nombramiento. Peter tenía su misma edad, aunque aparentaba mucho menos debido a su corta estatura y a que aún apenas le había salido barba. Solo su bigote contaba con algo de pelo, unos largos ramilletes finos y frágiles a ambos lados de la boca de los que el chico se negaba a deshacerse como si de ellos dependiese su hombría, pero que lo único que conseguían era darle el aspecto de un pulpo, a lo que también ayudaba su cabeza rasurada, pequeña y redonda como una sandía en sus primeras semanas de existencia y que contrastaba con su obeso cuerpo. El muchacho estaba tan gordo que no había coraza para él, así que los

primeros días tuvo que apañarse con una de las más grandes, aunque le llegase hasta las rodillas, mientras un herrero le fabricaba una a su medida. A Kaín le caía bien, aun quedándole claro que Peter era todo un personaje con una personalidad muy definida que marcaba cada paso que daba, aunque lo condujese a un sinsentido. Un ejemplo de esto fue precisamente su tozudez a no admitir que su torso no cabía en una coraza de tamaño normal, llegando incluso a partirle la nariz de un puñetazo a un compañero que, desesperado por cómo Peter se demoraba en la cola de recogida de uniformes, lo llamó bola de sebo. A Kaín le extrañaba que no lo hubiesen despojado de la capa negra su primer día de servicio, misma que arrastraba exageradamente como si de su sombra se tratase, encabezonado con la idea de que era de su talla. Podría decirse que el chico era el hazmerreír del lugar que abandonaba, pues nadie osaba reírse de él mientras estaba cerca, sabedores de la buena pegada que tenía y de su facilidad para hacer uso de ella.

Martine era algo mayor que ellos. Debía contar con unos treinta y cinco años y era la antítesis física de Peter. Era alto, con el pecho hundido y la piel roja y pegada a las costillas. Sufría una incipiente calvicie que cuando no llevaba el yelmo puesto, trataba de disimular con un esperpéntico peinado hacia delante. Su aguda nariz aguileña apuntaba directamente a su barbilla, y esta, huesuda, apuntaba a su nariz. A Kaín tampoco le parecía mala persona, aunque no le gustaban ciertos comportamientos que mostraba, por ejemplo, la facilidad con la que cambiaba su forma de actuar dependiendo de con quién estuviese, acostumbrado a llenar los oídos de todos para criticarlos cuando se daban la vuelta, siendo obvio que con él haría lo mismo. Pero a pesar de los defectos que pudiesen tener, ambos habían sido los únicos que habían intentado tener relación con él fuera de servicio. No es que los juegos de cartas fuesen la pasión de Kaín, pero por las noches los tres acostumbraban a jugar al póker un rato antes de ir a dormir. Nunca había jugado antes de su llegada a Butterberd, aunque sí conocía las reglas ya que en Patts también era muy popular y muchos de sus antiguos compañeros solían jugar. Pero el Palacio de Mármol era cosa del pasado, un pasado en el que

su apellido le había proporcionado un perpetuo escudo que, si bien le ayudó, también lo obligó a pensar cuidadosamente cada uno de sus pasos por miedo a ensuciarlo. Servir en Butterberd le daba la oportunidad de ser uno más. Todos conocían el nombre de su padre, pero nadie dudó cuando Kaín dijo ser su sobrino. A los ojos de la gente seguía perteneciendo a una gran familia, pero ya no sentía el peso de ser considerado una suerte de reencarnación de su padre, ni daba pie a las posibles burlas fruto de la envidia por parte de sus compañeros menos afortunados. Quien sí conocía su secreto era el capitán encargado de su guarnición, aunque a este le importaba poco el apellido Belamour. De hecho, parecía importarle un bledo cualquier apellido, incluido el suyo.

—Capitán Dingo Terrance, pero no os cortaré la cabeza si solo me llamáis Dingo. De hecho, eso os ayudará a conservarla.

Esas habían sido sus primeras palabras el día que Kaín, junto con los demás, fueron nombrados, y era una breve presentación que repetía a cada nuevo soldado a su mando, y habían sido muchos en esos tres meses.

Supuestamente, cada barraca tenía capacidad para dos personas, pero en esos momentos, Kaín, Peter y Martine podían darse con un canto en los dientes de ser solo tres, pues la mayoría ya alojaban a cinco y hasta seis y siete soldados. Nuevos efectivos llegaban casi a diario desde todos los rincones del reino exceptuando el sur, donde la Guardia de la Tormenta no existía y la del Sol no podía ni quería abandonar sus dominios. Era como si los Hart estuviesen preparando un colosal ejército de aguadores para sofocar las llamas cubo a cubo. Y aunque sonase disparatado, poco más podrían hacer por el bosque. Tanto Peter como Martine decían estar tranquilos por el asunto, pues según afirmaban, el árido embudo que era el Paso de los Dioses haría imposible al monstruo avanzar hasta las murallas, y de hacerlo, poco daño les haría, ya que la piedra no arde. Kaín sabía que tenían razón en lo referente a que el lugar era un perfecto cortafuegos natural, pero no era el fuego en sí lo que realmente le preocupaba, sino lo que estuviese provocándolo,

y tenía el presentimiento de que no era el único con ese temor. Tal vez la ciudad no estuviese preparándose para el incendio, sino para la guerra.

Los más experimentados casi ni subían al tercer nivel de las murallas, en cambio, solían quedarse junto a los capitanes a pie de torre, dejando el incómodo y poco saludable aire cargado de humo para los novatos. Al menos, las continuas maldiciones que Martine profería tras su yelmo provocaban a sus compañeros algunas risas, más que nada porque cada vez que lo hacía, terminaba tragando más de lo que escupía, y eso le hacía toser con violencia, convulsionando esperpénticamente su escuálido cuerpo entre traqueteos metálicos. Pero la mejor parte venía cuando Peter intentaba ayudarle palmeándole la espalda, haciéndole perder su casi nulo equilibrio y acabando por caer al suelo de bruces. Y así, básicamente, transcurrían los días de Kaín vistiendo la capa negra. Al joven le parecía una vida tan cómoda que rozaba lo aburrido, con pocas complicaciones más allá de algún que otro ladronzuelo que rompía su rutina los días en los que le tocaba patrullar la plaza central. Su trabajo era mantener el orden en una ciudad en la que casi nadie quería causar problemas.

Y especialmente aburrida estaba siendo esa calurosa jornada sobre la muralla. El joven llevaba un rato luchando consigo mismo para no quedarse dormido y el estofado de cerdo con papas que habían servido en el comedor ese día había caído en su estómago como un puñado de piedras. Se sentía pesado y el sueño parecía ganar la batalla cuando el capitán Dingo apareció por la puerta del torreón principal.

—¡Tritus, Lambert, Rivers, Tastaro, Keno! Seguid en vuestros puestos. Los demás, acompañadme, van a llegar nuevos desterrados y esas puertas no se abren solas… —ordenó señalando a todo el que nombraba y apremiando al resto dando palmadas convertido en una suerte de pastor de ovejas negras de metal.

Los diez elegidos bajaron por el torreón principal y otros tantos lo hicieron por el sexto y el cuarto, formando un homogéneo grupo de más de cuarenta integrantes contando también con los que ya aguardaban junto a las puertas. A Kaín le tocó, junto a cuatro más entre los que se encontraba Peter, como ya parecía ser tradición, ir a los establos a buscar cuatro caballos de tiro y traerlos junto con la pesada cuerda cuyo grosor era casi el de su antebrazo. Una vez estuvieron de vuelta, otros procedieron a pasar la soga por las vigas que servían de punto de tiro y a atar los dos extremos a las gigantescas argollas que unían los arreos de las cuatro bestias.

—¡Muy bien, muchachos! Ahora, a esperar hasta que esos desgraciados lleguen… ¡Ya sabéis lo que hacer! La mitad a un lado y la otra mitad, al otro, firmes y con el orgullo bien arriba. ¡Esta tanda viene única y especialmente de la capital y los escoltan guardias reales! ¡Quiero que cuando esos capas rojas vuelvan a su ciudad, se emocionen al contar la perfección con la que la guarnición del capitán Dingo formaba! —vociferó.

—¡Sí, mi capitán! —respondieron todos al unísono.

Los sonidos metálicos y la amalgama de murmullos fueron los protagonistas de la escena mientras cada uno encontraba su sitio, que lejos del utópico orden que dingo esperaba, se convirtió en una especie de criadero de cuervos a la hora de la dispensa del grano. Mientras tanto, el capitán permanecía inmóvil, con la espada desenvainada y con la punta de la hoja apoyada en el suelo. Reposaba sus manos sobre la empuñadura como si de un afilado bastón se tratase, en la misma posición en la que al final todos acabaron.

Kaín había participado varias veces en el ritual previo a la apertura de las puertas y había presenciado cómo otros lo ejecutaban en otras ocasiones, básicamente de la misma forma. Pero había un detalle que al joven no le había pasado desapercibido, Dingo era el único capitán que no perdía los nervios ante la ineptitud. Solo daba las órdenes a seguir y luego observaba, no por

benevolencia, sino porque hacía que quien no había cumplido con su trabajo no volviese a su puesto al día siguiente ni ninguno más. O cumplías a rajatabla sus órdenes, o estabas fuera. Acostumbrado al fallecido Reid, Dingo habría supuesto todo un reto para Sisou, pues el carácter despistado del joven habría chocado con las inviolables a la par que excéntricas normas del capitán. Sin embargo, a Kaín no le había resultado difícil adaptarse, es más, a veces incluso bromeaba con que se sentía como en casa, solo que su padre sí había sido amante del grito y de perder los nervios, quizá más de lo que debería haberlo hecho, tanto que en ocasiones el muchacho se preguntaba si esa rabia mal contenida con la que su progenitor siempre convivió fue lo que propició que enfermara del mal que al final terminó matándolo. Recordarlo le dolía profundamente, pues este nunca le dio la oportunidad de disfrutar de un padre cuya felicidad cimentara su hogar, en cambio, para él fue una figura meramente autoritaria y gris, que ni tan siquiera el día en el que su hijo, siendo un niño, tuvo que alejarse de su familia para cumplir sus expectativas fue capaz de consolarlo. Un «espero que no ensucies mi nombre y el de tu madre», fue lo único que le gruñó antes de darle la espalda y volver a su estancia. Seguramente ni siquiera ahora que el joven vestía la capa negra y servía al reino como él había impuesto, hubiese estado orgulloso de él. Ese era un pensamiento recurrente que, si bien no le atormentaba, lo debilitaba de alguna extraña forma, como si cada vez que entraba en su cabeza le asestara una indolora puñalada que nunca terminaba de sanar.

El eco producido por el pisar de los caballos anticipó la llegada de los capas rojas. Los cinco primeros lo hicieron ocultos tras sus yelmos cerrados que emulaban coronas de cinco puntas. Dos de ellos se colocaron a la izquierda de la salida y otros dos a la derecha. El quinto se levantó el yelmo y se dirigió hacia el capitán Dingo.

—Saludos, capitán —le dijo acompañando las palabras con un gesto de brazo.

—Sed bienvenido a la muralla norte de Butterberd, sir Cudella.

—¿Está todo preparado? —le preguntó desviando la vista hacia las puertas y hacia todos los que allí esperaban.

—¡Abrid las puertas! —ordenó Dingo dando paso al ruidoso proceder que suponía la tarea.

Kaín agarraba por las riendas a uno de los caballos de tiro ayudado por Peter. Otros compañeros hacían lo mismo con los otros tres y el resto se dividía entre los que empujaban la colosal plancha de acero y los que aguardaban apoyados en sus espaldas formando un pasillo. Otros dos guardias reales llegaron a pie, escoltando un carro con gruesos barrotes y seguidos por más capas rojas. Dingo dio una palmada y los dos encargados de abrir la celda se apresuraron a hacer su trabajo.

—¡Más os vale no ponerle las manos encima a esos hombres! —gruñó un hombre obeso y barbudo que se acercaba junto a una muchacha con la misma figura, grande y rolliza.

Ambos vestían una larga cota de malla que les cubría hasta las rodillas, ceñida a la cintura con un cinturón verde oliva que marcaba el final de sus agradecidos barrigones. Sus capas y sus botas eran del mismo color y también el de los guantes de la joven. El hombre era mayor, de sesenta años como mínimo, con el cabello afeitado y la tupida barba gris oscuro cuidadosamente redondeada. Tenía los desbordantes mofletes plagados de venillas rojas que le llegaban hasta los dos arañazos que eran sus diminutos ojos, así como a su rechoncha nariz.

—¡Quitaos de en medio! —espetó dándole un empujón a uno de los guardias que parecía hacer caso omiso de su advertencia, pues ya se desponía a abrir la celda.

El soldado, sin que nadie se lo ordenase, desenvainó su espada.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo, chico? —preguntó el hombre.

—¡Guarda tu espada o te la meteré por el culo! — amenazó la muchacha poniéndose entre su acompañante y el capa negra empuñando una terrorífica maza de guerra de cabeza rectangular que debía llevar colgada a la espalda, pues nadie la había visto hasta ese momento.

Aun llevando armadura, el guardia parecía muy inferior físicamente a ella, quien lo miraba frunciendo el ceño, con el cabello recogido en un redondo y alto moño con tanta determinación que le tensaba la piel de la frente y hasta los párpados.

—¡Guarda tu espada o te la meteré por el culo! Segundo aviso, y no habrá un tercero.

Esta vez la amenaza vino acompañada por un paso hacia delante de la chica, quedando su imponente pecho a un palmo del yelmo del pobre desdichado, cuya valentía parecía haber menguado hasta el punto de que su espada, ya bajada, tintineaba contra su armadura, haciendo evidente el tembleque del que era presa.

—¡Soldado! ¡Vuelva a la formación! —le ordenó el capitán Dingo para luego dirigirse a Javier Cudella—. Espero que podáis explicar lo que acaba de suceder. No me importa el color de vuestra capa, ni quién demonios sea ese hombre y su «osa», nadie amenaza a uno de mis soldados gratuitamente.

El guardia real ni siquiera se molestó en contestarle, pero tras dejar que la giganta atemorizase un poco más al capa negra al que impedía retirarse agarrándolo con fuerza por el hombro, decidió intervenir.

—¡Vamos, Camille, deja ya a ese hombre! —le pidió a la mujer alzando la voz con una evidente nota de súplica, pero fue el gordo barbudo el que contestó.

—¡Esto no es lo que se habló, Javier! ¡Nadie tocaría a mi hijo! ¿Me oís todos?

El hombre se acercó a la guarnición, ignorando por completo la presencia de Dingo, quien lo seguía con la mirada ocultando su cara de perplejidad bajo el yelmo.

—¿Me oís todos? —volvió a preguntar barriendo con el dedo a cada uno de ellos.

Kaín tuvo que agarrar disimuladamente a Peter por la capa al notar que este estaba a punto de perder los nervios. Que otro con su misma anchura le gritase parecía gustarle aún menos que el que lo llamasen bola de sebo.

—Por supuesto, Renaud. Todos os han oído y nadie tocará a vuestro hijo. Ya os di mi palabra, no compliquéis más las cosas.

Las palabras de Javier Cudella parecieron tranquilizar al gordo, aunque antes de volver junto a la mujer, le arrebató de un tirón las llaves al guardia de la tormenta que había intentado un rato antes abrir la celda móvil. La paciencia de Dingo Terrance acabó con ese gesto y lo interceptó, apuntándolo con el filo de su impoluta espada.

—¡Ya está bien! Soltad esas llaves ahora mismo, o tendré que hacer que lo arresten tanto a vos como a vuestra señora en nombre del rey Casius Baltán.

El barbudo apartó la hoja de acero de una bofetada ante la estupefacción de su dueño, gruñó perdonándole la vida con la mirada y, haciendo caso omiso, se llevó las llaves.

—Os recomiendo que lo dejéis, solo es un buen hombre a punto de perder a su hijo —sugirió Javier Cudella.

—Si su hijo es un desterrado, será porque lo merece. Pasaré por alto esta falta de respeto porque sois vos quien lo pide, pero os aviso de que informaré de lo sucedido.

—Informad de lo que os plazca, este hombre tiene la total protección del rey Casius.

—¿Protección para el padre, pero condena para el hijo?

—Nuestro bienamado monarca es justo, y ese hombre le ha servido de forma excepcional durante toda su vida. Quizás sea lo más parecido a un amigo que tenga.

—¿Era guardia real?

Javier Cudella ocultó con la mano la sonrisa que acababa de dibujar su boca.

—Me sorprende que no lo conozcáis. Ni a él ni a su llamativa hija, pues desde hace años es el señor de Castor.

—¿Castor? ¿La aldea de paletos que hay al sur de la ciudad?

—¡La misma! ¡La Guardia de la Tormenta debería pensar en hacer que sus soldados cultivasen la mente, leyendo y viajando… Tal vez haciendo ambas cosas —le respondió arqueando una ceja antes de continuar—. ¿No habéis oído nunca hablar de Renaud Brada, el cocinero del rey?

Kaín, inmóvil en la formación, a punto estuvo de perder la compostura cuando oyó ese apellido. Hasta donde sabía, y sabía mucho, Sisou no tenía hermanos, solo una hermana mayor, que debía ser la mujer del martillo. ¿Era entonces su amigo quien iba a ser desterrado? Las preguntas asaltaron su cabeza. Desde allí no distinguía el rostro de ninguno de los reclusos por más que lo intentaba apretando los ojos tanto como podía. El corazón le palpitaba de tal forma que desde el interior de la coraza daba la impresión de que cada latido se podía percibir desde el exterior. Y esa sensación no fue sino en aumento mientras observaba cómo el padre de Sisou abría la celda ayudado por su hija.

El primero en salir, con dificultad debido a las cadenas que unían sus manos y sus tobillos, era un hombre alto con la cabeza cubierta por una bolsa de cuero. Otro lo siguió, uno cuya figura le resultó dolorosamente familiar. A Kaín empezaron a sudarle las manos de

forma exagerada, un sudor que le cocía la yema de los dedos bajo los guanteletes de acero negro. Nadie más bajó de la jaula. Vio cómo el señor Brada y su hija se abrazaban al último en salir, un desesperado a la par que cálido abrazo que desde allí se asemejaba a dos osos intentando derribar un escuálido y desgarbado ciprés con largas ramas a modo de brazos que caían tiritantes sobre ellos acaparándolos.

Todos los capas rojas, incluido su capitán, aguardaron pacientemente hasta que los tres cesaron en sus exacerbadas muestras de afecto, momento en el que los escoltaron hasta las puertas. A medida que se acercaban, Kaín pasó por distintas fases. Al principio dudó, pues, aunque todo parecía apuntar a lo peor, no lograba entender cómo Sisou podría haber acabado de esa forma. Después se alivió al darse cuenta de que, si bien el prisionero debía ser hermano de Sisou, dado su idéntico físico, este lucía una descuidada barba negra que se unía a su desbaratada cabellera, contrastando con su piel extremadamente roja a consecuencia del sol. Intentó convencerse de que ese no era su amigo, pero la peor de las certezas se apoderó de él como un relámpago ciega al pobre incauto que se pierde en medio de una tormenta cuando los Brada estuvieron más cerca. Era muy difícil reconocerlo. Estaba sucio, visiblemente estropeado y con la esperanza tan ausente que era incapaz de levantar la vista del suelo. Tenía pinta de no haber comido ni dormido desde solo los dioses saben cuándo, y la poca carne que solía cubrir sus huesos había desaparecido de su cuerpo, haciéndolo parecer un esqueleto andante. Pero ya no tenía dudas, era él.

CAPÍTULO 10: CUANDO ÉRAMOS HERMANOS

Dingo Terrance ordenó que se comenzaran a abrir las puertas y así se hizo, aunque Kaín cumplía con su parte sin ser consciente, como si su cuerpo actuase desconectado de su cabeza, la cual le impedía digerir la escena que estaba presenciando.

Un nuevo abrazo de los Brada tuvo lugar, íntimamente custodiados por los guardias reales y, a su vez, rodeados por los capas negras de forma metódica. Camille ya no era la poderosa fiera de hacía un instante, en cambio, ahora era presa de un desgarrador llanto que intentaba ahogar sin éxito apretando su rostro contra el hombro de su padre. Renaud no lloraba, pero su mirada, totalmente distante, no dejaba a nadie lugar a dudas sobre su dolor. Su hijo arrastraba con sumo esfuerzo sus cadenas a cada paso como si la siempre presente energía que lo caracterizaba le hubiese abandonado hacía tiempo. Era obvio que aún se resentía de la pierna, pero sus días de tullido habían tocado a su fin.

Kaín intentó tranquilizarse tomando por la nariz tanto aire como cabía en su pecho y expulsándolo por la boca, aunque este era pesado, con sabor a tierra seca y eso no ayudaba. Se preguntaba, cada vez más seguro de la respuesta, si esa sería la última vez que vería a Sisou. No era fácil que te condenasen al destierro. No era una pena que se impusiese a un simple ratero ni a un alborotador, por lo que, si Sisou estaba en esa situación, debía haber hecho algo grave de verdad, cosa que al joven le parecía prácticamente imposible viniendo de su amigo. Una voz refunfuñando venida desde el pasillo llamó su atención.

—¡Tarde o temprano volveré a esta ciudad, y unas pocas monedas de oro serán suficientes para que algún oficial me dé vuestros nombres y entonces os buscaré uno a uno y os obligaré a

ver cómo me follo y mato y luego me vuelvo a follar a vuestras zorras! ¡Luego os castraré y dejaré que os desangréis hasta morir! ¡Tened por seguro que lo haré, muchachos!

Kaín conocía de sobra esa voz, era la desagradable voz de Teori Baferson. Este apareció encadenado desde los tobillos hasta el cuello, tumbado en una celda móvil la mitad de grande que la que había traído a Sisou. El carro era tirado por dos asnos grises de hocicos blancos que avanzaban despacio, con la cabeza gacha seguramente hartos de oír al loco.

—¡Quitad a ese hijo de perra de mi vista u os juro que le aplasto la cabeza! —gruñó con fuerza Camille al tiempo que arrancaba a correr hacia la jaula martillo en mano, con la cara tan roja y morada que parecía un gran tomate pasado de maduración.

Los cuatro guardias reales que escoltaban al preso blandieron sus espadas y las dirigieron con determinación hacia la joven en un intento por sofocar su ira, pero a esta parecía darle igual que cuatro hombres pertenecientes a uno de los cuerpos más letales y mejor entrenados del reino se interpusiesen entre ella y su objetivo, al que se acercaba sin dudar ni un instante, segura de sí misma, como si no le importase que la degollaran mientras consiguiese su fin. Fue Javier Cudella quien, tras un rápido espoleo a su caballo, se plantó frente a ella cerrándole el paso.

—Tranquilizaos, Camille, ese desgraciado va a tener un justo castigo, no le deis el placer de evitarlo.

La chica tenía la frente plagada de gruesas venas que nacían de sus cejas y se perdían en el nacimiento de su estirado cabello, y respiraba sonoramente produciendo el aire un grave murmullo al salir por sus apretadas fosas nasales.

—¿Qué castigo, sir Cudella? ¿El mismo que va a sufrir mi hermano?

El espíritu de la joven volvió a desmoronarse forzándola a soltar un abundante reguero de lágrimas. Su padre llegó tan rápido como pudo y la arropó con sus brazos.

—Haced lo que tengáis que hacer, Javier. Ni yo ni mi hija os lo impediremos —le dijo este al capitán.

—Solo intento hacer cumplir la ley, Renaud. Sabes bien que, si de mi dependiese, ese asesino ya hubiese sido ejecutado, pero es el rey quien ha dictado la sentencia, no yo.

—No es mi hijo quien ha asesinado a esos guardias, os lo garantizo, y más pronto que tarde lo demostraré. Como demostraré también que fue ese cerdo violador quien lo hizo, ¿me oís?

—Y yo deseo que lo logréis, os lo digo de corazón. Vuestra familia no merece esto, de eso no me cabe la menor duda. Pero ahora debo pediros que os despidáis de vuestro hijo y abandonéis este patio. Tenéis mi palabra de que nadie le pondrá una mano encima ni tensará su arco en dirección a él.

Resignados, y tras despedirse de Sisou, padre e hija se retiraron en dirección al pasillo, pero justo cuando estaban a punto de perderse en él, Renaud se giró y le gritó a Sisou.

—¡Recuerda lo que te he dicho, hijo! ¡No te alejes de los márgenes del bosque! ¡Mantente vivo y espera, pues pronto se sabrá la verdad y yo personalmente encabezaré la compañía que salga a traerte de vuelta! ¡Tú solo… mantente vivo!

Después, tanto él como Camille se fueron.

Dingo Terrance esperaba llaves en mano, plantado en el centro de la apertura dejada por las puertas, como siempre, a que los desterrados fuesen llegando hasta él. El primero en ser liberado de las cadenas fue el encapuchado, quien recibió, además, la advertencia de no retirarse la capucha hasta que hubiese cruzado el Paso de los Dioses, advertencia que respaldaron los guardias de la

tormenta que lo acompañaban, apoyando sus armas contra la espalda del mago como amenaza.

—Tú, niño de papá —le comenzó a decir Dingo a Sisou—, serás el único responsable de que este logre cruzar con vida el paso. Si por casualidad se le ocurre mostrar su rostro antes de haber desaparecido bajo los árboles, tanto tú como él acabaréis como coladores. ¿Entendido?

Sisou no respondió. Estaba tan débil que ni siquiera pudo alzar el rostro.

A Baferson lo tiraron a los pies del capitán tan enterrado en cadenas, que allí encogido en el suelo parecía la crisálida de una fea mariposa metálica. Dingo le plantó una de las botas en la cabeza y se quedó en esa postura un buen rato, solo mirándolo. El loco había dejado de insultar y solo se le oía jadear bajo la suela negra.

—Has sido condenado al destierro, Teori Baferson. Cualquier otro capitán en mi lugar habría encontrado la forma de hacer que no cumplieras tu condena. Pero tienes suerte de que sea yo quien esté encargado en estos momentos de hacer cumplir la ley en este lugar.

Dingo lo dejó allí tirado y ordenó que se procediera a cerrar las puertas mientras se dirigía hacia ellas.

—¿Esta es tu forma de hacer cumplir la ley? ¿Dejarme aquí para que muera de hambre, de sed o ensartado por la flecha de alguno de tus esbirros? ¡Eso no es hacer cumplir la ley! ¡Eres un asesino como yo, sucia rata! ¡Me da igual morir, pero no intentes tapar tu naturaleza con los colores del honor!

Baferson soltó una carcajada y el capitán se volvió hacia él, separó una de las llaves del manojo y se la lanzó a Sisou.

—Un buen capitán debe ser capaz de delegar, y yo me considero el mejor, así que la tarea de abrir esos candados que te apresan ahora es de tu querido amigo. Pero no te preocupes… ¡he podido

observar que te tiene un profundo aprecio! —dijo, y acto seguido cruzó las puertas y se perdió entre el barullo.

En ese mismo momento, Peter preguntaba por cuarta vez a Kaín qué demonios le sucedía en un tono que denotaba cada vez menos paciencia, aunque esta vez la carencia de esta estuviese fundamentada dada la inusual torpeza de su compañero. Y no es que el muchacho no supiese hacer su trabajo, de hecho, era uno de los más eficientes de toda la guarnición, gracias, en gran parte, a su metódica forma de actuar, donde pocas veces parecía improvisar. Pero en esos momentos su cuerpo y su cabeza no eran uno. El primero estaba allí, agarrado a una de las sogas tirando junto a los demás soldados. La segunda estaba unos pasos más allá, junto a las colosales puertas, donde Javier Cudella discutía, escoltado por el resto de capas rojas, con el capitán Dingo, pues este había ordenado a los arqueros de las almenas que disuadieran a los desterrados tan pronto como las planchas de acero se cerrasen. A pesar del jaleo montado, el joven podía oír a Teori Baferson maldiciendo de todas las formas posibles a Sisou, quien ya había decidido no prestarle su ayuda y había desaparecido barranco abajo junto con el mago.

—Oye, ya que no vas a decirme que cojones te pasa, será mejor que subas a las almenas, la cosa está calentándose, y ya sabes cómo se las gasta el capitán cuando está enfadado… Si te ve sin dar palo al agua, tendrás problemas, así que hazme caso, ya casi hemos acabado y nadie notará que te retiraste antes —le gruñó Peter, más por considerarlo un estorbo que por querer ahorrarle problemas.

En un primer momento el joven ignoró la sugerencia de su compañero, pero luego se dio cuenta que desde el tercer nivel podría ver a Sisou, y si el capitán Dingo decidía desobedecer las órdenes de no disparar, tal vez podría hacer algo para evitar que alguna flecha acertase a su amigo.

Quedaban pocos guardias sobre la muralla, entre ellos Martine, y ni él ni el resto eran especialmente buenos con el arco. Eso, quizás, era lo único positivo que Kaín veía en la situación, pero al

menos era algo, por lo que aprovechó que la discusión entre los capitanes robaba toda la atención en el patio y entró en el torreón central. Una vez arriba, encontró a Martine y compañía al borde de las almenas, con los arcos tensados y apuntando en dirección al Paso de los Dioses.

—¿Quién os ha ordenado disparar? —preguntó aún ahogado por las tortuosas escaleras de caracol.

—Nadie ha disparado aún, llegas justo a tiempo, así que coge tu arco y únete a la fiesta. Hemos apostado una moneda de plata cada uno… ¡El que acierte al primero, se las lleva! —respondió Martine.

—¡Cometéis un error! —les gritó y corrió hacia Martine—. ¡Bajad las armas! —insistió, pero resultó inútil.

—¡Ahí van ya, muchachos! Preparaos… Y recordad, si alguien dispara antes de que se oiga el cerrojo de las puertas correr, ¡estará eliminado! —avisó Martine.

Como acababa de informar el capa negra, las dos lejanas figuras que eran Sisou y su compañero aparecieron tras una roca del desfiladero. El muchacho iba delante, corriendo a zancadas y con el brazo tendido hacia atrás, del que iba agarrado el mago, intentando con gran dificultad seguir el ritmo de su guía. A Kaín se le heló la sangre cuando uno de los arqueros, presa de la impaciencia, disparó una flecha. Aunque como era de esperar, la trayectoria de esta fue tan desviada que lo más probable es que Sisou ni siquiera la hubiese visto caer.

—Al final llegan al bosque y nadie gana nada… —se lamentó el arquero.

—Bueno, tampoco creo que pase nada porque nos adelantemos un poco… —opinó Martine al tiempo que tensaba aún más su arco y pegaba la mano con la que lo hacía al yelmo tratando de apuntar mejor que el anterior.

Pero Kaín, en un gesto poco meditado y sin tiempo a pensar en cómo lo explicaría después, pegó un empujón al soldado, quien, haciendo gala de su estabilidad física, cayó rodando por el suelo entre traqueteos de latón.

—¡¿Pero qué coño haces?! —preguntó el derribado mientras se incorporaba.

—¡Nadie os ha dado da orden de disparar, y nadie disparará! —sentenció Kaín llevando su mano a la espada.

Pero al instante quedó claro que sus palabras tenían poco peso allí, pues un cortante silbido volvió a oírse.

—¡Le he dado, le he dado! ¿Habéis visto? —celebró alguien entre carcajadas.

Kaín no podía creérselo, pues sería la primera vez que alguno de los que había allí arriba acertaban tan rápido al blanco. Pero para su angustia, precisamente eso era lo que había ocurrido. Por suerte, no era Sisou quien yacía tumbado en mitad del paso, si no el mago. El muchacho, por su parte, en lugar de seguir corriendo, estaba arrodillado junto al cuerpo, zarandeándolo nervioso.

—¿Estás sordo, Kaín? ¡Te he preguntado que qué coño haces! —insistió Martine, ya en pie, al tiempo que descargaba su inexistente potencia contra el pecho de quien lo había hecho caer.

Kaín retrocedió un par de pasos y desenvainó su espada, hecho que aplacó al instante al enfadado guardia.

—¿Te has vuelto loco o qué? —le preguntó este mirando a su alrededor para asegurarse de que todos habían visto lo que Kaín había hecho.

Pero si era así, no debía importarles mucho, pues con el miedo a ser el primero totalmente perdido, los arqueros descargaban sus saetas contra el Paso de los Dioses una tras otra. Lo normal era que el capitán de turno se asegurara de que se siguiese un orden a la

hora de hacerlo, pero esta vez, sin nadie que dirigiese cada detalle, el desorden se adueñó de las almenas, haciendo que esa no pareciese la Guardia encargada de defender el reino de los humanos, si no una burda competición por ver quién agotaba antes la reserva de flechas.

Kaín no sabía que hacer, incluso Martine había vuelto a agarrar su arco y se disponía a practicar tiro al blanco con Sisou, quien, por otra parte, parecía querer morir, pues en lugar de seguir huyendo hacia la arboleda tan rápido como pudiese, arrastraba al mago, el cual avanzaba torpemente, apoyado en él. Por la razón que fuese su amigo no iba a abandonar a ese hombre, y tampoco había tiempo para suponer el por qué, ya que en cualquier momento alguno de los arqueros le acertaría, y eso era algo que Kaín no podía permitir. Estaba claro que nadie iba a parar esa locura, ni él podía enfrentarse a todos. Aún no había oído el cerrojo correr y eso le hizo valorar una opción. Cogió su escudo negro, el cual era, como el resto, grande y de forma ovalada y reposaba como siempre contra la pared del torreón, y echó a correr escaleras abajo. En un par de ocasiones estuvo a punto de caer rodando, pues nunca había tratado de bajar corriendo y cargado con el pesado escudo de metal, y resultó ser más complicado de lo que esperaba. El corazón le latía a un ritmo tan bestial que, unido a la insoportable calor, había llegado a preocuparle. Sentía sus piernas temblorosas y la vista se le nublaba por momentos, pero no podía detenerse, pues de ello podía depender la vida de Sisou. No vio ni rastro de los guardias reales entre los soldados, solo capas negras involucrados en su labor. Casi habían cerrado las puertas, de hecho, el joven dudaba que pudiese llegar a tiempo. Aun así, cogió todo el aire que pudo, como si fuera a zambullirse en el mar, y corrió.

Solo un par de guardias se percataron de su llegada, pero estaban demasiado lejos para detenerlo, uno comenzó a gritar cuando Kaín desenvainó su espada, la alzó, y la dejó caer sobre una de las sogas de las que tiraban tanto ellos como otros muchos. Esto provocó que tanto la mitad de la guarnición como dos de los

caballos cayesen al suelo violentamente, como si un rayo los hubiese alcanzado, paralizando el cierre ya casi consumado de las puertas de no ser por una pequeña apertura que le brindaba una oportunidad.

—¡Ha sido ese, cogedlo! —gritaron a sus espaldas.

Pero solo tres hombres se interponían entre él y la salida y todos ellos se lamentaban del golpe tirados en el suelo. No pudo evitar pasar por encima de la pierna del último, cosa que le hizo ganarse una buena tanda de maldiciones. Se lanzó de lado para pasar por el hueco y se encontró, sin darse cuenta, junto a la crisálida Baferson, quien lo miraba con cara de estupefacción.

—¿Y tú que cojones quieres? —le gruñó.

Kaín no sabía que habría pasado entre Teori y Sisou, pero sin duda, si lo había dejado allí, condenándolo a una muerte segura, sería por algo. Ya habría tiempo de que su amigo se lo contase más tarde cuando estuviesen lo más a salvo que se pudiese estar en ese bosque.

Varios soldados salían por las puertas gritando que lo cogiesen mientras la voz de Dingo Terrance ordenaba una y otra vez que nadie se acercase al barranco. El joven colocó su escudo en el mismo, con la cara interna hacia arriba y se sentó sobre él, cogió impulso y se deslizó vertiginosamente hasta el Paso de los Dioses, donde al llegar tuvo que lanzarse hacia un lado para no acabar estampado contra una roca, lo que sí sucedió con el escudo, el cual se abolló de forma notable. Lo recogió, se lo colgó a la espalda y retomó su carrera.

Las flechas, que por un momento parecían haber dejado de llegar desde las almenas, volvieron a aparecer como halcones ciegos condenados a morir por intentar capturar un pequeño ratón cojo, pero que progresivamente iban recuperando la vista y cada nueva bandada se acercaba más y más a su presa.

Dos fuertes golpes retumbaron en su espalda, y en un breve vistazo, sin detenerse, vio que varios de los guardias que habían cruzado las puertas parecían tener mejor puntería que Martine y compañía. Por suerte, el escudo, aunque pesado, era resistente. Varios impactos más acertaron en el mismo lugar y uno de ellos casi le hace perder el equilibrio, pero se recompuso y consiguió llegar hasta Sisou y el mago. Entonces, volvió a tomar su escudo y con él los cubrió como pudo.

—¿Quién eres tú? —le preguntó el desgarbado mendigo en el que se había convertido su amigo.

—¡Soy yo! ¡Kaín! —contestó el joven tras el yelmo.

—¡¿Kaín?! —El rostro de Sisou estalló en una seguidilla de muecas, cada una más expresiva que la anterior—. Pero ¿qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo, pero ya nos pondremos al día luego. Ahora será mejor que nos centremos en no terminar abonando este infértil campo de piedras.

Por suerte, nadie más resultó herido y los tres consiguieron llegar bajo los protectores árboles sin más heridas que lamentar que la que el mago tenía en el hombro que, si bien no parecía grave, aun llevaba la flecha negra ensartada. Lo recostaron contra el tronco de un roble y Kaín se retiró el yelmo. El joven tenía el rostro empapado en sudor y el flequillo pegado a la chorreante frente.

—¿Te fías de él? —le preguntó a Sisou mientras se agachaba junto al mago.

—¡Pues claro! —afirmó su amigo casi ofendido por la pregunta.

Kaín le retiró entonces la capucha al herido. Tenía mala cara y no tenía pinta de que la flecha fuese la única responsable. El mago empezó a parpadear de forma nerviosa en un desesperado intento por acostumbrarse a la luz.

—He de decir que no suelo simpatizar con capas negras… pero creo que os debo la vida. Me encantaría conocer el nombre de a quien le debo tanto —le dijo este.

—Mi nombre es Kaín Belamour, y he de deciros que yo tampoco acostumbro a simpatizar con magos. De hecho, vos sois el primero al que conozco.

—¡El segundo! —puntualizó Sisou—. Baferson tenía razón, ¡Zarem es una maga!

—¿Quién? Bueno, no importa… morded esto lo más fuerte que podáis, amigo. Esto os va a doler.

El mago le hizo caso al joven y apretó con los dientes el palo que acababa de tenderle este, luego, hizo un gesto con la cabeza para que supiese que estaba preparado y acto seguido Kaín partió el trozo de flecha que asomaba por la parte posterior de su hombro derecho para, de un rápido tirón, sacar el resto agarrando con fuerza la afilada punta, y aunque las facciones del hombre se apretaron y su rostro se amoratá, logró aguantar sus ganas de gritar de dolor. Un cálido hilillo de sangre emanaba del agujero dejado en su hombro, pero lograron taponarlo con jirones de tela arrancados de su ropa. Tiempo después, cuando hubieron hecho todo lo que podían hacer por el herido, los chicos se abrazaron con la fuerza que solo la cercanía de la familia proporciona. Pasaron el resto del día contándose todo lo sucedido, aunque fue Sisou quien más tuvo que contar. Ya había comenzado a oscurecer cuando construyeron una esperpéntica cabaña apoyando rastrojos y enredaderas contra el tronco de un ancho árbol. Al menos los ocultaría un poco, pues no sabían qué podría sorprenderlos mientras dormían. Sisou parecía encabezonado en su idea de no dejar la zona, seguro de que su padre vendría a rescatarlo. Pero a Kaín no le convencía, pues sabía que, si el señor Brada tardaba más de la cuenta, morirían de sed, cosa que hizo saber a sus compañeros consiguiendo, al menos, que su amigo accediese a buscar agua al día siguiente, aunque con la condición de no alejarse demasiado.

Todo por lo que pasó Sisou en esos meses dejó sin palabras a Kaín, pues no era capaz de entender cómo lo que en aquel momento parecía la más cabal de las decisiones, dejar a Sisou en aquella taberna de Verhim, había desembocado en la situación en la que se encontraban ahora. Le sorprendió saber que Kraigon, el mago, era en realidad el padre de Abigail, quien, por su parte, tampoco se llamaba así. A punto estuvo de volver a cubrir el rostro el mago cuando supo la parte en la que este y su hermana asesinaban guardias, pero al final decidió confiar en el criterio de Sisou, el cual decía fiarse ciegamente de él. Lo referente a la jugada Teori Baferson no le dejó indiferente, de hecho, ya había supuesto que este tendría mucho que ver con el triste destino de su amigo, pero lo que si superó sus expectativas fue lo sucedido el día en que volvió a aparecer. Según Sisou, el loco había asesinado a cuatro soldados, capitán incluido, como quien mata moscas… Tampoco podía creerse lo que su amigo, entre culposos tartamudeos, le había confesado… ¿Sisou degollando a un guardia? Y tanto hubo que contar, que poco tiempo les quedó para otra cosa que hablar.

El improvisado refugio parecía cumplir su objetivo pues les proporcionaba la falsa sensación de estar protegidos de la amenazante oscuridad que los rodeaba. Sisou se recostó al fondo, Kraigon junto a él y, por último, junto a la salida, Kaín, quien había impuesto su decisión de hacer la primera guardia para que sus compañeros descansasen. A pesar de que la noche parecía tranquila, el joven dudaba de que eso durase mucho. La calor del lugar lo invitó a quitarse la coraza y la capa, esa que tanto había soñado llevar y que cada vez le pesaba más.

Ya hacía un rato que les había dado la espalda a sus compañeros para ordenar sus pensamientos mientras observaba cada detalle del tupido techo de ramas agujereado por rayos lunares, cuando un crujir de ramas le alertó. Agarró la empuñadura de su espada sin incorporarse para no hacer ruido y esperó, intentando ubicar el origen del sonido. Varios crujidos más se oyeron al unísono, seguidos de otro tenso silencio. Lo que fuese se estaba

acercando, pues cada sonido se oía más fuerte, así que decidió ponerse en cuclillas y desenvainar poco a poco su acero con sumo cuidado. Apenas si podía llegar a verse los pies, así que sabía que, si tenía que defenderse, tendría que hacerlo guiándose por el oído y no era algo que hubiese entrenado nunca. Palpó con la mano libre hacia atrás hasta tocar al mago y comenzó a darle tirones del brazo para que despertase. Cuando lo hizo, aun sin saber qué ocurría, pero reaccionando con la conciencia de grupo propia de un soldado, este hizo lo mismo con Sisou, asegurándose de que el muchacho oía en su cabeza sus palabras, palabras que le decían que algo ocurría y que permaneciera en silencio.

Algo no muy pesado cayó junto a Kaín. Este lo recogió y al instante supo de lo que se trataba. Era la capucha antimagos de Kraigon.

—¡Venga, Belamour, vuelve a ponerle eso al mago! Te doy mi palabra de que no es haceros daño lo que busco —dijo alguien.

—¡Es ese sucio de Baferson! ¡Es él! —gritó Sisou presa de un repentino ataque de ira al tiempo que se levantaba destrozando el improvisado y frágil refugio de paso.

Pero Kraigon, con sus ojos como el hielo, le animó a tranquilizarse como solo un testario puede hacerlo. Kaín también se incorporó y alzó su espada, lista para asestar el primer golpe.

—Si eso es cierto, ¿por qué teméis al mago? Si os dejáis ver, nadie os hará nada, yo también os doy mi palabra. —Las palabras de Kaín sonaron más a súplica que a negociación.

—Me temo que no va a poder ser, chico. Verás, no sé si te habrán contado algo, pero estos últimos meses mi relación con tus amigos se ha visto inexplicablemente deteriorada… Si yo fuese ese mago, no dudaría en triturar mi cerebro. Créeme, solo será una charla rápida. En estos momentos os apunto con un arco como el que tienes colgado a la espalda. De hecho, fue tu capitán quien me lo dio, junto con la promesa de permitirme volver a Skar si volvía

con la cabeza del traidor… —Baferson soltó una fea carcajada—. No te imaginas el rencor que parecía tenerte.

—¿A eso has venido? ¿A hacer lo que llevas décadas haciendo, servir como perro de caza a sucios capitanes? —preguntó de repente Kraigon con la lengua en llamas.

—Si me dejas hablar, cadáver en proceso, podré haceros mi propuesta.

—¡Hablad! —ordenó Kaín.

—Menos mal que al menos uno de vosotros cuenta con relleno en el cráneo. Pues bien, este es mi trato: le ponéis la capucha al mago y le atáis las manos tras la espalda. Cuando esté tumbado bocabajo en el suelo, yo soltaré el arco como acto de buena fe y os explicaré lo que haremos para cruzar esa muralla. Si cuando lo haya hecho seguís prefiriendo quedaros aquí a vivir, me iré sin más. Pero si decidís confiar en mí, yo lo haré en el mago y podréis dejar su rostro al descubierto.

—¿Por qué deberíamos fiarnos de ti? —quiso saber Kaín.

Lo primero que el joven recibió como respuesta fue otra carcajada del loco, lo segundo, un recordatorio de que no tenían otra opción si no querían ser ensartados por flechas negras. Fue entonces Kraigon quien se puso la capucha y le tendió las manos a Sisou para que se las atara tras la espalda.

—¿Estás loco? —dijo Sisou sin poder creerse lo que el testario le pedía—. ¡Te recuerdo que es culpa de ese desgraciado el que ahora estemos aquí!

La advertencia del muchacho no obtuvo réplica, pero el insistente ofrecimiento del mago al final hizo que cerrase la boca y procediera a inmovilizarlo. Cuando acabó, la figura del demonio loco salió de las sombras acompañada del vasto crujir de sus pisadas.

La primera de las mentiras del asesino estalló en la cara de Kaín cuando descubrió que no era un arco lo que portaba, si no una deteriorada espada como la que les asignan a los reclutas cuando estos no cuentan con una propia. La segunda de las mentiras se le hizo evidente cuando, de un pesado golpe de acero, Baferson intentó desarmarlo. Y lo hubiera conseguido de no ser porque el joven tensó la musculatura para asentarse en el terreno y apretó las manos para evitar perder su arma. Decenas de veces había presenciado la contundencia con la que su rival asestaba los tajos, por suerte siempre contra sacos de heno, pero la fuerza del golpe llegó a sorprenderle. Dio un paso atrás buscando espacio para recuperar el equilibrio y prepararse para recibir el siguiente impacto, pero en un desconcertante y rápido movimiento, el demonio loco lo dejó a un lado y cubrió la distancia que lo separaba de Sisou. Este, viéndose indefenso, quizás empujado por la rabia o quizás por la repentina desesperación, agarró una de las ramas con las que habían erigido un rato antes el refugio y como si de una extensión de su ya largo brazo se tratase, intentó reventar la cabeza de su atacante. Pero una vez más, haciendo gala de su incomprensible agilidad y luego de su brutalidad, Teori se agachó dejando que la vara lo despeinase, y a continuación, le propinó al chico un bestial puñetazo en el estómago dejándolo al instante encogido en el suelo. Para cuando Kaín pudo reaccionar, la espada del loco ya reposaba sobre uno de los hombros de Kraigon, mientras una de sus botas aplastaba la cabeza de Sisou contra la tierra.

—¡Disteis vuestra palabra! —le recordó como si eso significase algo para el asesino, al tiempo que se maldecía por haber sido tan idiota como para creerle.

—Sí, es cierto que os di mi palabra de que no era haceros daño lo que buscaba, y es la verdad. No soy tan necio como para creer que ese sucio capitán pudiese cumplir su palabra, ni que tuviese intención siquiera de hacerlo. Pero si no me equivoco, contáis con un arma que podría serme de suma utilidad. —Baferson miró al testario,

le retiró la espada del hombro y plantó su corroída punta en el cuello de Sisou.—. ¡Suelta tu espada, señorito Belamour!

La amenaza llegó endulzada por falsa cortesía. Kaín valoró sus opciones una vez más, y no viendo otra salida, arrojó su acero al suelo.

Sisou retozaba violentamente bajo la bota.

—¿Por qué no nos has matado sin más, si es al mago a quien querías? —quiso saber Kaín, y una podrida sonrisa apareció en el rostro del loco.

—Tú serás mi reclamo, de alguna forma tengo que llamar la atención de ese capitán. En cuanto al largo… lo necesitaba para hacerte soltar la espada, y no por miedo, puedes creerme, sino porque te conozco, Kaín, y sé que eres un cerdo tan honorablemente fiel que hubiese tenido que matarte. —Volvió a mirar a Sisou—. En cambio, ahora ya no lo necesito.

Sus palabras salieron rebosantes de maliciosa lógica y el grito de Sisou hizo a Kaín abalanzarse hacia una muerte segura sin más armas que sus puños. Mientras lo hacía, en un acto de autoprotección por lo que iba a suceder, una imagen le vino a la mente. Se vio en Patts, en su primer año como huésped del Palacio de Mármol. Sisou estaba con él. Ambos eran unos críos, pero con la suerte de ya haber conocido el cálido abrazo de la amistad. Sisou aquel día había sido reprendido por Hardy por haberse quedado dormido en hora de estudio, y como castigo el viejo lo había dejado sin cena esa noche. Él había reservado la mitad de la suya y se la había llevado a su amigo para que no se quedase con el estómago vacío. La cara de estupefacción del largo niño cuando lo vio llegar con el queso y la carne no tenía precio. Comió y cuando hubo acabado, le dijo al pequeño Kaín algo que ahora, años después, cobraba más sentido que nunca. «Después de esto, ya no somos amigos, Kaín… Somos hermanos». Esas palabras lo dotaron de una seguridad de la que nunca había sido dueño e hicieron que no se

detuviese cuando Teori decidió posponer el nombramiento de su siguiente víctima para apuntar su acero contra él, dejándole claro que no llegaría siquiera a tocarlo. Y no lo hizo, aunque en lugar de encontrar la muerte, fue un golpe con el pomo de la espada del loco lo que encontró su cabeza. Volvió a perder el equilibrio y a punto estuvo de caer, pero aguantó y se dispuso a continuar con su suicida ataque.

De pronto, un coro de aullidos los rodeó. Incluso Baferson pareció descomponerse al oírlos. Eran lobos, de eso no había duda, y estaban tan peligrosamente cerca que podían escucharse deambular de aquí para allá, nerviosos ante la evidencia de que esa noche tendrían carne fresca. Debían ser muchos, pero la opresora oscuridad no le permitía a Kaín saber por dónde llegaría el primer embate, así que retrocedió hasta tocar el tronco de un árbol para tener al menos la espalda cubierta. Teori lanzaba estocadas sin ton ni son, como si tratara de pinchar una infinita bolsa de negra y espesa agua, pero sin dejar de pisar la cabeza de Sisou, quien gritaba que lo soltase. Hocicos retraídos atestados de chorreantes dientes empezaron a emerger y uno en especial dominaba la intimidante escena. Uno aún más negro que la noche. Uno que parecía haber salido de la peor de las pesadillas. Uno que, ni tan siquiera el más cruel de los demonios osaría contrariar.

—¡¡*Trishcam, Diel ti*!! —se oyó.

CAPÍTULO 11: DONDE LAS SOMBRAS NO ENTRAN

Para cualquier otro, la situación en la que se encontraba Teori Baferson sería aterradora, pero a él no le daba más miedo un lobo que un ratón. Lo que el loco sentía emanar de todo su cuerpo era odio, un odio constante que nunca lo abandonaba, con el que estaba más que acostumbrado a vivir y que le había hecho enfrentar más de un problema a lo largo de su vida. Pero tampoco era algo que pudiese o quisiese remediar, de hecho, le gustaba hacer daño. Generar sufrimiento le producía tal satisfacción que hacía del mayor de los placeres una nimiedad, aunque en ocasiones le complicase las cosas, como era el caso. De sobra sabía que podría haber acabado con el joven Belamour sin que este tan siquiera hubiese notado que andaba cerca, acechándolo. Luego, descabezar al Largo habría sido un juego de niños, incluso se habría podido dar el gusto de torturarlo un buen rato para después darle una muerte más íntima, así al muchacho le quedaría claro que era especial para él. Luego ya pensaría cómo obligar al mago a ayudarlo. Obviamente, también lo mataría cuando hubiese cumplido su objetivo. Pero nada de eso fue lo que Teori hizo, en su lugar, decidió montar todo ese teatro solo para saborear el miedo que sabía que infundía, y ahora, estaba jodido. Si fuese de día, una montaña de cadáveres de lobos atestiguaría quién mandaba allí, en cambio, en la oscuridad era incapaz de acertar una certera estocada. En una única ocasión, había logrado pinchar a una de esas feroces alimañas que se atrevió a salir de las sombras buscando herirlo, pero tras el beso del acero, esta retrocedió y volvió a hacerse invisible a los ojos del loco, haciendo que acto seguido su manada se alentase a avanzar y comenzasen a llegar desde todos lados lanzando fugaces ataques dirigidos a sus piernas.

—¡¡*Trishcam, Diel ti*!! —se oyó.

No era la voz de ninguno de los chicos, tampoco la del mago, ni la de nada que Teori hubiese oído antes. Sonaba imponente y rota, como salida desde el interior de una fría caverna. Fuese de quien fuese, los lobos parecían obedecerle, pues todos, a excepción de uno, cesaron en sus ataques, parándose inmóviles mientras amenazaban con sus fauces apretadas clavándole decenas de coléricos ojos. Por suerte para el loco, el único que hacía caso omiso de las ordenes de su amo estaba totalmente centrado en el Largo, a quien zarandeaba como si de un muñeco de trapo se tratase, haciendo presa sobre una de sus botas con desmedida rabia. Por culpa de la oscuridad casi no lo podía ver, pero los desesperados gritos del chico le hacían gracia, tanta, que no pudo evitar soltar una carcajada.

Los dueños de los lobos llegaron con afiladas flechas como presentación. Estas eran largas como los arcos que esperaban tensados el momento de liberarlas, y como los seres que los portaban. Unos seres que a Baferson le parecieron unos bichos feos y malhechos, y que seguramente serían los famosos elfos.

Varios de ellos liberaron a Sisou de su negro verdugo solo para apresarlo de nuevo sin mucho esfuerzo. A Kraigon lo levantaron del suelo dos de ellos, y era obvio que no era al primer mago que conocían, pues lo primero que hicieron fue asegurarse de que tenía la capucha bien apretada al cuello. Pero a Teori Baferson no les iba a resultar tan sencillo inmovilizarlo, pues dejaba claro que le importaba un bledo si su cara era salpicada por sangre de lobo o de elfo, todo lo que se pusiese a su alcance, acabaría a trozos.

—¡Arma soltar! —le gritaron al tiempo que tres de ellos daban un paso al frente tensando aún más sus arcos.

Teori sonrió y preparó su oxidado acero, atrasó el pie derecho y flexionó las rodillas con firmeza.

—¡Vamos, venid aquí putos pepinos, hace tiempo que no me como una buena ensalada! —invitó maliciosamente.

Y fue uno que no había visto antes, mucho más grande y fuerte que los demás, quien aceptó su invitación. A los otros podría haberles cortado alguna extremidad, aunque lo hubiesen masacrado después, pero para amputar alguna parte del cuerpo de ese, iba a tener que darle varios golpes. Los brazos del elfo eran tan anchos y musculados como la pata de un caballo, y el bestial macuahuitl que empuñaba era casi tan grande como un hombre.

—Tú debes ser el papá pepino… —murmuró Teori entre risas.

Una ardiente sensación con la que estaba familiarizado recorrió sus venas mientras notaba como se le erizaba el abundante vello de su espalda. El ruido que lo rodeaba dejó de existir para él, y un denso vacío inundó su mente, un vacío en el que solo una cosa permanecía: su rival.

Baferson se lanzó contra el elfo presa de una cólera desenfrenada, esa que nacía no del hecho de querer sobrevivir, si no de querer morir saboreando una última vez el sufrimiento de otro. Los tres primeros espadazos estuvieron lejos de acertar a su objetivo, pero el cuarto le hubiese arrancado la cabeza de no ser porque este lo esquivó saltando hacia atrás. Otros cuatro ataques encontraron el macuahuitl en su camino, y las astillas volaron en cada uno de ellos. Por increíble que pareciese, el demonio loco hacía retroceder al coloso verde, quien no podía hacer otra cosa que defenderse usando su arma como escudo. Un escudo que no iba a resistir mucho más. El elfo se veía cada vez más agobiado y sorprendido por la inagotable velocidad de su oponente, pero, aun así, ninguno de sus acompañantes intervino. En cambio, formaron un círculo en torno a los luchadores y se limitaron, algunos con una clara sonrisa dibujada en el rostro, a observar con sus grandes y luminosos ojos amarillos. Teori parecía aceptar de buen grado tener público, pues, aunque le hubiese sido relativamente fácil haber quitado a un par de ellos de en medio antes de que les hubiese dado tiempo a protegerse si uno de sus ataques se hubiera dirigido a otro que no fuese el fortachón, no lo hizo, dando la impresión de que su único deseo en esos momentos era brindarles a todos un macabro

espectáculo adornado de vísceras del más grande de los elfos. Quedaba claro que quería destrozarlo y que todos lo viesen, y cada vez estaba más cerca de conseguirlo. Pero el asesino ya no contaba con su infame espada negra con la que tanto terror había sembrado, y la desvencijada arma con la que asestaba sus desmedidos ataques terminó por separarse de su empuñadura, momento en el que la sonrisa de su rival precedió a su primer y único golpe, uno que podría haber acabado de una vez por todas con la pesadilla viviente en la que se había convertido Teori, de no ser porque en lugar de dejar que fuese destrozado por el dentado canto del macuahuitl, el elfo giró su arma para golpearlo con la parte plana, convirtiéndola en una suerte de matamoscas de gigante. El impacto fue tal que Baferson salió despedido y cayó una decena de pasos más allá, a los pies del improvisado público.

—¡*Taen-ta*! —ordenó el coloso, y dos de sus congéneres procedieron a inmovilizar con cuerdas al loco, quien parecía no haber perdido el conocimiento si no la vida, pues no movía ni un dedo, a pesar de que los lobos se arremolinaban a su alrededor nerviosos, jadeando y gimoteando, esperando recibir su parte.

Pero para el pesar de los feroces animales, eso no sucedió, siendo Teori en su lugar atado de pies y manos a una gruesa vara como si de un cerdo asado se tratase, y sus captores lo llevaron colgado, al igual que a Kaín, Kraigon y Sisou, bosque adentro.

Las picaduras de insectos y el sofocante calor fueron una constante para ellos durante los tres días en los que recorrieron, como sucios trofeos de caza, el infinito mar verde. Sin que ninguno alcanzase a entenderlo, los elfos los mantenían con vida, llegando incluso a obligarlos a comer y beber cuando ellos se detenían para hacerlo. Sisou era un cadáver andante, no había abierto la boca desde la noche en la que fueron capturados y su mirada presagiaba una inminente desconexión con la realidad. Si Kraigon seguía vivo, era en gran parte gracias a que el jefe elfo había ordenado limpiar y tratar su herida con unas extrañas flores violetas, las cuales parecían haber cumplido con su cometido a la perfección, pero el frío

anonimato al que lo condenaba la capucha de cuero unido al total silencio que el mago guardaba, hacía imposible saber mucho más de su estado. Incluso para alimentarlo se limitaban a meterle la comida dentro, apresurándose a volver a apretar el nudo que ocultaba su rostro, denotando un claro temor a los poderes de la raza del testario. Si este acababa comiendo o no, era algo que solo el mago podía saber. Y como los dos anteriores, Kaín también decidió no pronunciar palabra alguna durante todo el viaje, mientras no dejaba de mirar sin parar en todas direcciones, como si quisiese recordar cada palmo de bosque andado, quizás, con la soñadora esperanza de en algún momento poder volver por donde los habían llevado.

Pero a diferencia de los demás, Teori Baferson no había callado desde el momento en el que había recobrado el conocimiento, haciendo de la paciencia de los elfos el más estoico de los actos. Espárragos con hongos, pepinos malolientes o apestosas judías eran algunos de los apelativos cariñosos que el loco profería contra ellos sin parar, como si desease que sus captores le acabasen cortando la lengua, y no cerró la boca hasta la mañana del tercer día de trayecto, cuando el encargado de hacerlo comer cometió el error de acercar demasiado uno de sus largos dedos a la podrida boca del loco y este no dudó en arrancárselo de un bocado, razón por la cual recibió un fuerte golpe de pomo de un macuahuitl en la sien y volvió a desmayarse, aún con el dedo verde sobresaliendo por la comisura de su boca. No volvió en sí hasta que pasaron por una ordenada hilera de gigantescas secuoyas, tras la cual, como todos pudieron ver, se encontraba escondida la arbolada aldea. Captores y cautivos la atravesaron hasta llegar a un empedrado claro, donde los que cargaban con el asado Baferson se separaron del grupo, dirigiéndose hacia una tupida y oscura arboleda situada en el otro extremo del lugar. El resto entró en la única cabaña a ras de suelo.

Los constantes insultos de Baferson se avivaron aún más cuando lo dejaron caer, aún atado a la vara, a la verde superficie.

—¡Eso es, soltadme y veréis cómo os agradezco la hospitalidad recibida, putos bichos! —espetó mientras lo zarandeaban soltando

sus ataduras.

Pero no tuvo tiempo de cumplir su amenaza, ya que lo lanzaron de una patada a un oscuro agujero inundado en pestilente lodo. La rabia que recorrió su cuerpo cuando se vio estampado en el pegajoso suelo hizo que se sintiese capaz de trepar como una araña por la resbaladiza pared solo para hacer sufrir a los que veía como sucios engendros, pero que se sintiese capaz no significaba que lo fuese, y se dio cuenta con solo intentarlo, pues acabó inevitablemente nadando en mierda de nuevo.

—Si fuese vos no malgastaría las fuerzas que os quedan, tal vez tengáis la suerte de que Vasuki os libere pronto… o tal vez sufráis la terrible agonía de no ser apetecible para ella y acabéis como yo, y entonces agradeceréis contar con las fuerzas suficientes para poner fin a vuestro propio sufrimiento.

Teori no esperaba tener compañero de estancia, por lo que ver a ese escuálido hombre le sorprendió.

—¿Quién coño eres tú? —ladró el loco.

El hombre yacía sentado, enterrado hasta la cintura en pestilencia y con los ropajes tan corruptos e impregnados como todo lo allí presente. Su rostro era grisáceo, aunque Teori no tenía claro si era por la suciedad o por estar cercano a la muerte. Pero ni siquiera el demacrado estado de su piel y la mierda que la cubría eran suficientes para ocultar las impresionantes ojeras que rodeaban sus cansados ojos como oscuros pozos a punto de secarse para siempre.

—Mi nombre es Bard. ¿Vos sois…?

—¿Y qué te importa mi nombre, puto cadáver? ¿No irás a decirme que estás aquí para hacer amigos? —gruñó Baferson.

Quien decía llamarse Bard arqueó una ceja y sin saber cómo, sonrió.

—Estáis algo alterado, amigo, os sugiero que os sentéis y os calméis. Todo cuanto se os pueda ocurrir para salir de aquí ya lo he intentado yo, os lo puedo asegurar. No perdáis el tiempo.

Teori escupió al suelo y se acercó a su compañero de encierro.

—¿Vas a decirme que en el tiempo que llevas aquí, que tiene pinta de ser bastante dado lo podrido que estás, no has encontrado la forma de salir? ¡Pues vaya inútil! ¿Qué eras antes, bufón de corte?

Bard ignoró las provocaciones del loco, y para hacérselo notar, volvió a sonreír.

—Eso mismo os digo, amigo, ni yo, ni ninguno de los seis compañeros que he tenido, y creedme si os digo que algunos fueron realmente obstinados…

—No lo serían lo suficiente.

Teori le dio la espalda a su interlocutor y se puso a palpar cada palmo de pared como si esperase encontrar algún tipo de resorte que lo sacara de ahí, y así estuvo durante el resto del día, solo paró cuando la oscuridad fue tal que ni verse las manos podía. En más de una ocasión su compañero le recordó lo inútil de su empresa, pero este al final decidió dejar de hacerlo tras la amenaza de ser ahogado en el lodo si no cerraba la boca.

Ya llevaba Baferson un rato recostado en uno de los extremos del foso tratando de dormir, cuando el crujir de ramas en la superficie lo alertó.

—No me habíais dicho que veníais acompañado… —bromeó Bard.

Ambos miraron hacia el techo de cañas cruzadas mientras era parcialmente retirado, y acto seguido, alguien cayó como un peso muerto en el lodazal, donde quedó hundido por completo. Otro más le siguió, no cayendo por poco uno encima del otro.

—¿Do… dónde estamos? —tartamudeó Sisou con voz llorosa al tiempo que trataba de despegarse del suelo.

—Apostaría que en el comedor de Vasuki… —respondió Kraigon, quien por fin pudo retirarse la capucha y también se incorporaba con notable esfuerzo.

—Vaya, vaya, vaya… ¡Pero si son mis queridos amigos! Os agradezco de corazón que hayáis decidido venir, empezaba a sentirme algo solo… —bromeó Baferson antes de dirigirse a Bard—. No te lo tomes a mal, puto cadáver, pero lo cierto es que eres un poco aburrido —soltó una de sus incomprensibles carcajadas.

—¡Voy a matarte, maldito desgraciado! —le gritó Sisou, aún medio enterrado, lanzándose hacia él.

Tan difícil era moverse por el foso y tanta su determinación, que el muchacho incluso dejó una bota atrás pegada en el barro. Entonces Kraigon lo detuvo agarrándolo del brazo.

—Aplaca tu ira, Sisou, estaba deseando que llegase este momento —dijo el mago.

Sus ojos, clavados en el loco, se tornaron fríos tan rápido que Teori no pudo hacer otra cosa que tirarse de rodillas estrujándose las sienes. Sus gritos retumbaban en la estrechez, y tal debía ser su sufrimiento que optó por enterrar la cabeza en el putrefacto suelo, como si tratase desesperadamente de enfriar su cerebro a punto de hervir, como si el interior de su cráneo estuviese en llamas, abrasándolo desde dentro. Las manos le temblaban signo de una acuciante debilidad a la que no estaba acostumbrado, ahora era él el sometido. Y eso, precisamente, era lo peor para él, el no poder hacer nada para quitarle la vida a ese que lo obligaba a arrodillarse. También le ardían los oídos y había dejado de oír otra cosa que no fuera la torturante voz del mago, acompañada por un profundo eco repitiendo una y otra vez las mismas palabras. «Y así, es como morirás».

El loco casi podía sentir la presencia el testario deambulando por su mente, destruyendo todo a su paso, derribando paredes y triturando cada resquicio de cordura que le quedase, llegando incluso a donde ni tan siquiera él mismo tenía permitido llegar. El único lugar con luz en su tormentosa conciencia, una luz tan poderosa que hasta Kraigon se cegó al entrar, y solo pasado un momento este pudo sorprenderse al descubrir que era una niña quien emitía ese infinito destello que ocupaba todo. Aun mostrándose como una figura translúcida, el mago distinguió su larga y alisada cabellera negra, adornada con una preciosa corona de margaritas. No contaba con más de diez años y vestía un precioso vestido celeste que caía en una cascada de lazos hasta el suelo.

De repente, su luz se apagó, y el lugar se tornó en una estancia cualquiera, con su catre, su alfombra de piel de oveja y hasta un elaborado espejo con marco de plata. La niña, sentada en el catre, leía en voz alta un libro a alguien que la escuchaba atentamente, sentado en el suelo. Kraigon se acercó para verle la cara. Estaba muy cambiado, aunque ya mostraba indicios de la dejadez física que tendría años después. Era el mismo Teori Baferson quien disfrutaba ensimismado, con una resplandeciente sonrisa en la cara muy distinta a la podrida mueca que ahora solía gesticular. Debía hacer mucho del recuerdo, pues el loco no pasaría los veinte años.

Una densa nube opacó el lugar, y cuando se disipó, la habitación había desaparecido, y de nuevo la niña y su luz regresaron, esta vez, con tal poder que Kraigon dejó de ver. Y no solo su mente se cegó, sino que también lo hicieron sus ojos, y durante un instante tuvo que apoyarse contra la cavernosa pared para no perder el equilibrio. Baferson seguía bocabajo en el suelo, con la cara hundida en el fango.

—Ayúdalo Sisou, o terminará ahogándose —pidió el mago visiblemente aturdido.

—¿Qué le ayude? —Sisou se rio antes de continuar—. Que le den, no habría soñado una mejor muerte para este desgraciado que ahogado en excrementos… ¿Por qué iba a ayudarle?

Kraigon se restregó los ojos y se agachó para sacar al ausente Teori del lodo, lo arrastró hasta uno de los laterales y lo recostó. Luego contestó al muchacho.

—Porque los demonios no son capaces de amar.

—¿ A qué te refieres? —quiso saber Sisou.

—Aún no sé qué, pero algo muy poderoso hay en el interior de este hombre, algo tan poderoso como para anular mis poderes, y por alguna razón, lo que sea está vinculado al único recuerdo puro que guarda en su cabeza. Una niña. —Kraigon se agarró la barbilla.

—¿Una niña? ¿Baferson tenía una hija y nadie sabía nada?

—Poco más de lo que he dicho puedo decir. Ese recuerdo está aislado y protegido del resto de su caótica conciencia, es un apartado de su vida al que no puedo acceder, y creo que ni tan siquiera él puede.

—No entiendo ni una palabra de lo que dices Kraigon… Y déjame decirte que el hecho de que este malnacido tenga una hija no hace que merezca el perdón por todas las maldades que ha cometido a lo largo de su vida —dijo Sisou.

—¡El chico tiene razón! —interrumpió Bard desde su mugroso rincón.

Kraigon se giró para mirarlo, y de forma fugaz recorrió su frágil mente.

—Vos sois padre, y conocéis el amor que solo un hijo hace sentir. Además, habéis recibido esa bendición tres veces. Permitidme daros la enhorabuena, Rico Hart, señor de Butterberd. Podéis estar tranquilo, pues ninguno de los aquí presentes divulgará vuestro

secreto, os doy mi palabra —comenzó a escuchar Rico en su consciencia—. No me sorprende, viniendo de vos, que no creáis en el perdón, y es entendible si se mira desde el punto de vista de quien solo ha conocido comodidades a lo largo de su vida y no ha tenido la necesidad de salirse del camino, un camino limpio y lleno de verdes árboles que siempre dan sombra y bordeado en todo momento de arroyos de agua limpia y fresca. Lo que sí me sorprende, lord Rico Hart, es el motivo por el cual estáis aquí. Habéis visto mucho estos meses y nada os ha dado las respuestas que habéis venido a buscar. Si lo que teméis fuese cierto, la ciudad debe estar preparada. Y no lo estará si nadie los avisa. Encontraremos la forma de salir de aquí y os devolveremos a vuestro hogar.

Rico, con los ojos como platos, recuperó por un instante su olvidada media sonrisa.

—He de deciros que dejé de tener esperanzas de volver, pues mis fuerzas ya no me permiten otra cosa que arrastrarme cual gusano por el suelo… Pero os admito que contar con la ayuda de un testario no entraba en mis opciones. Difícilmente podré llegar a las murallas de mi amada ciudad, pero si puedo ayudaros de alguna forma a vosotros a hacerlo, lo haré, con el deseo de que podáis dar con mi esposa, Laura Belross. No os será difícil, pues es seguro que ya conocéis su rostro. Solo os imploro que le hagáis saber algo…

Kraigon se agachó junto a él y le habló en voz baja.

—Podéis estar tranquilo, vuestra esposa nunca sabrá por lo que pasasteis. Si ese momento llegase, os aseguro que será algo muy distinto lo que verá. Y sí, tenéis mi palabra de que sabrá todo lo que queráis que sepa. Pero por favor, no penséis en eso ahora, pues seréis vos quien se lo diga en persona. No moriréis aquí, Rico Hart.

—¿Tienes algún plan, Kraigon? —preguntó Sisou.

—Por alguna razón tu amigo no ha acabado aquí. Así que o ha sido devorado por Vasuki en la choza, o ha sido liberado.

Esperaremos, puede que la llave hacia nuestra libertad venga de su mano.

La noche transcurrió con la insalubre tranquilidad que el pestilente agujero les imponía. Baferson despertó cuando aún faltaba un buen rato para amanecer, pero ni entonces se hizo notar. Para sorpresa de todos excepto de Kraigon, el loco parecía una persona totalmente distinta. No abrió la boca en ningún momento ni daba señales de ser consciente de los demás, tan solo se frotaba las manos compulsivamente y recorría con la mirada perdida el techo de cañas una y otra vez, sin cambiar la postura encogida en la que se encontraba. Kraigon le dijo a Sisou que Teori tardaría un buen rato en volver a la normalidad, si es que eso podía llamarse normalidad, y el muchacho no pudo evitar alegrarse de saber que el daño que el loco había sufrido en su cabeza era de tal magnitud, aunque lo cierto era que seguía prefiriendo que lo matasen. Un día entero pasó en ese estado, y con el amanecer del siguiente, Baferson comenzó a recuperarse de su reciente invasión mental, y al mismo tiempo, el odio fue recuperando el protagonismo en su interior. Odio a ese sucio cadáver que no se callaba, odio a los apestosos engendros que lo habían arrojado allí, odio a las asquerosas hermanas que lo habían juzgado, odio a ese jodido largo que decía ser capaz de asesinarlo aun siendo un saco de huesos sin cerebro, odio al remilgado hijo del chupaculos Tristán Belamour, y odio, sobre todo, a ese puto mago. Pero por más deseos de venganza que tuviese, sabía que debía tener paciencia, pues el testario era poderoso y poco podía hacer él para evitar que volviese a hurgar en su cabeza, de hecho, Teori era sabedor de que, con casi total seguridad, el mago ya estaría oyendo cada pensamiento que cruzase su mente. Y por eso, Kraigon parecía estar tan tranquilo. Si el loco en algún momento decidiese atacar, lo sabría con antelación, en el instante en el que la violenta acción se fraguase en la cabeza de Baferson, Kraigon la oiría. Por si fuera poco, cada cierto tiempo la voz del mago inundaba su sesera, recordándole que, de momento, todos debían colaborar para escapar del agujero. Tampoco podía dejar de pensar en la jodida niña que solía ver en sueños. Una niña que lo acompañaba

durante cada una de sus noches, al menos hasta donde alcanzaba su fracturada memoria. No sabía quién era, pues un extraño mal aquejaba sus recuerdos. No recordaba a sus padres, ni dónde nació, tampoco haber sido niño ni muchacho. El primero de sus recuerdos era de una fría noche en la que lo despertó una compañía de guardias reales, tirado entre unos matorrales a las afueras de Tiberia y aún con el dulce sabor del hidromiel en los labios. Por suerte, cuando los capas rojas se disponían a encadenarlo, llegó Reid Boras clamando que, al parecer, Teori había salvado la vida de su hijo. El capitán no evitó que lo llevasen ante el rey, pero sí intercedió para que este le concediese el perdón, ofreciéndose él mismo como garantía. Desde esa noche, la vida de Baferson se sucedió sin objetivos ni planes, cogiendo sin pedir permiso todo lo que le apetecía y quitando de en medio a todo el que le molestaba a la vista, obligando, presa de una inexplicable lealtad, al capitán Reid a llevarlo consigo a Patts para que no siguiese haciendo daño y ensuciando de paso la palabra del más respetado de los Boras.

Ya casi habían pasado otro día encerrados en el foso cuando se oyó hablar con alguien al guardián verde de la superficie, y todos los allí presentes pensaron que se trataba, como cada jornada, del joven con rizos dorados que les traía las sobras para comer. Pero no fue así, pues quien asomó la cabeza entre las cañas esa vez fue Kaín.

—¡Kaín! —gritó Sisou presa de la alegría antes de rogarle desde la oscuridad a su amigo—. Tienes que sacarnos de aquí…

—Solo tendremos una oportunidad… esperad a que crea que me he ido, y entonces armad ruido —dijo Kaín en voz baja, tanto que a Sisou le costó entenderlo.

Pero Kraigon sí lo había entendido todo sin necesidad de oír. El mago clavó sus ojos en Baferson y este soltó una carcajada.

—¡Al fin algo de diversión! —celebró mientras se levantaba del suelo—. ¡Asoma la cabeza, puto engendro! —gritó, y al ver que el guardián verde no respondía a sus provocaciones, comenzó a lanzar

puñados de mierda hacia la superficie—. ¡Asoma tu fea cara! —siguió gritando sin parar, y no se detuvo hasta que una larga y afilada lanza amenazó con empalarlo.

Ni en ese momento el elfo dejó ver su rostro, así que Baferson continuó lanzando apestoso lodo al tiempo que esquivaba las salvajes, pero poco precisas estocadas, divirtiéndose de tal forma que nadie que lo oyese reír hubiese podido imaginar que era su vida la que estaba en juego. El loco intercalaba insultos y amenazas con sonoras carcajadas cada vez que el guardián erraba su golpe, y en la primera oportunidad que tuvo, Teori se aferró a la lanza con todas sus fuerzas. Pero quien tiraba del otro extremo era fuerte, y lo hizo caer e incluso lo arrastró por el lodo, aunque sin lograr que este soltase su presa.

Mientras tanto, Kraigon permanecía inmóvil en las sombras, sin quitar ojo de la salida, como una lechuza se oculta en la noche esperando divisar al incauto ratón que le servirá de cena, paciente y segura de su letal ataque.

Sisou corrió a engancharse también de la lanza, y también acabó siendo arrastrado, pero su peso debió desestabilizar al elfo, pues la punta de uno de sus pies asomó por el techo. El otro pie se plantó a su lado y la lanza comenzó a subir y bajar violentamente, haciendo que los embarrados estuvieran a punto de soltarse, pero de pronto, un golpe seco llegó desde arriba, y acto seguido el elfo cayó de bruces contra la celda de cañas.

La lechuza salió de las sombras y sus ojos atravesaron los del guardián del bosque. Este trató de levantarse, pero su cabeza lo obligó a desistir. El elfo empezó entonces a revolverse de forma brusca agarrándose las sienes con sus largas manos invadido por el dolor, un dolor que nacía del interior de su cabeza y que lo hubiera hecho gritar desesperadamente pidiendo ayuda de no ser porque, por alguna razón, su voz no respondía a sus deseos.

Sin que nadie lo esperase, las fuertes cañas sobre las que el gigante verde agonizaba cedieron a su peso y este cayó de espaldas en el lugar que hasta hacía un rato debía guardar, obligando tanto a Kraigon como a Sisou a lanzarse hacia un lado para que no les cayese encima, y haciendo que el testario abandonase su mente. Fue entonces cuando el elfo, consciente de que no tendría otra oportunidad, se levantó de un salto y se lanzó hacia el mago, quien en esos momentos trataba de despegarse del suelo. Cubrió la parte posterior de la cabeza de Kraigon con su mano derecha y lo estampó de nuevo contra el fango donde lo retuvo en un claro intento por ahogarlo. Sisou corrió a ayudar al mago, pero el elfo se lo quitó de encima de una veloz patada en el pecho que lo tiró de espaldas. Kraigon ya apenas luchaba por zafarse, estaba perdiendo las fuerzas y el elfo lo sabía. Pero lo que no sabía, era que lo más peligroso del lugar no era el mago.

Teori Baferson cegó a su rival acertando en sus grandes ojos amarillos con dos puñados de barro, haciéndolo soltar al testario. Acto seguido, se puso junto a él sonriendo y esquivando sus manotazos con suma facilidad, y cuando encontró el momento, propinó una brutal patada en la rodilla del fibroso ser, tirándolo al suelo. El guardián del bosque quiso volver a levantarse, pero la pierna quebrada le falló y la enfangada bota de Teori hundió su cara en el suelo. Kraigon, todavía recobrando el aliento, le pidió al loco que lo dejase, pues podía volver a tomar el control de la cabeza del elfo… Pero tras lanzarle al testario una maliciosa sonrisa, Baferson levantó el pie que ahogaba a su presa solo para volver a bajarlo con todas sus fuerzas. Un fuerte crujido resonó en el foso y el elfo dejó de luchar por su vida.

Kraigon cogió por la barbilla a Teori y le habló sin palabras, dejándole claro que, si en algún otro momento no lo obedecía, acabaría con él sin dudarlo, como haría si volvía a cometer algún asesinato sin necesidad.

—¿Así me agradeces que te haya salvado la vida? —fue la única respuesta del loco, ofendido y divertido a partes iguales.

Una cuerda calló, y el primero en tomarla fue Sisou. Luego, Kraigon ató por las axilas al escuálido Rico y los dos muchachos lo subieron. El siguiente en llegar arriba fue el mago y, por último, Baferson, quien parecía estar anormalmente cooperativo, aunque tampoco es que le quedara otra opción si quería llegar vivo al día en el que poder cobrar su venganza. Sabía que debía esperar. El mago tenía razón, de momento, se necesitaban… de momento.

Los cinco se dirigieron a las secuoyas que rodeaban la aldea tan en silencio como el crujiente suelo les permitía y tan rápido como el desvalido Rico, llevado casi en volandas por Kaín y Sisou, podía. Por suerte para todos ellos, el foso apestaba tanto que los guardianes del bosque habían decidido ubicarlo a las afueras, facilitando la posibilidad de que, para cuando los elfos se percatasen de la fuga, el grupo estuviese lo bastante lejos. Corrieron hacia el norte, intentando tomar distancia de la aldea antes de girar para tratar de llegar a las murallas, guiados por Teori Baferson, quien parecía ser el único que tenía claro dónde estaba el sur y dónde el norte, y quien, en ocasiones, igual que un perro de caza sigue el rastro de su presa, se detenía un instante para observar el entorno, cogía aire como si buscase el camino en la brisa, y después continuaba entre la maleza seguido con dificultad por los demás.

—Este puto cadáver va a costarnos la vida, recuerda lo que te digo, mago —le repitió por undécima vez Teori a Kraigon, insistente en la idea de dejar atrás a Rico Hart.

—Os sugiero que midáis vuestras palabras, puede que llegue el día en el que tengáis que arrepentiros de ellas… —le advirtió entre bocanadas de aire quien, para el loco, era Bard, alguien sin importancia alguna.

Aunque lo cierto era que su advertencia no sonaba muy convincente dada la penosa imagen que mostraba, desnutrido, casi desnudo, con una apestosa costra como segunda piel e incapaz de dar tres pasos por sí solo.

—Ya sabéis mi opinión al respecto, Baferson. Este hombre ahora es uno de nosotros, y aunque no lo creáis, tal vez sea él y no yo quien os de las llaves para cruzar la muralla. No os obligo a llevarlo a cuestas, vuestro único trabajo es guiarnos, y espero que sigáis haciéndolo sin volver a quejaros —zanjó Kraigon.

Tras eso, continuaron un largo rato sin bajar el ritmo hasta dar, sin esperarlo, con un escondido sendero que cruzaba ante ellos. Decidieron tomarlo en dirección oeste, a expensas de que los encontrasen los elfos que seguramente ya habían salido a darles caza, pues la velocidad a la que podían avanzar por allí pesaba lo suficiente como para asumir el riesgo. Por los pocos huecos que dejaban las frondosas copas de los árboles se podía distinguir el rojo cielo, anunciando el amanecer. Estaban exhaustos, así que se atrevieron a descansar un poco, ocultos en un recoveco que formaba las raíces de una milenaria secuoya. Fue entonces cuando sus peores temores les llegaron en forma de lejano coro de aullidos.

—Trishcam y su manada se acercan —murmuró Rico.

—¡Debemos huir antes de que lleguen! —advirtió presa del pánico Sisou al tiempo que sacaba la cabeza para otear el alrededor.

—¿Crees que corres más que un lobo, Largo? —espetó Baferson agarrando un pedrusco—. Preparaos para luchar.

—¿Luchar? ¿Qué posibilidades tenemos? Os recuerdo que no tenemos armas, y ellos sí —dijo Kaín.

—¿Se te ocurre otra opción? —preguntó Baferson sin esperar respuesta, habiendo cogido también un palo.

—La única opción que veo es que nos ocultemos aquí. Casi ha amanecido y los lobos tardarán en llegar. Con más luz podremos retomar el camino con más garantías. Olemos a excrementos, amigos… Tal vez esos que nos persiguen no sean capaces de seguirnos el rastro —opinó Kraigon, y quizás por la veracidad que

infundió a sus palabras, o quizás porque a ninguno le apetecía salir del escondite, nadie lo refutó.

A continuación, el mago se dirigió a Rico y le habló sin voz.

—Decidme, lord Hart. ¿Tenéis pensado cómo haremos para cruzar las murallas de vuestra ciudad?

Rico negó con la cabeza, y murmuró.

—Tenía un plan de retorno, pero de eso hace ya demasiadas lunas. No sé si os podré brindar la llave que esperáis.

Kraigon meditó un instante.

—Mi hermana debe estar en algún lugar de Butterberd, buscando la forma de encontrarnos… Si no me equivoco —acabó diciendo.

—¿Cómo podríais no saberlo? —preguntó Rico, dejando claro que pensaba que un testario conocía cada aspecto y movimiento de la vida de todo el mundo.

—Hace casi dos décadas, mi hermana y yo prometimos no volver a usar nuestros dones el uno con el otro… —comenzó a explicar Kraigon.

—Con tus promesas de mago me limpio el culo —interrumpió Baferson—. Vas a mancillar la cabeza de tu jodida hermana porque de ello depende mi bienestar, y con mi bienestar no se juega.

El loco empezaba a mostrar signos de un nerviosismo acuciante. Kraigon lo ignoró y siguió hablándole a Rico sin palabras por respeto al celo con el que este guardaba su verdadera identidad.

—En el caso de que, de alguna forma pudiese contactar con mi hermana… ¿A qué lugar debería dirigirse para avisar de vuestro retorno?

El señor de Butterberd se acercó a su oído y le susurró.

—Fortaleza negra, Laura Belross. Ella sabrá qué hacer.

Los rayos de sol pronto agujerearon el techo de ramas trayendo la luz y el sofocante calor de vuelta, pero ni la llegada del día instó a los lobos a cesar en su cacería.

—Están cerca, muy cerca… —susurró Baferson agarrando de nuevo el palo.

Incluso el constante murmullo del bosque pareció silenciarse ante la proximidad de la hambrienta manada, cuyos babeantes jadeos ya podían oírse. Pero, por si fuera poco, un rugido sobresalió por encima de todo lo demás.

—Lo que nos faltaba… —murmuró un tiritante Rico.

Los demás lo miraron instándolo a explicarse.

—Los lobos no vienen solos… ¿Os gustan los gatos?

CAPÍTULO 12: LA CAZA DE LA ARAÑA

Lo más lejos que Seilyn había estado de su hogar era Tiberia. Lo más lejos que Zarem había estado de su hogar era Patts, la noche que fue sorprendida tratando de colarse en el Palacio de Mármol.

La niña seguía sintiéndose culpable por todo lo sucedido a su tía, su padre, y su amigo Sisou, a pesar de que en ningún momento quiso que las cosas pasaran así. Ella solo quería ayudar a su padre, pues el mal que este sufría y que poco a poco iba apagando su luz no había hecho si no empeorar en los últimos meses, y desesperada pensó que, si todas las historias que su familia le habían contado sobre el palacio eran ciertas y todo el conocimiento albergado durante milenios se encontraba almacenado en el lugar, la cura debía estar entre las páginas de alguno de los infinitos libros que rebosaban las colosales estanterías dispuestas en espiral.

A Zarem siempre le habían apasionado los libros, cosa heredada de su padre, y visitar el sitio con más obras escritas de todo Skar y quizás conocer al gran maestre Hardy, era una idea con la que siempre había soñado. Según su padre, el viejo maestre había leído y estudiado todos los libros escritos en la historia y eso lo había dotado de una prodigiosa sabiduría que lo había llevado a autoimponerse el cometido de recoger cada suceso importante ocurrido desde el principio de los tiempos en una obra en continuo crecimiento llamada «La Memoria del Mundo». La niña admiraba a ese hombre, aunque no lo conociese aún, pero al final fue el miedo a la idea de que la enfermedad acabase llevándose a su padre lo que hizo que aquel día se ocultase entre el género de aquella carreta que la llevó hasta su posterior infierno.

Y en esas se encontraba ahora, sumida en un continuo derrame de lágrimas que no paró ni cuando su tía le trajo una jarra de leche de cabra caliente a la habitación en la que llevaban cuatro días. El

lugar era un antiguo almacén de grano ubicado en el piso superior de una antigua vivienda ahora transformada en posada llamada El Molino del Solitario. Seilyn la había elegido entre las muchas que había en Butterberd por ser la que tenía mejores «vistas». Vistas, por supuesto, a los cuarteles de la Guardia de la Tormenta. Las magas vieron como allí encerraron a Kraigon y a Sisou, y cómo al día siguiente los sacaron por la misma puerta para llevarlos hasta el florido arco de piedra que marcaba el inicio del camino hacia las infames Puertas del Olvido, por donde tantos y tantos de su especie habían sido obligados a partir rumbo a lo incierto.

El plan de Seilyn era esperar a que llegase otra caravana de desterrados y buscar la forma de aprovechar la apertura de las puertas para colarse en las murallas y salir del reino. El problema era que Zarem se negaba a quedarse allí, esperando mientras su tía se jugaba la vida, a pesar de que esta le había explicado que sería más complicado que todo saliese bien si eran dos en vez de una. Le dijese lo que le dijese, la pequeña no atendía a posibles negociaciones en ese tema, llegando esta incluso a no haber dormido ni una sola hora de todas las que llevaban allí alojadas por miedo a despertar y ver que se había quedado atrás. Además de exhausta por la falta de sueño, la niña estaba asustada, mucho más que el día en el que la apresaron, e incluso más, aunque de una forma distinta, que el día en el que ese bigotudo al que llamaban capitán Reid intentó dañarla, y eso era mucho decir, pues el miedo que esa noche sintió fue tal que, sin entender cómo, su don estalló como nunca lo había hecho. Siempre se había tenido pánico a sí misma, y por eso llevaba mucho tiempo negándose a hacer uso de su magia, pues, aunque tanto su tía como su padre llevasen toda la vida recordándole una y otra vez la historia del otoño, a ella le costaba ver su poder de otra forma que no fuese una maldición. Todos decían que la época del año en la que ella nació cumplía un cometido esencial para toda vida en la tierra, pues avisaba de la inminente llegada del invierno. Pero lo cierto es que ella no avisaba de nada, solo tenía el infame poder de secar todo resquicio de vida. Su padre usaba su don en beneficio de los demás, pues ayudaba a

leer y escribir a los niños de Verhim, y su tía ayudaba a la gente con problemas y dispensaba todo tipo de mejunjes que ella misma preparaba con plantas que aliviaban dolores y curaban males. Ella, en cambio, nunca podría usar su condición para ayudar a nadie, todo lo contrario, tenía la gris sensación de que ayudaba si lo ocultaba. Al menos le consolaba la triste idea de que, si no dejaba salir su magia, no hacía daño.

Ese día había amanecido incomprensiblemente apagado, como si el verano hubiese decidido tomarse un descanso a mitad de su reinado, pues desde que el Sol salió, tímido y oculto entre densos nubarrones, no había parado de llover. Tía y sobrina pasaron la mayor parte del tiempo sentadas junto a la ventana, observando cómo infinitas gotas de lluvia de deslizaban por los negros tejados de las casas del lugar. Zarem había leído sobre Butterberd antes, en un libro de su padre que narraba la historia de la creación de la muralla norte, y aunque no había estado en otra antes, le parecía la más bella de las ciudades. Todo parecía seguir un estricto orden allí, desde las hileras de pinos dispuestos de forma perfecta y los cipreses meticulosamente podados, hasta las casas, todas casi iguales en proporción y forma y clasificadas por números y grupos, cada uno de los cuales tenía un nombre. La posada El Molino del Solitario se encontraba en el de las armaduras, al parecer llamado así por ser la zona donde se hallaban la mayor parte de las herrerías, así como los cuarteles. Todo era muy distinto a su hogar, un hogar que nunca volvería a ser el mismo si a su padre le ocurriese algo malo, pues como siempre le habían inculcado, su casa estaba donde estuviese su familia, y junto a su tía, su padre era la única que le quedaba.

—Vamos, tómate la leche mientras esté caliente, te ayudará a tranquilizarte —le insistió Seilyn.

Zarem le hizo caso y se llevó la jarra a los labios. Ya no quemaba, pero aún estaba tibia.

—Vaya. ¡Si es el abuelo Ta-Has! —bromeó su tía mientras la niña se limpiaba el bigote blanco con una de las mangas.

Sonrió sin muchas ganas, pero sonrió, y eso fue suficiente para que Seilyn también lo hiciese.

—Todo saldrá bien, ¿me oyes? —la animó, consciente de lo que significaba la triste mirada de la pequeña.

—Llueve mucho… y estarán mojándose —sollozó esta.

—Hay arboles de sobra en ese bosque para que eso no sea un problema para ellos. —Le cogió con suavidad la mano a la niña—. Déjame contarte algo. Hace mucho, cuando aún no habías nacido y yo era aún más pequeña que tú ahora, tu padre se fue. Me dejó sola. —La voz estuvo a punto de rompérsele, y su sobrina lo notó—. Cada mes, durante muchos años, en las cartas que le hacía llegar, le pedía de forma insistente que volviera, hasta el punto de que llegó el día en el que no me quedaban formas de decirle que le necesitaba. Y lo extrañaba mucho. —Levantó la mirada y se encontró con los acuosos ojos de la niña—. Sé que me amaba como solo un hermano o un padre puede hacerlo, sin embargo, eso no fue suficiente para que regresara. En cambio, cuando se llevaron a tu madre, no dudó en volver para protegerte, faltando a su honor, ese que tanto le importaba antaño, y puso su vida en juego dejando la capa que vestía, solo por ti. —Le acarició la mejilla a Zarem—. No tengo la menor duda de que tu padre hará lo imposible por volver a tu lado, y lograr lo imposible es algo que siempre se le ha dado bien.

Guardias entraban y salían de los cuarteles como cuervos, todos negros y encorvados por la lluvia, pero ninguno en compañía de prisioneros. Seilyn sabía que cada rato que su hermano y Sisou pasaran ahí fuera, en ese bosque, podía ser el último. Era un pensamiento que le provocaba un profundo miedo, pero no podía decirlo en voz alta. Proteger a la niña era lo principal. Así lo habría querido Kraigon, eso era seguro. Toda la vida de este había girado en torno a su hija desde el momento en el que volvió, y la anteponía

a todo. Seilyn estaba muy orgullosa de la forma en la que su hermano había desempeñado su papel de padre, de cómo le apasionaba pasar tiempo con su hija, y de cómo le transmitía los valores de su familia. Exactamente como Delilah hubiese querido. En esos momentos más que nunca, Seilyn no podía evitar recordarla. Zarem se parecía tanto a ella… Y no solo en el físico, sino que también en el carácter. La impulsividad de la niña era una de las muchas cosas que le había dejado en herencia. También su mirada, capaz de hacer entrar en razón al más desvariado, desbordante de paz, cargada de dulzura.

Para Seilyn, el nacimiento de la pequeña supuso un antes y un después en su vida, aunque no lo esperase en un inicio. Hacía ya años que su hermano y Delilah se habían separado, y para ese entonces Delilah llevaba tiempo con un joven mago llamado Corvinus Rush. Él era de la capital, y un día cogieron sus cosas y partieron rumbo a una nueva vida allí. Encontrar a Delilah llamando a su puerta, un año después, embarazada, fue toda una sorpresa para Seilyn, pero lo que de verdad le fascinó fue enterarse de que el destino había querido que su amiga y Kraigon se volviesen a unir, después de tantos años, y a tantas leguas de distancia, siendo incapaces de hacer nada en contra del amor que irremediablemente sentían el uno por el otro.

Pero como era de esperar, su fascinación duró poco, justo hasta el momento en el que se percató de que su hermano no estaba allí con Delilah. Cuando preguntó por él, ella lo excusó diciendo que nadie podía saber que él era el padre, pues no había sido capaz aún de dejar su posición como guardia real. Que su hermano la hubiese dejado tirada a ella tiempo atrás ya no tenía arreglo, pero que fuese a hacerle lo mismo a su futura hija era algo que Seilyn no podía ni quería consentir, así que pasó el embarazo de Delilah mandando una carta tras otra a Kraigon, la mayoría de ellas insultándolo y retándolo a dar la cara.

La niña nació el primer día de otoño, como no podía ser de otra forma. Desbordante de un poder que nadie era capaz de entender.

Su madre pudo disfrutar algunas semanas de ella, al menos la conoció. Poco más pudo hacer antes de que los inquisidores se la llevaran aquella oscura mañana de invierno. Por suerte, Delilah logró ocultar a la pequeña en un viejo baúl que guardaba bajo el catre, lugar que una y otra vez nombró a Seilyn durante las semanas previas, mismas en las que la pobre le repetía constantemente qué debería hacer la muchacha con la pequeña si a ella le pasase algo. Era obvio que había algo que la joven maga sabía, y Seilyn no.

Tras la conmoción por lo sucedido y viéndose de pronto sola y con un bebé, a la oneria se le vino el mundo encima. No sabía qué hacer, y el temor a que viniesen también a por ellas no la dejaba dormir. Pero entonces, como si su llegada significase el final de todos los problemas, el corazón de la joven Seilyn volvió a llenarse de valor al ver aparecer a su hermano. Al principio no fue fácil, pues el resentimiento se hizo notar hasta llegar a tornarse hiriente, pero con el paso del tiempo una sensación ya olvidada volvió a llenar su alma. Una sensación cálida que la había acompañado hacía mucho, cuando su hermano aún no se había marchado y sus padres todavía vivían. Era la embriagadora sensación de encontrarse en su hogar, junto a su familia. Una familia por la que estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario.

La lluvia no cesó en todo el sombrío día, y aún seguía lloviendo cuando la oscuridad abrazó la ciudad. Tía y sobrina cenaron un par de manzanas que la primera había bajado a comprar y se metieron en el catre. Esa noche la humedad del ambiente alivió en gran medida el calor de las anteriores, y eso, sumado al sueño acumulado, hizo que no fuese necesario el uso de la magia para dormir. Zarem cayó primero, Seilyn poco después. Pero esa noche la oneria no tenía ganas de volar, solo lo hizo hasta llegar a su jardín de girasoles y se posó en una florida pradera, al sol, para pensar. Tenía que encontrar la forma de cruzar las murallas. La idea de esperar la próxima apertura de las puertas les suponía perder tiempo, quizás demasiado. Y allí, valorando opciones, pasó bastante rato, hasta que la mañana ya anunciaba su inminente llegada. Una

mañana que seguramente no vendría con el descanso que hubiese necesitado, pero que sí lo haría con alguna que otra idea a tener en cuenta, como la de envenenar a unos cuantos guardias. Si conseguía interceptar la cena de estos, tendría el camino abierto. Aunque, por muy buena que ella fuese ocultándose y por más plantas que recolectara, el sitio estaba muy bien vigilado y no sabía de qué forma podría conseguir tal cantidad de veneno.

La estabilidad del jardín de girasoles comenzó a desmoronarse, difuminando cada palmo del lugar. Había llegado el momento de despertar. La mariposa se incorporó, alzó sus brazos y sus alas y cerró sus ojos, esperando engullir su reino. Pero entonces, como una estrella fugaz recorre el cielo dejando tras de sí una estela como prueba de su existencia, una voz hizo vibrar todo.

—Busca a Laura Belross. En dos días el señor de Butterberd debe cruzar las murallas.

—¡¿Kraigon?! —preguntó Seilyn a la inmensidad de su reino.

—No hay tiempo, hermana. Recuerda, Laura Belross, en la Fortaleza Negra. Nadie debe saberlo, solo ella.

Dos lágrimas brotaron de los ojos de la joven.

—¿Estás bien, hermano? —quiso saber.

—Estad tranquilas, y perdona por no cumplir eso que prometimos… Laura Belross, en dos días, a medianoche.

La voz del testario dejó un largo eco, que al final acabó por desaparecer.

—¡Espera, hermano! —gritó la maga sin obtener respuesta.

Su reino giraba en torno a ella y la realidad esa mañana llegó convulsa y alterada, tanto que un fuerte mareo la hizo vomitar nada más abrir los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó Zarem mientras se restregaba los ojos con ambos puños.

—Sí, tranquila, solo estoy un poco mareada —contestó.

Acto seguido agarró sus pantalones marrones, su camisa verde y su capa con capucha del mismo color. Se vistió con prisa ante la desconcertada mirada de su sobrina.

—¿Dónde vas? —le preguntó esta cuando la vio agarrar su bastón de cedro.

—No te muevas de aquí, tengo que hablar con alguien.

Seilyn bajó la escalera que conectaba con el piso inferior de la posada, la cual se encontraba totalmente vacía aún. Salió, y mientras se dirigía a los establos situados en la parte trasera del lugar, se alegró de ver que de nuevo el Sol estaba en su sitio, mostrándose con renovada y fulgurante presencia.

Naina, su yegua torda, la recibió retozando nerviosa. Seilyn soltó sus amarres y apoyó su frente con la del animal.

—¿Qué tal está mi chica hoy? ¿Damos un paseo? —le susurró acariciándole el hocico.

El vínculo que la unía a ese animal era especial, tan especial que no se habían separado desde el día en el que el viejo Ben se la regaló como agradecimiento por haberlo ayudado a traerla a la vida, pues cuatro de sus yeguas se pusieron de parto al mismo tiempo y la ayuda de la muchacha le vino de perlas. Era un animal rápido, aunque no muy grande. De hecho, era bastante más pequeña que cualquier otra yegua que la maga hubiese visto. Pero lo que muchos verían como una desventaja, para ella era todo lo contrario, pues gracias al tamaño de Naina podía montarla sin problemas. Y no es que ella nunca hubiese cabalgado sobre animales más grandes, de hecho, no se le había dado mal. Pero a lomos de Naina se sentía diferente, como si al subir a su espalda ambas se hiciesen una.

Juntas eran un binomio perfecto, y como tal, se entendían a la perfección. A pesar de ello, si Seilyn nunca había cruzado una distancia tan grande como la que separaba Verhim de Butterberd, el animal mucho menos. Todo el mundo que Naina había conocido en su vida se limitaba a la aldea y sus bosques, pero eso no significó nada a la hora de la verdad. El bestial viaje habría acabado con más de un caballo de granja, pero no con ella, quien incluso tenía que ser constantemente frenada por su dueña para que el loco no se percatarse de que lo seguían.

Mientras cabalgaba hacia la plaza central donde unos mercaderes le habían dicho que encontraría la Fortaleza Negra, la muchacha se lamentó un par de veces más de no haber actuado la segunda noche de viaje. Esa noche, tanto ella como Zarem observaban ocultas tras una pequeña pero frondosa colina cómo el loco hacía desmontar a su hermano y a Sisou, para después encender una hoguera y comer algo. Tras eso se echaron a dormir cubiertos por una columna de zarzas. Aún pensaba que le hubiese resultado relativamente fácil acercarse, asegurarse de que el loco no despertaría más, y liberar a Kraigon y a Sisou. Estuvo a punto de hacerlo. Pero entonces, un jabalí surgió de unos matorrales y los despertó. El loco estuvo a punto de pillarla, y tras el susto, Zarem le imploró que no lo intentase otra vez. Eso, sumado a la cercanía a la que se encontraban de Tiberia, a la cual llegarían al día siguiente, le hizo decidirse a esperar un día más. Y es que sabía que volver a Verhim de momento no era una opción. Se habían llevado su hogar y en su lugar habían dejado cenizas. Seguramente el apellido Ta-Has ya estaría maldito en Skar y los inquisidores no levantarían sus sucios hocicos del suelo hasta encontrarlas también a ellas. Por eso, pensó que quizás la Ciudad del Pecado podía ser el mejor sitio donde ocultarse, al menos por un tiempo. Pero su plan se desmoronó como el sol de la mañana derrite un solitario copo de nieve cuando, justo antes de tomar el desvío hacia la mencionada ciudad, una compañía de guardias de la tormenta que se dirigía a la capital los sorprendió. Los capas negras tuvieron que reducir al loco, quien sin haber tenido tiempo de agarrar su espada trataba de

luchar a puño desnudo. Tía y sobrina tuvieron que ver con impotencia cómo golpeaban también a Sisou y a Kraigon para después llevárselos a lomos de sus caballos negros. Desde ese momento, las opciones de rescatarlos se acabaron. Los siguió día y noche, decidida a no volver a dejar pasar la más mínima oportunidad, pero esta no llegó. Tres soldados montaban guardia por las noches, acompañados por tres grandes perros cruzados con lobos que a punto estuvieron de delatarlas en más de una ocasión, cuando una racha de viento soplando a su favor les llevaba sus olores.

Seilyn cruzó la plaza central, cuyos mercaderes comenzaban a poner su género a disposición, la mayoría con la cara hinchada, señal de que acababan de caerse del catre. La fortificación, aunque imponente y perfecta, decepcionó a la joven. Era impresionante, de eso no había duda… pero, ¿bella? Las canciones que hablaban sobre su belleza le parecieron de repente igual de erradas que las que glorificaban la majestuosidad de la ciudad en la que se encontraba. Un nido de ratas sin pelo y con oro era lo que le había parecido Butterberd hasta entonces. Por el camino se cruzó con tantos capas negras que a punto estuvo de volver a vomitar, y en los alrededores de la fortaleza era aún peor. Dos armaduras andantes que debían ser parte de la llamada Guardia de Butterberd, dadas sus capas de color azul y amarillo, guardaban la entrada. Colarse no iba a ser fácil, aunque eso la maga ya lo había imaginado.

Se mezcló con la muchedumbre, usando los cientos de tenderetes como distracción mientras recorría cada una de las cuatro caras de la fortaleza intentando encontrar una vía de entrada alternativa. Pero cada piedra que formaba el hogar de los Hart estaba perfectamente alineada con la siguiente, haciendo difícil si no imposible trepar hasta alguna de las ventanas de la planta superior. La única opción que vio, fue ocultarse en los establos situados frente a la cara norte y esperar. Una montaña de paja y un abrevadero le sirvieron para no ser vista por alguno de los muchos guardias, y allí se quedó, paciente, hasta que su oportunidad llegó en forma de

chica del servicio a la que también debían de gustarle los animales, pues se detuvo a acariciar justo el que se encontraba en el compartimento donde ella se escondía.

—Buenos días al caballo más guapo de la ciud… —comenzó a decirle al animal la desprevenida muchacha, pero fue interrumpida por un rápido brazo que la agarró con fuerza de la muñeca.

Lo más probable es que la intención de la chica fuese gritar, pero antes de que pudiera hacerlo, el más devastador de los sueños la dominó. La maga se dio prisa en arrastrarla al interior, la llevó tras la montaña de paja y le robó la túnica azul que vestía, distinción del servicio de la fortaleza. Se la puso, luego acomodó a la dama durmiente para que recuperara apaciblemente el sueño perdido, y a continuación, se dirigió a la entrada principal. Por el camino se cruzó con otras dos muchachas ataviadas con el uniforme del servicio y se percató de que ambas cuchichearon y se quedaron mirándola al pasar. Al principio Seilyn no entendió qué habían visto tan extraño en ella, pero no tardó en caer en la cuenta de que, tanto la que dormía en los establos como esas dos, llevaban el cabello recogido en un recatado moño, lo contrario a como lo llevaba ella. Tenía que ser eso, así que arrancó un fino jirón de tela de uno de los tenderetes y con él se ató el pelo. Ahora sí, se encaminó sin dudar hacia las puertas de la Fortaleza Negra.

Uno de los guardias de Butterberd le cerró el paso.

—¿A dónde creéis que vais? —le preguntó este.

—¿A dónde debería ir? ¡A las cocinas! La señora Laura se enfada si no tiene su desayuno a primera hora… ¡Y vamos muy retrasados! —improvisó Seilyn como ya estaba acostumbrada a hacer.

El guardia se inclinó para observarla de cerca.

—No os he visto antes, lo recordaría… —dijo este.

—Tal vez si hicieseis vuestro trabajo en lugar de andar flirteando con cada joven que se acerca a estas puertas, os habríais dado cuenta de que llevo tres semanas sirviendo a la familia Hart.

Al otro guardia se le escapó una carcajada.

—¡Vamos, deja a la pobre chica en paz! —le dijo su compañero.

—¡Quítate de mi vista, mujer! —refunfuñó al tiempo que le daba la espalda a la maga con desprecio.

Seilyn caminó por los infinitos pasillos durante un rato tratando de no llamar la atención. Varios fueron los capas azules que se encontró por el camino, y un par de chicos del servicio le indicaron la ubicación de las cocinas.

Llegó justo a tiempo, pues varias muchachas salían cargadas con el desayuno propio de un oso sobre bandejas de plata. Las siguió hasta una puerta custodiada por otro guardia, el cual entró a avisar de la llegada del desayuno. Cuando volvió a abrirse la puerta y este salió, dos pequeños idénticos asomaron la cabeza entre sus piernas. «Deben ser los pequeños Hart», pensó Seilyn, y esperó a que el servicio entrase y saliese oculta tras una columna.

Una de las muchachas resaltaba del resto por su corta estatura y su rechoncho cuerpo, y esa, precisamente, fue la que se quedó atrás.

La oneria se aseguró de que nadie miraba y corrió a ponerla a dormir. Eso fue lo fácil. Que las bandejas cargadas no acabasen en el suelo, no tanto, y una de las jarras tuvo que pararla con el pie. Cuando recolocó todo sobre la bandeja tratando de que tuviese la mejor presencia posible, volvió hacia la puerta.

—Tus compañeras acaban de irse —le informó el guardia.

—¡Lo sé! Pero olvidaron esto...

El capa azul miró vagamente la bandeja y entró en la habitación.

—Entra —le dijo a Seilyn cuando volvió.

La estancia era casi tan grande como su taberna, aunque muchísimo más lujosa. Los dos gemelos de antes luchaban sobre una preciosa alfombra sureña que abarcaba todo el suelo, y al fondo, apoyada en una ventana grande que daba a un frondoso jardín, una niña cepillaba el pelo de un hermoso zorro blanco. El animal levantó sus grandes orejas y miró con desconfianza a la maga cuando entró.

—Podéis dejarlo sobre la mesa —le dijo la única persona adulta allí a excepción de ella.

Seilyn tuvo que admitir que las canciones acerca de la belleza de Laura Belross sí eran ciertas. La mujer se terminaba de acomodar un precioso vestido blanco de fina seda, casi transparente, que dejaba sus delgados y morenos brazos al descubierto, mismos que adornaba con elaborados brazaletes de plata recién pulida.

—Sí, mi señora, disculpadme —se excusó Seilyn con la vista gacha.

La maga soltó la bandeja junto a las demás y Laura se acercó y echó un vistazo a todo lo que acababa de traer, pero para alivio de Seilyn, esta no se detuvo a abrir las tapas de los recipientes vacíos.

—¿Sois nueva en el servicio? —le preguntó la mujer con una sonrisa amable.

—Más o menos… Llevo poco a vuestro servicio, mi señora.

—Pues es un placer conoceros… —Laura arqueó una ceja esperando que la chica le dijese su nombre.

—Seilyn —dijo la oneria sin levantar la vista.

—¡Vaya nombre! Debo deciros que es hermoso, a la par de inusual… Es élfico, ¿verdad?

La joven no pudo evitar sorprenderse, pues la mayoría de los habitantes de Skar no conocerían el origen de su nombre.

—Lo es, mi señora —respondió.

—¿De dónde sois? —La sonrisa de Laura no desaparecía de su rostro.

—Tiberia… soy nacida en Tiberia, mi señora —mintió.

—Vais a tener que perdonar mi curiosidad. Hay algo más que me gustaría saber.

—Claro, mi señora.

—Naiara, lleva a tus hermanos al jardín para que jueguen —pidió Laura, y su hija obedeció, acto seguido, la mujer metió la mano bajo el mullido almohadón del catre y sacó una daga de oro—. He de advertiros que sé usarla, y aunque no lo creáis, tan bien que rara vez fallo. Os hago un favor no avisando a sir Laurent, el guardia postrado en la puerta, pues él no os daría la oportunidad de explicaros.

—¿Explicar qué, mi señora? —intentó seguir con la farsa.

—La razón por la que os habéis colado en la fortaleza. Vestís la túnica del servicio, pero no sois del servicio, lo sabría. Por otra parte, habéis traído la misma bandeja que se acaban de llevar, y no os molestéis en negarlo, pues tiene los bordes de oro, y las bandejas con borde de oro se sirven en la cena, no en el desayuno. No tenéis cara de ladrona, pero es obvio que algo queréis. Os sugiero que me digáis qué es. Os doy una sola oportunidad de explicaros.

—Pues os agradezco mucho vuestra perspicacia. Me facilitáis las cosas, creedme. No sabía cuál podía ser vuestra reacción al oír lo que tengo que deciros, pero si ya me apuntáis con un cuchillo, la cosa solo puede ir a mejor... —bromeó Seilyn.

—Os recuerdo que aún puedo cambiar de opinión y hacer que sir Laurent entre, así que medid vuestro tono —avisó Laura—. Espero vuestra respuesta.

Acto seguido, Seilyn hizo el amago de acercarse, pero se detuvo al ver cómo Laura preparaba su brazo para lanzarle la daga. Consciente de que ya solo le quedaba decir lo que había venido a decir, la oneria levantó la vista y la miró a los ojos.

—Debéis creerme. No sé cómo ni por qué vuestro esposo, lord Rico Hart, pudo acabar allí, pero lo cierto es que se encuentra en el Bosque de los Dioses, y que en dos noches va a necesitar que alguien le abra las puertas de la ciudad —le soltó.

La mano que firmemente sostenía la daga de oro empezó a temblar al oír ese nombre.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó Laura. Su voz se debilitaba por momentos—. ¿Cómo podéis…?

—Porque se encuentra con mi hermano. Él mismo me lo dijo —respondió Seilyn sin esperar a que su interlocutora dejase de hablar.

—¿Pretendéis que crea que vuestro supuesto hermano puede comunicarse a distancia? ¿Habéis venido hasta aquí a reíros de mí? —una gruesa vena empezó a marcarse en el cuello de Laura al tiempo que su cara se tornaba cada vez más roja.

—No pretendo que creáis nada. Solo quiero salvar a mi hermano, y vos sois la única persona que quizás pueda ayudarme. Os seré sincera, no me gustan las ciudades, y mucho menos los ricachones y ricachonas que viven en ellas. Pero el destino ha querido que mi hermano y vuestro esposo compartan desgracia, y de nuestra colaboración puede depender que se salven de lo que quiera que estén pasando en estos momentos. —Seilyn abrió sus brazos intentando que Laura viese que no iba armada—. Así que aquí estoy, llamándoos «mi señora». ¿Queréis saber por qué mi hermano pudo hablarme desde allí? Os lo mostraré.

La niebla blanca inundó los ojos de la maga. Un instante después volvieron a la normalidad. La revelación hizo enmudecer a Laura, y Seilyn esperó paciente a que saliese de su estado de perplejidad absoluta.

—Eres… una maga —fue lo único que acertó a decir bastante después.

Laura bajó la daga, aunque no sabía si lo hacía como acto de buena fe o por miedo.

—Yo soy una maga, y vos una humana, sí, y una vez hechas las presentaciones, ¿podríamos ya pasar a preparar la vuelta de vuestro esposo y mi hermano? —Seilyn comenzaba a impacientarse.

—¿ Por qué debería confiar en vos? —quiso saber la mujer de blanco.

—Porque yo lo estoy haciendo en vos —respondió la oneria.

—¡Sir Laurent! —llamó Laura, y el guardia entró al momento.

—Mi señora… —dijo este cuadrándose frente a ella.

—Avisad a Avina. Que se ocupe de mis hijos. Mi amiga y yo tenemos que hablar en privado —ordenó Laura, y el guardia salió por donde había entrado.

La nana llegó poco después, salió al jardín y volvió acompañada por los pequeños y Naiara. Antes de irse, la anciana sonrió a su señora y luego miró con recelo a la supuesta invitada.

Las dos mujeres pasaron casi toda la mañana sentadas en un banco de madera de roble a orillas del lago que presidía el jardín. Al principio, la señora de Butterberd no decía mucho, se limitaba a escuchar las ideas de Seilyn y a admitir una y otra vez que no podía creerse que su esposo estuviese vivo.

—¿Y dices que ese tal Darmund es de fiar? —preguntó la maga.

—Es de las pocas personas que conocen dónde se encuentra mi esposo. Es su hermano, y Rico confía en él ciegamente. Yo, en cambio… —Laura miró hacia el cielo, como esperando que este frenase su sinceridad—. He de admitir que durante un tiempo no me terminaba de fiar de él. Pero lo cierto es que nunca nos ha fallado. De hecho, mi hija lo quiere casi tanto como a su zorro. —Laura sonrió y Seilyn le devolvió el gesto—. Fue él quien adulteró la cena de los guardias la noche en que mi esposo debía volver. Nos ayudará, podéis estar segura de ello.

—Decís que hubo problemas a la mañana siguiente…

—Uno de los capitanes de la Guardia de la Tormenta, un tal Dingo Terrance, pidió que les cortasen la cabeza a las tres cocineras encargadas de hacer la cena la noche anterior. El muy necio estaba convencido de que fue alguna de ellas quien puso en la comida el veneno que puso a toda la muralla a dormir.

—¿Qué pasó con ellas? Con las cocineras me refiero —quiso saber Seilyn.

—Darmund se encargó de facilitarles una salida. Se les dio suficiente oro como para que no tuviesen que volver a trabajar y abandonaron la ciudad. Para todos, fueron ajusticiadas. Así se cerró el asunto. —Laura meneó la cabeza de lado a lado dejando ver que no estaba del todo contenta con lo sucedido.

—Y después de aquello… ¿veis posible volver a ejecutar el mismo plan? —preguntó la maga.

—No veo otra opción —contestó la señora de Butterberd.



Ya entraba la tarde cuando Seilyn regresó a la posada.

—¿Dónde has estado? —quiso saber impaciente su sobrina nada más verla entrar.

—Anoche tu padre me visitó. —La cara de Zarem se distorsionó —. Me dio instrucciones de lo que tenía que hacer, y es lo que he hecho. Con un poco de suerte, pronto lo tendremos aquí y podremos irnos de esta ciudad.

De la cara de estupefacción de la niña surgió una amplia sonrisa y sus mejillas se encendieron al instante. No dijo nada, pero el brillo de sus ojos y el repentino abrazo que le dio a su tía fueron suficientes para saber lo que sentía.

La mañana siguiente Seilyn se levantó antes de que saliese el sol, y Zarem lo hizo poco después. Lo único que les quedaba por hacer era esperar a la noche. El tal Darmund Hart, como al parecer ya lo había sido la vez anterior, sería el encargado de poner el somnífero en la cena de los guardias. La oneria y Laura Belross lo esperarían junto al infame Arco del Olvido. Para cuando el hermano del señor de Butterberd llegase con las llaves del primer nivel, ya toda la compañía debería estar fuera de juego. Entonces Seilyn se colaría en las murallas, abriría la puerta de acceso al balcón inferior y lanzaría una cuerda al Paso de los Dioses. Según Laura, luego la maga tendría que abandonar el lugar con la mayor brevedad posible, en pos de evitar riesgos. Pero Seilyn no pensaba cumplir esa última parte. Esperaría allí y se aseguraría de que ninguno de los guardias despertaba hasta, si fuese necesario, el amanecer. Laura Belross no

se había ganado su confianza por haber pasado una mañana charlando, aunque no era algo que le hubiese dicho a esta, como tampoco le había dicho que se fiaba aún menos de su esposo, hijo de uno de los mayores genocidas de su raza. Por esa razón, estaba decidida a no abandonar las murallas hasta que su hermano y Sisou estuviesen salvos y libres.

La tarde pasó muy despacio, a pesar de que tía y sobrina salieron a pasear para intentar calmar los nervios hasta que la noche cayó sobre la negra ciudad y sus millones de faroles fueron encendidos plagando las calles de destellos amarillos y naranjas. Seilyn cabalgó hasta el lugar acordado, ató a Naina en un tocón a unos pasos del florido arco y aguardó tras la última casa de la calle. Laura Belross llegó poco después, oculta bajo una túnica verde agua. Darmund Hart llegó tiempo más tarde cubriendo su rostro con la capucha de una capa negra.

—Ella es Seilyn —informó la señora de Butterberd a su cuñado.

Este miró a la joven de arriba abajo con una ceja arqueada y una mueca de prepotencia en los labios.

—No os diré que sea un placer, porque no lo es. Si por mi fuese, vuestra cabeza no volvería a formar parte de vuestro cuerpo —comenzó a decir Darmund—. No me malinterpretéis, no pretendo amenazaros ni asustaros, solo poner las cartas sobre la mesa. Vos sois una maga y nunca me han gustado los magos, por lo tanto, nunca seremos amigos, pero si lo que le habéis contado a lady Laura es cierto, y gracias a vos mi hermano encuentra la salvación, os prometo que seréis justamente recompensada. Lo único que os pido, es que cuando todo esto pase, abandonéis la ciudad para nunca volver, porque de lo contrario, terminaré viéndome obligado a borraros de este reino.

Seilyn esbozó una irónica sonrisa.

—Podéis estar tranquilo, no es vuestra amistad el mayor de mis anhelos, ni placer lo que siento por conoceros. He de admitiros que

a mí tampoco me gustan, de hecho, por alguna razón, me dan asco los hombres que se limpian el culo con refinados paños de seda, por lo que dudo que pudiera entablar siquiera una conversación con vos… —La joven dio un paso al frente sin perder la sonrisa—. Pero lo que sí puedo hacer es invitaros a intentar cortarme la cabeza, no vayáis a quedaros con las ganas… —invitó a Darmund al tiempo que se retiraba la capucha para brindarle el cuello.

Darmund acentuó la sonrisa.

—Tal vez acepte tu oferta más tarde —dijo este a la joven antes de mirar hacia la calzada—. ¡Ahí llega la cena!

Un pequeño carro tirado por un asno cruzó el arco en dirección norte escoltado por dos capas negras a caballo y un tercero a pie, haciendo de guía del animal.

—En un rato, toda la guarnición estará roncando y tendréis el camino libre, maga —señaló Darmund—. Si todo sale bien, lady Laura y yo os esperaremos sentados en el primer banco de piedra que os encontraréis al entrar a la plaza central por el acceso norte, bajo los pinos. No sería recomendable que nos viesen por aquí.

Seilyn asintió y tanto Darmund como su cuñada se encaminaron calle abajo en busca de sus caballos.

—Os deseo suerte —le dijo Laura a la maga antes de alejarse.

Seilyn esperó hasta ver la carreta, ahora vacía, cruzar el arco en dirección sur para luego perderse en la distancia, y se dirigió a hurtadillas hasta el callejón que llevaba a las murallas. La luz de las antorchas iluminaba el camino, y eso era algo que no le gustaba, ya que, si se encontraba con algún guardia, no tendría opción de esconderse. En esos momentos solo podía tener la esperanza de que el somnífero hiciese su trabajo, pues de lo contrario, poco podría hacer ella contra toda la guarnición. Sin querer pensar demasiado en posibles complicaciones, avanzó lo más rápido que podía sin hacer ruido hasta llegar al final del callejón, y una vez allí se asomó para

asegurarse de que nadie deambulaba en el patio y salió. El torreón principal guardaba silencio esperando su llegada, así que avanzó valiéndose de todo lo que le pudiese servir para ocultarse. Ya casi había llegado a la entrada cuando un ruido la alertó. Se agachó tras una montaña de leña y observó, pero no vio nada, entonces otro ruido se oyó, y esta vez sí, Seilyn pudo descubrir su origen. Tras una pila de barriles, un capa negra roncaba desparramado en el suelo, aún con la mitad de su cena al lado y una copa de vino rojo volcada en el pecho. «Pues sí que es efectivo el veneno de ese idiota», pensó la maga. Y con esa prueba, la joven se convenció de que todo saldría bien, así que procedió a cruzar el resto del patio con algo más de confianza.

La oscuridad en el interior de la torre era tal que tuvo que darse un momento para que los ojos se le acostumbrasen a la ausencia casi total de luz y, aun así, apenas si podía ver el escalón que tenía inmediatamente delante. Cuando llegó frente al acceso al primer nivel de las murallas cayó en la cuenta de que Darmund Hart no le había dado la llave de la puerta. Eso hizo que se agobiase, y sin ver otra salida al contratiempo, dejó atrás el primer nivel y ascendió a paso ligero, obviando el segundo, desde donde ya podía verse el tenue resplandor de las hogueras del exterior. No quedarían más de cincuenta peldaños cuando algo la hizo detenerse en seco.

Plácidamente dormido, un guardia yacía a sus pies en una incómoda postura. Y aunque eso por sí solo podía ser una buena señal, lo que preocupó a Seilyn fue lo que había tirado alrededor del capa negra. Cuatro cestas repletas de odres, pan, queso, y piezas de carne dejaban claro que la cena envenenada no había llegado al nivel superior.

—No sé qué cojones pasa con la cena… —se quejaron desde arriba.

—Ya sabes cómo es el capitán Dingo, desde esa noche no quiere que cenemos todos a la vez. Está obsesionado con la idea de que nos vuelvan a envenenar —contestaron.

—Pues podría, al menos, cambiar los turnos cada noche. ¿Por qué tenemos que ser los del tercer nivel siempre los que nos comamos la comida fría? —volvieron a quejarse.

—Eres realmente tocapelotas, Martine. Iré a ver por qué tardan tanto, solo para que te calles de una vez.

La alargada sombra de alguien apareció al final de las escaleras y comenzó a descender. Seilyn pensó en volver a bajar para tratar de no ser vista, pero entonces cayó en la cuenta de que si quien se acercaba descubría la razón por la cual la cena no había llegado, estaría perdida, y con ella su hermano y Sisou. Así que lo que hizo fue arrastrar al guardia dormido hasta el segundo nivel, y luego se hizo un ovillo en el suelo usando su capa para cubrirse por completo. Tenía su bastón a ras de suelo, agarrado de forma firme mientras esperaba el momento. Las hogueras de arriba tendrían al guardia cegado, así que pensó que podía funcionar. Cuando las pisadas se acercaron lo suficiente, la maga ralentizó su respiración, y un instante después, un fugaz destello en la armadura del guardia la avisó de que tenía que actuar. El capa negra también debió de verla, pues alcanzó a balbucear «¿Pero qué cojones…?» antes de recibir una fuerte y certera estocada en la ingle al tiempo que la oneria salía de las sombras como una mariposa abandona su crisálida. El guardia se inclinó hacia delante, presa del dolor, mientras se agarraba sus partes. Pero su sufrimiento duró poco, pues como un relámpago, la mariposa le retiró el yelmo de un manotazo y le puso uno de sus dedos en la frente, haciendo que perdiese el conocimiento y cayese rodando escaleras abajo por culpa de su cuerpo, gordo y descompensado. La ruidosa caída alertó al otro, quien comenzó a descender llamando una y otra vez a su compañero.

—¿Peter? ¿Te has caíd…? —fue lo último que pudo decir antes de encontrarse a un palmo de la cara de la maga.

Esta le sonreía de una forma tan aterradora que el capa negra tropezó, perdió el equilibrio, y cayó de espaldas. No pudo levantarse,

pues por el visor de su yelmo entraron los dedos que lo sacaron de la realidad.

—¿Qué ocurre ahí abajo? —se oyó.

Al oírlo, Seilyn corrió escaleras arriba. La escena con la que se encontró al salir la dejó sin palabras. Se dio cuenta de que los rumores que había oído en el mercado acerca del Bosque de los Dioses eran ciertos. Las llamas lo consumían. Por si fuera poco, unos diez guardias corrían hacia su posición. Tenía que volver a la torre, pero antes agarró dos de los muchos cubos llenos de agua dispuestos y los volcó en la hoguera, que se apagó dejando escapar una columna de humo negro. Sumirlo todo en total oscuridad era imposible dadas las monstruosas llamas del bosque, pero con la hoguera extinguida, el torreón había perdido su única y mínima fuente de luz. Y así, abrazada por las sombras, la mariposa se tornó araña, y como araña, esperó paciente a su presa. Uno a uno, los capas negras fueron cayendo en su telaraña.



—¡Vamos! ¿Es que quieres que se nos escape? —apremió el penúltimo soldado que quedaba por entrar en la torre al más rezagado, quien corría con torpeza unos pasos más atrás.

Pero el pobre estaba lejos de sus mejores años. Llevaba en la guardia demasiado tiempo, y cada vez más, valoraba el retirarse. Correr tras una ladrona, por ejemplo, le suponía un sobreesfuerzo importante. Últimamente, se asfixiaba cuando corría, y apenas si podía con el peso de su armadura. Si sus compañeros llegaban a capturar a esa mujer, su contribución se limitaría a llegar jadeando y

preguntar quien la cogió. «Un poco más» se intentó animar a sí mismo, pero el cansancio hacía que se le nublara la vista, y el humo del lugar hizo que empeorara su falta de aire, tanto, que tuvo que apoyarse en la entrada del torreón, necesitaba recuperar algo de aliento. «Vamos, tú puedes». El viejo guardia entró en la guarida de la araña, blandiendo su espada como si le quedasen fuerzas para usarla. Apenas si podía ver. Un grito llegó desde abajo, luego, el claro sonido de una armadura rodando por las escaleras.

—¡Es un demonio! —gritaron, también desde abajo, pero quizás más cerca.

De nuevo alguien rodó escaleras abajo. El veterano se detuvo, no quería encontrarse de frente con lo que fuese que estaba derribando a sus compañeros. Se mantuvo en silencio, intentando acallar incluso su enloquecida respiración y tratando de permanecer tan inmóvil como su tembloroso cuerpo le permitía.

Una pisada rompió el silencio. Luego otra. Lo que se acercaba estaba cerca, pero era imposible verlo.

En ese momento, el viejo se percató de su error. Algunas arañas dejan partes de sus presas en sus telas, para atraer a las siguientes y atacar cuando estas ya no pueden escapar. Pensó que aún estaba a tiempo, así que comenzó a ascender lentamente, posando los pies con cuidado a cada paso y sin dar la espalda a la oscuridad de abajo. Dos pasos más se oyeron y justo después, la araña surgió de las sombras. Sus ojos carecían de color y emanaban un frío halo. Su boca sonreía, segura de lo letal de su ataque. El viejo descargó su espada contra ella, pero no la alcanzó, así que se preparó para lanzar otro torpe golpe. Aunque no supo a qué, ya que la araña había vuelto a esconderse en la oscuridad. Intentando convencerse de que la había asustado, y consciente de que llegado a ese punto no podía hacer otra cosa, el veterano comenzó a descender. Bajó tres escalones, sintiendo en todo momento el húmedo aliento de su rival rondándole, pero sin poder ubicarlo. Hacía demasiada calor, mucha más que antes, y su mareo iba en aumento. También sentía

que su pecho, bajo la coraza, iba a reventar, por lo que volvió a detenerse. Se asfixiaba, y no como otras veces, sino de una forma tan agobiante que tuvo que sentarse y retirarse el yelmo como si fuese culpa suya que el aire no llegase a sus pulmones. Se retiró el gorjal y se palpó el lateral del cuello. Definitivamente algo malo le ocurría. Cuando quiso reincorporarse, la debilidad lo hizo desistir. Necesitaba respirar, tal vez así su corazón dejaría de querer abandonar su pecho. Entonces, la araña volvió a aparecer, tranquila, conocedora de la vulnerabilidad de su presa. De un golpe de bastón lo desarmó, y se acercó a él. Se agachó a su lado, y justo antes de inocularle su veneno, le susurró al oído.

—Tranquilo, abuelo. Solo necesitas tranquilizarte.

Y el veterano se durmió.

CAPÍTULO 13: ESO QUE PROMETIMOS

Kraigon Ta-Has presentía que algo muy malo iba a ocurrir. Podía sentirlo desde el momento en el que pisó la aldea elfa, aunque no se lo hubiese dicho a nadie, pues bastante habían tenido con intentar huir del agujero en el que los habían arrojado los guardianes del bosque. Sabía que Rico Hart tenía razón, algo estaba arrasando a los elfos y no se iba a detener en el Paso de los Dioses. Cuando entró en la cabeza del guardia del foso, consiguió ver algo. No mucho, ya que todo sucedió muy rápido, pero lo suficiente como para conocer que el bosque y sus habitantes estaban en guerra, una guerra que debían estar perdiendo dado el miedo que vio en esa mente. Y no es que los elfos parecieran una raza cobarde ni mucho menos.

La noche en la que escaparon, tras ocultarse entre las raíces de ese del árbol que los cobijó, los lobos estuvieron cerca de encontrarles. Los cinco fugados llegaron a oírlos rondando los alrededores, conocedores de la cercanía de su presa. Pero entonces algo los hizo persistir en su cacería y volver en dirección a la aldea. Poco después el sonido del acero llegó traído por el viento. La mirada que Rico Hart le echó en ese momento a Kraigon dejó en claro que imaginaba lo que pasaba, y el mago no pudo hacer otra cosa que asentir para hacerle saber que pensaba lo mismo. Los enemigos del bosque habían llegado y se habían salvado por poco. A pesar de eso, ninguno de los dos dijo nada a sus compañeros, uno por no alarmarlos haciéndoles perder la poca cordura con la que contaban, y el otro por que suficiente tenía con poder respirar.

Sisou ya mostraba evidentes signos de deterioro mental, y Baferson cada vez era más Baferson. La mente de Rico pendía de un hilo, y la del joven Kaín, aunque hasta el momento incorrupta, terminaría sumándose al equipo si no lograban salir pronto de ese mar verde. Aunque lo cierto es que a Kraigon le había sorprendido la fortaleza y el temple con el que el joven Belamour permanecía. De

hecho, el señor de Butterberd había hecho la mayor parte del camino agarrado a la espalda del muchacho, quien parecía haberse propuesto cargar con él hasta las murallas, aunque le fuese la vida en ello.

Fue casi al termino de esa noche, rodeado por los millones de sonidos del oscuro bosque, sabedor de que habían dejado atrás a sus perseguidores, cuando el mago se vio obligado a romper el pacto que tenía con su hermana. Tras varios intentos y con la esperanza ya casi perdida, el jardín de girasoles se abrió para él de la misma forma en la que se abría cuando Seilyn tan solo era una niña y él un joven inconsciente. Pero todo se desvanecía, y su poder apenas podía mantenerlo allí. Pudo ver a la mariposa, pero ella no lo vio a él, solo se aseguró de que esta escuchaba su voz y luego fue expulsado del lugar bruscamente, quedando tan débil que a punto estuvo de perder la consciencia.

Detenerse durante más tiempo no era posible si querían llegar a las murallas en el momento acordado, así que, tras una larga y calurosa mañana sin bajar el ritmo, en la que el cansancio acumulado y el hambre amenazaban constantemente con hacerles desfallecer, llegaron a un pequeño pero bravo riachuelo plagado de cantos blancos.

—Si no me equivoco, no es la primera vez que veo este arroyo. ¡Es buena señal, vamos en buena dirección! —dijo Rico Hart.

Acto seguido, el señor de Butterberd se dejó de caer de rodillas en el agua y comenzó a quitarse lo mejor que podía la roña que acumulaba desde los pies a la cabeza, carente de media oreja y con una fea herida negra que le cubría media cara y que apareció cuando la suciedad se fue.

—¡Esto es muy grande, chicos! ¿Habéis visto que fresca y limpia está? —celebraba con desmedido júbilo mientras se revolcaba en medio del arroyo como un cerdo lo hace en el barro y reía a carcajadas.

Todos se le quedaron mirando con cara de estupefacción.

—Y después dicen que el loco soy yo… —espetó Baferson.

Tras un breve pero reconfortante momento de descanso a orillas del arroyo en el que todos bebieron hasta hartarse y se lavaron, retomaron el camino siguiendo el curso de la corriente en dirección sur. Esa noche tampoco durmieron, empujados por la inagotable perseverancia de Kaín, quien los alentaba a seguir cuando alguno mostraba signos de abatimiento. Sisou, en cambio, no contaba con la misma energía que su amigo. El demacrado estado en el que el joven ya se encontraba cuando fue desterrado no había hecho sino empeorar, y su piel mostraba un preocupante color pálido que lo hacía parecer un cadáver. A pesar de eso, no insistía en que parasen a descansar constantemente, solo continuaba llevado por la inercia. Quien no paraba de quejarse, como de costumbre, era Baferson. El loco cada vez contaba con menos paciencia. Estaba claro que no le gustaba complacer ni obedecer órdenes de nadie, menos aún de un mago. Por su parte, Kraigon era la luz de una vela prendida en medio de la más oscura de las noches. Su sola presencia brindaba esperanza, una esperanza que Rico Hart hacía tiempo que daba por perdida, pero que ahora retornaba a su interior instándolo a no rendirse.

El siguiente amanecer llegó con el peor de los días de ese verano. Los cinco sufrieron la calor, tan extrema y húmeda que pesaba, y que se percibía como un fantasma que abrazaba y oprimía el pecho succionando cada resquicio de fuerza, hasta el punto en que Rico Hart, a pesar de ir agarrado a la espalda de Kaín, perdió por un instante el conocimiento. Tuvieron que tumbarlo en el suelo y Kraigon gastó el poco agua que quedaba en el odre intentando reanimarlo.

—¡Este tío apesta a cadáver! Aunque llegásemos a cruzar las murallas, que cada vez lo dudo más, moriría poco después —dijo Baferson para después dirigirse a Kraigon—. ¿Hacemos una apuesta,

mago? Yo digo que no llega vivo —sonrió dejando a la vista sus dientes podridos.

—No muchos hubiesen sobrevivido tanto tiempo en las condiciones que este hombre lo ha hecho. La sangre de este hombre es poderosa, Teori Baferson. Más de lo que podáis imaginar —respondió el testario.

Poco después de reanudar la marcha, sin que lo esperasen, lo que tanto habían ansiado encontrar los últimos días apareció frente a ellos anunciado por cientos de halos solares que atravesaban las copas de los últimos árboles del bosque. Tras estos, el Paso de los Dioses esperaba a ser cruzado.

La frágil mente de Rico Hart le jugó una mala pasada cuando, para sorpresa de todos, este abandonó la arboleda y se sumió en una esperpéntica carrera en dirección a las murallas de su amada ciudad. Por suerte, Kaín pudo alcanzarlo y traerlo de vuelta, y Kraigon usó su don para hacerlo entrar en razón y recordarle que se jugaban mucho y que debían esperar a la noche. Baferson no paró de reír a carcajadas durante toda la escena. Luego, con el señor de Butterberd de nuevo sosegado, el grupo se echó a descansar, deseosos de que el Sol se ocultase e inquietos por lo que la Luna les trajese. Los miedos y las dudas obviadas como forma de supervivencia se hicieron presentes ese atardecer, y Sisou acabó por preguntar a Kraigon.

—¿Crees que lo habrá conseguido?

El testario, sin perder la vista de la inmensa muralla, sonrió antes de contestar.

—¿Crees a mi hermana capaz de asumir una derrota?

Sisou no respondió, pero al instante supo que Kraigon tenía razón, era Seilyn de quien estaban hablando. Y de esa forma, los cinco esperaron impacientes hasta que las sombras lo cubrieron todo

y grandes hogueras se encendieron tras las almenas, como queriendo quemar el negro y lejano cielo.

—¿Cómo sabremos que ha llegado el momento? —preguntó Kaín.

—Lo sabremos —contestó el mago encogiéndose de hombros.

Una vez más, las palabras del testario fueron correspondidas, pues algunas horas más tarde, cuando Teori ya amenazaba con estropearlo todo, la hoguera que coronaba la muralla a la altura de la torre central se apagó de repente. Todos se miraron un momento y rápidamente volvieron a alzar la vista hacia las ahora oscuras almenas. Los cinco guardaron silencio, esperando cualquier tipo de señal que llegase desde las alturas, y al final llegó en forma de flecha en llamas que atravesó el cielo como una estrella fugaz cruza el infinito. Una flecha corriente, pero rodeada por un fuego del color de la esperanza. Una silenciosa explosión frenó en seco su recorrido, y miles de destellos verdes se esparcieron en mil direcciones para después desvanecerse lentamente mientras caían.

—Es el color de mi hermana —murmuró Kraigon—. ¡Vamos! —apremió al tiempo que se incorporaba y obligaba a Sisou a hacer lo mismo.

Corrieron por el largo pedregal tan rápido como podían, y mientras, Rico Hart, ayudado por Kaín y Sisou, comenzó a llorar sin poder ni querer remediarlo. Le daba igual que lo viesen llorar, le daba igual haber perdido media oreja y le daba igual estar infectado por piojos que pesaban más que él. Pronto estaría en casa y nada más importaba.

Una larga cuerda caía desde las alturas, pegada a la imponente pared de piedra negra, y el primero en tomarla fue Kaín. El muchacho demostró que la agilidad no lo había abandonado, desapareciendo rápidamente en la oscuridad. Sisou esperó su turno, y tres jalones de la cuerda indicaron que había llegado. Los largos y raquíticos brazos del joven se aferraban con dificultad a la cuerda, y

avanzaba mucho más lento de lo que lo había hecho su amigo. «Vamos, Sisou, casi lo has logrado », oía a Kraigon decir en su cabeza mientras continuaba ascendiendo, tratando no mirar hacia abajo pues nunca le habían gustado demasiado las alturas y prefería no saber a la que se encontraba, aunque lo imaginaba. Un fuerte viento dificultó su ascensión aún más, justo cuando se encontraba en el tramo en el que no veía otra cosa que no fuesen sus manos. No supo cuánto tiempo tardó en llegar, pero solo cuando por fin vio la silueta de dos personas unos pies más arriba, se tranquilizó. El brazo de Kaín le ayudó a subir a la cima, y cuando estuvo arriba, Sisou sintió la imperiosa necesidad de abrazar a su amigo como si llevaran años sin verse.

—¡Que cariñoso estás! —bromeó Seilyn.

Sisou la miró sintiendo como irremediablemente su labio inferior comenzaba a temblar y sus ojos a lagrimear. Soltó a Kaín y la abrazó a ella.

—Gracias, gracias, gracias —murmuró el muchacho apretándola con fuerza.

—Bueno, ya está bien, ¿no? —espetó Seilyn apartándolo.

Como habían previsto, Kaín y Sisou esperaron ver la cuerda moverse como indicativo de que Rico Hart estaba atado, y con la ayuda de la maga tiraron una y otra vez de la cuerda hasta que este estuvo también arriba. Volvieron a lanzar la cuerda, y un rato después, el mago llegó, jadeando y con un fuerte dolor de espalda que a punto había estado de hacerlo caer, pero llegó. Ambos hermanos se fundieron en un abrazo.

—Siento haber roto nuestro pacto —susurró Kraigon.

—También podías haberlo intentado antes… ¿Tanto me temes? —respondió Seilyn.

Kraigon sonrió.

—Te conozco lo suficiente como para saber que se te debe temer. Además, no sabía si el jardín seguiría estando ahí.

—Siempre ha estado ahí —contestó ella.

Unos gruñidos indicaron que Baferson estaba llegando.

—Aún estamos a tiempo, ¡déjame cortar esa cuerda, Kraigon! —pidió Sisou agarrando una de las miles de flechas que guardaban los carcaj dispuestos en la zona.

—Nadie va a morir hoy, Sisou. Hay cosas que aún debo descubrir de este hombre.

En ese momento, Teori asomó la cabeza, con la cara de color rojo y tronando al respirar.

—¡Vaya, si es mi puta preferida! —exclamó el loco sonriendo a Seilyn.

—¡Vaya, si es el hombre hurón! ¿Sigues oliendo a meado? —se burló ella. Luego, la maga se dirigió a su hermano—. Debemos irnos ya, el camino está despejado de momento, pero no confiaría en que lo esté por mucho más tiempo.

Kraigon asintió y los seis comenzaron a descender por el torreón central.

—Parece la guarida de un lobo… —dijo Sisou mientras trataba de no perder el contacto físico con quien iba delante de él, Kraigon.

—Pues es un lobo muy avaricioso… ¡Tiene el lugar plagado de cadáveres! —señaló Baferson al tiempo que pateaba el cuerpo de un guardia que le cortaba el paso.

—Estás tan mal, que ves cadáveres por todos lados. ¡Están dormidos, puto loco! —espetó Seilyn.

Una vez en el exterior, cruzaron el patio agazapados hasta llegar a la entrada del pasillo que llevaba al Arco del Olvido. El abrumador

silencio permitía incluso oír el batir de las antorchas que marcaban el camino.

—Si a partir de este punto nos cruzamos con algún guardia de la tormenta, estaremos perdidos, no tendremos forma de salir —dijo Kaín.

—Lo sé, pero ¿tienes otra opción, capa negra? —le preguntó sarcástica Seilyn.

Avanzaron cautelosos con la maga adelantándose para brindarles sombras apagando las antorchas antes de que los demás llegasen, y con Sisou y Kaín cargando con Rico Hart. Baferson caminaba con la férrea mirada del mago clavada en el cogote. Un maullido los alertó, y un delgaducho gato negro zigzagueó velozmente para esquivarlos.

—Puto gato… —murmuró Sisou mientras se recomponía del susto.

—¿Te asustas de un gato, Largo? —le preguntó Teori, y soltó una carcajada demasiado sonora, tanto, que el eco que produjo retumbó entre las paredes de piedra.

—¿Quién viene? —preguntaron desde alguna parte, más adelante.

—La has cagado, imbécil —espetó Seilyn al loco en voz baja.

—Quedaos aquí, no tardaré mucho —pidió Kraigon, pero su hermana lo agarró del brazo y lo miró de arriba abajo.

—Yo resultaré más convincente, al menos no parezco un vagabundo —dijo esta.

Luego, la maga fue al encuentro del dueño de la voz. Unos golpes metálicos se oyeron y la maga regresó indicando que podían continuar. Un poco más adelante, dos guardias dormían a pierna suelta, roncando como si llevasen toda la noche así. Pasaron entre

ellos y poco después el pasillo comenzó a convertirse en callejón, y al final de este, la luz de la última de las antorchas se reflejaba en la negra piedra del negro arco. Se detuvieron, resguardados por el monumento, y una vez allí, Kraigon señaló con el dedo a Teori Baferson.

—Yo no os negare la libertad, Teori Baferson. Habéis cumplido con vuestra parte colaborando en nuestra huida de la aldea elfa, y he de admitir que, de no ser por vos, difícilmente hubiésemos encontrado el camino de vuelta. —Kraigon se acercó al loco lo suficiente como para que este pudiese sentir su aliento en la oreja—. Pero no os confiéis, pues estaré vigilándoos, y si en algún momento se os ocurre cometer alguna maldad, os encontraré y os mataré entre la peor de las agonías.

El loco sonrió, le lazó un beso a Sisou, le dio a Seilyn una palmada en el trasero que hubiese acabado muy mal de no ser porque su hermano la contuvo, y tras eso se dispuso a marcharse.

—¡Aguardad! —lo paró el mago plantándole una mano en el pecho—. No os alejéis de la ciudad, pronto os haré una visita para hablar sobre esa niña —le avisó.

Teori frunció el ceño, gruñó, y retiró la mano de Kraigon de un manotazo antes de irse.

—¿Y ahora, que? No sé vosotros, pero media guarnición conoce mi rostro, no creo que me convenga ser visto —preguntó Kaín analizando la zona.

—Id con mi hermana, ella os pondrá a salvo, y aguardad mi regreso, no tardaré —contestó Kraigon.

—¿A dónde piensas ir? —quiso saber Seilyn, exigiendo más que pidiendo una respuesta.

—Acompañaré a nuestro amigo Rico a su hogar. Tengo algo que decirle.

—Por cierto, lo esperan en el primer banco entrando a la plaza central por el acceso norte, y… —La oneria se acercó a Rico Hart—. Decidle a vuestro hermano de mi parte que no me hubiesen venido mal las llaves del primer nivel.

Sin más, los dos jóvenes se perdieron calle adelante siguiendo a la maga, y entonces, Rico Hart posó una mano sobre el hombreo del testario.

—Antes de nada, tengo que deciros que estaré eternamente en deuda con vos —le dijo el demacrado señor de Butterberd a Kraigon esbozando media sonrisa.

—No he sido yo quien ha cargado con vos todo el camino —le hizo notar el mago.

—Pero sí quien me dio esperanzas. Yo debo mi vida a ese muchacho, pero todos os la debemos a vos. Decidme, ¿qué es eso de lo que queríais hablarme? —preguntó Rico.

—Sé lo que os ronda la cabeza. Os hablo del bosque. La noche en la que escapamos, vi cosas en la mente del guardia elfo.

—¿Visteis qué es lo que los amenaza? —preguntó el señor de Butterberd.

Kraigon negó con la cabeza.

—Creo que ese elfo no había estado frente a lo que quiera que sea… pero sí pude sentir su miedo. Y tenía mucho.

—No es que sepamos mucho entonces —se lamentó Rico.

—Hay algo más. Al igual que vos y yo, los elfos imaginan, y ese en concreto había asignado un rostro a la concepción que tenía de su enemigo.

—¿Tiene eso importancia?

Kraigon se encogió de hombros antes de responder.

—Puede darnos una idea de a qué se enfrentan, al fin y al cabo, ese rostro asignado lo ha creado su mente basándose en lo que sabe de ellos, seguramente por boca de otros que sí los hayan visto.

—¿Y cómo se supone que imaginan nuestros amigos a quienes queman su hogar?

—Parecían hombres, con armaduras negras y rojas y espadas de acero. Pero no tenían cara de hombres, sino que todos tenían la cara de Tron-Harg, negra y con rayas rojas cruzándola, con colmillos de jabalí, cuernos de cabra y ojos de serpiente.

Rico le hizo un gesto invitándolo a explicarse.

—Tron-Harg es el dios elfo de la muerte, y no es de extrañar que los asocien con él, ya que, según sus creencias, el cuerpo de Tron-Harg expulsa el más mortífero y devastador de los fuegos.

—¿Cómo sabes tanto de los elfos?

—Siempre me han gustado los libros. Nos brindan la oportunidad de conocer el pasado, endulzar el presente, e imaginar el futuro. Cientos de escritos élficos aún rondan por todo Skar, y he tenido la fortuna de encontrarme con algunos.

—¿Qué haréis ahora? —le preguntó Rico al mago cambiando de tema.

—Debo hablarlo con mi hermana, pero creo que podré convencerla de quedarnos un tiempo por aquí, si me lo permitís. No nos conocen en la ciudad y el verano no es la mejor estación para emprender un viaje.

—Nadie os molestará mientras estéis en Butterberd, tenéis mi palabra. Y por supuesto, os facilitaré un sitio donde poder vivir, es lo menos que puedo hacer por vos.

Kraigon asintió, pasó el brazo de Rico por encima de su hombro para ayudarlo a caminar, y ambos cogieron rumbo a la Fortaleza

Negra. Tardaron bastante en llegar al lugar acordado, el acceso norte de la plaza central.

El cielo estaba plagado de brillantes estrellas, y la más perfecta de las lunas, blanca y poderosa, reinaba sobre todas ellas. El aroma a dama de noche y a pino endulzaba el aire, y el canto de mil grillos, acompañado por el de alguna que otra lechuza, conformaron la que a Rico le pareció la más bella de las melodías. Una melodía caótica pero armoniosa que invadió sus oídos mientras sentía como, poco a poco, su alma volvía a colmar su cuerpo. Una melodía que pasó a un segundo plano cuando la vio.

—¡Laura! —gritó con la voz desmoronándose en sus labios y cálidas lágrimas desbordando sus ojos.

Ella se levantó del banco en el que esperaba junto a Darmund y sir Dawson y corrió a su encuentro, y cuando estuvo frente a él, se fundieron en un abrazo ante el cual incluso los grillos parecieron enmudecer.

—Te dije que volvería —sollozó Rico al oído de su esposa.

—No hables ahora —le ordenó ella para después cerrarle la boca con un cálido beso—. Tranquilo, ya estás en casa —le susurró apretándole con fuerza las manos.

Sus miradas se cruzaron y ninguna palabra más fue necesaria, por lo que sus labios volvieron a unirse.

—Ya no soy tan guapo como antes… —le dijo Rico a Laura, embriagado por el dulce aroma azahar de su perfume, haciendo notar su media oreja y la herida que la rodeaba.

Ella miró con preocupación, luego, sonrió.

—Nada que un buen barbero no pueda arreglar —bromeó cariñosamente Laura.

—Siento interrumpir, pero creo que deberíamos volver a la fortaleza, ¿no os parece? —propuso Sir Dawson, quien se acercaba sonriente seguido por Darmund.

—Hermano… —dijo Rico mientras abrazaba a Darmund—. Teníais razón, amigo mío, ellos me encontraron a mí —le susurró a sir Dawson estrechándolo entre sus brazos.

—No me cabía la menor duda de que volveríais —le hizo saber el viejo capitán.

—Ruego me perdonéis, pero ahora, lo que más deseo en este mundo, es ver a mis hijos, darme un baño caliente, comer hasta reventar, y besar a mi esposa hasta que amanezca. —Rico le dedicó una tímida sonrisa a Laura, quien se la devolvió—. Mañana —continuó—, nos reuniremos y hablaremos sobre cómo nos prepararemos.

—¿Prepararnos para qué, hermano? —quiso saber Darmund.

—Para defender la ciudad —contestó el señor de Butterberd.

Tras las paredes de la planta superior de la posada El molino del Solitario, Zarem deambulaba de aquí para allá, nerviosa. Le sudaban las manos y le temblaban las rodillas y aún no había terminado de creerse que Sisou y su padre estuviesen a salvo. Sisou y Kaín comían como si no fuera a haber un mañana las piezas de pan duro con queso y el arroz hervido que Seilyn había salido a comprar a una taberna cercana conocida como El Conejo Asado, y la maga los

miraba con los ojos como platos, sin terminar de creerse que se pudiera comer de esa forma, sin parar si quiera a respirar.

—¿Le habrá pasado algo? —preguntó Zarem en una de sus continuas visitas a la ventana para otear la calle.

—¿Quién osaría hacerle algo a tu padre? ¡Que los dioses se apiaden de quien tan solo lo pensase! —la tranquilizó su tía—. Vamos, come algo, debe de estar al llegar.

La maga le tendió una manzana roja a la niña.

—Pero le ha podido ocurrir algo… ¡Está enfermo! —insistió Zarem con cara de preocupación e ignorando la pieza de fruta.

—He observado que vuestro hermano está aquejado por dolores… Es la pierna, ¿verdad? —preguntó Kaín.

—No, no es la pierna, y esta conversación no te atañe, capa negra —espetó Seilyn.

—Disculpadme, no sabía que podía sentaros mal la pregunta, debería haberme callado —se disculpó Kaín.

—No, no es la pierna, es la espalda —interrumpió Sisou.

—¿Te crees que sabes mucho de mi hermano? Será mejor que cierres la boca, Sisou.

Seilyn se levantó de golpe y se dirigió a la ventana, se apoyó en el alfeizar y durante un rato nadie se atrevió a hablar, tiempo durante el cual los dos muchachos se miraban con cara de estupefacción y Zarem los miraba a todos nerviosamente, como si buscase la forma de calmar los ánimos, pero no la encontrase. El incómodo momento llegó a su fin cuando de repente, llamaron a la puerta. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de la niña y tras una mirada a su tía buscando su aprobación, corrió arrastrando el camisón a abrir la puerta. Cuando lo hizo, su padre se dejó caer de rodillas y la abrazó un largo rato.

—¿Estás bien? ¿Te duele la espalda? ¿Has comido? ¡Ahí tienes pan, queso, arroz, manzanas…! Bueno, no, manzanas solo había una, era mi cena, pero te la puedes comer tú porque yo no tengo hambre y tú si, ¿no? ¿Has comido? ¿Te duele la espalda? —Las palabras salían disparadas de la boca de Zarem una tras otra ante la paciente sonrisa de su padre.

—¡No podrá comer si no lo sueltas! —bromeó cariñosamente Seilyn.

—Tenía miedo de que no volvieras —confesó la pequeña con ojos acuosos.

Kraigon secó sus lágrimas con un dedo y arqueó una ceja.

—Somos una familia, ¿y cómo deben estar las familias? —le preguntó.

—Unidas —contestó Zarem.

Tras cenar, uno a uno fue bajando al piso inferior, donde había una estancia con un baño y un fuego que el dueño de la pensión siempre mantenía encendido para el uso de los huéspedes. Además del baño y el fuego, contaba con algunos jabones y aceites aromáticos, cortesía del establecimiento. El mencionado dueño debía de estar entregado al descanso, ya que una joven de no más de dieciséis años era la única responsable del lugar en ese momento. Cuando esta vio a Kaín entrar a la estancia del baño no dijo nada, pero se quedó mirando con extrañeza. Cuando le tocó el turno a Sisou, hizo lo mismo. Pero ver a Kraigon llegar justo después debió ser suficiente para que reaccionase.

—Disculpadme, ¿podéis darme vuestro nombre? —le preguntó tímida al mago justo cuando este estaba a punto de perderse tras la puerta.

Kraigon se acercó con cortés sonrisa.

—Soy hermano de la mujer que se aloja en el piso superior junto a una niña con mechones rojos en el cabello. Cuando llegamos no había nadie aquí, disculpadnos por no avisar. Mi hermana pagará mañana con gusto los gastos que generemos —le dijo Kraigon.

—Está bien —acertó a decir la chiquilla con un hilillo de voz.

Cuando todos estuvieron aseados y vestidos con ropa de Kraigon que Seilyn había cogido antes de abandonar Verhim, apagaron las dos velas que iluminaban la estancia donde se hospedaban, y se acomodaron para dormir. Zarem, Kraigon y Seilyn, en el catre, Kaín y Sisou lo hicieron uno a cada lado de este, tirados en el suelo, sobre un grueso colchón de mantas… La maga los ayudó a descansar, y tras eso, ella hizo lo mismo.

La noche pasaba y las respiraciones profundas acompañadas de algún que otro ronquido, componían su canción. Una agradable brisa con olor a pino entraba por la ventana, iluminada por la luz itinerante de un farolillo de la calle. Seilyn disfrutaba de una tranquila jornada en su jardín de girasoles, meditando acerca de dónde irían al acabar el verano, si es que lo hacían. Si lo que Rico Hart había prometido a su hermano era cierto y este les facilitaba un lugar donde vivir, tal vez podrían quedarse en la ciudad. Y no es que a ella le gustase la idea de vivir allí, pero sabía que quizás fuese lo mejor para su hermano y su sobrina. Otra opción sería comenzar una nueva vida en algún pueblecito alejado de todo, como Castor, pero también sabía que, en esos momentos, el anonimato que les proporcionaba una gran ciudad pesaba demasiado. Era seguro que Kraigon no querría volver a la capital, y Tiberia no era precisamente el lugar más indicado para criar a una niña, además, la Ciudad del Pecado estaba demasiado cerca de Verhim. «Verhim» repitió la mariposa en su cabeza una y otra vez, cerró los ojos, y cuando los abrió, se encontraba allí.

En su forma natural, caminó por la calle principal del pueblo. Era un precioso día de finales de primavera, lo sabía por los muchos cerezos en flor. Los niños jugaban y el viejo Ben cerraba un trato con

Benice, otro de sus vecinos. Padres y madres vigilaban felices a sus hijos sentados en las proximidades a sus casas, y algún que otro perro calentaba sus huesos tumbado al sol. Seilyn no entró en la taberna, en cambio, la rodeó y se dirigió a la parte trasera. Allí se vio a sí misma, sentada en el tocón, dándole de comer a cientos de pajarillos que colmaban el ambiente con sus armoniosos cantos. Decenas de ellos se amontonaban confiados sobre sus hombros y su cabeza. Seilyn se quedó un rato mirándose a sí misma. Era extraño, pues por la edad que debía tener ese día que estaba visitando, Delilah estaría en la capital, y no fueron momentos especialmente felices para ella. Pero por alguna razón, se veía feliz.

—Tú y tus pájaros… ¿Le contagiarás tu amor por ellos a tu sobrina? —preguntaron desde la ventana.

Seilyn reconoció al instante la voz, así que se apresuró al lugar, y allí estaba, como siempre estaba en su memoria, Delilah. Estaba tan guapa como siempre, con su cabello ondulado, marrón con dos mechones rojos en el flequillo, su piel clara, y sus grandes ojos verdes. Su embarazo estaba bastante avanzado y una prominente tripa marcaba la caída de un sencillo vestido celeste y blanco.

—Tienen hambre, no puedo descuidarlos —contestó Seilyn niña sin molestarse en mirarla, pero con una sonrisa picarona.

—¿Y a tus clientes sí puedes descuidarlos? ¡El señor Carston va a terminar bebiéndose el agua de fregar si no le sirves pronto su cerveza! Podría hacerlo yo, pero como me tienes prohibido salir de esta habitación… —le recriminó Delilah.

«Vas a soltar una salvajada», pensó Seilyn adulta anticipándose a sus propias palabras.

—¡Al señor Carston le pueden ir dando por el culo! Mis pájaros merecen más que ese apestoso borracho, así que cuando se hayan comido el resto del pan, iré, no antes, además, ya les queda menos —espetó Seilyn niña.

—¡Trato hecho! ¡Te ayudaré entonces! —celebró Delilah.

Sin perder la sonrisa, Delilah extendió su brazo derecho y con el dedo índice señaló la pieza de pan en posesión de Seilyn, entonces, todo color de sus ojos se esfumó, y el pan se escapó de las manos de la niña para elevarse lentamente mientras se mecía al son de los dedos de la maga. Un chasquido de estos fue seguido del estallido en cientos de pedazos de la hogaza, y una nube de pajarillos se cernió sobre ellos.

«Eso no vale…», pensó Seilyn mayor.

—¡Eso no vale! —protestó Seilyn niña.

De pronto, el cielo se oscureció. Densos nubarrones negros lo cubrieron y un frío y fuerte viento comenzó a sacudir las copas de los árboles, cuyas hojas comenzaron a secarse, tornando su color verde y amarillo en marrón y naranja.

—¡No he hecho nada! ¡Dejadme, por favor! Por favor... —se oyó llorar a Delilah en el interior. Ya no estaba asomada a la ventana.

Seilyn miró hacia el tocón. Ella tampoco estaba ya allí. Un escalofrío recorrió su espalda y los vellos de los brazos se le erizaron, consciente de lo que estaba sucediendo. «Es el día que esos cerdos se la llevaron», pensó. Sabía que estaba en su sueño, que eso era solo un recuerdo, nada más, pero era más que conocedora de que algunos recuerdos dañan más que mil espadas. Le dolía revivir eso, y mucho, tanto, que decidió no mirar al interior.

—¡Dejadla sucios capas negras! —oyó gritar a su yo de niña.

Delilah gritaba y estaba sumida en un desgarrador llanto.

—¿Es tu hermana? —preguntaron amenazantes.

Un fuerte golpe se oyó.

—¡No! Ella no tiene ninguna culpa, no nos conocemos, os lo juro, solo me alojo aquí a cambio de unas monedas… Solo es una

niña… —sollozó Delilah.

La angustia que emanaba de la voz de su amiga fue suficiente para Seilyn, así que echó a correr. Quería alejarse de allí, no quería seguir en ese sueño. Se detuvo en medio de la calle principal, sudando y con el corazón golpeando salvajemente su pecho. Cerró los ojos, abrió sus brazos, y despertó.

Se tomó un momento para recobrar el aliento, pues también notaba su ausencia en el mundo real, mientras se secaba las lágrimas que no había podido reprimir. Miró a Zarem, luego a Kraigon. «¿Por qué lo dejaría?», se preguntó, como ya se había preguntado muchas veces antes. Su hermano parecía estar pasando una mala noche, pues gemía y se revolvía de vez en cuando. «Bueno… así estaremos en paz», intentó convencerse, y le tocó el brazo, apareciendo al instante en el mundo secreto del mago. No esperaba ver lo que vio al llegar. El lugar estaba oscuro y el aire estaba cargado de una dañina y maloliente humedad. Un vistazo le bastó para darse cuenta de que se encontraba en unos calabozos. Un ancho, pero corto pasillo de piedra negra cubierta de musgo con dos celdas a la izquierda, y dos a la derecha. Seilyn comenzó a mirar hacia el interior de cada una de ellas. Los rostros de quienes las ocupaban daban fe del trato que debían estar recibiendo, comiendo junto al cubo donde hacían sus necesidades. Para su sorpresa, en la última celda de la izquierda, se encontraban su hermano y Delilah. Ella estaba fuertemente encadenada, su cuerpo con acero y su naturaleza con turmalinas negras, y él, vestido con la armadura de la Guardia Real y la capa roja, lloraba arrodillado a su lado. Su yelmo yacía tirado junto a él.

—Por favor, Kraigon, ¡tienes que protegerla! —le pedía también entre lágrimas ella.

«Si llegaste a verla, si la tuviste tan cerca… ¿Por qué no la salvaste? ¿ No se supone que la amabas?», pensó dolida Seilyn.

—Sé que te fallé, Kraigon, pero por favor. Eres el único a quien puedo pedir esto… Por favor, protégela… —insistía Delilah cada vez más rota ante la ausencia de respuesta del mago, hasta que este agarró su yelmo, se lo puso, se incorporó, y sin decir nada, se dirigió a la salida—. ¡No puedes hacerme esto! Kraigon, no puedes… —suplicaba ella.

—¡Sí que puedo! —la interrumpió de repente el testario al tiempo que se volvía para mirarla una última vez—. Yo te amaba, ¿recuerdas? Todo mi mundo eras tú. Te amaba como pocos tienen la oportunidad de amar, pero eso no fue suficiente para ti. Preferiste amar a un saqueador. No me pidas ahora que cuide de su hija —le dijo antes de marcharse.

CAPÍTULO 14: LA VERDAD DEL TESTARIO

«Está aquí», pensó Laura Belross embargada por la felicidad. Despertar y ver a su esposo allí, junto a ella, le proporcionaba una invaluable tranquilidad. Allí, tumbada en el catre, no podía dejar de mirarle mientras este aún dormía. Estaba muy cambiado, aunque el haberse afeitado la descuidada barba que lucía nada más llegar lo hacía parecerse un poco más a él. Que no hubiese consentido ni siquiera comer hasta volver a lucir su bigote hizo a Laura sonreír. Su esposo no había cambiado. El maestre Pipien lo examinó tras asearse y le curó la herida de la cabeza y la media oreja que ahora llevaba liada con vendajes impregnados en algún tipo de menjunje curativo. Laura acercó su nariz a las vendas, olían a limón y a miel. Pasó a su cabello y se embriagó con su aroma. Olía a su perfume, una mezcla de sándalo y lavanda. Olía a él.

Un haz de luz dorada entraba por la ventana, donde una paloma blanca se entretenía limpiando sus plumas. Laura se quedó mirándola durante un rato, justo hasta el momento en que unos golpes en la puerta la asustaron, y el ave echó a volar.

—¿Avina? —preguntó Laura.

—Buenos días, mi señora. ¿Puedo pasar? —dijo la anciana al tiempo que Rico se restregaba los ojos.

—Dadme un momento —contestó, y luego besó a su esposo en los labios—. Buenos días, señor de Butterberd —le susurró antes de preguntarle—. ¿Qué le vamos a decir? Lleva semanas haciendo demasiadas preguntas, ya sabes cómo se preocupa por nosotros. Creo que sospechaba que ocurría algo.

—¿Le dijiste que estaba en la capital, como acordamos?

—Sí, pero juraría que no se lo creyó. La conozco, estaba preocupada por ti.

—Se preocupa por todos, pero en especial por ti, y lo sabes. Y es algo que me tranquiliza. No sé qué haremos cuando ya no esté.

—¡No digas eso ni en broma! —Laura sonrió y se levantó del catre—. Será mejor que te pongas algo si no quieres que Avina te vea desnudo. ¡Vamos! —apremió Laura.

—¿Qué le decimos entonces? —preguntó Rico examinando los pantalones que su esposa le acababa de lanzar.

—He sido yo la que te ha hecho esa misma pregunta. Lo único que se me ocurre es decirle que enfermaste en la capital y tuviste que alargar la estancia, lo mismo que le dijimos al maestre Pipien.

—Me parece bien, podría resultar convincente que el aspecto de cadáver que tengo fuese fruto de haber estado a punto de ser uno.

Los dos se vistieron y Laura llamó a la anciana. Esta se quedó mirando paralizada cuando vio a su señor, y solo reaccionó cuando este la estrechó entre sus brazos. Luego vino el esperado interrogatorio, tras el cual Avina fue a buscar a los niños con cara de no terminar de creerse lo que le acababan de contar. Volvió poco después cogida de las manos de Vigo y Lucius, ambos vestidos con pantalones azules y chaleco del mismo color sobre camisa blanca. Naiara iba detrás, con un vestido corto sin mangas color rojo y gris. A su lado caminaba el zorro blanco.

—¿Papá? —dudó Naiara al verlo, al tiempo que los gemelos salían disparados a agarrarse a las piernas de su padre.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Vigo.

—¿No comías? ¡Estás más pequeño! —exclamó Lucius arrugando la frente.

Naiara se le acercó aún sin estar convencida de que ese fuese su padre, seguida por el animal, quien no quitaba sus vivos ojos de Rico.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó su hija mirándolo de arriba abajo.

—¿No has oído a tu hermano? ¡No comía! La comida de la capital es repulsiva… —le contestó acercándola hacia él para abrazarla.

—¿Qué te ha pasado? —repitió la niña llorando mientras se agarraba al pecho de su padre.

—Ya estoy aquí, mi amor, ya estoy aquí.

El señor de Butterberd pasó la mañana junto al lago del jardín de la fortaleza, descansando y encandilado por la belleza de su familia. El volver a verlos era una opción que había desechado cuando llegó su décimo día como prisionero de los elfos, y ahora se sentía el hombre más afortunado de todo el reino. Atrás quedaron sus días más aciagos, días llenos de sufrimiento e invadidos por el miedo, días donde la oscuridad penetraba hasta en el más puro de los corazones, pudriéndolos lentamente. A penas si podía estar mucho tiempo en pie, pero eso no fue impedimento para que accediera a refrescarse en el agua con sus hijos.

—¡Puaj! ¡Qué asco! Se te ven las costillas —le dijo Vigo cuando lo vio sin camisa.

—Es que tiene que comer —explicó Lucius.

—Tenéis razón, doy asco y tengo que comer… —Rico comenzó a mirar hacia todos lados y se detuvo en los gemelos—. Estos niños parecen apetitosos… —dijo imitando las garras de un depredador al tiempo que comenzaba a perseguirlos ante la atenta mirada de Laura.

Naiara, por su parte, pasó casi todo el rato sentada bajo un robusto sauce leyendo y charlando con su zorro blanco. Ambos se habían hecho inseparables hasta tal punto que, si ella se sentaba, se echaba junto a ella y no se levantaba hasta que su dueña no lo hiciese. Incluso cuando la niña dormía, el animal lo hacía a su lado, cosa que a Rico le pareció bien, pues, aunque el hombre no creía que el zorro llegase a defender a la niña si alguien tratase de hacerle algo, ya que esa no era su naturaleza, al menos la alertaría con sus agudos y molestos gañidos.

—Se ha tomado muy enserio lo de que al zorro no debería darle el sol —le dijo Rico a su esposa sonriendo mientras observaba a su hija de lejos.

—Ya sabes cómo idolatra a su abuelo… Por nada del mundo desoiría un consejo suyo.

—Y no deja de ser curioso.

—¿Te parece curioso que idolatre a mi padre? —Laura puso los brazos en jarra y le lanzó una mirada acusadora.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces?

—Es una copia tuya, hermosa e incapaz de aceptar un consejo sin haber comprobado antes que seguirlo es la única opción. Siempre tratando de hacer las cosas bien, pero no del modo que le impongan o sugieran. Sin embargo, a tu padre lo escucha y nunca pone en duda su criterio. ¿Cómo lo hará?

Laura sonrió y le besó la mejilla.

—Supongo que no siendo su padre —le contestó.



La noche anterior, tras visitar el sueño de su hermano, Seilyn volvió a su jardín de girasoles, pues necesitaba calmarse y pensar. Que Zarem no fuese en realidad su sobrina no cambiaba lo que la niña significaba para ella, eso lo tenía claro, pero que su hermano fue un cobarde no ayudando a Delilah también, y en esos momentos la joven era incapaz de verlo igual que antes.

No quería estar cerca cuando Kraigon despertase, pues seguramente este notaría que algo raro le pasaba, así que, antes de que saliese el sol, la joven agarró su bastón y tras susurrarle unas palabras a la oreja a su yegua Naina, montó sobre ella y cabalgó sin rumbo por las empedradas calles de la ciudad, y no se detuvo ni siquiera al llegar al mercado, por donde pasó entre los tenderetes para el enojo de los comerciantes, y tampoco lo hizo cuando dos capas negras a caballo le ordenaron detenerse. Escapó de ellos valiéndose de la agilidad de Naina, cuyos veloces cambios de dirección hacían imposible seguirla. Ya era mediodía cuando comió algunas ostras frescas que compró a una niña llena de churretes y luego volvió a cabalgar sin saber muy bien hacia dónde ir. A esas alturas ya tenía decidido que le confesaría a su hermano su intrusión nocturna y que le exigiría saber toda la verdad. No podía ser de otra forma, callarse las cosas y disimular era su especialidad, pero era consciente de que eso no podía callárselo. Quería conocer las razones que llevaron a su hermano a dar de lado a Delilah, pues si bien era cierto que fue ella quien lo dejó, ocurrió muchos años antes. Era imposible que aún le guardase un rencor tan virulento como para no ayudarla cuando era la única persona en el mundo que podía hacerlo.

Las horas de más calor ya habían pasado cuando llegó, de casualidad, a las murallas del costado oeste de la ciudad. Allí, una amplia calzada bordeaba Butterberd hasta las puertas principales. Las cruzó, y entonces, sintiendo el fresco abrazo de la libertad, le gritó a Naina que corriese. Una bandada de gorriones levantó el vuelo cuando pasó entre los primeros pinos. Al principio desordenados, pero luego perfectamente sincronizados, los pajarillos volaron sobre las copas de los árboles, acompañándolos desde las alturas. La yegua dejó atrás el camino y siguió en dirección norte, zigzagueando entre la multitud de pinos y arbustos del bosquecillo, hasta llegar al margen de un alegre riachuelo. Allí desmontó, y tras pedirle al animal que esperase, trepó hasta lo más alto del mayor árbol que encontró y se sentó. Cerró sus ojos y saboreó la brisa. El atardecer ya cubría el cielo de tonalidades anaranjadas y rosáceas y el Sol se ocultaba tras las lejanas Montañas Partanas, abandonando su reino poco a poco como si de un momento de felicidad se tratase, desvaneciéndose poco a poco hasta solo quedar su recuerdo.

Un hermoso colibrí comenzó a revolotear a su alrededor y se detuvo en el aire para besarla tímidamente en la nariz. Seilyn le sonrió y le acarició la cabeza con suavidad con la yema de un dedo. Entonces, el pajarillo sacudió su cuerpo ruborizado como si de un niño recibiendo su primer beso de amor se tratase, y se alejó velozmente al tiempo que un ruiseñor llegaba para posarse sobre la cabeza de la joven. A este lo siguieron siete u ocho pajarillos más que se acomodaron felices en sus hombros y sobre sus rodillas. Siempre había tenido un vínculo especial con ellos, se sentía en paz cuando estaba rodeada de aves y a veces fantaseaba con la idea de poder hablar con ellas. Si pudiese hacerlo, estas podrían contarle un sinfín de historias recogidas en sus continuos viajes. Pero, como bien sabía la joven, y aunque era evidente que algo especial y extraño debía propiciar esa inesperada alianza entre ella y los pájaros, ese no era su don. No hacía uso de sus poderes para atraerlos ni hubiese podido hacerlo, simplemente se sentían cómodos en su presencia. Y de la misma forma se sentía ella, como un pajarillo

más. No era como estar en su reino, donde ella era la soberana, donde cada noche se convertía en la reina de las mariposas.

Una racha de viento sacudió las ramas y cientos de hojas cayeron mecidas por el aire hasta unirse a las millones que ya formaban el verde tapiz que adornaba el suelo del bosque, al tiempo que los pajarillos arrancaron a volar, seguramente en busca de un refugio donde pasar la noche. Seilyn se quedó mirándolos mientras se alejaban, sumergiéndose para después emerger de pronto de entre las copas de los árboles. Volvió a pensar en Zarem, y sin poderlo evitar, un doloroso recuerdo le vino a la mente.

Zarem no tendría más de tres años, aún no tenía control sobre su don y, como siempre durante sus primeros años, llevaba puestos unos guantes de lana que su tía le había tejido para evitar que pudiese hacerle daño a alguien sin querer. Era primavera, y la niña disfrutaba de una preciosa tarde junto al pozo mientras ella la vigilaba rodeada de pájaros. Muchos de ellos también se sentían atraídos por Zarem, en especial uno muy pequeño de colores azulados que no paraba de posarse en su cabeza provocándole graciosos ataques de risa. Sentada en la hierba, la niña puso las palmas de sus manos hacia arriba invitándolo a subirse a ellas, y el animalillo lo hizo de un salto mientras ella sonreía. Estaba feliz, como siempre lo había estado hasta entonces. Pero en un instante todo cambió. Una puerta se cerró de golpe en el interior de la vivienda y la niña brincó asustada. Seilyn corrió a cogerla cuando se percató de lo que acababa de suceder en un intento de que la pequeña no viese lo que había hecho, pero no llegó a tiempo. En el centro de una perfecta circunferencia formada por hierbas secas y flores marchitas, Zarem miraba sus manos cubiertas por la lana con ojos acuosos. Sobre ellas, su diminuto amigo yacía petrificado y retorcido. De alguna forma, su don se había proyectado hacia el exterior, sin necesidad de contacto directo. De nada sirvió que intentaran consolarla contándole historias sobre el otoño, esa fue la última vez que se acercó a un ser vivo que no fuese su familia, siendo Naina años después una maravillosa excepción.

Seilyn dirigió la vista hacia la yegua, que se encontraba a los pies de un árbol. Parecía harta de esperar, pue son paraba de mirar hacia arriba retozando y dando nerviosos pisotones con una de sus patas delanteras.

—¡Vale, tranquila, ya voy! ¿es que nunca va a dejar de asustarte la oscuridad? ¡Miedosa!

La joven se descolgó ágilmente de una rama a otra hasta llegar al suelo, montó sobre Naina y se encaminó hacia la posada, aunque ahora prefería hacer el camino despacio, sin prisas por llegar. Y es que, aunque le costase admitirlo, le daba pánico encarar a su hermano, no porque le tuviese miedo a él, pues eso nunca había ocurrido, sino todo lo contrario. Tenía miedo de ella misma. Tenía miedo de no ser capaz de volver a verle de la misma forma si este le decía algo que no le gustase. Tenía miedo a algo que nunca había temido, saber la verdad. Durante un buen tramo del camino jugó con la idea de callárselo, de hacer como si esa noche no hubiera violado la intimidad de su hermano ni hubiese descubierto nada, pero terminó desechándola, consciente de que su carácter acabaría haciendo que tarde o temprano todo estallase de la peor forma. Definitivamente, tenía que decírselo, aunque no sabía cómo.

Y aún seguía dándole vueltas a la cabeza, intentando encontrar las palabras que le diría, cuando, tras cruzar una esquina, llegó a su destino. Llevó a su yegua a los establos y entró al establecimiento.

—Disculpad… —le dijo con un hilillo de voz la niña a cargo del turno de noche.

—¿Me has dicho algo? —le preguntó Seilyn acercándose.

—Anoche, un hombre… no, dos. Bueno, en realidad eran tres…

—Sí, tienes razón, perdona mi descuido. —La maga le sonrió y buscó bajo su capa, sacó una pequeña bolsa de cuero anudada con un hilo de esparto y volcó varias monedas de plata sobre el

mostrador—. Creo que será suficiente, si no me equivoco. ¿Habría, por casualidad, otra habitación libre?

—Sí, hoy mismo se ha quedado una libre en el segundo piso…

—Pues ya no está libre. —Seilyn metió la mano en la bolsita y sacó varias monedas más, las dejó junto a las otras, cogió las llaves que le entregó la niña y subió hasta la planta superior donde se encontraba su habitación y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Zarem desde el otro lado.

—Soy yo…

—Estábamos preocupados —dijo Kaín, que fue quien abrió.

—Preocúpate por ti, capa negra. Yo sé cuidarme —espetó Seilyn, y pasó por su lado sin mirarlo siquiera, pero Kaín la detuvo agarrándola por el brazo con cuidado.

—No veo que ninguna capa cubra mis hombros, y nunca os hice daño alguno ni dije nada que pudiese molestaros. Si me equivoco, os pido disculpas.

—Sé quién eres, y sé quién fue tu padre.

—Yo no soy mi padre.

—Eso lo veremos… tarde o temprano.

—Creo que te estás pasando, Seilyn. Kaín es como mi hermano, no se merece que lo trates así —le dijo Sisou, totalmente distinto sin la descuidada barba que cubría su rostro.

Seilyn lo miró un instante a los ojos, consciente de que el chico tenía razón. Estaba nerviosa y lo había pagado con él.

—Lo siento —le dijo a Kaín antes de susurrarle al oído—. Espero que sea más tarde que temprano, por tu bien.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Zarem.

—Ya sabes que no me gustan las ciudades, y esta huele especialmente mal.

—Pues a mí no me parece tan fea —dijo la niña sonriendo a la vez que encogía los hombros—. Está empezando a gustarme ahora que estamos todos juntos… hoy mi padre y yo hemos estado en un precioso jardín con cisnes negros. Está cerca de aquí, podríamos llevarte mañana, te gustará. ¿Quieres?

—¡Claro! Tengo que ver ese lugar. ¿Cisnes negros? No lo creeré hasta que no lo vea. —Seilyn sonrió y miró hacia la ventana donde Kraigon observaba apoyado.

—De hecho, he pensado que podríamos quedarnos hasta el final del verano… por lo pronto. El hermano de Rico se pasó por aquí hace unas horas con un mensaje de su parte —dijo Kraigon, y le tendió una pequeña hoja de papel enrollado.

Seilyn lo cogió y lo leyó:

Como ya os dije, os debo la vida. Nada de lo que os pueda dar a vos o a vuestros amigos podrá igualarse a lo que vosotros me habéis dado a mí. Hoy, mientras pasaba las horas con mi familia, he vuelto a caer en la cuenta de que lo había perdido todo… hasta que os conocí. Ver a mis hijos crecer y a mi mujer envejecer, y yo junto a ella, no sería posible de no ser por vosotros. Si en algún momento necesitáis algo, lo que sea, hacédmelo saber. Ya sabéis dónde encontrarme.

Sin más, vuestro eternamente agradecido amigo,

Rico Hart

Post data: Como os prometí, hay una pequeña casa junto al Lago de los Cisnes Negros, al sur de la posada, que os pertenece.

—Tu sabrás en quién confías. Yo no conozco de nada a ese hombre. A su hermano, en cambio, sí tuve el placer de conocerle,

espero que no se le parezca. —Seilyn le devolvió la hoja de papel a Kraigon.

—Creo que puede ser una buena opción, Rico no nos traicionará. Además, ¿dónde podríamos ir si no? —preguntó el testario.

—Cualquier sitio es mejor que una ciudad, sabes de sobra lo que opino… Pero también pienso que podríamos esperar, al menos, a que los días sean menos calurosos. Cuando llegue el otoño venderemos la casa y buscaremos algún otro lugar… Hay muchos pueblos donde elegir, con el oro que saquemos podríamos abrir una taberna.

—Me parece bien, ¿y a ti, pequeña?

—Si en ese pueblo hay arces, me parece bien —contestó Zarem con una sonrisa dibujada en el rostro antes de girarse hacia Sisou—. ¿Te quedarías con nosotros, Sisou?

—Ojalá pudiera, lo prometo —dijo el joven cogiéndole la mano.

—¿Por qué no puedes?

—Porque mi familia debe estar en un sin vivir. Tal vez incluso teman que no esté vivo, debo ir con ellos.

—¿Vendrás a vernos alguna vez? —le preguntó mientras dos lágrimas cruzaban sus mejillas.

—¡Claro! Incluso podríais venir con nosotros, en Castor se vive bien —afirmó arqueando una ceja mirando en dirección a Seilyn—. Y no huele mal ni hay ratas.

—¿Podríamos? —le preguntó la niña a Kraigon, que se acercó a ella y se agachó para secarle las lágrimas con el dorso de un dedo.

—Ya lo decidiremos, el padre de Sisou ya ha hecho mucho por mí, no podemos arriesgarnos a causarle problemas. Tal vez, cuando

pase algo de tiempo y las cosas se calmen… Además, hay algunos asuntos que debo tratar aquí.

Ya entrada la noche y tras comer algo de pan dulce acompañado con leche de vaca que Seilyn bajó a comprar en compañía de su sobrina, Sisou y Kaín se retiraron a descansar a la otra estancia. Zarem se había quedado dormida nada más acabar de cenar y Kraigon había apagado las dos velas que iluminaban el lugar para que no despertase. Seilyn miraba el tintineante farolillo de la calle hipnotizada por el vuelo de los muchos insectos que lo acosaban ansiosos por saborear la luz que emitía. La Luna pasaba por los últimos días de su fase menguante y parecía el filo de una hoz de oro, lista para segar un campo repleto de estrellas.

—No es mal chico —le dijo su hermano, que se acababa de apoyar en la ventana junto a ella y también miraba hacia la luz.

—¿A quién te refieres?

—Sabes a quien me refiero, al joven Belamour.

—Lo sé —dijo Seilyn dejando escapar una sonrisa—. Si no fuese así, te lo habría dicho. —Kraigon también sonrió.

—Sé que lo sabes, y por eso estoy seguro de que te ocurre algo. —La maga lo miró y se mantuvo un instante en silencio, decidiendo cómo se lo diría.

—Tengo que contarte algo.

—¿Debería preocuparme?

—Anoche tuve un mal sueño y desperté para intentar tranquilizarme. Estabas murmurando palabras que no entendía. Sé que no debería haberlo hecho, pero lo hice.

—¿Qué hiciste? —Al mago comenzaron a sudarle las manos.

—Te prometo que solo quería ayudarte. Mi intención era entrar, y si lo que veía era una pesadilla, despertarte… Pero no imaginaba

que terminaría viendo lo que vi. —Kraigon desvió la vista de ella y volvió a mirar hacia la calle.

—¿Recuerdas lo que soñaste? —preguntó Seilyn. Su hermano suspiró, y sin mirarla, le contestó.

—Es mi condena. Desde esa noche, todas las demás he tenido que volver a ese momento. —Hizo una pausa antes de continuar—. Hay cosas que no sabes.

—No me digas… ¿Pensabas contármelo en algún momento?

—Lo pensé millones de veces.

—¿Por qué no lo hiciste?

Kraigon suspiró tras observar a Zarem, acurrucada en el catre.

—Porque no era necesario. Ella es mi hija, es lo único que importaba entonces, y ahora.

—¿De verdad piensas que si hubiese sabido la verdad no la habría tratado igual?

—No he dicho eso. No tiene nada que ver contigo, sino con ella. Cuanta más gente lo supiese, más opciones había de que otro testario lo descubriese. ¿Recuerdas a Disie Tones?

—Cómo podría olvidarlo… Decenas de magos murieron por culpa de ese desgraciado. Pero creo recordar que los mismos inquisidores a los que se vendió lo quemaron vivo al oeste de Verhim.

—Así fue. ¿Y nunca te has preguntado por qué habrían querido deshacerse de algo tan útil para sus fines?

—Tal vez Disie se arrepintió de traicionar a su pueblo… —La joven se encogió de hombros.

—Si se hubiese arrepentido, los habría matado. Era un testario, no habrían tenido forma de anticiparse a sus pensamientos. ¿Sabes qué creo? Que no les importó porque hay más como él, solo que han sabido ocultarlos. Por esa razón no podía dejar que nadie supiese lo de Zarem. Ni siquiera tú.

—¿Por qué no la salvaste? —preguntó de pronto Seilyn atravesándolo con la mirada. Kraigon volvió a girarse hacia el farol.

—No hay ni un día que no me martirice por eso.

—Que te martirices no justifica que lo hicieras. Era Delilah. ¡Era nuestra familia!

—¿Crees que no lo sé? La amaba…

—No entiendo cómo se puede amar a alguien y quedarse sin hacer nada cuando la van a enviar a una muerte segura.

—Me equivoqué, y fui consciente de ello desde el primer momento… Pero Delilah no pensaba igual. A Corvinus lo desterraron por algo muy grave y la arrastró con él. Sabía que, si huía, los Inquisidores no pararían hasta encontrarla. Por eso me pidió que no la ayudase, para proteger a su hija.

—Cuando volvió a Verhim embarazada, ¿la enviaste tú?

Kraigon negó con la cabeza.

—Eso fue idea suya… Yo ni siquiera sabía que estaba encinta. Llevaba casi nueve años sin saber nada de ella. Lo cierto es que te puso en peligro… Pero también es cierto que cualquier madre hubiese hecho lo mismo para proteger a su hija.

—No se me ocurriría culparla por ello.

—Yo sí lo hice en su momento. —Kraigon apretó los labios y los puños con fuerza como si tratase de retener las lágrimas que no paraban de brotar de sus ojos. Seilyn lo rodeó con los brazos.

—No todo el mundo hubiese renunciado a todo por hacer de padre de la hija de otro. Nunca podré perdonarte por no haberla salvado, pero eres mi hermano, y te quiero. Y el mejor padre que Zarem podría tener, tiene mucha suerte de tenerte. Y yo también.

—¿Y si te dijera que Delilah sigue viva? —La joven se sorprendió tanto de oír eso que no logró pronunciar palabra alguna—. Ya sabes que los testarios nacemos con un don y una maldición.

—No creo que sea una maldición el hecho de que vuestra alma se vincule de por vida a otra persona. Es algo muy bonito si sucede.

—Siempre te he dicho que mi alma estaba vinculada a la de Zarem. —Kraigon respiró hondo.

—¿Qué quieres decir?

—Mi alma no se vinculó a la de Zarem… porque ya había elegido a otra muchos años atrás.

—¿Delilah lo sabía?

—No, nunca quise que se compadeciera de mí. No quería que se sintiese culpable cuando…

—¡¿Sabías que tu enfermedad la causaba la distancia entre tú y Delilah y me has tenido todos estos años buscando una explicación que sabías que no encontraría?! —Kraigon asintió hundiendo la vista en la calzada—. Bueno, ¿y que tiene eso que ver con la posibilidad de que Delilah siga viva?

—Si hubiese fallecido, mi enfermedad habría remitido. En cambio, sigue matándome lentamente.

—Eso quiere decir que… Está viva —concluyó Seilyn al tiempo que se ponía a andar en círculos nerviosa tratando de encajar lo que acababa de oír—. Tenemos que hacer algo —le dijo a Kraigon.

—No hay nada que podamos hacer. No hay forma de volver a cruzar esa muralla, y menos aún de volver. Y si la hubiese, no

podríamos encontrarla. Han pasado muchos años y yo sigo enfermo. Significa que está bien, eso es lo que importa.

—¿Se lo dirás algún día a Zarem?

—Si se lo dijese, estaría poniéndola en peligro. La conoces igual que yo, ¿crees que no acabaría colándose en el carro de otro mercader que se dirigiese hacia la ciudad para intentar llegar al Bosque de los Dioses?

—Tienes razón. Hay algo más que me gustaría saber. Está claro que esos asuntos que tienes que tratar aquí están relacionados con ese loco al que has salvado la vida. ¿Vas a decirme por qué lo hiciste?

—Por alguna razón, la de Zarem ha sido la única mente en la que nunca he podido entrar, hasta que me ocurrió lo mismo con él.

—Pero si es humano, ¿no?

—Sí. Y eso es lo que más me preocupa. Algo muy poderoso protege a la niña y lo que quiera que sea se parece demasiado a lo que me expulsó de la mente de ese hombre. Tal vez ese loco nos dé la clave para que entendamos el poder de Zarem.

—¿Nunca te has preguntado qué crimen cometió Corvinus?

—Era un ladrón. Llevaba años robando y asaltando junto al resto de su banda. Se decía que incluso habían llegado a colarse en el Palacio de Mármol en una ocasión, pero no se sabe si es cierto. Lo que sí es cierto es que la última vez que lo vieron fue en Tiberia. Consiguieron saquear la mismísima Guarida del Merodeador, pero cometieron el error de tratar de salir de la ciudad. Darco Tyrois había dado la orden de cerrarla a cal y canto y subir los puentes levadizos para que nadie pudiese cruzarlos. Los Secuaces del Ladrón los capturaron ese mismo día.

—¿Y cómo es que no les cortaron el cuello?

—Lo hicieron… a todos excepto a Corvinus. El desgraciado entregó a los pocos que habían logrado ocultarse y devolvió el botín a cambio de conservar la cabeza. Tal vez pensaría que lo absolverían o algo así, pero acabó siendo desterrado.

—E hizo que Delilah sufriera su mismo destino… —se resignó Seilyn.

Kraigon fue hasta el catre en silencio, donde se sentó.

—Creo que esta noche voy a necesitar tu ayuda para dormir —le pidió a su hermana, quien tras cumplir sus deseos también se acostó y durante un buen rato se quedó observando a Zarem.

La respiración de la niña era casi tan imperceptible como el caer de una hoja en el bosque, como si su alma hubiese salido a pasear dejando su cuerpo en la más profunda paz. Y allí, mirándola, Seilyn pensó en el destino que les aguardaría. La proposición de Sisou de que se asentaran en Castor podía no ser mala idea, sobre todo porque, aunque no pensase decirlo en voz alta nunca, le había cogido cariño al muchacho, al igual que Zarem. Además, sabía por boca de su hermano que varias familias magas se habían asentado allí, y eso era importante. Si habían logrado sobrevivir en Verhim y mantener su naturaleza en secreto todos estos años, había sido gracias, en gran parte, al respaldo de los demás vecinos, pues muchos de ellos eran magos y por regla general se ayudaban entre sí. Todos eran familia allí, y Castor podría ser muy parecido. Lo que no tenía claro era qué haría Sisou para ocultarse allí. A estas alturas todo el reino sabría que el hijo del cocinero del rey y señor de Castor había sido desterrado, y más sus vecinos. La única salida que veía era que el chico también cambiase de hogar e iniciase una nueva vida. No había querido decírselo, pues bastante había pasado ya y ahora se merecía, al menos, descansar junto a su familia, aunque seguramente sería la última vez que los tendría tan cerca si era lo bastante inteligente y no quería que lo apresaran y condenaran junto a toda la casa Brada. Aunque si alguno lo tenía difícil era Kaín. Nadie sabía del retorno de Sisou y Kraigon, pero de igual forma

apostaba por que el apellido Belamour vivía sus últimos días. Desertar de la Guardia de la Tormenta era considerado traición, y que el delito lo hubiese cometido el descendiente directo de Tristán Belamour, lo empeoraba. Lo cierto era que a Seilyn le sorprendió que el joven hubiera sacrificado tanto por salvar a su amigo, pues la lealtad no era una cualidad que abundase, pero él había demostrado tenerla. Aunque dudaba de si el muchacho había tenido tiempo de meditar sobre lo que iba a hacer y en el problema en el que se iba a meter.

Antes de cerrar los ojos, la maga se preguntó qué habría sido de Delilah. ¿Habría encontrado un nuevo hogar más allá del Bosque de los Dioses? ¿O seguiría allí, rodeada de elfos? Fuera como fuese, las palabras de Kraigon habían aliviado un poco el peso de su alma, un peso con el que cargaba desde el aciago día en el que se llevaron a su amiga tan lejos de ella y de Zarem, ese día en el que, como a tantos otros antes, la hicieron callar y desaparecer.



Al norte de la ciudad, Darmund Hart y sir Dawson contemplaban con preocupación el incesante incendio que asolaba el mar verde. Por suerte, el viento soplaba en dirección norte, llevándose el denso humo consigo e impidiendo que llegase hasta la ciudad.

—Ahí tenemos la confirmación de que los elfos están en guerra. Definitivamente, son flechas —dijo convencido el capitán mientras apretaba los ojos en un intento por que su cansada vista le permitiese ver con más claridad.

—Lo que no entiendo es por qué disparan sus arcos hacia arriba… ¿Es que luchan sobre las copas de los árboles?

—Seguramente lo hagan, dada su naturaleza… Pero estoy convencido de que son ellos mismos los que están disparando.

—¿Los elfos usando el fuego para prender sus saetas?

—No creo que supusiera ningún alivio para el bosque que no lo hicieran. Deben quedar pocas zonas sin devastar, están desesperados. Tal vez nos estén pidiendo ayuda…

—O avisándonos —concluyó Darmund acariciándose la barba.

—¿Qué es eso? —preguntó sir Dawson inclinándose sobre las almenas en un inútil intento por distinguir lo que acababa de llamar su atención, y Darmund hizo lo mismo.

—¡Guardias a las almenas! —gritó de repente el capitán a cargo esa noche.

En un instante decenas de capas negras se prepararon en sus puestos, con sus arcos apuntando hacia el Paso de los Dioses. Al final de este, una figura acababa de salir de la espesura y se acercaba tambaleante a la muralla.

—¡No disparéis aún! —ordenó Darmund antes de dirigirse a su acompañante—. Está demasiado lejos, dejemos que se acerque un poco más. De hecho, deberíamos dejarle llegar hasta aquí.

—¿Para qué? ¿Para que su cadáver se pudra junto a la puerta?

—Para que nos cuente de qué huye.

Sir Dawson asintió y una vez más ordenó que nadie disparase su arco.

—No es un elfo, eso está claro… Apostemos, sir Dawson, ¿humano o mago?

El viejo no respondió hasta que el hombre estuvo a los pies del barranco.

—Parece herido. Difícilmente logrará llegar hasta las puertas. Acompañadme, tengo una idea.

—Ordenad que destensen los arcos y que nadie se mueva de su puesto —le dijo Darmund al capitán al mando antes de entrar en el torreón principal tras sir Dawson.

Lo siguió escaleras abajo hasta llegar al primer nivel, y tras pedírselo, el viejo sacó de uno de sus bolsillos un puñado de llaves unidas por una delgada soga. Separó una y con ella abrió la puerta que conducía al balcón. Una vez allí, arrastraron una larga escala de madera que aguardaba enrollada junto a la pared y la descolgaron muralla abajo.

—Podríamos meternos en un problema por esto —advirtió Darmund en tono serio al tiempo que el capitán se disponía a descender por ella.

—Y también podría ayudarnos a solucionar otros. Además, no podrán verme si no me alejo demasiado de la pared —dijo convencido el capitán señalándole con los ojos el saliente del segundo nivel muchos pies más arriba, el cual los ocultaba.

Cuando llegó a tierra firme, supo que el hombre había conseguido llegar hasta allí, pero este habría gastado las fuerzas que tuviese en lograrlo, pues jadeaba desesperadamente recostado contra el muro. Tenía el cabello enmarañado, lleno de barro y ramas secas, carecía de calzado y solo un deteriorado chaleco impregnado en sangre cubría su torso. Sus pantalones no tenían mejor pinta y jirones de tela colgaban de él. Estaba muy sucio, pero al capitán le pareció que era joven.

—Os sugiero que me digáis vuestro nombre —le dijo sir Dawson.

—Pronto llegaran… Matadme, pero no dejéis que me cojan… os lo suplico…

—Os exijo que digáis vuestro nombre —repitió de nuevo.

Al muchacho le temblaban las manos de manera exagerada, tenía una importante herida infectada en uno de sus hombros y era incapaz de hablar con claridad, pero, aun así, levantó la cabeza y posó sus dos ojos azules en el viejo, quien aguardaba su respuesta.

—Cas… Mi nombre… es Castrian.

OTOÑO: CAPÍTULO 15: LA GUARIDA DEL ENVENENADOR

El verano se marchó lentamente, y con la misma parsimonia, el otoño fue haciéndose notar. La plaza central de Butterberd estaba minada de hojas de arce y acículas de pino secas que deambulaban de aquí para allá movidas por la suave brisa, misma que batía los cientos de estandartes azules y amarillos que adornaban el lugar. Gran cantidad de farolillos esperando a ser encendidos colgaban uno tras otro de guirnaldas que cruzaban por las alturas atadas a la infinidad de árboles. Esa semana, los mercaderes no desplegarían sus toldos ni venderían en la plaza. Tampoco los herreros forjarían ni los pescaderos gritarían tratando de vender su apestoso género. Tampoco las tabernas abrirían ni los labriegos ararían. El equinoccio de otoño había llegado y como cada año, la ciudad estaba de celebración.

Rico Hart cruzaba la plaza con su esposa agarrada del brazo en dirección a la tarima donde les esperaba la mesa principal. Sobre ella, decenas de platos repletos de adornados manjares y jarras tanto de vino como de hidromiel aguardaban dispuestos con cuidado y solemnemente custodiados por el total de la Guardia de Butterberd. Un pasillo formado por capas negras partía en dos la bulliciosa muchedumbre y abría el camino al señor de la ciudad y a su familia. Rico sonreía, no como lo solía hacer, sino con una amplia y resplandeciente sonrisa fruto del tremendo orgullo y la embargante felicidad que sentía. Además del inicio de la semana del otoño, ese día era su cumpleaños, y como siempre, toda la ciudad estaba ahí para celebrarlo con él.

El Sol ese mediodía era solo un tímido espectador acomodado entre almohadones grises amontonados en un catre con sábanas de colores apagados, no muy interesado en la multitud que, bajo él, se

aglomeraba tras los guardias que delimitaban la zona de acceso, deseosos de ver a su señor y a su familia, e impacientes por el inicio del banquete. Para ello, cientos de largas mesas con manteles azules y amarillos habían sido desplegadas y aguardaban a los comensales repletas de todo lo que se podría esperar. Sobre ellas había quesos, carnes asadas, panes especiados y dulces, patatas cocidas y demás. Varios cochinillos rellenos de arándanos también, en bandejas decoradas con coronas de violetas y tulipanes amarillos. Asimismo, decenas de barriles de vino, de hidromiel y de licor de cereza dejaban claro que nadie pasaría sed.

Sir Dawson hizo una reverencia a su señor y este, dejando a un lado los refinados protocolos, lo abrazó. Los gemelos iban, como siempre, vestidos con los mismos ropajes. Ambos lo hacían con sendos chalecos de color azul cielo abrochados con botones de oro y pantalones y camisa de seda blancos. Sus zapatos, a juego con sus chalecos, cerraban con broches dorados. Laura llevaba uno de sus vestidos blancos de corte vertical y con hermosos dobladillos decorados con refinados bordados, y Naiara lo hacía con una preciosa túnica de manga, roja con adornos en plata, de los mismos colores que el pañuelo que exhibía el llamativo zorro, el cual llevaba acomodado entre sus brazos. Rico se sentó en el centro, Laura a su izquierda. Vigo y Lucius lo hicieron a su derecha, y Naiara junto a su madre. Cuando todos estuvieron sentados, las trompetas sonaron anunciando el inminente discurso del señor de la ciudad, y progresivamente, la multitud enmudeció.

—¡Ciudadanos de Butterberd! —comenzó a decir Rico tras volverse a poner en pie—. Hoy, como cada año, tengo la suerte de poder celebrar mi aniversario en vuestra compañía, una compañía que pocos en el mundo tienen la suerte de tener, y por la que siento una profunda gratitud. Muchos son los señores de este reino, y seguramente todos ellos piensen que su ciudad es la mejor… Pero yo les digo que se equivocan, ¡Pues no hay otra ciudad que se pueda comparar a Butterberd, ni un pueblo que pueda igualar al suyo! —

aclamó levantando su copa de oro en dirección a su público—. ¡Queda inaugurada la semana del otoño!

El ensordecedor clamor regresó y pronto las mesas se abarrotaron de gente que devoraba todo lo que esperaba ser devorado. Bardos tocaban sus arpas y sus laúdes y varios bufones de ropajes estrambóticos entretenían a los incontables niños que los rodeaban expectantes mientras sus padres comían, bailaban y se emborrachaban.

—Este año tu cumpleaños va a costarle más oro que nunca a la ciudad… —le comentó Laura a su esposo al tiempo que cogía un trozo de queso viejo.

—¿Ves que les importe? —preguntó él indicándole con los ojos que mirase hacia la multitud que reía y disfrutaba.

—Tampoco es que les demos otra opción.

—Una ciudad que festeja es una ciudad feliz.

—Tal vez serían más felices si tuviesen que pagar menos impuestos…

—Déjame decirte, querida esposa, que disiento de tus palabras. Por menos que pagasen seguirían temiendo y maldiciendo el próximo cobro, en cambio, durante toda una semana olvidan sus preocupaciones y se enorgullecen de pertenecer a la mejor ciudad del reino… y encima justificamos sus pagos.

Rico se encogió de hombros.

—Y su señor puede pavonearse junto a su familia… Olvidabas esa parte, amado esposo.

El hombre se quedó un instante en silencio, sin saber qué decir, y cuando lo hizo, cargó sus palabras de medida chulería y las acompañó con su media sonrisa.

—Si lo deseas, puedo hacer que pongan fin a las fiestas. Cuando pregunten les diré que fue por orden de su señora, así podrás tratar de convencerles de que lo mejor para sus monótonas vidas es que no festejen ni se diviertan…

—¡Me parece bien! —respondió Laura, para inmediatamente después, y ante la angustiosa cara de su esposo, ponerse en pie indicando a los trompeteros que hiciesen su trabajo. Tras esto, agarró su copa de vino y la levantó.

—¡Pueblo de Butterberd! —comenzó a decir mientras Rico le susurraba que no hiciese lo que iba a hacer—. Tengo que deciros algo. Sé que para la mayoría de vosotros este es el día más esperado del año… También lo es para mi esposo, ya sabéis como le gusta cumplir años.

La gente comenzó a reír.

—Laura… por favor… siéntate —susurró de nuevo, pero ella le sonrió segura de sí misma y continuó hablando.

—Pero para mi familia, esta vez la semana del otoño será aún más especial. ¡Estoy de nuevo embarazada!

Todos comenzaron a gritar y a aplaudir, todos excepto el señor de Butterberd, y no porque no le gustase la idea de tener otro hijo, que de hecho quería cuantos más mejor, sino porque nadie le había dicho nada hasta ese momento, a pesar de que estaba claro que Naiara sí lo sabía dada la mirada de complicidad que cruzó con su madre. Los gemelos parecían no haberse siquiera enterado de que pronto tendrían un nuevo hermano o una nueva hermana, pues los dos seguían tratando de pelar unas almendras.

—Enhorabuena, mis señores —les felicitó sir Dawson, abrazando cálidamente primero a Laura y después a Rico.

Tras este, muchos más empezaron a llegar, tantos que se tuvo que organizar una cola para que fuesen subiendo uno a uno y no

echasen abajo la tarima.

—¿Cuándo pensabas decírmelo, mi amor? —preguntó Rico a la madre de sus hijos cuando las felicitaciones hubieron acabado, ya entrada la tarde.

—¿No te ha quedado claro? ¡Pues hoy! —se burló ella antes de continuar—. El maestre Pipien me dio la noticia hace tres días, pensé que podría esperarme hasta el inicio de las fiestas, sé cómo amas esta semana y que no habría una mejor ocasión.

—No habría sido tan buena si hubiese muerto de la sorpresa…

—¡No digas eso ni en broma!

—Me encanta que te preocupes por mí, mi amor.

—¿Quién iba a ser entonces el blanco de mi ira cuando el pequeño Rico decida venir al mundo?

Una sonrisa de oreja a oreja apareció en la cara del futuro padre.

—¿Lo dices de verdad? ¿Vas a dejar que nuestro próximo hijo tome mi nombre? Espera… ¿Cómo sabes que será varón?

Laura también sonrió.

—Sé que te quedaste con las ganas cuando Vigo y Lucius nacieron… Ahora soy más madura, creo que podré soportar tener a dos Rico robándome los perfumes… Y sí, sé que será un niño.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Supe que nuestro primer hijo sería niña, y supe que los dos siguientes serían niños. ¿Por qué no iba a poder saber que el cuarto también lo será? ¿Por qué lo dudas?

—No lo dudo, lo temo.

—¿Temes que acierte?

—Temo que no lo hagas… No sé si podría lidiar con tres mujeres Belross.

—Nunca me cansaré de llamarte idiota.

Laura sonrió y la dio un puñetazo a su esposo en el brazo, a lo que él respondió plantándole un beso en los labios.

El primer día de la semana del otoño transcurrió como se esperaba, con miles de ciudadanos celebrando y bebiendo hasta desfallecer, cosa que algunos hacían en el primer sitio que pillaban, ya fuese encima de una mesa, bajo ella, o, los que más, bajo algún árbol, acomodados sobre colchones de hojas secas. Otros fueron retirándose progresivamente de la plaza con la intención de reponer fuerzas para seguir con la fiesta al anochecer y, los que menos, por lo general los jóvenes, aguantaron toda la tarde y aún podían verse pequeños grupos de ellos desperdigados por la zona cuando los faroles comenzaron a iluminarlo todo. Acababa de prenderse el último que quedaba por hacerlo cuando los Hart decidieron que era hora de irse a descansar, así que tras despedirse de varios amigos con los que compartían el tiempo, sir Dawson ordenó a toda la guardia que procedieran a escoltarlos hasta la fortaleza, quedándose allí solo los capas negras que hacían el turno de noche, que no eran muchos, ya que, si bien era cierto que la fiesta continuaba hasta bien entrada la madrugada, asistían muchas menos personas que por el día.

Avina, como siempre que volvían de algún lugar, esperaba sentada en un pequeño banquito dispuesto junto a la entrada de la estancia principal. En incontables ocasiones su señora le había insistido en que no era necesario que aguardase allí, ya que si en algún momento la necesitaban podían hacerla llamar, no había forma de que no la encontrasen en la fortaleza, sobre todo porque en muy raras ocasiones la abandonaba. Pero por más que se le dijese, esa era su forma de ser. Se ocupaba y preocupaba de los pequeños y de Naiara como si fuesen sus nietos, los quería, y por qué no decirlo, los necesitaba. La anciana no tenía familia en la ciudad, ni amigos o

amigas que se supiese, así que toda su vida giraba en torno a esos niños. Fue sir Dawson, harto de ver como la vieja pasaba las horas de pie junto a la puerta, quien un día salió en busca de una carpintería y compró el banquito para que pudiese, al menos, sentarse.

La nana se fue con Vigo, Lucius y Naiara en dirección a sus estancias para asegurarse de que se metían en el catre, y los señores lo hicieron en la suya, cerrando la puerta tras de sí. Aún no era tarde, y por eso el matrimonio decidió aprovechar la agradable brisa que corría para pasear un rato por el jardín antes de dormir. El embriagador aroma a dama de noche endulzaba el ambiente, la Luna asomaba tímida entre las oscuras nubes que plagaban el cielo, y el coro de grillos y alguna que otra tardía cigarra parecían componer la música con la que bailaban las muchas polillas de alas blancas que deambulaban reflejando la luz de los faroles, los cuales alumbraban el camino otrora de tierra y hierba y ahora de hojas marrones, amarillas y rojas caídas de los señoriales arces. Ya habían dado media vuelta al lago, cuando Rico arañó levemente el silencio que ambos habían guardado hasta entonces.

—Mi hermano, al igual que yo, piensa que deberíamos adelantarnos, que esperar a ver qué sucede es un error. Anoche me pidió permiso para salir junto con varios soldados por las Puertas del Olvido, está convencido de que lo que ha quemado el bosque sigue cerca del Paso de los Dioses, preparándose para atacar la ciudad.

—¿Por qué ahora? ¿No tuvo el valor suficiente para ir en tu lugar cuando lo hiciste y quiere hacerlo ahora que el fuego lleva semanas remitiendo?

Laura arqueó una ceja, no le hacía falta más, pues de sobra su esposo sabía lo que pensaba de su cuñado.

—Te lo he dicho cientos de veces, mi amor, ningún otro que no hubiese sido yo podría haber ido. Amo a mi hermano, pero ni si quiera de él podía fiarme para ello, podíamos perder mucho, y lo

sabes. El reino podía haber perdido mucho si, llegado el caso en que lo hubiesen capturado, y puedo asegurar que lo habrían hecho más pronto que tarde, hubiese confesado su identidad y que era enviado por el señor de la ciudad que representa a todo el reino. No quiero imaginar lo que los elfos habrían podido llegar a hacer si hubiesen descubierto que los humanos habíamos roto el pacto.

—En eso tengo que darte la razón, tu hermano se habría ido de la lengua para tratar de salvarse el culo.

—No es tan malo como piensas…

—Ni tan bueno como piensas tú.

—Es mi hermano… y cría cuervos, no puede estar muy bien de la cabeza, sería cruel no quererlo y defenderlo.

Laura soltó una carcajada, pero tras hacerlo, se percató de que su acompañante había parado de caminar e intentaba ver qué acababa de moverse entre la arboleda, a unos pasos de distancia de donde se encontraban.

—¿Qué es? —preguntó la mujer aumentando la fuerza con la que se agarraba al brazo de su esposo.

—No lo sé… pero creo que nos vigilan —contestó él desenfundando su espada.

Los balajes que decoraban la negra empuñadura brillaron reflejando la luz de los faroles y un frío silencio llenó el espacio que los separaban de lo que los acechaba oculto entre los arbustos.

—¿Quién eres? —preguntó a la oscuridad, y como respuesta, algo cayó a sus pies, algo que hizo que Laura soltase un grito y que él diese un paso atrás preparándose para luchar.

—¡Es una mano, Rico! ¡Es una mano! —gritó ella enterrando sus ojos en la espalda de su esposo.

—¡Es una mano! ¡Es una mano! —se burló quien salía de la arboleda.

—Buenas noches, señor de Butterberd —dijo Baferson al tiempo que hacía una ridícula reverencia.

—¿Quién es? —susurró la mujer.

—El loco del que te hablé, uno de mis compañeros de celda cuando estuve en el bosque —contestó Rico para después preguntar —. ¿Qué habéis venido a buscar a mi hogar, Teori?

Este, por su parte, comenzó a reír.

—¿Qué os hace tanta gracia? No os lo preguntaré una tercera vez, ¿Qué habéis venido a buscar a mi hogar?

—Puedes bajar tu arma, no pretendo que nos llevemos mal, Rico Hart. Solo he venido a hacerte una proposición.

—¿Por qué tendría que escucharos?

—No tienes por qué hacerlo… pero te conviene si no quieres que todo el reino sepa dónde te fuiste de vacaciones…

—Hablad —dijo Rico tras un instante de silencio.

Baferson dio unos pasos hacia delante, con una maliciosa sonrisa cruzando su cara y mirando de forma enfermiza a los ojos de Laura. Luego se detuvo y dejó caer su espada al suelo.

—Siempre es bueno comenzar una negociación mostrando buena fe… ¡He de admitir que no lo esperaba en absoluto! ¡El cadáver andante era nada más y nada menos que el señor de Butterberd! Pero tranquilo, no te guardo rencor por no habérmelo contado, como tampoco te lo guardo por llevar desde el día en el que volvimos enviando sicarios a cazarme… —El loco señaló con los ojos la mano cortada, luego continuó—. Yo en tu lugar hubiese hecho lo mismo, no tiene que ser plato de buen gusto tener a alguien como yo suelto por las calles de tu ciudad y, además, he de

admitir que ha sido divertido dejar que creyesen que no me percataba de que me seguían, y cuando menos lo esperaban… ¡Zas! Pero bueno, no quiero enrollarme más, te veo ocupado con esa hermosa puta con la que te casaron… He observado que has obsequiado a nuestros amigos mágicos con una preciosa nueva vida… Parecen realmente felices, sobre todo la niñita.

—¿Sois consciente de que con total seguridad Kraigon sabe que los vigiláis?

—¡Claro! Y quiero que así sea, tenemos una conversación pendiente, es bueno que sepa que yo tampoco me olvido de ello… ¡Pero vayamos a lo que nos importa! Quiero la misma oportunidad que ellos, yo también colaboré en tu rescate.

—Vos sugeristeis hasta la saciedad que me dejasen morir allí, si mal no recuerdo incluso os prestasteis a quitarme la vida para, como decíais, «aliviar la carga». Además, a todo eso hay que sumarle el hecho de que sois un vil asesino. ¿Pretendéis que os obsequie con una casa como premio por asesinar a seis de mis guardias y colaros en mi fortaleza?

Baferson volvió a reír.

—¡No! Quiero que lo hagáis con una buena bolsa de oro, tan grande que mi caballo prefiera morir a tener que cargar con ella, ya decidiré después donde quiero vivir, aunque te aseguro que no será aquí, esta ciudad apesta a perfume refinado, por lo que como yo lo veo… ¡Salimos ganando todos!

Rico valoró por un momento la propuesta de Teori, pero terminó desechándola, a pesar de que su esposa insistía en voz baja en que la aceptara para que el loco se fuese y no les hiciese nada.

—Si os dejara salir de esta ciudad, estaría faltando al honor de toda mi familia. Vos sois un desterrado y un asesino, y como tal, no puedo permitir que salgáis de aquí con vida.

—Como quieras… —dijo Baferson agachándose para recoger su espada—. ¿También vas a intentar matar al resto de nuestros amigos entonces? Cerdo hipócrita…

El loco se abalanzó sobre ellos con tal fiereza que Rico solo pudo apartar a Laura de un empujón y tirarse hacia un lado tratando de esquivarlo. Cuando lo hizo, rodó por el suelo sin soltar su espada, y tan abarrotado de hojas secas estaba que muchas se quedaron pegadas a su capa cuando, velozmente, volvió a ponerse en guardia.

—¡Corre, Laura!

La mujer salió corriendo en dirección a la puerta de su estancia, pero Baferson fue tras ella, y la hubiese alcanzado de no ser porque el señor de Butterberd lanzó un veloz espadazo que habría amputado la pierna de Teori si no hubiese tenido reflejos para saltar justo a tiempo. Tras este, una larga ráfaga de ataques hizo tambalearse al temido demonio loco, quien retrocedía tratando de parar las acometidas del que parecía que iba a ganar el duelo. En un par de ocasiones, Teori intentó contraatacar haciendo uso de su brutalidad, no buscando una zona desprotegida del cuerpo de su rival, si no queriendo arrasar con todo lo que se pusiera en la trayectoria de su nueva espada, pero la preciosa reliquia con balajes incrustados de la casa Hart, ágilmente usada por su dueño, hizo inútiles sus intentos, y no solo eso, si no que cada oportunidad desperdiciada de Baferson venía seguida de un inminente aumento de la moral de su contrincante, el cual aprovechaba para corregir la posición de sus pies y estudiar su siguiente movimiento.

Laura ya casi había cruzado el jardín cuando, en una de las muchas veces que miró a sus espaldas para asegurarse de que no la seguían, se paralizó al presenciar el momento en el que las tornas cambiaron en el enfrentamiento. Tal vez por exceso de confianza, o de vanidad, Rico olvidó hacer lo que siempre hacía cuando luchaba, posicionarse dejando una vía de escape, cosa que Baferson debió notar, ya que, en lugar de seguir retrocediendo, se plantó haciendo que el espacio entre ambos se redujese tanto que a Rico se le hizo

imposible seguir atacando, y cuando quiso coger distancia desplazándose a la derecha, una brutal patada en el pie de apoyo lo barrió, quedándose tumbado bocarriba hundido en hojas. Intentó recuperar su espada, pero la bota del demonio loco pisó su mano.

—No tenéis forma de salir de la ciudad, os acabarán capturando, podéis tenerlo claro —le avisó consciente de que muy posiblemente serían sus últimas palabras.

—¡Ayúdennos, por favor! ¡Lo va a matar! ¡Tenéis que ayudarnos! —se oía gritar desesperada a Laura, ya fuera del jardín.

Baferson, recobrando el aliento aún, acarició con el extremo de su hoja el rostro de su ahora indefenso rival.

—¿A que esperáis para matarme?

—Las cosas no tendrían por qué haber acabado así, señor de Butterberd. Tú has buscado esto. Voy a matarte, no tengas la menor duda… Pero ahora te necesito para salir de aquí —dijo al tiempo que miraba hacia la puerta, por la que más de veinte soldados de la Guardia de Butterberd con su veterano capitán a la cabeza habían salido y se acercaban corriendo espadas en mano.

—¡Tirad vuestra espada, Teori Baferson! —ordenó sir Dawson cuando se detuvieron, a no mucha distancia.

—¡No des ni un paso más, viejo! —advirtió el loco.

—No tenéis escapatoria, no compliquéis más las cosas. Ese hombre tiene familia, no cometáis el peor de los errores.

—No pienso cometer ningún error, Dawson. Es por eso… —Levantó bruscamente a Rico del suelo y le pasó el antebrazo izquierdo por la garganta para inmovilizarlo, mismo sitio donde apoyó la afilada hoja de su espada—. …que vas a ordenar a todos esos idiotas a los que comandas que tiren sus armas y se tumben bocabajo para que el señor Hart y yo podamos salir de aquí con garantías. ¡Si no lo hacen ya, le rebano el pescuezo!

—¡No lo hagáis, sir Dawson! —gritó Rico llevándose un fuerte golpe en la sien con el pomo de la espada de su captor como advertencia de que cerrase la boca.

—Está bien, Teori, tenéis mi palabra de que ninguno de mis guardias os impedirá abandonar la fortaleza. —El capitán indicó a sus soldados que hiciesen lo que el loco había pedido—. Pero no puedo dejar que lo hagáis con mi señor. Soltadlo, y yo también dejaré mi espada. Entonces podréis marcharos.

Baferson soltó una carcajada.

—¿De verdad crees que voy a fiarme de ti? No has hecho otra cosa en tu aburrida vida que lamerle el culo al padre de este, y ahora a él. Según mi código de honor, tu dignidad está podrida. ¿Te fiarías tú de quien no tiene dignidad?

El capitán, sin perder la compostura, dio un paso adelante.

—Tenéis razón, llevo toda la vida sirviendo a los Hart, pero no me avergüenzo de ello, es más, me enorgullece. Ese hombre al que agarráis no solo es mi señor, es mi amigo, y os prometo que si sufre el más mínimo daño haré que paséis por la peor de las torturas antes de mataros. No veo que tengáis otra opción que aceptar mis condiciones. No ganáis nada matándolo.

Baferson se quedó un instante en silencio, seguramente estudiando sus posibilidades.

—Está bien, viejo. El señor Hart vendrá conmigo hasta las puertas de salida, cuando esté seguro de que tengo el camino libre, lo dejare ir. Sobra decir que, si oigo un solo paso tras de mí, lo degollaré.

Sir Dawson envainó su espada y Teori recogió la de Rico y la metió en su funda.

—Al menos me darán una buena suma por esta reliquia…— murmuró antes de dirigirse, llevando a su rehén consigo, hacia la

salida.

—No vais a saliros con la vuestra, os lo juro —le hizo saber Rico.

—Yo creo que sí… suelo salirme con la mía siempre —se burló Baferson.

Tras abandonar el jardín, cruzaron la estancia y se encaminaron por el pasillo principal, el cual los llevaba a su destino, el exterior. Hicieron el camino sin mayores problemas que el encontronazo que tuvieron con una muchacha del servicio que tuvo la mala suerte de cruzarse con ellos. El loco le gritó que se tirase al suelo y ella obedeció lloriqueando y suplicando que no la matasen. Por fortuna para Teori, pocos más seguirían despiertos en la fortaleza y la totalidad del turno de noche de la Guardia de los Hart había acudido a la llamada de auxilio de Laura y ahora se encontraban tumbados en el patio. Sí podían suponerle algún peligro los arqueros que vigilaban desde lo alto de los torreones, aunque fuese improbable que alguno de ellos se atreviese a disparar su arco en dirección a la siempre concurrida plaza, menos aún la primera noche de la semana del otoño. Antes de salir, Baferson se detuvo y estampó a su rehén contra la pared.

—Deberías haber retirado a ese viejo hace tiempo, solo un idiota confiaría en la palabra de un demonio… ¿Unas últimas palabras, Rico Hart?

Ese fue el momento en el que el señor de Butterberd se convenció de que su vida acababa, así que cerró los ojos e intentó vaciar su mente, como si por alguna extraña razón no quisiese quedarse con un pensamiento a medias, ni tampoco no poder terminar de decir lo que quisiese decir, por lo que calló. Siempre había sido consciente de que la diosa de la muerte reclama a todos en algún momento, y lo cierto es que hasta sintió algo parecido a la paz cuando se dio cuenta de que solo unos meses atrás podría haber muerto en un oscuro agujero, alejado de su familia. De su hogar. En cambio, ahora al menos moriría en casa, cerca de los

suyos. Incluso tal vez Arkha fuese clemente con él y le diese tiempo para despedirse de Laura. «Laura». Fue lo único que no quiso sacar de su cabeza.

Algunos dicen que los gatos son capaces de sentir el momento en el que alguien va a fallecer. También que son espías de la diosa de la muerte, y quizás por eso, uno de ellos, negro como la turmalina y con dos grandes ojos verdes, se acercó y se quedó observando inmóvil al asesino, ya fuese porque buscaba algo para comer o porque, de alguna forma, el mito era cierto y había percibido la inminente llegada de su cruel señora vestida de sombras. Teori le dio una patada y el animal emitió un agudo chillido antes de salir corriendo. Baferson lo siguió con la vista hasta que desapareció perdido entre las piernas de la gente que festejaba en la plaza, y cuando quiso retomar su asesinato, un ruido de aleteos volvieron a interrumpirlo. El loco miró hacia el final del pasillo tratando de ver que originaba el creciente sonido solo para encontrarse con una bandada de al menos diez cuervos volando vertiginosamente entre graznidos hacia él, y como si los pájaros lo hubiesen hipnotizado con sus caóticos vuelos, no hizo otra cosa que agachar la cabeza para evitar que alguno le partiese la nariz o le saltase un ojo. Cuando la levantó, se encontró a Darmund Hart junto a él, vestido del color de la noche, hundiéndole en el costado una daga negra adornada con oscuros rubíes. Y ya fuese por la sorpresa o por el efecto del veneno que impregnaba la punzante hoja, Teori no reaccionó, solo exhaló un breve aliento y sus rodillas se doblaron, sus manos dejaron de sostener su espada y su vientre se retorció. Cayó al suelo luchando por respirar, dando guturales bocanadas de aire mientras sus labios se tornaban más y más azules al tiempo que perdía el control de su cuerpo. Solo sus manos parecían seguir conectadas a su cabeza, las cuales apretaba con fuerza haciendo evidente el sufrimiento del que era presa. Poco a poco, sus intentos por aferrarse a la vida fueron mermando, y finalmente, sin poder siquiera maldecir a su asesino, cerró sus ojos y dejó de sentir.

—¿Estás bien? —preguntó entonces Darmund a su hermano mayor.

—Lo estoy… aunque no sé muy bien cómo.

Darmund le tendió el puñal manchado de sangre.

—Esencia de purnalita. Si una sola gota entra en contacto con la sangre, envía al instante al pobre desgraciado al descanso eterno.

—Tú y tus venenos… Aunque esta vez debo agradecer esa extraña obsesión tuya, para algo tenía que servir que volvieses de las Islas del Oeste convertido en una suerte de necromago… —se burló Rico al tiempo que abrazaba a su hermano.

—Gracias, hermano —le dijo antes de ver a sir Dawson y al resto de su guardia personal llegar.

—Te dije que funcionaría —murmuró el menor de los Hart al experimentado capitán cuando este estuvo a su lado.

El señor de Butterberd recuperó su valiosa espada y ordenó que quemasen el cadáver del asesino, después, se marchó.

El alba ya anunciaba su llegada cuando, en algún oscuro y tétrico lugar, una maltrecha puerta se abrió. No había ventanas ni rendija alguna que dejase entrar la luz, tampoco plantas ni estatuas que la decorasen, solo una sombría mesa repleta de libros y frascos contenedores de misteriosos líquidos, y una silla en la que se sentaba el joven Castrian. Como si del títere de un bufón se tratase, Teori entró. Su espalda estaba encorvada y sus hombros caídos, y

caminaba arrastrando penosamente sus pies. Darmund Hart lo agarraba por el hombro, no porque fuese a escapar, si no para guiarlo. Los ojos del loco estaban ausentes, su mirada, vacía. La blanquecina baba que salía de los laterales de su podrida boca impregnaba su barba, y la sangre empapaba su sucia camisa por el lado que había recibido la puñalada.

—¿Habéis averiguado algo acerca de esos demonios bebedores de sangre? —preguntó el muchacho a Darmund.

—No… aún no, pero creo que podré convencer a mi hermano para que me deje ir a echar un ojo al Bosque de los Dioses. Por cierto, os presento a Teori, vos os encargaréis de que no muera.

Darmund abrió una puerta al fondo, a la derecha de la mesa, y arrojó al asesino al interior, el cual tuvo la suerte de caer cara arriba, pues ni para darse la vuelta parecía tener conciencia. Allí si había una ventana, aunque estaba protegida por gruesos y oxidados barrotes.

—Habéis hecho mucho mal, Teori Baferson, y no hubiese sido justo que murieseis de una forma tan piadosa. A muchos tal vez les bastaría con saber que el reino se ha librado de vos, pero para mí eso no es suficiente.

Darmund se acercó a la ventana y tras sacar de un bolsillo la mano amputada que Baferson había dejado en el jardín, la dejó allí. Decenas de cuervos fueron apareciendo, amontonándose unos encima de otros mientras la despedazaban. Algunos, tras arrancar su pedazo de carne, volaban para terminar posándose en los hombros de su amo, donde podían comer tranquilos mientras otros ocupaban el hueco que había dejado.

—De sobra conozco los efectos de la sustancia que corre por vuestras venas, y sé que entenderéis lo que os voy a decir. Cada noche, ese joven de ahí afuera os traerá refinados platos para comer y buen vino y agua para beber… —comenzó a decirle al catatónico Teori—. Pero quiero que sepáis algo. Todo lo que comais o bebáis

estará mezclado por un curioso veneno que no os matará, pero que irá apagando vuestros sentidos poco a poco, en una marcha lenta pero constante, de una forma que apenas si podréis notar. No os traerá dolor ni sufrimiento, todo lo contrario, pero llegará el día en el que ni los párpados podréis mover. Será cuando yo os obligue a mantenerlos abiertos para que veáis como mis hijos os arrancan los ojos —dijo acariciando la cabeza de uno de los cuervos, el cual trataba de engullir un largo y huesudo dedo cómodamente posado en su brazo.

CAPÍTULO 16: EL BAILE DE LOS CISNES NEGROS

Dulces adornados con piñones, castañas asadas y sin asar, pasteles de nueces, manzanas recubiertas de caramelo elaborado con azúcar de caña, infusiones de té con canela y galletas de un sinfín de sabores, las más comunes, las de almendras. La calle principal de Butterberd estaba abarrotada de tenderetes que esa semana habían cambiado su género habitual por los platos típicos de la época del año en la que se encontraban, muchos vecinos habían decorado la entrada de sus casas con piñas y hojas de arce rojo, y en muchas puertas colgaban coronas de hojas enlazadas y frutos de madroño. La niña maga amaba todo aquello. No tenía nada que ver con su nombre, pero sí con su don, el cual por alguna razón le parecía menos dañino cuando todo a su alrededor era naranja y marrón y los días adquirían una tonalidad ocre. Fuese por lo que fuese, el otoño era la estación favorita de Zarem. La pequeña añoraba todo lo que estuviese relacionado con Verhim, aunque había sabido ver el lado bueno del que, de momento, era su nuevo hogar. La casa no era muy grande, aunque sí más que en la que siempre había vivido con su padre. Estaba construida con piedras cuadradas y negras, mismo color que las inclinadas tejas del techo. Dos ventanas protegidas por compuertas de madera tachonada custodiaban la puerta, robusta, pero a la vez refinada, y con una aldaba de metal con forma de rosa que para usarla tenía que ponerse de puntillas. El interior constaba de una estancia principal con chimenea para calentarse y cocinar, y tres más pequeñas al fondo, cada una con un catre y una ventana de tamaño mucho más reducido que las de la entrada. Como era costumbre en Butterberd, un farol colgaba en el centro de cada estancia listo para proporcionar luz, y junto al hogar había un leñero a medio llenar que su tía se encargaba de mantener siempre con algunos troncos secos que recogía en el bosquecillo a las afueras de la ciudad, donde esta solía pasar las horas. En

ocasiones, la niña la acompañaba en sus excursiones y buscaba piñas caídas de los árboles para después entretenerse sacándole los piñones, pues les encantaban, al igual que a su padre. Sisou también se sumaba a veces, diciendo que necesitaba despejarse, aunque Zarem siempre había pensado que lo hacía porque le gustaba su tía, la cual no es que lo correspondiera mucho, aunque era evidente que también lo pasaba bien cuando estaba él, y como su sobrina, lo echaba de menos. También a Kaín, pues, aunque Seilyn no lo admitiera, al final había terminado congeniando con él, y es que, hasta el momento de su partida, ambos solían charlar junto al fuego cuando los demás ya dormían, y entre susurros, tímidas risas acababan escapando. Habían pasado semanas desde que los dos muchachos se fueron rumbo a Castor, y la niña no había terminado de acostumbrarse a su ausencia. Al menos, esa semana la ciudad estaba tan hermosa y repleta de tantas delicias que no tenía demasiado tiempo para añorar, cosa que sí hacía cada vez que paseaba junto a su padre por el lago de al lado, su lugar preferido en Butterberd.

Hasta hacía poco, el jardín que lo rodeaba estaba repleto de rosales que mostraban orgullosos sus vistosas y elegantes flores rojas, pero ahora estas formaban parte del acolchado suelo, donde sus pétalos desprendidos se mezclaban con las hojas perdidas de los muchos árboles caducos. Los arces rojos que siempre daban sombra se dotaban de un bello color anaranjado en las cada vez menos horas de luz, y el gigantesco reloj de sol que coronaba la roca del centro del lago apenas si podía desempeñar su función. Los cisnes negros danzaban elegantemente por el agua, tan minada de nenúfares que parecía evocar un cielo turquesa repleto de blancas estrellas con vestidos verdes, algunos buscando a su futura pareja, otros disfrutando con parsimonia de la que ya encontraron, mientras que todos juntos participaban en un eterno a la par que nostálgico baile. Últimamente, la brisa venía cargada del inconfundible aroma a castañas asadas, y cada día, durante sus paseos, Kraigon compraba una docena de ellas, metidas en pequeñas cestitas de esparto, para que padre e hija calmasen su antojo. Aunque esa tarde, como la

anterior, no pudieron acabarlas todas, ya que por alguna razón el mago, llegada una hora, apremiaba por retornar a la casa, como si de repente temiese por la seguridad de la niña… o de la suya. Esa noche cenaron pollo a la brasa, y de postre, como no podía ser de otra forma, manzana dulce, y tras ello, Zarem se fue a dormir, pidiendo como de costumbre a Kraigon y a Seilyn que no le cerrasen la puerta ni apagasen el farol de su estancia.

—Hoy han vuelto a seguirnos —le dijo el mago a su hermana junto a la chimenea cuando casi hubo acabado su jarra de leche tibia.

Ella, sin apartar la vista del fuego, se mordió el labio inferior antes de decir lo que pensaba.

—Sabes de sobra quién tiene la culpa de que ese loco ande suelto y ahora nos aceche… no debiste dejarlo vivir.

—Si te soy sincero, estaba seguro de que podría seguir sus pasos…

—Pero te equivocaste.

—Me equivoqué. La poca conexión que logré establecer con su cabeza se diluyó pasados pocos días. Es cierto que debería haber supuesto que eso pasaría habiendo sido testigo directo del poder que protege su mente, pero no fue así. Admito que la posibilidad de relacionarlo con la naturaleza de Zarem me cegó, y que tal vez varios inocentes ya hayan asumido los costes de mi error. Ahora lo único que podemos hacer es intentar encontrarlo… El problema es que creo que no solo él nos ronda. Aún sin poder ver por sus ojos, todavía puedo sentir su presencia cuando está cerca, y o ya no cuento con esa ventaja o el hombre al que vi esta tarde oculto tras los árboles no era él.

—Si llegaste a verlo no era él… sabes que ya lo habría encontrado si no fuese bueno escabulléndose. —Seilyn cogió uno de los tronquitos que había apartado junto a las patas de su silla, y lo

echó a las llamas—. Lo que también quiere decir que este último es más torpe, y eso es buena señal, lo trincaré sin problemas. Incluso tal vez nos lleve al escondite del loco.

—No creo que guarden relación el uno con el otro…

—Yo creo que sí, y lo sabremos con seguridad pronto. A partir de mañana os seguiré cuando vayáis al lago, buscaré un lugar fuera de la vista, me esconderé, y esperaré.

Como dijo que haría, a la tarde siguiente la maga salió tras los pasos de su hermano y de Zarem, vistiendo su túnica verde y en compañía de su bastón de cedro. Unos arbustos amontonados cerca del margen del jardín le sirvieron de escondite, y que esa jornada el Sol ni siquiera se hubiese dignado a dejarse ver, haciendo que durante todo el día las sombras florecieran en su particular primavera, también ayudó. Durante varias horas la joven aguardó pacientemente, tratando de no sucumbir al hipnótico baile de los cisnes negros para no perder de vista el resto del entorno, ya que sabía que, en cualquier momento, quien los vigilaba aparecería ante sus ojos, como terminó sucediendo ya cuando padre e hija retornaban a casa.

Tras el tronco de uno de los integrantes de una numerosa familia de cipreses que coronaban una pequeña elevación del terreno, una negra figura permanecía inmóvil, observando sospechosamente a su hermano y a la niña. Así que, con el sigilo de una ágil araña saltadora, y tras cubrir su cabeza, fue cambiando el anonimato que el tronco de un árbol le concedía por el del siguiente, sirviéndose de sus aliadas, las sombras. No tardó en llegar al primero de los cipreses, y no dudó en pasar rápidamente al segundo. Lo mismo sucedió con el tercero, y con el cuarto, también. Cuando estuvo en el quinto una remolona ardilla vino a saludarla poniéndolo todo en peligro, a la cual tuvo que espantar para que quien se había convertido en su presa no la descubriese, y por fortuna, el animalillo terminó perdiéndose entre las ramas valiéndose de sus centelleantes saltos que, si bien hicieron que el hombre

oculto bajo una túnica negra mirase en dirección al ruido, este no tardó en olvidarlo, seguramente convencido de que solo un animalillo lo rondaba, y no se equivocaba. Seilyn se desplazó fugazmente y sin dejarse oír hasta la espalda del oscuro vigilante, quien, por otra parte, estaba claro que no era Baferson, pues era mucho más alto y menos tosco y encorvado. Tampoco olía a pis de hurón. Muy despacio, la araña dejó de estar agachada para erguirse, preparándose para atacar desplegando sus venenosas patas delanteras. Pero justo cuando se disponía a inocular su letárgico veneno, de las copas de los cipreses que la rodeaban cientos de cuervos surgieron, y entre graznidos, todos se lanzaron a por ella, quien tras conseguir deshacerse de los primeros dando manotazos al tiempo que trataba de protegerse los ojos, al final acabó siendo derribada de forma inevitable y ahora permanecía en el suelo, tumbada en posición fetal para cubrirse las zonas más vulnerables, sobre todo la cara, mientras gritaba pidiendo ayuda a su hermano atrapada en un macabro festín del que era el plato principal. De pronto, con la misma velocidad que habían llegado, la negra bandada abandonó su obsesión, y los pájaros asesinos volvieron a desperdigarse dejando su cena atrás, plagada de pequeños y sanguinolentos agujeros y sin fuerzas siquiera para girarse y ver el rostro de quien, a todas luces, era el Señor de los Cuervos.

Kraigon no tardó en llegar, alertado por los gritos y seguido por Zarem, y allí la encontró, encogida y gris por la pérdida de sangre, llorando y sufriendo por el dolor de las muchas heridas y, seguramente, preguntándose por qué sus amigos alados le habían hecho eso. Su hermano la llevó cogida entre sus brazos hasta la casa, donde tras entrar, cerrar la puerta y cubrir las ventanas, la acostó en uno de los catres, el que la joven había hecho suyo tiempo atrás, cuando decidió quien ocuparía cada estancia. La desvistió con ayuda de la niña, la cual no paraba de derramar lágrimas preocupada por su tía, quien por momentos perdía el contacto con la realidad, y cuando no lo hacía, solo tiritaba y miraba hacia el techo claramente sin ver nada.

—¿Va a morirse? —preguntó Zarem al mago entre sollozos.

—¡Trae algo de agua y trapos! —le pidió este sin saber qué responder.

La pequeña hizo caso y corrió a buscar lo que Kraigon necesitaba, y cuando volvió, cargada con un cubo a medio llenar, se paralizó al entender que lo que su padre quería transmitirle con la mirada es que algo no iba bien.

—Papá… —fue la única palabra que acertó a pronunciar antes de que Kraigon la interrumpiese.

—Las heridas puedo curarlas… son cientos de futuras cicatrices, pero no son graves. El problema es que ni mil cuervos podrían provocar esto… Me temo que la han envenenado.

La niña soltó el cubo y se apresuró a ver de cerca la mano de Seilyn, la cual el mago sostenía y observaba preocupado. Sus uñas estaban tornándose moradas, y sus labios cada vez estaban más negros y agrietados. Mechones de cabello se habían desprendido de su cabeza, y aunque pocas zonas de su cuerpo estaban sin manchar por la sangre, las que no lo estaban, mostraban el pálido color de la muerte.

—No quiero que se muera… tienes que hacer algo, papá… por favor —murmuró rota Zarem.

Kraigon, también llorando y visiblemente desesperado, comenzó a lavar de manera compulsiva con los trapos humedecidos el acribillado cuerpo de su hermana.

—No hay nada que podamos hacer cariño. Solo limpiar las heridas y esperar.

—¿Esperar a que? ¿A que se muera?

El mago dirigió de nuevo la vista hacia la niña, y tal vez no sabiendo que responder, o tal vez otorgándole la dolorosa respuesta

sin decir palabra alguna, calló. Pero pronto quedó claro que esperar no iba a ser posible, pues los temblores de la moribunda de repente se tornaron en violentos espasmos que sacudían su frágil cuerpo, obligando a su hermano a agarrarla con fuerza tratando de que no acabase en el suelo, mientras que de su boca salía abundante espuma blanca y sus ojos se giraban hasta que la pupila acaba desapareciendo tras el párpado superior.

—Lo siento… —le susurró hundido Kraigon agarrando su pequeño puñal y acercándolo al corazón de Seilyn.

Zarem, destrozada pero consciente de lo que su padre iba a hacer, y tristemente sabedora de que esa era la única forma en la que su tía escaparía del sufrimiento que la apresaba, se fue sumida en un llanto tan desgarrador que el farol que iluminaba la estancia se apagó por un instante, como si hubiese titubeado en si debía continuar trayendo luz a ese ahora aciago lugar. Pero justo cuando el mago se disponía a alejar para siempre a la joven del dolor, alguien llamó a la puerta principal.

—¡No abras! —gritó a la niña mientras seguía tratando de contener a su hermana.

Zarem no dijo nada, pero se oyó como retiraba la tapa de la mirilla, y tras eso, abrió la puerta desobedeciendo a su padre.

—¡¿Zarem?! —preguntó preocupado.

Un incómodo silencio en el que sólo podían oírse los leves suspiros en los que la respiración de la ya casi ausente Seilyn se había convertido, precedió al sonido de la puerta cerrarse, y tras eso, Zarem llegó corriendo con un frasco en la mano, se lo dio al mago y empezó a gritarle que se lo diese de beber a su tía, que era el antídoto al veneno que la estaba matando. Kraigon, sin perder tiempo, sacó el tapón de corcho que cerraba el pequeño recipiente de cristal y derramó entre los labios de su hermana el verde líquido que contenía. Durante la breve pero impaciente aguarda en la que ráfagas de esperanza nadaban por la estancia sin rumbo como peces

descubriendo eternamente el triste estanque al que han sido arrojados, padre e hija se apoyaron sin palabras agarrándose las manos con fuerza, tratando de regalar al otro ánimos ante la agónica espera. Una espera que tocó a su mejor fin cuando Seilyn abrió sus despiertos ojos negros, parpadeó, y sonrió, luego resopló.

—¡Ha faltado poco! —intentó bromear la muchacha, pero su familia no rio, solo se tiraron en el catre para abrazarla mientras lloraban incluso más que antes.

—¿Viste el rostro de quien te lo dio? —quiso saber Kraigon.

Zarem se mordió el labio inferior y miró al techo, como si quisiese retrasar la respuesta.

—Puedes verlo también tú, papá… Está junto a la chimenea… —dijo al fin.

El mago se sorprendió de que la niña hubiese dejado pasar a un extraño, aunque fuese en un momento tan tenso como el que había vivido hacía un rato. De igual manera le extrañaba no haber advertido su presencia, pues normalmente los pensamientos de poco peso de la gente, como a él le gustaba llamarlos, llegaban a sus oídos en forma de fugaces susurros, inteligibles, pero que le permitían anticiparse a la llegada de cualquiera que, a diferencia de él, no fuese un testario. Por otro lado, quería saber quién había salvado a su hermana, aunque sospechaba que habría sido el mismo que había estado a punto de matarla. Así que, tras pedirle a la pequeña que esperase allí con su tía, fue en su encuentro, y como Zarem había dicho, este estaba junto al fuego, sentado en una de las viejas sillas y con la vista fija en las ya brasas.

—Vuestra hermana se recuperará completamente en un par de días, os lo garantizo. Ha sufrido los efectos de un cruel veneno, muy efectivo, como habréis podido comprobar… Por suerte el antídoto que le disteis también. Como yo lo veo, le he salvado la vida —le dijo antes de volverse hacia él al tiempo que se bajaba la capucha

de su túnica negra—. Dejad que me presente, mi nombre es Darmund, Darmund Hart.

Lo normal es que esas alturas el mago ya hubiera tenido tiempo suficiente como para que no hubiese sido necesario que su interlocutor le dijese su nombre para conocerlo, pero por algún motivo, en esa ocasión había sido incapaz de asaltar la cabeza de ese hombre, quien además pareció haber notado su vano intento de allanamiento mental, pues señaló la piedra de turmalina negra que engarzaba la delicada diadema de su frente.

—No tenía constancia de que el hermano menor del mismísimo Rico Hart fuese un inquisidor —le dijo Kraigon para después aceptar sin dudar el ofrecimiento de Darmund de sentarse junto a él, consciente de que, aunque fuese un asesino de magos, no era matarlos a ellos lo que pretendía, pues de lo contrario le hubiese bastado con no traer el antídoto para ahorrarse cortar un cuello. Estaba claro que el envenenador quería algo, y el mago estaba seguro de que no tardaría en hacérselo saber.

—Lo de la chica fue un desafortunado error. Mis hijos y yo la confundimos con un asesino a sueldo enviado por algún señor menor que buscase algún tipo de venganza hacia mi hermano… Os pido disculpas por lo sucedido, señor Ta-Has.

El semblante de Kraigon pareció ensombrecerse al confirmar que, como suponía, había sido el torturador de Seilyn. Se tomó un instante para controlar su creciente ira, no para desecharla, si no para reservarla para cuando tocase el turno de hacerle pagar por sus crímenes, ya que tenía la certeza de que todos los de su orden tenían manchadas las manos con sangre de magos. Lo había podido comprobar decenas de veces tras conocer los secretos más ocultos de todo inquisidor que había tenido la desgracia de cruzarse con su familia.

—Veo que os envía Rico… ¿Por qué os ordenó vigilarnos?

—Mi hermano no sabe que estoy aquí, que estemos aquí charlando no le incumbe. Si os he estado siguiendo ha sido para asegurarme de que puedo confiar en vos.

Kraigon arqueó una ceja extrañado y lo instó a explicarse y Darmund no se hizo rogar.

—¿Conocéis la leyenda de Aneth y Sephiroth?

—Todo mago la conoce…

El Señor de los Cuervos sonrió.

—¿La creéis?

—No creerla sería ir en contra del alma de mi raza. Sephiroth fue el primero de nuestra especie, pocos magos dudarían de su veracidad.

—No veo que hayáis respondido a mi pregunta, no me interesa saber lo que opina el resto de los vuestros, si no lo que opináis vos.

—¿Queréis oírme decir que creo en un cuento? Pues sí, lo creo, como todos.

—¿Y si os dijera que acertáis al creerlo?

—Como os acabo de decir, que Sephiroth es el padre de todos los magos es un hecho que nunca ha albergado duda alguna para nosotros… Pero no entiendo qué tiene eso que ver con que nos hayáis seguido.

—Queríais saber de quién recibo órdenes. —Darmund se encogió de hombros.

—Aneth fue asesinada, y Sephiroth se suicidó tiempo después, de eso han pasado milenios… sigo sin entenderos.

—Esa parte del cuento quizás sea la única que nunca sucedió. Tantos años consumido por su oscuro poder hicieron que no solo el

alma de Sephiroth quedara maldita, sino que también su cuerpo. Una cruel maldición que lo condena a vivir.

—¿Condenado a vivir? Una condena por la que muchos matarían…

—Condenado a vivir anhelando eternamente reencontrarse con su alma… y obligado por la memoria de su hermana a no hacerlo, pues si lo hiciese, el mundo de nuevo se sumiría en las sombras en las que se ha sumido cada vez que el reencuentro ha tenido lugar. —El Señor de los Cuervos retiró de su cabeza la diadema de plata—. Sois un testario, ahorradme las palabras, no tengo nada que ocultaros a estas alturas.

Kraigon dudó por un instante si usar su don con ese hombre, pues no acababa de fiarse de sus palabras, ni creía su historia sobre el padre de todos los magos, de hecho, sospechaba que su invitación escondía algún tipo de trampa… Aun así, lo hizo. Al principio el mago no encontró nada que diferenciase la cabeza de ese hombre de las demás que había visitado, un inacabable campo plagado de habitáculos, todos idénticos. Millones de estancias con cuatro lados y sin techo. Ninguna de ellas tenía ventanas ni puerta, solo paredes grises. En algunas ocasiones, Kraigon levitaba y ascendía sobre el lugar, y desde las alturas, siempre se le asemejaba a un colosal cementerio, albergador de tantos cadáveres que su dominio se perdía en el horizonte. Pero esta vez, se limitó a sobrevolar la zona, ojeando fugazmente cada contenido de esas mazmorras de recuerdos. Lo primero que pudo ver fue que el hermano de Rico Hart había tenido una buena vida, rodeada de privilegios y de comodidades, aunque eso ya lo había imaginado. Le sorprendió no encontrar una sola escena en la que se le viese vinculado sentimentalmente a alguna mujer, tampoco a ningún hombre, a parte de la buena relación que parecía que siempre había tenido con su hermano, y con la que debía ser su sobrina, la cual ocupaba gran parte de las estancias que albergaban sus vivencias de los últimos años. Por el camino, el mago también descubrió que Darmund fue enviado en calidad de inquisidor, junto a otros muchos,

a las Islas del Oeste, pues el reino temía que hubiesen magos en las que esperaban fuesen sus tierras, aunque al final nunca lo terminaran siendo como consecuencia de la derrota sufrida en la última batalla en la isla conocida como La Madre, donde el barco en el que en aquel entonces menor de los Hart se hallaba acabó hundido y él fue de los pocos supervivientes que tuvieron que esperar durante casi un año un rescate que no sabían si acabaría por llegar. A partir de ese punto, la oscuridad pareció adherirse a cada pared, pues esa etapa de la vida del Señor de los Cuervos giró en torno a lo que vio y aprendió en esas lejanas tierras, donde comunidades de piratas adoraban a extrañas a la par de misteriosas deidades.

Kraigon frenó su vuelo en seco, deseando no haber visto lo que le había parecido ver, y acercándose para asegurarse de que, como temía, así era. Un demacrado Darmund, desnudo y sucio, se arrodillaba para beber de un lago, y tras hacerlo, algo captaba su atención bajo el agua. Cuando lo sacó, resultó ser un precioso ópalo negro, como el de la leyenda, y entonces, la voz del que debía ser Sephiroth le habló. Los cuervos comenzaron a aparecer poco después, cuando los recuerdos ya lo situaban de nuevo en Skar. El testario retomó su avance, intentando asimilar de lo que estaba siendo espectador, y acelerando su vuelo hasta convertirse en una suerte de estrella fugaz receptora de información, pues quería llegar al final del cementerio de recuerdos, donde sabía que estarían las respuestas a muchas de sus preguntas. Y efectivamente, allí las encontró.

Darmund no era otra cosa que un siervo del padre de todos los magos, un fiel y comprometido buscador de la piedra que contiene su alma… y su oscuro poder. Un buscador que parecía tener la certeza de haber ubicado su objetivo, en manos de lo que sea que posiblemente a estas alturas ya haya exterminado la raza de los elfos. Y esa, precisamente, era la razón por la que el Señor de los Cuervos había ido hasta allí... Quería que lo acompañase más allá de las Puertas del Olvido. Quería que lo ayudase a complacer a su

omnipresente señor. Aunque no estaba solo en la labor, pues un joven venido del bosque de los dioses lo ayudaba. Kraigon ya casi había llegado a los límites de esa mente, cuando vio al loco y cómo este había acabado, tras eso, abandonó el lugar.

—¿Por qué debería ayudaros a encontrar esa piedra? ¿Sois consciente de lo que podría desatarse si llega a las manos equivocadas?

—Ya está en manos equivocadas. —Darmund sacó de bajo su túnica una pipa de fumar y la prendió—. A lo largo de la historia, cada vez que el alma y el cuerpo de Sephiroth han estado cerca el uno del otro, las desgracias han aflorado en el mundo. —Le dio una larga calada y retuvo un tiempo el humo dentro de su pecho antes de expulsarlo y seguir hablando—. Una de esas veces precedió al inicio de la Gran Guerra, y el eco de ello sigue resonando a día de hoy en forma de un cruel mal que termina despellejando a quien lo sufre, no creo que haga falta nombrarlo, y años después, aún con las espadas y los macuahuitl chocando por todo Skar, cuerpo y alma volvieron a separarse por azares del destino. Y la misma historia se ha repetido cientos de veces en el tiempo, ya fuese porque Sephiroth extraviase la piedra, o porque él mismo decidiese extraviarla en uno de sus constantes intentos por detener el mal desatado, tras los cuales volvía a sentir la insaciable necesidad de encontrarla de nuevo.

—¿Y qué os hace pensar que esta vez no ocurrirá lo mismo?

—Os mentiría si os dijese que confío ciegamente en las intenciones de mi señor, y no me da miedo admitirlo, a pesar de ser consciente de que conoce cada pensamiento que cruza mi cabeza y cada palabra que sale de mi boca. No le sirvo porque confíe en él, sino porque creo que está cansado. Cansado de vivir luchando con una sed que solo puede saciar cuando otros mueren, y que cuando decide sufrirla lo atormenta día y noche, hasta acabar enloqueciéndolo. Creo que esta vez su intención es destruirla, para poder al fin descansar junto a su hermana.

—Si lo que habéis contado es cierto, y ha intentado deshacerse de ella en otras ocasiones… ¿Por qué no la ha destruido antes?

—No debe ser fácil segar tu propia alma, y entiendo vuestra desconfianza vistos los antecedentes, pues nunca trató de hacerlo realmente, solo intentó una y otra vez ocultarla, aunque lo hiciese lo mejor que podía, llegando incluso a arrojarla al interior de una montaña humeante, en una tierra lejana… pero cientos de años después emergió de las profundidades ayudada por lenguas de fuego, y llamó a su otra mitad, el cual en ese momento vagaba por el mundo desquiciado por el arrepentimiento de haberla alejado de su lado. Tal vez ninguna de esas veces fue lo bastante fuerte como para despedirse de ella…

Kraigon se llevó la mano derecha a la zona baja de la espalda en un intento por contener el naciente dolor que empezaba a punzarle de manera persistente de dentro hacia afuera y carraspeó para tratar de limpiar su garganta del humo de la pipa de su acompañante, el cual ya empezaba a molestarle, y si bien el mago no dijo nada al respecto, Darmund debió notarlo, pues vació el humeante contenido a la hoguera y se la guardó.

—Disculpadme, debería haber preguntado antes de encenderla, es un vicio que a veces me hace olvidar los modales.

Kraigon le hizo saber al hombre con un gesto que aceptaba sus disculpas y retomó la conversación anterior, pues necesitaba saber más antes de decidir si le ayudaría a encontrar la temida a la par que codiciada joya.

—Cuando Sephiroth os habló en ese lago el día que encontrasteis su alma… ¿Os pidió que se la devolvieseis?

Darmund negó con la cabeza.

—Por aquel entonces mi señor pasaba por la fase de anhelo, llevaba décadas buscándola, y ya la rondaba peligrosamente, sentía su cercanía. Que yo la encontrase le dio la oportunidad de salir de su

obsesión durante un instante, lo justo para pedirme que la alejase de él y que la escondiese donde nunca la pudiese encontrar, aun siendo consciente de que tarde o temprano lo haría… Al menos retrasaría lo inevitable, dando quizás la oportunidad a una o dos generaciones a vivir sin su maldita influencia. Como os decía, parece que esta vez lo único que quiere es destruirla… y aunque sea arriesgado, lo cierto es que no hay otra opción, solo él podría hacerlo. El ópalo negro nunca permitiría que otro lo hiciese, por más poderoso que fuese. Que su legítimo dueño lo haga es la única oportunidad que el mundo tiene de deshacerse de lo que lleva milenios azotándolo, a él y a todos los que han tenido la desgracia de nacer bajo uno de sus reinados.

—Es obvio que errasteis eligiendo el escondite… que por cierto aun desconozco.

—No opino lo mismo… —Darmund volvió a colocarse la diadema de plata en la cabeza, como si de pronto temiese el poder del mago —. Os tenía por alguien más observador, Kraigon Ta-Has. Os habéis saltado el capítulo de mi vida que une el destino de vuestra familia al mío…

—Lamento decepcionaros… aunque es obvio que me lo vais a contar.

Darmund sonrió antes de hacerlo.

—Todo lugar que hospedara la piedra terminaba expulsándola, como si de alguna forma buscasen alejar las desgracias de sus dominios… por eso decidí devolvérsela a quien había sido su guardián hasta el momento en el que decidió cometer la insensatez de comandar personalmente el asalto a La Madre, durante el cual la extravió. La dejé donde sabía que la encontraría Darco Tyrois, el Señor de los Ladrones. La piedra llevaba bastante tiempo en su posesión, al parecer, y por alguna extraña razón, ninguna desgracia o mal lo aquejó en ningún momento. Y pensé que la avaricia que

marca la vida de Darco Tyrois sería el mejor escondite para el alma de mi señor.

—Arriesgado… aunque debo admitir que nadie velaría por la integridad de sus arcas tanto como lo hace ese sinvergüenza, la verdad es que su posición dista mucho de ser segura, decenas de veces su cabeza ha pendido de un hilo y vos lo sabéis, por no hablar de lo que sucederá con su tesoro el día que lo maten o muera, que por cierto no debe faltar mucho dada su edad.

—Quizás me equivocase, o quizás no hubiese habido un mejor escondite que el que al final elegí, nunca lo sabremos, pues todo se complicó el día en el que, para sorpresa de todo el reino, una banda de asaltantes logró limpiar el corazón de la Guarida del merodeador.

Kraigon respiró hondo, tratando de calmar el nerviosismo que amenazaba con desbordar su pecho, pues era consciente de que el Señor de los Cuervos estaba hablando de la banda de Corvinus, el padre de Zarem, y cuando se decidió a decir algo, aunque fuese para intentar vanamente desvincularse del tema, Darmund lo cortó.

—Mi señor lleva años vigilando a vuestra familia, pues temía que el cabecilla de esos delincuentes, a quien conocéis de sobra, hubiese ocultado allí el ópalo antes de ser capturado... cada paso que hayáis dado desde entonces lo habéis hecho bajo su constante mirada, ya no por pensar que su alma seguía allí, cosa que pronto descubrió que no sucedía, pues de lo contrario Verhim no sería el plácido lugar que es, si no porque sabía que, aunque hubiese sido indirectamente, su oscuro poder podría haber impregnado algo... La pequeña Rush, por ejemplo, parece ser que muestra un extraño a la par que desgraciado don… Quizás habría que limpiar su existencia…

Kraigon, sin levantarse, pero con una veloz determinación que Darmund no supo anticipar, extendió el brazo para agarrar con fuerza la garganta del siervo de Sephiroth.

—Ta-Has. Su apellido es Ta Has, y es mi hija, no de ese desgraciado.

Acto seguido, lo despojó de la protección que la diadema le otorgaba y la lanzó contra la pared, haciendo que la pupila negra se partiese en cientos de pequeños fragmentos que se desperdigaron por el suelo. Luego, el testario entró por los ojos del hombre, aunque en esta ocasión, su visita sería mucho más rápida que la anterior. Ya sabía qué y dónde buscar.

Como le había dicho el Señor de los Cuervos, los Ta-Has llevaban años siendo observados, y como suponía, no solo por Sephiroth, sino que también por él, habiendo Darmund incluso llegado a acercarse tanto como para acabar tomando una jarra de hidromiel en la taberna que durante tanto tiempo había sido el hogar de su familia. Era evidente que en esas ocasiones su señor le habría falseado la mente, consiguiendo ocultar sus verdaderos recuerdos e intenciones de una forma tan sutil que habría logrado engañar al experimentado testario cuando este hubiese mirado en el interior de su cabeza, como hacía con todo el que llegaba a la aldea. Aunque haber sido engañado no era lo que le preocupaba a Kraigon, si no el hecho de que ese hombre conociese la identidad de Zarem. Eso era algo que no podía permitir, pues ponía en peligro el bienestar de la niña, así que habiendo ubicado todos los recuerdos que Darmund tenía de su familia, así como del padre de todos los magos, se dispuso a hacerlos desaparecer, derribando las paredes que los contenían como si de un devastador terremoto se tratase. Pero entonces, algo que nunca había sucedido, sucedió. Una atronadora tormenta cubrió el homogéneo cielo, y entre terroríficos destellos y fuertes y constantes embates de un implacable viento, una retumbante voz se impuso a todo lo demás.

—¡Detente, hijo mío! La única forma de acabar con mi legado, es borrando cada rastro de mi paso por este mundo. El fin de mis días está próximo, y antes de marchar debo limpiar cada rastro de mi maldita vida. Eres dueño de un gran conocimiento, Kraigon Ta-Has, y sabes que esa niña porta trazas de mi vil esencia, una esencia que tarde o temprano no será capaz de contener, y que estallará

condenando todo a su alrededor. Debe morir, hijo mío, debe morir por el bien de todos, al igual que mi alma debe ser destruida.

—¡La niña no tiene nada que ver con vos, padre de todos! Ella no tiene la culpa de vuestros errores, ni su alma está manchada con vuestro sucio tacto. Si permito que se conozca su identidad, estaría faltando a mi honor. Juré protegerla, y ni siquiera vos podréis hacerme faltar a esa promesa, no debisteis haber usado a este pobre desgraciado para lograr vuestro objetivo, de cuyas intenciones dudo. Si os soy sincero, no creo que destruiros sea lo que queréis. Cuando abandone este lugar, ningún recuerdo de lo sucedido desde que este hombre os conoció quedará en pie.

Kraigon sabía que, si hacía lo que se disponía a hacer, Darmund Hart ya no tendría forma de seguir sirviendo a su señor, pues el vínculo que lo había unido a este todos esos años también se habría perdido entre los escombros y el padre de todos los magos, por más poderoso que fuese, no podría restablecerlo a menos que lo tuviese cerca o que, como ya pasó una vez, el hombre entrase en contacto con el ópalo negro permitiendo a su dueño acceder a su mente.

Seguro de que era la única opción, el testario alzó sus brazos y extendió sus chispeantes dedos en dirección a la tormenta, cuyas nubes dejaron de lanzar itinerantes rayos en todas direcciones para unirlos a todos en dos que descendieron velozmente y acabaron entrando por las palmas de sus manos, nutriendo su cuerpo con el mismo poder que alimentaba el caótico cielo, hasta que, sabiendo que había absorbido lo suficiente, lo descargó contra el suelo golpeándolo con ambos puños, los cuales se convirtieron en el epicentro del arrasador terremoto que barrió la zona.

Justo en ese momento, fuera de la mente de Darmund, al norte de la ciudad, cientos de soldados eran desplegados abarrotando por primera vez en la historia de Butterberd los tres niveles de la muralla, y tensaban sus negros arcos en dirección al Paso de los Dioses, donde, como si las sospechas del Señor de los Cuervos fuesen acertadas y el alma de su señor fuese el azote del hogar de

los elfos y esta hubiese sentido la presencia de su amo y hubiese decidido acelerar su siempre inevitable reencuentro, un silencioso a la par de ansioso ejército del color de las llamas avanzaba, formado por hombres, mujeres y hasta niños, portadores de fulgurantes antorchas y seguidores de un extraño líder ataviado con una demoniaca armadura roja a juego con un punzante yelmo que contrastaba con su negra capa, el cual comandaba montado sobre un decidido caballo, tan negro que parecía haberse adueñado de la debilitada oscuridad que ya desaparecía dando paso al amanecer.

CAPÍTULO 17: EL HACEDOR DE FUEGO

—No deberíamos dejar que se acerquen más… —le hizo saber sir Dawson a su señor, junto a él, sin apartar la vista del Paso de los Dioses, donde la interminable marabunta roja de hombres, mujeres y niños armados no paraba de llegar desde los márgenes del bosque.

—No creo que lo hagan… se detienen —dijo Rico Hart.

El que debía ser el comandante del numeroso ejército que abarrotaba cada vez más el lugar, ordenó a sus soldados detenerse a mitad de recorrido, y estos obedecieron plantándose al unísono. Acto seguido alguien hizo sonar un cuerno de guerra dos veces seguidas, y al instante la formación abandonó su caótico desorden para alinearse perfectamente fila tras fila, avanzando al frente decenas de lanceros protegidos por grandes escudos rojos y negros, todos ellos largos y estrechos, con tres caras y acabados en pico, siendo el más agudo el inferior. No se veía ni un solo caballo, a parte del imponente ejemplar negro sobre el que montaba el líder, el cual ahora trotaba de lado a lado alentando a sus silenciosos soldados.

—¿Estáis seguro de que se detienen? Porque parece que se estén preparando para atacar… —sugirió sir Dawson al tiempo que se llevaba inconscientemente la mano derecha a la empuñadura de su espada.

Rico esbozó media sonrisa antes de contestar.

—Que lo intenten…

El discurso del comandante vestido de rojo concluyó entre gritos y golpes de acero de sus fervientes oyentes, a los que se pudieron oír por primera vez desde que comenzaron a llegar desde la arboleda, y tras eso, el silencio volvió a reinar. La bestia negra

permitió que subiera a su lomo otro hombre, aparentemente no armado salvo por un largo bastón negro que cruzaba su espalda. Este vestía una larga túnica negra que en la distancia hacía resaltar su tez pálida, casi blanca.

—Dejemos que hable —pidió Rico percatándose de que el veterano capitán de su guardia se impacientaba al ver cómo líder y acompañante cruzaban el paso en dirección a las murallas a un ritmo lento pero decidido.

Casi habían llegado a los pies del barranco cuando el caballo se detuvo y sus dos jinetes desmontaron.

—¿Quién sois y qué queréis? —preguntó el señor de Butterberd desde las alturas.

El de la armadura roja se retiró su extraño yelmo, el cual solo cubría de la boca para arriba y emulaba una calavera con afiladas dagas fundidas a modo de demoníaca corona. Parecía ser joven, con el rostro pulcramente afeitado y el cabello largo, liso y de un rubio tan claro que prácticamente mostraba ausencia de color. Era complicado diferenciar mucho más desde el tercer nivel, pero a Rico le dio la impresión de que las afiladas facciones del hombre remarcaban la cruel sonrisa que no abandonaba su cara, como si le pareciese gracioso estar a punto de ser ensartado por cientos de saetas.

—No necesitáis conocer mi nombre, y dudo que seáis digno siquiera de oírlo. Lo que sí haré será responder a la segunda pregunta. Quiero que abráis las puertas de esta ciudad para permitir que mi pueblo las cruce. Si lo hacéis, como regalo, mostraré clemencia con vos y con todo el que aguarde tras las murallas.

Múltiples risas llegaron desde las almenas, y una en concreto se empeñó en sobresalir entre las demás, la de Rico.

—Es obvio que no habéis oído nunca hablar de la muralla norte de Butterberd. Seré yo quien os dé la oportunidad de volver por

donde habéis venido, como muestra de compasión. De lo contrario os garantizo que ni siquiera tendréis la oportunidad de despediros de vuestras huestes.

—Vos debéis ser quien gobierna esta ciudad, así que sois el responsable de lo que suceda a sus gentes. No es la destrucción de vuestro hogar lo que busco, si no la supervivencia.

—¿A qué teméis? —preguntó rico.

—A nosotros mismos —contestó el comandante rojo.

—Vuestros problemas no nos incumben, y ya habéis agotado el tiempo que teníais para hablar. ¡Daos la vuelta y ordenad a vuestro ejército que se aleje del lugar, o hacedles saber que serán aniquilados antes de que puedan siquiera decidir si prefieren vivir o morir!

—Me dijeron que antaño esta ciudad era regida por sangre de vanidosos… Veo que eso no ha cambiado —dijo el comandante antes de indicarle algo a su silencioso acompañante, quien había permanecido inmóvil y cabizbajo todo el tiempo, con las manos enlazadas bajo su vientre, aguardando su turno.

Este, sin apartar la vista del suelo, agarró su negro bastón y con él trazó una perfecta circunferencia a su alrededor en la tierra.

—¡Es un mago! —gritó sir Dawson antes de ordenar a los cientos de arqueros que disparasen sus saetas con la esperanza de adelantarse a lo que fuera que estuviese preparando el extraño hombre de la túnica, el cual ahora era rodeado por un cegador halo translúcido que nacía de los márgenes de lo dibujado por su cetro, haciendo que tanto él como su señor habitasen el interior de una inmensa burbuja de incolora luz.

La mayoría de las miles de flechas llegadas desde los dos niveles superiores de la muralla apenas si llegaron a impactar cerca de su objetivo, y las pocas que iban camino de hacerlo, junto con casi

todas las que fueron disparadas por los arqueros del primer nivel, desde donde era mucho más difícil fallar, acabaron descomponiéndose al entrar en contacto con la extraña pared que protegía a su invocador y a su acompañante como si de hojas de papel quemado desintegradas por un sutil golpe de brisa se tratasen. Tras la primera oleada, dos más la siguieron, resultando ambas igual de inútiles que la primera, así que Rico Hart ordenó que se prendiesen las flechas, esperando que el ardiente fuego penetrase donde el frío acero no podía, aunque al término de esta y tras un momento de espera para que el humo que ahora cubría la zona de impacto se disipase, la confianza que hasta ese momento había cegado al señor de Butterberd comenzó a menguar.

—No vamos a conseguir nada así… —murmuró sir Dawson, visiblemente abatido por la facilidad con la que el enemigo había resistido el primer embate de las fuerzas de la ciudad.

—Deberíamos atacar a sus tropas, están algo lejos, pero ninguna magia los protege que sepamos… Seguro que eso captará la atención de ese bastardo rubio —comentó el capitán Dingo Terrance oculto bajo su armadura y su yelmo.

Rico lo miró extrañado.

—¿Y vuestro superior, el comandante Akitson? —le preguntó.

—Organiza el primer nivel, me dejó al mando de este, mi señor.

Rico movió el bigote hacia un lado y frunció el ceño, dejando claro que no terminaba de darle mucho rédito a las opiniones del capitán de la guardia de la tormenta.

—Está bien, Dingo, vos dirigís a estos soldados, haced lo que creáis oportuno…

—Mi señor… —interrumpió sir Dawson—. Buena parte de ese ejército no es tal, la mitad son mujeres y niños. Además, si centramos nuestros ataques en ellos, daremos opción a que el mago

pueda intentar algo. Sabéis de sobra cómo actúan, engañando y distrayendo antes de atacar. Mientras reciba nuestras flechas, no podrá abandonar esa burbuja que lo protege… y no creo que pueda atacar desde dentro, los hechizos de protección suelen ser poderosos.

—¿Y qué sugerís pues? ¿Seguir lanzando oleadas hasta quedarnos sin saetas en la ciudad? ¿Y después qué? —insistió Dingo, quien tras un gesto de cabeza del señor de Butterberd, procedió a ordenar entre gritos a los arqueros que apuntasen hacia la muchedumbre armada que aguardaba inquietantemente tranquila las instrucciones de su líder, como si confiasen ciegamente en su criterio, hasta el punto de no reaccionar cuando el anaranjado cielo fue surcado por miles de agujas negras envueltas en llamas, que primero ascendieron decididas y luego avanzaron parsimoniosas, para finalmente precipitarse sobre su numeroso objetivo.

Los lanceros lograron levantar sus escudos a tiempo y los unieron formando un infranqueable techo donde cientos de flechas se partieron, otras, tuvieron el acierto de volar más distancia antes de caer y sortearon las primeras filas, alcanzando a un buen número de soldados que carecían de la angulosa protección. Yelmos y armaduras hicieron su trabajo reduciendo considerablemente las bajas, a pesar de que no pocos yacían desplomados en el suelo con la cabeza o el cuello atravesado por alguna que otra certera asta, y no menos de ellos gritaban envueltos en llamas, maldiciendo la rendija por la que la ardiente saeta entró.

Dingo Terrance caminaba a lo largo de toda la zona dando órdenes sin parar y sus hombres obedecían sistemáticamente. Cogían una flecha, la prendían, tensaban y volvían a disparar, logrando tras cada oleada mermar al enemigo y sembrar el desconcierto entre sus filas gracias al fuego que se alimentaba de ropajes y carne. Rico sonreía ante lo que veía, regocijándose por la demostración de letal defensa que su infranqueable muralla estaba ofreciendo, sabedor de que ese día serviría para alimentar la gloriosa leyenda de su ciudad.

—Mi señor, hay cientos de niños ahí abajo… No creo que esto sea necesario… ¡Tiene que haber otra solución! —imploró el viejo capitán, afligido por la escena y los gritos que llegaban desde la distancia, abogando por la compasión de su señor.

Este se acarició la perilla y decidió parar la descompensada matanza, gritándole a Dingo Terrance que detuviese el ataque. Los arqueros siguieron las instrucciones de su superior y aguardaron preparados para retomar su trabajo en cuanto se ordenase, sin abandonar sus posiciones y sin dejar de apuntar.

—¿Qué clase de tirano envía a la batalla a mujeres y niños? —preguntó Rico, por primera vez consciente de lo que acababa de permitir cegado por su orgullo en un inconsciente intento por evadir la responsabilidad moral.

—Uno muy parecido al que ordena a sus hombres que los masacren —le respondió sir Dawson alejándose en dirección a la entrada del torreón principal.

—¿A dónde vais, sir Dawson? —quiso saber Rico.

El veterano guardia se giró hacia él.

—Alguien tendrá que persuadirlos para que se retiren… Parlamentaré con su líder desde más abajo, es más apropiado que andar a gritos oculto tras las almenas —contestó el capitán, y tras eso, se puso el yelmo y entró en la torre.

Descendió las escaleras de caracol preparando las palabras que diría, consciente de que no sería fácil convencerles de que desistiesen en su intento de entrar en la ciudad, pues, aunque al viejo le era imposible saber de dónde venían, estaba seguro de que sería de un lugar muy lejano, y que llevarían años avanzando a través del bosque, abriéndose camino entre elfos e impensables obstáculos para llegar hasta ahí… Cuando llegó al abarrotado primer nivel aún debatía en su mente si de verdad tendría alguna posibilidad, por más que pensase su discurso.

—Comandante Akitson... —saludó cuando estuvo al borde del balcón junto al máximo responsable de la Guardia de la Tormenta de Butterberd, un hombre de algo más de cincuenta años, delgado y no muy alto ni tampoco bajo, que ocultaba bajo su yelmo negro un rostro descuidado, seguramente como acostumbraba con barba de varios días, del mismo color que su cabello zahorra. «El Garfio Volador» era su apodo, debido a su nariz angulosa custodiada por sus dos orejones desplegados, listos para emprender el vuelo.

—Capitán Dawson… —contestó este antes de preguntarle—. ¿Por qué se ha dado la orden de parar?

—Siempre os he tenido por alguien cabal, comandante. ¿No me diréis que apoyáis el asesinar a inocentes? —lo cuestionó el viejo sin apartar la vista del Paso de los Dioses, extrañado de percatarse de que nuevos efectivos habían ocupado el sitio de los caídos, y de que los que sobrevivieron siguiesen en sus puestos, inmóviles, como si formasen parte de una macabra estrategia que tuviese por fin agotar las existencias de flechas de la ciudad antes de atacar, sin importarles perder la vida con tal de que los que viniesen detrás lograsen su objetivo.

El líder rojo, por su parte, seguía bajo la seguridad que el invulnerable campo de fuerza le concedía, espectador de honor de cómo sus seguidores habían sido acribillados, aparentemente sin haber hecho en ningún momento el intento de socorrerlos.

—¡Salid de ahí y hablemos! —gritó sir Dawson.

Luego, aguardó. Una de las dos difusas siluetas que habitaban la burbuja comenzó a moverse, aunque no la de color rojo, si no la de color negro.

—¡Arqueros, preparaos para convertir a ese sucio mago en un colador a mi señal! —ordenó el comandante Akitson, pero sir Dawson agarró su brazo.

—Quizás hayan captado el mensaje, tratemos de no derramar más sangre hoy —murmuró este.

El hombre de la túnica negra atravesó la translúcida pared como si esta no existiera para su cuerpo, y cetro en mano, comenzó a acercarse hacia las puertas. Sin pedir permiso alguno, trepó el barranco y como nadie lo detuvo, llegó a las puertas de la ciudad, donde se arrodilló para alivio de todo el que esperaba algún tipo de truco.

—Mi nombre es Patrick Dawson, capitán de la guardia de Butterberd, la ciudad ante cuyas puertas llamáis.

—Conozco de sobra vuestro nombre… como conozco de sobra el nombre de esta sucia ciudad —espetó el hombre sin incorporarse, pero dirigiendo la vista hacia el capitán al tiempo que se retiraba de la cabeza la capucha de la túnica, dejando su frío rostro al descubierto.

Tenía el cabello negro y corto, con el flequillo pegado a la frente y dos marcadas ojeras negras rodeando sus pequeños y envenenados ojos color púrpura. Una delgada fisura arqueada carente de labios a modo de demoníaca sonrisa cruzaba su ancha y redonda cara. Desde el balcón era difícil distinguir si el mago era alto o bajo, aunque sir Dawson calculaba que sería bastante más pequeño que él, y mucho menos fornido… Aunque no era a sus cualidades físicas precisamente a lo que temían todos los allí presentes.

—¡Limpiaos la boca antes de hablar de mi ciudad! ¡Si os estoy dando la oportunidad de hablar, no es ingratitud lo que espero! —se oyó gritar a Rico Hart.

El mago miró hacia arriba y se limitó a acentuar su sonrisa en un tenso silencio, como si pensase que las palabras del señor de Butterberd no mereciesen respuesta, o como si tratase de provocar su ira, pero Patrick Dawson, de sobra conocedor del desbordante orgullo que caracterizaba la sangre de su señor, decidió intervenir.

—Decidme pues, ¿de qué conocéis mi nombre? Jamás fui al norte de esta muralla, ni mis gestas han sido tan importantes como para que sus canciones llegasen a donde quiera que sea vuestro lugar de procedencia… No soy más que un servidor, al igual que vos… Os ruego me ayudéis a evitar la destrucción de vuestro pueblo, pues como os digo, mi leyenda y mi autoridad dependen de quien os advierte desde las almenas, y no acostumbra a ser tan tolerante como yo.

—Sois tan humilde como mi querida madre contaba… También me dijo que erais así de lameculos —se burló el mago.

El veterano capitán frunció el ceño confundido y apretó los ojos tratando de ver mejor el rostro de quien decía conocerlo, o al menos, saber de él, al tiempo que intentaba recordarlo en vano, pues sospechaba que si no este, alguno de sus padres o ambos, habría sido desterrado y muy probablemente en un tiempo anterior fuese ciudadano de Butterberd. Sabía que no había otra forma de que supiesen quien era, y esa certeza le preocupaba, pues la idea de que ese ejército estuviese formado por los magos expulsados del reino durante el gran pogromo o posteriormente, así como por sus descendientes, era aterrador, tanto que la benevolencia de sir Dawson comenzó a decaer. Y no por odio hacia esa raza, si no por miedo a sus imprevisibles capacidades. Un mago era peligroso, cientos organizados, quizá miles, imparables.

—Ordenad a vuestros soldados que disparen sus flechas contra él… Y que el llamador avise a los niveles dos y tres, que no pare de llover fuego hasta que nadie que camine lo haga por el Paso de los Dioses —pidió el viejo antes de dirigirse a paso ligero hacia la entrada de la torre con intención de estar donde tenía que estar dado su cargo, junto a su señor, pero justo cuando se disponía a entrar en esta, el comandante Akitson le habló.

—¿Son órdenes vuestras? Creo recordar que solo Rico Hart puede darlas en esta ciudad. Como acabáis de decir… no sois más que un servidor.

Patrick Dawson se detuvo y se giró hacia él solo para ver cómo una devastadora pared de fuego engullía todo lo que estaba al alcance de su vista en el balcón, guardias y comandante incluidos, obligándolo a lanzarse hacia el interior de la torre, donde a punto estuvo de precipitarse escaleras abajo. Por suerte su espalda chocó con el quicio de la entrada y lo frenó lo suficiente como para que de forma desesperada pudiese aferrarse a una piedra saliente de uno de los peldaños. Aún sin haberse recompuesto del todo y maldiciéndose asimismo por haber cometido el terrible error de haber dejado que un mago se acercase a la ciudad lo bastante como para ponerla en peligro, se levantó y comenzó a correr escaleras arriba. Debía poner a salvo a su señor, aun a sabiendas de que este se negaría a abandonar la muralla mientras durase el ataque. Tenía que hacerle entender que luchar contra magos no era guerrear con humanos y que su sitio era en la Fortaleza Negra, a salvo junto a su familia. El viejo continuó ascendiendo hasta llegar al final de las escaleras, habiéndose detenido un instante en el segundo nivel, desde cuya entrada pudo oír cómo los gritos, las órdenes y los incesantes sonidos del destensar de los arcos se habían adueñado del sitio, siendo evidente que Rico Hart habría ordenado acribillar a lo que quiera que fuese lo que había reducido a cenizas a un buen número de efectivos. Este seguro que creería que su leal capitán también habría sucumbido a las llamas, por lo que sir Dawson comenzó a gritar que estaba bien incluso antes de llegar al exterior, momento en el que tuvo que pararse en seco para no tropezar, cegado por el drástico cambio de luminosidad. Apretó los ojos y se los restregó, mirando directamente hacia el Sol para acelerar su adaptación a la luz, y luego parpadeó varias veces con tanta fuerza que su vista se distorsionó un instante, tornando vidrioso todo a su alrededor y haciendo negro todo lo que resplandeciese. El veterano capitán se lamentó por no poder hacer otra cosa que esperar a recobrar la normalidad, como se lamentaba en cada ocasión que su vista fallaba, algo que solía suceder cada vez con más frecuencia, aunque no se lo había contado a nadie. Progresivamente, tras cada parpadeo, la claridad fue llegando a sus ojos.

Dingo Terrance gritaba sin parar, alentando e incluso podría decirse que acosando a todo el que se detenía un instante a coger aire, corriendo de un lado para otro y desparramando en dirección a las almenas el contenido de todo carcaj con el que se cruzase para que los arqueros no tuviesen que parar para ir a buscar más flechas. Los llamadores no paraban de hablarles a sus agujeros, y decenas de capas negras usaban los caparazones que cubrían las hogueras como gigantescos cazos donde empezaban a calentar aceite. Rico Hart, por su parte, permanecía inmóvil, asomado al borde de la muralla espada en mano, tan centrado en el Paso de los Dioses que no se percató de la presencia de sir Dawson hasta que este estuvo a su lado. En cualquier otra ocasión, el señor de Butterberd habría agradecido a los dioses que su viejo amigo siguiese con vida, pero esta vez algo captaba toda su atención, algo que ascendía lentamente, levitando y rodeado por una espiral de fuego y humo negro que parecía crecer usando cada saeta prendida que la impactaba como alimento.

—¿Es …? —comenzó a preguntar el viejo capitán.

—Ese jodido mago es un piromante… —fue lo único que dijo Rico antes de que la velocidad con la que el hacedor de fuego se aproximaba cambiase de repente, llegando en un instante al tercer nivel y deteniéndose varios pies por encima de sus cabezas completamente desnudo.

Los ojos del mago no eran como los del resto de su raza, blancos y fríos cuando mostraban su naturaleza, si no que ardían como si no pudiesen contener el fuego que nutría el cuerpo al que pertenecían.

—¡Corred! —gritó sir Dawson tratando de que su señor reaccionase al tiempo que agarraba su espada y se ponía entre este y el piromante, quien seguía con su escalofriante sonrisa y tras desatar el caos lanzando devastadoras llamaradas que surgían de todo su cuerpo a todo el que se cruzaba en su camino, había

comenzado a frotar sus manos, haciendo que una pequeña bola de fuego naciese entre ellas.

El pánico se adueñó de los que no sucumbieron a las llamas y muchos de ellos dejaron sus armas atrás para resguardarse en el interior del torreón más cercano, sin tan siquiera pararse a pensar que una sola chispa podía hacer que la yesca almacenada en el subsuelo prendiese, convirtiendo la fortificación en una más que segura condena a muerte.

Rico Hart y sir Dawson tuvieron la suerte de evitar ser quemados, pero no tuvieron opción de huir, pues uno de los caparazones llenos de aceite derramó su contenido y este no tardó en prenderse formando una vasta columna de fuego que les cerró el paso. Entonces, el mago extendió sus brazos hacia abajo, pidiendo sin palabras a todo lo esparcido por su ser que retornase a su cuerpo, y este no dudó en acudir, plagando el aire de millones de fulgurantes caminos que llevaban hasta su señor, el cual no paró de alimentarse hasta que la última de las llamas estuvo en su interior, momento en el que el humo que lo rodeaba se volvió mucho más negro, casi opaco, y relámpagos de color naranja empezaron a surcarlo, avisando de la tormenta de fuego que iba a desatarse a su alrededor.

—¡Cubríos! —gritó sir Dawson tirándose al suelo y llevándose a su señor consigo en un intento por protegerlo de lo que se avecinaba, consciente de que poco más podía hacer que cubrirlo con su cuerpo y rezar.

Pero de repente, la voz de Dingo Terrance captó la atención del piromante, quien dirigió su ardiente mirada hacia la cima del torreón central desde la que el capitán apuntaba una descomunal balista hacia él.

—¡Sigue sonriendo puto desgraciado! —dijo este accionando el resorte.

El asta, bastante más larga que la estatura de un hombre medio y tan gruesa como la pata de un caballo, salió disparada frenéticamente rotando sobre el eje que era su aterradora punta de acero negro templado, en un vuelo corto pero certero que atravesó la espiral de llamas que vestía al hacedor de fuego y si bien no lo ensartó por poco, impactó en uno de sus hombros de refilón, lo suficiente para arrancarle el brazo y lanzarlo de forma salvaje a bastantes pasos de distancia del lugar donde anteriormente levitaba seguro de su superioridad. Decenas de capas negras corrieron a lincharlo furiosos, pero ninguno fue más rápido que Patrick Dawson, quien lo obligó a desistir en su intento por volver a incorporarse barriéndole el único brazo que le quedaba de una fuerte patada. Tras eso, el viejo levantó su espada, consciente de que no podía darle otra oportunidad a su rival y aún temeroso por lo que este pudiese hacer aún malherido. Habían pasado décadas desde la última vez que acabó con una vida, y era algo que nunca le había gustado hacer, aunque con el tiempo había aprendido a hacerlo de forma mecánica, dejando que su cuerpo ejecutase lo que su mente sepultaba.

El piromante ya no reía, si no que miraba hacia su verdugo implorando piedad con los ojos, incapaz de hacerlo con la boca, la cual usaba solo para jadear tratando de alejar de su ser el asfixiante tacto de la muerte. Una muerte que parecía no querer asumir, a pesar de que lo libraría del sufrimiento que padecía, y que finalmente se postergó por orden de Rico Hart, quien detuvo la ejecución para después ordenar que lo encadenasen con turmalinas y le cubriesen el rostro. Tras eso, lo tiraron contra la pared del torreón.

—Debo deciros que os equivocáis dejándolo con vida, mi señor —murmuró sir Dawson cuando el mago estuvo neutralizado.

—Debo deciros que os equivocasteis vos hace un rato, un error que ha costado la vida de decenas de soldados —espetó Rico guardando su espada—. Aún no sabemos a qué nos enfrentamos, y este miserable con cuya vida ibais a acabar puede ser una

extraordinaria arma si la usamos bien. Solo necesitamos que nos obedezca… y conozco a un testario que podría ayudarnos en eso.

—Admito que mi criterio estaba errado, y os prometo que no volverá a suceder. —El viejo capitán agachó la mirada avergonzado. Realmente le dolía haber fallado.

—¡Se mueven! —alertó uno de los guardias postrados en las almenas, y todos corrieron a ocupar sus puestos arcos en mano.

La muchedumbre agolpada en el Paso de los Dioses avanzaba con las líneas de vanguardia protegiendo con sus escudos al resto, mientras que su líder los esperaba más adelante aún protegido por el campo de fuerza anteriormente invocado. Pero lo que dejó sin aliento a todo el que presenciaba la escena fue el número de efectivos que componía el ejército, el cual no paraba de aumentar, formándose nuevas filas de retaguardia con los llegados desde los márgenes del bosque. Una y otra vez, la ahora desestructurada defensa de Butterberd trató de frenarlos sin éxito, pues dos y hasta tres nuevos soldados aparecían por cada uno que caía víctima de los chaparrones de saetas.

—¡Por los dioses, son demasiados…! —dijo sir Dawson preocupado, absorto en la interminable marabunta que se les acercaba.

—Dirigíos lo más rápido posible a la Fortaleza Negra y aseguraos de que los maestres envíen cuervos a la capital informando del ataque, así como a Trovaos, Castor y Kalem. Inmediatamente después coged a vuestros diez mejores hombres y llevad a mi esposa y a mis hijos a Sadnavar —le ordenó Rico.

—No debéis quedaros aquí, mi señor. La Guardia de la Tormenta sabe lo que tiene que hacer, no es vuestro trabajo comandar la defensa de las murallas… y vuestra familia os necesita.

—¡Es mi ciudad la que intentan profanar! ¿Qué haríais en mi lugar?

El rostro de Rico se encendía cada vez más, agobiado al presenciar que los recién reestructurados primer y segundo nivel se sumaban al intento por frenar a los invasores con el mismo éxito que el tercero, ninguno. Y lo cierto es que el señor de Butterberd sabía que su viejo amigo tenía razón, poco podía hacer él allí. Lo único que se le ocurría era lo mismo que a Dingo Terrance y a los demás capitanes de la Guardia de la Tormenta… que los arqueros siguiesen disparando sus flechas sin parar, pues, aunque lo pareciese, ese ejército no podía ser infinito, y aunque no tantos como quisiese, tras cada oleada lanzada por los capas negras, decenas de nuevos cadáveres se unían a la macabra alfombra sobre la que caminaban los miles que sobrevivían, cuyas primeras líneas ya llegaban a los pies del barranco.

—Os he dado una orden, sir Dawson —le recordó al viejo, quien tras tragarse el último intento de que su señor lo acompañase, se fue resignado.

—¡Preparaos para verter el aceite! —gritó Dingo Terrance, y varias voces copiaron sus palabras aquí y allá.

Algunos soldados corrieron a pasar gruesos palos por las asas de los caparazones al rojo vivo y los usaron para transportarlos hasta las almenas, en cuyos bordes las depositaron esperando a que se diese la orden de arrojarlos al vacío. El capitán Terrance se acercó a Rico.

—Podéis estar tranquilo, mi señor. Ese barranco será su perdición. Para remontarlo, a la vanguardia no lo quedará otra opción que dejar atrás sus escudos, y nosotros aprovecharemos para acribillarlos, aún contamos con flechas suficientes como para defender la ciudad un año entero, y dudo que a ellos les queden muchos más efectivos ocultos tras los árboles… es cuestión de tiempo que se retiren.

—Os veo muy convencido, capitán.

—Lo estoy, mi señor, y me alegra que hayáis decidido quedaros a presenciar nuestra victoria.

—Decenas de vuestros hombres, además de vuestro comandante, no opinarían lo mismo de poder hacerlo. Hoy habéis salvado a muchos, entre ellos a mí, y seréis recompensado por ello, pero no os equivoquéis, capitán, esto no es algo que disfrute de ver.

Como había previsto Dingo, todo el que se disponía a remontar el barranco tenía que soltar su escudo antes, aunque no los tiraban al suelo, si no que, en una muestra de perfecta coordinación, las líneas delanteras, exceptuando la primera, comenzaban a pasar sus escudos a la que tenían inmediatamente detrás, haciendo que de esta forma siempre tuvieran la vanguardia protegida mientras esperaban su turno, pasando la segunda fila a ser la primera, la tercera a ser la segunda, y así sucesivamente.

—Sabían a lo que venían… —pensó Rico en voz alta, quedándole claro que si no todos, algunos de esos hombres habían sido antaño ciudadanos de Skar.

Las flechas barrían a todo el que trataba de llegar a las murallas, y varias decenas de improvisados escaladores yacían ya amontonados a los pies del barranco, la mayoría de ellos abatidos por los arqueros del primer nivel, pero, aun así, el imponente ejército no parecía tener intención de desistir, y tan frenéticas eran sus oleadas que alguno de ellos había estado a punto de llegar a la cima. A esas alturas, Rico sabía que iban a tener que matar hasta el último de ellos, ya que parecían poseídos por una suicida inercia que difícilmente les permitiría parar, les pasase lo que les pasase a sus compañeros, y el único que quizás podría detener la masacre era su líder, y no parecía tener intención de hacerlo, ni tan siquiera de abandonar su cobarde cobijo, el cual ahora era el centro de la marabunta, una marabunta que desde las alturas parecía estar formada por miles de hormigas que adoraban a una resplandeciente gota de rocío.

El señor de Butterberd echó un vistazo a izquierda y a derecha, en dirección a las torres uno y veinte, y se tranquilizó al observar que ninguna hoguera las coronaba, señal de que ningún barco trataba de cruzar el mar. Al menos, parecía ser que el ataque solo se iba a dar en tierra firme. Luego, se dirigió decidido hacia la entrada de la torreta central, donde habían postrado al piromante. Este seguía tirado en la misma posición en la que lo habían dejado los guardias un rato antes, y Rico le hizo saber que quería hablarle plantándole la bota en la zona de la mutilación, haciéndolo soltar un desgarrador grito que precedió a un sinfín de insultos y maldiciones.

—Os duele, eso es señal de que seguís con vida —dijo Rico—. Pero no tiene pinta de que eso vaya a ser por mucho tiempo si un maestre no os examina.

—¡Que te den por el culo, jodido humano! —espetó el mago para después seguir quejándose por el dolor.

—No seáis soez, solo pretendo ayudaros…

El piromante le interrumpió transformando sus lamentos en una maliciosa risa.

—No necesito tu ayuda, mi trabajo está hecho.

—Vil señor el que envía a su gente a morir, consciente de que lo harán por nada.

—¿No es más vil quien ordena a sus sicarios asesinar a su pueblo? ¿O quien expulsa a sus gentes de sus hogares, destrozando casas enteras, cegado por el odio hacia mi raza? Dime, ¿no eres tú más vil por servir a un genocida?

Rico ejerció más presión con su pie, y el mago respondió retornando a su sufrimiento.

—Si volvéis a hablar en ese tono de mi rey, haré que mi espada acelere vuestra llegada al inframundo.

—No es al inframundo donde iré. Yo… solo soy un pobre sufridor. En cambio, todos vosotros, ciudadanos de Skar, acabaréis abarrotándolo dentro de poco tiempo… El camino ya está abierto, y los malditos regarán cada palmo de esta tierra con vuestra sangre. Hombres, mujeres y niños por igual sentirán la sed eterna, pero tú no lo verás, como tampoco lo verá ningún habitante de esta ciudad, pues serán sus calles las que alberguen el mayor banquete de la historia… No queráis saber qué platos se servirán.

El piromante soltó una carcajada.

—Os confieso que me aburre vuestro discurso de fanático, pero habéis tenido suerte de caer en esta muralla, donde, ya que dejáis claro que no colaboraréis conmigo, al menos podréis decir unas últimas palabras. —El señor de Butterberd besó el pecho del mago con la punta de su espada—. ¿Cuáles serán esas palabras? —apremió.

—Solo quiero que sepáis mi nombre. Es lo único que siempre he deseado, que todos conozcan el nombre de la llave que abrió las puertas de Skar.

—Yo, Rico Hart, señor de Butterberd y protector del Paso, os sentencio a muerte, y juro por mi honor que haré valer vuestro último deseo.

El mago comenzó a cantar como si fuese un enajenado algo que Rico había escuchado antes, pues era una cancioncilla bastante conocida en el reino.

—Y debéis saber que su intención no es volver, otro en su lugar lo hará, otro de sangre similar, otro que vengará, la ofensa que al verdadero rey hizo el asesino de Skar…

Habiendo agotado su paciencia, el señor de Butterberd hundió de golpe su acero en el pecho del piromante, quien exhaló su último aliento sin olvidar su petición, pronunciando de forma ahogada pero clara las pocas sílabas que componían su nombre, nombre que iba

seguido de un apellido que hizo a su honorable verdugo palidecer nada más oírlo, un apellido que décadas después de haber sido borrado del reino de los humanos, aún resonaba en cada rincón haciendo que hasta el más valiente se pusiese a temblar.

—Baltazar Mackay…

CAPÍTULO 18: HIJOS DE LAS TINIEBLAS

Un caótico torbellino de cuervos trajo a Darmund Hart de vuelta. Despertó resacoso y terriblemente desorientado, tanto que tuvo que tomarse un buen rato para ubicarse a pesar de que conocía ese lugar como la palma de su mano. Cuando al final logró incorporarse, los muchos cisnes negros que lo rodeaban curiosos se lanzaron despavoridos hacia la seguridad que les confería el agua del lago y varias ranas se zambulleron alertadas por estos. El cielo oscuro y carente de estrellas y que no se oyese un alma le hicieron darse cuenta de que era bien entrada la noche, pero lo que no entendía por más vueltas que le daba a la cabeza, era cómo había llegado hasta allí. Se encaminó hacia la Fortaleza Negra sin dejar de mirar a izquierda y derecha repetitivamente durante todo el trayecto, sintiendo en su interior un extraño a la par que incoherente miedo que crecía con cada paso que dejaba atrás. Su últimos recuerdos lo situaban en La Madre, la mayor de las Islas del Oeste, a bordo del Cernícalo azul, el navío en el que había sido destinado como capitán de la Guardia de la Tormenta, rodeado de enemigos… no en Butterberd, que era donde ahora se encontraba. Si respiraba hondo, aún podía percibir trazas de pólvora entre el intenso olor a pino tan característico de la ciudad, como si uno de esos galeones piratas lo hubiese mandado hasta allí de un certero cañonazo. Tampoco sabía que causaba el persistente dolor que le adormecía la zona baja de la espalda, ni por qué vestía esa tétrica túnica negra, más propia de un sacerdote que de un soldado.

Gatos y cuervos acompañaron su camino expectantes desde los tejados. Los primeros, tan numerosos como siempre, lo vigilaban pacientes. Los segundos, sospechosamente multiplicados, parecían seguirlo. Darmund no recordaba haber visto nunca tantos juntos, era como si de repente todas esas negras aves hubiesen decidido tomar el control de la ciudad, una ciudad que, a esas horas, más que

nunca les pertenecía. Tomó la segunda calle más concurrida, la que partía en horizontal la ciudad, pero ni en ella vio a otro ser humano. La ya menguante iluminación daba fe de que los faroleros habían hecho su trabajo esa noche, pero los muchos faroles ya apagados preocuparon a Darmund… Por alguna razón, nadie había acudido a reponerlos, y eso no era para nada normal en Butterberd. Le sorprendió cómo había cambiado todo en el año que llevaba fuera, e incluso en algunos tramos dudó brevemente de que esa fuese la ciudad que lo vio nacer, como cuando llegó a la plaza central, donde los cientos de árboles lo recibieron más imponentes que nunca. Quizás lo único que seguía como recordaba era la fortaleza, y el verla le trajo de vuelta una tranquilidad que no sabía perdida hasta ese momento. La plaza estaba plagada de mesas repletas de sobras de comida y copas llenas y vacías, algunas derramadas, y las guirnaldas luchaban por defender su iluminado dominio infectadas por un mal que se propagaba itinerantemente sumiéndolo todo poco a poco en las sombras. Aquello tampoco era normal, pues el estado en el que se encontraba el lugar indicaba que hacía poco que se había celebrado la semana del otoño… y que él supiese, era principios de primavera cuando toda la flota se vio sorprendida por los piratas y se preparaban para el inminente ataque… Era imposible que hubiese estado inconsciente seis meses, por no hablar del hecho de haber aparecido allí, como si nunca se hubiese ido. Entonces recordó haberse dado un buen tajo en el dorso de la mano un par de semanas antes de la batalla, haciendo algo tan vulgar como pelar una naranja, así que se la miró, solo para aumentar su desconcierto al notar que una casi perdida cicatriz ocupaba su lugar. Necesitaba hablar con su familia pues tal vez estos podrían darle una respuesta a todo lo que batía su cabeza haciéndole sentir algo que no acostumbraba, angustia, por lo que fue a buscarlos. Cuando se dispuso a cruzar la entrada los dos guardias de la puerta, como era costumbre, se cuadraron, pero lo que no era tan normal, es que uno de ellos le hablase.

—Mi señor, vuestro hermano ha dado orden a toda la guardia de buscaros, ¡la ciudad está siendo atacada!

—¿Atacada? ¿Piratas? —preguntó Darmund visiblemente preocupado.

—No lo sabemos aún, mi señor, atacan la muralla norte, según cuentan, un ejército tan grande que ni un solo palmo de tierra del Paso de los Dioses puede verse desde las almenas.

—¿Dónde está mi hermano?

—Se encuentra en la estancia principal, junto al capitán Dawson ultimando el viaje de lady Laura y sus hijos.

—¿Viaje? ¿Qué viaje? Esperad… ¿Quién es lady Laura?... ¿tengo sobrinos?

—Lord Rico Hart ha ordenado a parte de la guardia escoltarlos hasta la capital, no quiere que se encuentren aquí si la defensa de las murallas falla… Disculpad mi señor, no entiendo el resto de vuestras preguntas… Los conocéis de sobra…

Darmund sonrió en un intento por disimular su agobio.

—¿Cómo podría fallar? —dijo antes de ir a paso ligero al encuentro de su hermano.

Mientras recorría el largo pasillo trataba de buscar una explicación mínimamente lógica a la locura que estaba viviendo, pero no lo consiguió. ¿Cómo podría explicarse que su hermano tuviese esposa e hijos? ¿Su hermano casado? Quizás eso fuese lo más extraño de todo. Y por otro lado… ¿Por qué nadie mencionaba a su padre? Saludó con la cabeza a los dos guardias postrados en la puerta de la estancia y tras recordarle uno de ellos que todos lo buscaban y que la ciudad estaba siendo atacada, le abrieron la puerta.

Como le habían anticipado, en el interior todo indicaba que un viaje se estaba gestando. Varias jóvenes del servicio guardaban en cajas de madera todo lo que una hermosa mujer vestida de blanco señalaba nerviosa, y una niña exageradamente parecida a ella

trataba de convencer a un zorro blanco que se dejase atar sin mucho éxito, pues este se escabullía tanto de ella como de otros dos niños mucho más pequeños que corrían tratando de cogerlo. En torno a una pequeña mesa arrastrada hasta el centro de la estancia y sobre la que había un viejo mapa de Skar desplegado, su hermano mayor daba instrucciones al capitán de su guardia bajo la atenta mirada de otros tres capas azules, aunque por alguna razón lo veía muy cambiado, y es que había dejado atrás su pulcro rostro para adornarlo con una vistosa perilla y se había cortado el cabello, haciéndolo parecerse de forma exagerada a su padre.

—¿Se puede saber dónde estabas? —le preguntó nada más verlo.

—Eso me gustaría saber a mí… ¿podemos hablar en privado?

El señor de Butterberd negó con la cabeza antes de hacerlo con las palabras.

—¡No hay tiempo, Darmund! ¿Es que no eres consciente de lo que ocurre?

—Lo único que sé es que atacan la muralla norte… nada más —contestó encogiéndose de hombros, luego, preguntó—. ¿Dónde está padre? ¿Se encuentra en las almenas?

Todos los que allí se encontraban, a excepción de los niños, pararon de hacer lo que estuviesen haciendo para mirarlo como quien mira a un asno de carreras, a excepción de su hermano, que se le acercó y lo analizó, llegando incluso a olfatearlo, después le preguntó si estaba ebrio.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Si no es eso, dime qué es lo que te ocurre, hermano, porque te necesito…

En ese momento, la puerta de la estancia se abrió y un joven guardia de la tormenta sin yelmo alguno cubriendo su rostro pidió

permiso para entrar. Por su edad, no llevaría mucho en la guardia, pero la expresión de su cara y la mezcla de suciedad y sangre que la cubría dejaban claro que había sido lo suficiente como para conocer el horror.

—¿Qué sucede soldado? —quiso saber sir Dawson.

—Me envía el capitán Terrance. ¡Han traspasado las murallas!

—¡Por todos los dioses! —gritó sir Dawson.

—¿Cómo ha podido suceder? ¡Se suponía que todo estaba bajo control! —preguntó Rico Hart.

—Había elfos entre ellos, mi señor. Tan preocupados estábamos en impedir que remontasen el barranco que no los vimos hasta que fue demasiado tarde. Surgieron de entre la multitud y dispararon sus arcos largos contra el primer nivel, al principio pensábamos que no conseguirían nada pues la distancia hacía que sus flechas fuesen fácilmente evitadas… pero nos equivocamos creyendo que era ensartarnos lo que pretendían.

Sir Dawson lo instó con la mano a seguir hablando y el soldado lo hizo tras tragar saliva.

—Esas flechas llevaban adheridas unos pequeños frascos de cristal que al romperse hacían emanar un irrespirable humo negro que impide ver nada.

—¿Estáis diciendo que abandonasteis vuestros puestos? —inquirió Rico.

—No todos, mi señor, los que no se resguardaron en la torre más cercana aparecieron degollados cuando el humo se disipó…

—¡¿Les disteis tiempo para escalar el primer nivel?!

El capa negra agachó la cabeza y no respondió, permitiendo a Rico continuar con su férreo cuestionario.

—¿Quién dio la orden de abandonar los puestos? ¿Fue Dingo Terrance? ¡¿Esa es la forma en la que la Guardia de la Tormenta defiende el reino? ¿Huyendo del humo como huyen los cobardes zorros cuando algún cazador prende su madriguera?!

El muchacho apretó los puños y los labios, tratando de contenerse.

—¿Qué otra cosa podríamos haber hecho? De habernos quedado allí habríamos corrido la misma suerte que nuestros compañeros… Ningún hombre que haya visto antes podría haber trepado ese muro a tal velocidad, mi señor. Os doy mi palabra de que tratamos de contenerlos, pero fue imposible. Esos…. soldados luchan bajo algún tipo de magia que los hace rápidos… y muy fuertes.

—Quienes quieran que sean, han cruzado la totalidad del Bosque de los Dioses, una tierra que se pierde en el horizonte y de la que ni siquiera ningún barco del que tengamos noticias ha logrado nunca ver el fin, llevándose por delante al temido pueblo elfo… es cuanto menos sorprendente que hayan llegado hasta aquí… —hizo notar sir Dawson antes de preguntar—. ¿Cuál es la situación ahora? Imagino que se han prendido las torres y cerrado el pasillo de acceso…

—Así es, mi señor. En estos momentos casi treinta mil guardias de la tormenta de Butterberd se preparan para la batalla en el patio tras las murallas mientras se encargan de que no falten troncos secos en el interior de las torres.

—Mientras haya leña, no podrán descender ni subir a los niveles superiores… —murmuró Darmund.

Su hermano lo miró, se tomó un instante para calibrar la situación y luego se dirigió a la mujer de blanco, parada junto a la cama con un puñado de telas entre los brazos y los ojos como platos por lo que estaba oyendo.

—Debéis marchar ya, mi amor… no queda tiempo —apremió Rico.

—¿Debéis? ¿Es que piensas quedarte?

—No empieces, Laura, creo recordar haber discutido esto hace un rato… No pienso volver a hacerlo ahora —le dijo en voz baja antes de girarse hacia sir Dawson—. Cuidad de mi familia, viejo amigo. Nos veremos cuando estéis de vuelta.

El veterano capitán asintió y salió de la estancia junto a los otros dos guardias, seguro que para reunir al resto de la compañía que escoltaría a la esposa e hijos de Rico Hart hasta la capital, y la mujer, visiblemente disconforme con los planes impuestos, tiró de mala gana todo lo que sostenía y se perdió por la puerta que daba al jardín.

—Al menos ha sido capaz de contenerse… ya la conoces —intentó bromear Rico, y Darmund esbozó media sonrisa tratando de simular que lo entendía, pues a esas alturas ya se había convencido de que no era el momento para buscar respuestas a su ahora confuso mundo, sino de defender su hogar.

Así pues, dejó a su hermano despidiéndose de su familia y se dirigió a su estancia, una estancia que por un instante creyó equivocada, pues casi nada de lo que había en su interior le pertenecía. Estaba su guardarropa, sí, pero no parecía el mismo. Lucía apagado, descuidado… viejo. También la ventana estaba donde recordaba, a la derecha del cabecero de acero trenzado que enmarcaba el almohadón del catre, pero, por alguna razón, alguien la había cubierto con unas horrorosas cortinas negras de lo que parecía fina seda. No había estandartes azules con rombos amarillos en las paredes, ni la cabeza del ciervo de veinticuatro puntas que abatió junto a su hermano en el Bosque de los Susurros poco antes de partir a las Islas del Oeste, la cual solía presidir majestuosamente la pared del fondo. En su lugar, extraños símbolos y escritos indescifrables estampaban cada palmo, como si en vez de a un

hombre de honor, el lugar perteneciese a un vil brujo. Tampoco estaba su mesa de cedro tallada, habiendo un pequeño escritorio de metal corroído repleto de frascos y pergaminos en su lugar. Al menos, en un rincón, eso sí como siempre, esperaba dispuesta su negra armadura.

Salió al pasillo y le pidió a la primera chica del servicio que vio que lo ayudase a ponérsela, y cuando lo hubo hecho, aguardó a su hermano quien llegó poco después seguido por más de treinta guardias de Butterberd, seguramente todos los que no habían sido seleccionados para viajar a Sadnavar.

Con idénticas armaduras e idénticas capas, solo distinguibles por los yelmos, ovalado y con visera decorada en amarillo el de Rico, y acampanado y con una franja roja en la parte superior que iba desde el centro del visor hasta la nuca el de Darmund, los hermanos Hart, uno montado a lomos de su imponente caballo blanco y el otro en el que le dieron unos muchachos con túnicas azules al salir al exterior, cabalgaron guiando la orgullosa fila, cruzando la plaza central y dejando atrás el apacible pinar hasta tomar la calle principal, desierta y oscura como nunca antes había estado, con puertas y ventanas cerradas a cal y canto, con tenderetes abandonados y género volcado por todas partes… y un perturbador silencio que solo se veía violentado por el pisar de los caballos y algún que otro solitario graznido. Por si fuera poco, una bandada de cuervos parecía seguirlos insistente pero sutilmente, sin acercárseles demasiado, pero pasando de tejado en tejado siguiendo la ruta que marcaban los caballos, cerniéndose sobre los sorprendidos gatos y las frías chimeneas como una sombría manta movida por espectros. Cruzaron el Arco del Olvido y tomaron en filas de dos el largo pasillo iluminado por antorchas hasta llegar al patio de armas, donde miles de guardias de la tormenta aguardaban perfectamente alineados, idénticos, vestidos con armaduras y capas negras y yelmos cerrados cubriendo sus rostros. Todos ellos, fuese cual fuese su especialización, habían soltado sus armas habituales para empuñar espadas cortas y escudos, a excepción de un par de centenares de

arqueros que servían de retaguardia subidos en tarimas improvisadas con barriles y tablones, preparados para disparar sus flechas tan pronto como los primeros enemigos asomasen la cabeza por la salida de alguna de las torres, en ese momento convertidas en hornos gracias al constante aporte de leña que recibían por parte de los soldados. Rico, Darmund, y la Guardia de Butterberd, desmontaron y se abrieron paso hasta la vanguardia, y el capitán Terrance acudió a su encuentro.

—Mi señor, todo está listo. Cuando deis la orden, dejaremos de alimentar las hogueras…

—¿Por qué no esperasteis también mi orden cuando dejasteis la muralla sin defensa?

—Tomé la decisión que creí correcta en ese momento, mi señor.

Rico desvió la vista hacia las alturas antes de responderle con otra pregunta.

—¿Y seguís pensando que hicisteis bien? Porque lo único seguro es que hemos perdido por vuestra culpa la ventaja que esa muralla nos proporcionaba.

—Seguimos estando en una buena situación, por grueso que sea ese ejército, tiene que salir por esas puertas. —Dingo señaló la entrada de la torre antes de continuar—. Tendrán que hacerlo de uno en uno, y solo será cuestión de ir acribillándolos. Será coser y cantar.

—Espero que tengáis razón… —le dijo Rico para después volverse hacia su hermano—. Darmund, coge a todos nuestros hombres y llevad a los caballos hasta el arco, atad el mío allí y luego barred cada calle y callejón de la ciudad, que todo hombre que pueda luchar acuda a la Fortaleza Negra. A cambio, haced saber que a las familias de quienes lo hagan se les brindará protección tras sus muros. Tú, hermano, te encargarás de velar por nuestro hogar y de armar a cada voluntario que vaya llegando, después, espera

instrucciones, si todo sale bien ninguno de esos cerdos que nos atacan llegará a cruzar el Arco del Olvido, pero si por desgracia no es así, nos vendrá bien tener la fortaleza defendida.

—¿Pretendes que me esconda bajo el catre como un cobarde mientras los demás luchan?

—Es una orden, Darmund —le dejó claro su hermano mayor, alejándose del lugar sin darle opción a réplica al tiempo que pedía con voz elevada a Dingo Terrance que ordenase parar de arrojar leña a las torres.

—¡Ya lo habéis oído, muchachos! ¡Acompañadme, parece ser que nos ha tocado hacer de reclutadores! —dijo a los capas azules el menor de los Hart, y estos lo siguieron hasta la entrada del pasillo donde ocuparon sus monturas, y además de la suya, Darmund agarró por las riendas la de su hermano para después, de dos en dos, abandonar el lugar.

Aún sin suministro, los altos hornos tardaron en apagarse, y ya era bien entrada la noche cuando el tenso silencio que los miles de soldados guardaban se rompió cuando el sonido de un creciente y veloz chorro de pasos comenzó a llegar desde el interior.

—Ya vienen… —le dijo el señor de Butterberd al capitán Terrance desenvainando su espada y preparándose para recibir a los primeros enemigos.

—¡Arqueros, tensad…! —ordenó Dingo Terrance, y su voz fue secundada por las de los otros capitanes a lo largo del patio, luego, también desenvainó su acero.

—¡Apuntad…! —continuó, y todos ellos dirigieron sus arcos hacia la salida de la torre más cercana.

Al creciente barullo de pasos descendiendo, se sumó una amalgama de gritos, de ruido de acero chocando y de lo que parecían enajenadas risas y celebraciones, como si llevasen una

eternidad esperando el momento en el que poder ser acribillados y la felicidad y el ansia los embargase. Rico Hart adelantó el pie izquierdo y flexionó ligeramente las rodillas, encorvó su espalda y apretó los dedos de las manos en torno a la empuñadura de su mandoble.

—¡Arqueros, disparad! —se oyó gritar decenas de veces, y cientos de saetas volaron como centellas sobre las cabezas de los capas negras, acabando la mayoría destrozadas contra las paredes de las torres, y segando cada vida que trataba de salir de ellas.

Los cadáveres no tardaron en obstruir las entradas, pero todo el que emergía lo hacía de una forma tan violenta que conseguía abrirse camino apartándolos a patadas antes de caer con decenas de agujeros en el cuerpo. El señor de Butterberd se limitaba a observar, poco más podía hacer en ese momento, ni tampoco es que fuese necesario que lo hiciese, pues aun habiendo pasado un buen rato desde que el primero de los invasores cayó, ninguno de los guardias armados con espada y escudo había tenido siquiera que abandonar su posición, siendo unos veinte pasos el mayor recorrido que había podido hacer alguno de los histéricos atacantes antes de morir, quedándole la mitad del trayecto para llegar a la altura de la primera línea de defensa. Mentalmente y casi sin darse cuenta, Rico contaba el tiempo que tardaban en derribar a cada uno de ellos, y como era normal, cada vez era más por culpa del cansancio de los arqueros. Como sabía que pasaría, disparar tal volumen de flechas sin respiro estaba agotándolos.

Miró a la izquierda, en dirección a la torre seis, donde un fuerte grito llamó su atención. En la distancia pudo ver como un voluminoso soldado vestido con una armadura roja lograba resistir todo intento por detenerlo mientras corría con pesadez haciendo girar sobre su cabeza un terrorífico mangual. Este llegó a descargar su furia contra el escudo de uno de los capas negras, el cual no pudo soportar el brutal golpe y acabó chocando con algunos de sus compañeros. Rápidamente decenas de guardias lo rodearon, y

aunque al menos dos de ellos cayeron, al final lograron socavar la incursión.

—¡Arqueros, deteneos! ¡Que todo el mundo aguarde con su arco preparado y sin dejar de apuntar a la salida! —ordenó de pronto Dingo Terrance.

Rico entendió al instante el motivo del receso impuesto, ya que se percató de que por algún motivo la marabunta había dejado de intentar salir por la torre central, y tras un barrido con la vista, observó que en las demás sucedía lo mismo. Los invasores les daban un respiro, no sabía cuan duradero sería, pero fuese como fuese, era bien recibido por todos, más si cabe, por los arqueros. Tras un corto pero tenso silencio por parte de los defensores de Butterberd, Dingo se adelantó y se acercó cautelosamente a la entrada de la torre central espada en mano. Dos de sus hombres lo siguieron. Los tres se acercaron a la negra boca escupidora de cadáveres y uno de ellos se asomó al interior, se tomó un instante y cuando se volvió hacia su capitán le hizo un gesto con las manos que tranquilizó a Rico, pues en el argot militar significaba que el lugar estaba vacío. El trío ya retornaba cuando, sin que nadie lo viese venir, un niño de unos trece años salió disparado tras ellos, dando tal salto, que cubrió los quince o dieciséis pasos que lo separaban de su objetivo, la espalda de uno de los soldados. Se aferró a su capa negra y sin que nadie hubiese tenido tiempo para reaccionar, trepó ágilmente hasta alcanzar el yelmo, el cual arrebató y tiró al suelo para después morder el cuello del pobre desgraciado como un perro rabioso, haciendo inútiles sus desesperados intentos por deshacerse de él. Su compañero comenzó a golpear al niño en la cabeza con el pomo de su espada, y aunque la sangre del desquiciado infante empapaba su puño, este solo soltó a su presa cuando la vida decidió soltarlo a él, arrojándolo al descanso eterno acompañado por su víctima, la cual gorgoteaba mientras burbujas rojas salían de la herida de su garganta.

—¡¿Habéis visto eso?! Por todos los dioses… ¿Qué niño es capaz de hacer eso? —dijo Dingo tras acabar con el sufrimiento del guardia atacado, quien yacía en el suelo junto a su pequeño victimario.

Un frasco de cristal partiéndose a sus pies fue la única respuesta que tuvo, y antes de que pudiese siquiera alertar a sus hombres, el sonido de más frascos partiéndose aquí y allá precedió a la estupefacción de todo el que, parado en el patio, veía como el humo sumía todo en las sombras. Rico retrocedió tratando de evitar ser alcanzado por la densa niebla negra sin dar en ningún momento la espalda a lo que se avecinaba, pero sin perder de vista la salida del lugar por si, llegado el caso, tuviese que huir. Para su pesar, la oscuridad lo terminó envolviendo.

Una verborrea de clamores y risas similar al que había precedido a los primeros enemigos que surgieron de las torres lo inundó todo, aunque en esta ocasión el señor de Butterberd lo sintió de forma totalmente distinta, consciente de que la superioridad con la que antes contaban acababa de desaparecer de la misma forma en la que lo había hecho todo y todos a su alrededor. Tuvo que cerrar los ojos, pues le ardían, y apenas si podía respirar. Un acuciante picor en el pecho le hizo toser con violencia complicando al extremo sus intentos por permanecer en guardia mientras buscaba el pasillo a tientas. Por el camino tropezó varias veces, e incluso una de ellas lo hizo caer de espaldas mientras los recuerdos de otro momento en el que se sintió igual de vulnerable visitaban su cabeza. El miedo que acompañó su ser cada día que pasó en la aldea elfa retornaba a él, un miedo que nacía del hecho de sentirse vulnerable y no poder hacer nada para cambiarlo. Al sinfín de voces triunfantes se sumaron primero decenas y luego centenares de lamentos y gritos no de coraje, si no de algo más parecido al terror, así como golpes y choques de acero, señal de que una cruenta matanza estaba comenzando a gestarse.

Rico siguió retrocediendo despacio, pero sin detenerse fuese lo que fuese que sucediera, y mientras lo hacía, podía notar a gente pasando muy cerca de él, tanto que incluso llegaba a sentir el aire que dejaban al pasar, pero seguía sin ver nada. En una ocasión una voz lloriqueante se oyó a su izquierda, y fue silenciada por un sonido similar al que produciría una sandía golpeada por un mazo,

esparciendo su rojo caldo con tal violencia que incluso le impregnó el rostro. En su cabeza calculaba que estaría próximo a chocar su espalda con la pared, y cuando eso pasase, solo tendría que buscar a tientas la entrada al pasillo, después correría hasta cruzarlo y cabalgaría hasta la Fortaleza Negra, donde esperaba que su hermano hubiese preparado una defensa cuanto menos decente, que pudiese, al menos, darles la oportunidad de resistir hasta que las huestes de Trovaos llegasen para socorrerlos. La piedra tocó su espalda al poco tiempo y se giró deprisa, dejando de lado su posición defensiva para ponerse como un loco a palpar la pared al tiempo que la recorría de izquierda a derecha tan rápido como podía. Los desgarradores gritos no cesaban y entre el caótico escándalo algunas palabras podían oírse, palabras que por lo general pedían clemencia o se preguntaban qué los estaba atacando, palabras cargadas de confusión y de pánico que llegaban a los oídos de Rico de manera fugaz y golpeaban su mente haciéndola temblar, instándolo a darlo todo por perdido, a dejar su espada y plantarse esperando el final, pero no fue eso lo que ocurrió, pues para su alivio, justo en el momento en el que una figura negra apareció a su lado jadeante llegando incluso a chocar con él, encontró la salida del inframundo. El aterrado guardia a su lado también debió percatarse, pues como él, se lanzó desesperado a tomarla. Ambos corrieron por el pasillo plagado de antorchas que en el primer tramo luchaban por resaltar entre el allí también presente humo como moribundas estrellas soñando con iluminar un tupido cielo de invierno, y que solo cuando los dos hombres llegaron aproximadamente a la mitad del recorrido comenzaron a recuperar su dominio, un dominio que marcaba la frontera entre la luz y las sombras. Cuando por fin la cara oscura del arco se abrió ante ellos, Alhazam los recibió retozando, nervioso por lo que percibía y contento por ver a su dueño con vida.

—¡Montad, debemos llegar a la Fortaleza Negra! —apremió Rico al capa negra cuando estuvo sobre Alhazam.

El soldado no dudó en obedecer, pero antes de que pudiese subirse tras su señor, un grito captó su atención y se detuvo para después girarse en dirección al pasillo, del cual una mujer de rostro enfermizamente pálido y cubierto de roña y sangre, de cabello sucio y alborotado y carente de protección salvo por la oxidada cota de malla que vestía, salía corriendo hacia ellos, riendo de forma ansiosa y empuñando una larga lanza negra que no atravesó al soldado por poco, gracias a que este tuvo el acierto de desviar su trayectoria con un afortunado golpe de su acero.

—¡Huid, mi señor! —gritó el guardia antes de contraatacar, pero Rico, en lugar de espolear a su caballo, aguardó un instante.

Estaba seguro de que la mujer cuyos ojos de cerca mostraban un extraño color, siendo las pupilas el negro epicentro de un oscuro y delirante torbellino sanguinolento, no tardaría en morir a manos del soldado, pero todo se complicó cuando uno de sus compañeros, este sí vestido de metal rojo, apareció y se abalanzó cortando el aire de manera histérica con dos hachas cortas, encontrando una heroica defensa por parte del bien instruido guardia, quien esquivó ágilmente una y otra vez sus frenéticos embates para acabar ensartado, ahora sí, por la oportunista lanza negra, momento en el que Alhazam arrancó a correr calle arriba alentado por su jinete, el cual solo miró una vez atrás, suficiente para ver como en lugar de ir tras él, mujer y hombre enterraban sus cabezas en el cuello del recién nombrado cadáver, inmersos en un sangriento y ansioso festín.

Debía llegar a la Fortaleza Negra lo antes posible, eso lo sabía, pero también que poco podría hacer la defensa que hubiese podido reunir su hermano para defenderla vista la facilidad con la que ese ejército había traspasado la hasta ahora inviolable muralla norte, masacrando a todos sus defensores de paso, por lo que decidió dejar la calle principal, totalmente a oscuras y sin vida alguna, para tomar la que lo llevó hasta el Lago de los Cisnes Negros, los cuales esa noche parecían sentir lo que se avecinaba, pues se amontonaban silenciosos entre los juncos. El caballo blanco atravesó

la oscuridad del jardín en dirección norte como un rayo surca la más negra de las noches, dueño de una imparable luz portadora de esperanzas en un mundo plagado de sombras, hasta llegar a su destino.

El hogar de los Ta-Has estaba como todos los que Rico encontró por el camino, cerrado a cal y canto y con el farolillo de la puerta apagado. Desmontó y corrió a llamar insistentemente con la aldaba, parando solo cuando los pestillos descorrieron y la puerta se abrió. Pero para su sorpresa, una maltrecha anciana, regordeta y sucia a la cual no conocía le tendió un pequeño pergamino que leyó sin espera.

Lo único que siempre he querido, es proteger a mi hija, y para ello debo abandonar esta ciudad y dejar atrás el hogar que nos brindasteis a mí y a mi familia sin poder despedirme de vos. Demasiada gente sabe de nuestro pasado, espero me disculpéis.

Por siempre agradecido, K.T.H

Post data: La anciana que os entregó este mensaje se llama Mada, no puede oír ni hablar, pero lleva toda su vida alimentando a los cisnes negros, con quienes convivía resguardada entre los arbustos. Ruego la consideréis la nueva dueña de esta casa.

Sin poder hacer otra cosa que despedirse de la cuidadora de cisnes con un desairado gesto de cabeza y con la mente trabajándole a un ritmo frenético, volvió a subir a lomos de Alhazam y ahora sí, cabalgó en dirección a la plaza central mientras trataba de pensar alguna forma de parar la inminente invasión. Con un poco de suerte, la batalla aún continuaría al norte de la ciudad y quizás los capas negras habían logrado sellar el pasillo, así que valoró el acudir al lugar y plantar batalla, respaldado por el improvisado ejército que hubiese conseguido reunir Darmund. Sabía que esa era la única forma de impedir que esos demonios penetrasen en la ciudad, pues si se resguardaban tras los muros de la fortaleza donde

de seguro podrían resistir un par de semanas, cientos de vidas inocentes no tendrían la misma opción, vidas que él había jurado proteger el día que lo nombraron señor de la ciudad. La calle que tomó conectaba directamente con la principal, y cuando llegó a ese punto, no pudo evitar estremecerse con lo que encontró. A diferencia del resto de calles y callejones, y a pesar de ser con mucha diferencia la más amplia, esta estaba abarrotada. Una interminable y ruidosa caravana de carretas luchaba trabajosamente por avanzar, cargadas todas ellas hasta arriba de objetos tan variados como mesas, sillas o incluso catres. Cacerolas atadas con cuerdas colgaban de los laterales de muchas de ellas, produciendo molestos tintineos que se sumaban al ya insoportable y heterogéneo jaleo. Aquí y allá algunas trataban de abandonar la fila seguramente intentando adelantar tomando alguna de las otras calles menores, mientras unos pocos guardias de la tormenta, sobrepasados por la situación, intentaban evitar que lo hiciesen, temerosos de que estas terminasen igualmente colapsadas. Un fuerte pinchazo hizo que Rico tuviese que llevarse la mano al pecho, y el repentino ahogo que sintió le obligó a desprenderse del yelmo para refrescarse un poco. Ver cómo la gente abandonaba la ciudad fue realmente doloroso para él, como si pasase lo que pasase, ya hubiese fallado a su pueblo, un pueblo que huía de sus hogares sabedores de que su señor no podía protegerlos.

La caravana ya llegaba hasta la plaza central donde, gracias a la amplitud, el atasco se aliviaba, abriéndose la ancha fila como afluentes que buscan unirse a un gran río de caballos y carretas. Rico calmó al impetuoso Alhazam y cruzó el lugar a paso lento, abriéndose camino entre la apesadumbrada y desesperada multitud. Algunos de ellos se giraban al verlo pasar, como acostumbraba a ocurrir cada vez que abandonaba la fortaleza, pero había algo no tan común en sus caras, expresiones muy distintas unas de otras pero que guardaban un sutil parecido, no en la forma, si no en el gris aura que desprendían ayudadas por los desesperanzados ojos que lo miraban, muy diferentes a los portadores de orgullosas miradas de antaño. Otros ni siquiera se percataron de su presencia, ocupados

los esposos en no permitir que otra carreta se le colase, mientras las esposas calmaban y consolaban a sus hijos, muchos de ellos aterrados, otros desconcertados, y los que menos, normalmente los más mayores, fascinados por la aventura que estaba por venir. Estos últimos solían ser también los que ayudaban a sus sobrepasados padres, ejerciendo de segundos cabezas de familia y ocupándose en muchos casos de los por momentos enloquecidos animales.

—¡Ayúdenos, mi señor! —oyó suplicar a alguien a su derecha, pero le fue imposible adivinar quién lo había dicho, pues sus bocas parecían todas pedir lo mismo.

—Protegednos, mi señor, tengo tres hijos. Por favor… —oyó, esta vez, a su izquierda.

—¡Queremos saber qué sucede! —gritaron de repente.

—¡No pueden echarnos de nuestras casas sin darnos una explicación! —exigió otra voz, secundada por infinitos gritos de aprobación.

Rico espoleó suavemente a su caballo, instándolo en silencio a caminar más rápido e intentando obviar las cada vez más manos y voces que se cernían sobre él, suplicantes la mayoría, histéricas la minoría y desesperadas todas ellas. Alhazam comenzó a retozar agobiado, y en un par de ocasiones estuvo a punto de levantarse sobre las patas traseras con la intención de dejar clara su superioridad, pero su jinete, por suerte, consiguió impedir que lo hiciese, consciente de que también niños lo rodeaban empujados por la marabunta.

Una mano agarró la pierna izquierda de Rico, una mano huesuda que pertenecía a un hombre sumamente delgado y alto que trataba de llamar su atención repitiendo una y otra vez su apellido mientras lo zarandeaba de una forma tan brusca que amenazaba con hacerlo caer, cosa que hubiese sucedido si no llega a hacer lo que sabía que debía evitar, sacar su espada. Nada más ver el resplandeciente acero todo el que lo rodeaba retrocedió, incluido

quien lo agarraba, pero fue ese mismo quien al instante decidió retomar su acoso, como si no creyese a su señor capaz de infligirle daño alguno. Ante eso, Rico no pudo hacer otra cosa que apartarlo de una patada en el pecho, cosa que sin que nadie pareciera esperar Alhazam copió, descargando con furia sus dos patas traseras sin tan siquiera saber a quién buscaban golpear y dejando tirados en el suelo a no menos de tres personas antes de romper el cerco embistiendo con furia a todo el que se interponía entre él y la Fortaleza Negra, seguido por cada vez más gritos, abucheos, maldiciones y llantos. El grupo de guardias de Butterberd que protegía férreamente la puerta obligó a todo el que se agolpaba a alejarse de allí para descongestionar el acceso con la intención de facilitar a su señor la entrada. Pasó entre ellos a trote ligero, siendo consciente de que algunos fueron golpeados por el caballo, el cual había entrado en un frenesí de retozos y sacudidas de cabeza como si aún sintiese las decenas de manos tratando de tocarlo. Una vez en el pasillo principal, Rico desmontó, y seguido por Alhazam y con la extraña sensación de tranquilidad que le traían los faroles y antorchas que iluminaban su hogar, fue en busca de su hermano. Lo encontró, como esperaba, en el salón de audiencias, acompañado por el resto de la guardia de Butterberd.

—¿Cuál es la situación? —preguntó este nada más verlo llegar.

No respondió, pero dejó claro con la mirada que no eran buenas noticias lo que traía.

—¿Dónde se encuentra sir Dawson y mi familia? —quiso saber.

—Partieron hace un buen rato rumbo a Sadnavar, escoltados por diez de nuestros mejores hombres, como ordenaste —contestó Darmund frunciendo el ceño, seguramente tratando de descifrar la desesperanzada mirada de su hermano.

—¿Con cuántos hombres contamos? —preguntó Rico.

—¿Han…? —Darmund tragó saliva—. ¿Han llegado a la ciudad?

Rico asintió y tras recorrer con la vista el salón, contando en voz baja cada capa azul que veía, insistió.

—¿Con cuántos hombres contamos?

—Formados como guardias de Butterberd, los que ves aquí, contando los de la puerta, cuarenta en total… Sin formación hay bastantes más. Hermano, deberías enorgullecerte de tu pueblo, pues cerca de quinientos voluntarios están siendo ahora mismo armados y se disponen a defender la fortaleza.

Rico esbozó su media sonrisa, vestigio de un orgullo que pensaba firme, pero que por momentos tambaleaba.

—Reúnelos a todos y dirígelos hasta el Arco del Olvido, yo me adelantaré junto con la guardia, con un poco de suerte, aún estaremos a tiempo de sellar el pasillo si no se ha hecho ya.

Darmund corrió a obedecer a su hermano, pero antes de que se perdiese por el pasillo, este volvió a hablarle desde lejos, se le acercó, y abrazándolo con fuerza, le dijo al oído.

—Ve, hermano, y cárgate de orgullo, pues esta noche honraremos a nuestro padre. La sangre de Klaus Hart corre por nuestras venas, y vamos a demostrarles a esos desgraciados lo que eso significa.

CAPÍTULO 19: INTERLUDIO DE MADA

La oscuridad era tal en el exterior que tratar de discernir qué era sombra y qué no era imposible. La vieja Mada había decidido renunciar a uno de los pocos sentidos con los que aún contaba apagando los faroles que alumbraban su nuevo hogar y extinguiendo el fuego de la chimenea en un intento por pasar desapercibida.

Gritos y más gritos, unos tintados de dolor y otros de ira, llegaban desde todas direcciones, pero ella no podía oírlos, solo imaginarlos mientras aprovechaba cada fugaz momento en el que la Luna se dejaba ver entre las negras nubes para tratar de ver lo que sucedía fuera, asomada por una mínima rendija que quedaba entre una de las tablas de madera que cubría una ventana, pero no era mucho lo que conseguía. En varias ocasiones, al mirar hacia la puerta cerrada a cal y canto y bloqueada con todo lo que pudo encontrar en la casa, se estremeció al ver cómo esta vibraba salvajemente una y otra vez fruto de los golpes que recibía, no como si llamasen, si no como si buscasen derribarla.

El cielo se rompió fisurándose aquí y allá con colores plateados y azules, y la anunciada lluvia llegó de manera abrupta cerniéndose sobre la oscura ciudad acompañada por fuertes rachas de viento, una imagen que la anciana nunca había percibido como el resto de la gente. A ella las tormentas siempre le habían parecido hermosas, incluso cuando no tenía casa y tenía que resguardarse entre los arbustos o bajo los árboles para mitigar su poderosa influencia, y en esa ocasión, además, la luz que llegaba tras cada fugaz rayo la ayudaba a ver qué ocurría. Vio cientos de hombres, mujeres e incluso niños que corrían ansiosos calle arriba, muchos de ellos trepando ágilmente a los tejados de las casas como gatos tras su cena, entrando por chimeneas, puertas y ventanas derribadas o arrancadas de cuajo y sacando al exterior con brusquedad a sus moradores para después asesinarlos de la más cruel de las formas,

mordiendo sus cuellos como lobos hambrientos. Muchos vestían armaduras rojas, otros, ni siquiera llevaban peto, pero incluso los más pequeños parecían ser dueños de una fuerza y una crueldad sin igual.

A esas alturas, Mada sabía que su fin estaba cerca. Solo era cuestión de esperar su turno, cuando la ya tambaleante puerta cayese y los demonios entrasen para profanar su cuerpo como estaban haciendo con sus vecinos. Nada podía hacer a su edad, ni siquiera tratar de escapar, así que, tras echar un último vistazo por la rendija, se sentó en el suelo con la espalda contra la fría pared y en la oscuridad enlazó sus manos y comenzó a rezar.

CAPÍTULO 20: LA LEYENDA DEL OTOÑO

Una asfixiante angustia se adueñó del señor de Butterberd nada más llegar al último tramo de la calle principal de la ciudad, el que acababa a los pies del glorioso arco adornado con rosas rojas. El pasillo no había sido sellado y de él emergía un flujo constante de iracundos demonios con rasgos humanos que ya sumían el lugar en el más absoluto y aterrador caos. La cruel avalancha avanzaba desperdigando integrantes que rodeaban, acosaban y violaban hogares, arrancando puertas con suma facilidad y sacando al exterior a sus gentes para después asesinarlos con inusitada rabia, cebándose grupos de tres y hasta cuatro con cada indefensa víctima. Como Rico temía, el canibalismo mostrado por el hombre y la mujer que mataron al guardia bajo el arco un rato antes no era algo puntual, si no que más bien parecía ser el fin por el cual esos demonios atacaban la ciudad. Por todas partes podían verse cuerpos ensangrentados y la mayoría contaba con varios comensales arrodillados sobre ellos, envueltos en un rocambolesco frenesí de crueldad y enfermiza gula.

Alhazam se plantó en medio de la calle, respirando aceleradamente y retozando, pero imponiendo su dominio, bajando el morro un poco para ver mejor la devastadora tormenta de enemigos que se le acercaba frenéticamente y sacando el musculado pecho para dejar claro que no retrocedería un palmo. Junto a él, los otros diecinueve, menos imponentes, pero igual de fieles a sus jinetes, se alinearon cerrando el paso, firmes y valientes como quienes los montaban. Rico Hart sacó su honorable espada y el sonido de las otras desenvainando cortó el agobiante aire, y como si este hubiese sangrado mostrando su mortalidad, el señor de Butterberd se llenó de incoherente esperanza, miró a sus soldados y gritó tan fuerte que en ocasiones se resquebrajó su voz.

—¡Muchachos, ha llegado el momento por el que todos nosotros nacimos! —La caótica marabunta se acercaba velozmente, ya muchos de ellos eran conscientes de la presencia de los soldados frente a ellos—. ¡El momento de demostrar por qué vestimos la capa azul, símbolo de orgullo y valor inquebrantable! —Ansiosas sonrisas parecían dibujarse en la distancia en muchas de las pálidas y desquiciadas caras. No más de seiscientos pies separaba a la guardia de ellos—. ¡El momento de mirar a nuestros ancestros de frente, sonreírles, y dedicarles nuestro último suspiro, para que así sepan que nuestro honor fue puro y será eterno! —Los defensores de Butterberd alzaron sus resplandecientes aceros y gritaron eufóricos al unísono. Menos de trescientos pies los separaban inminente masacre—. Juro por mi nombre que quien abandone esta fila, lo hará sin repercusión alguna, pues todos vosotros siempre habéis servido bien a mi familia y un repentino paso atrás no enturbiará vuestra labor, eso os lo prometo… Pero así mismo, si decidís quedaros, que no sea por mí ni por mi familia, si no por algo mucho más importante que todo lo demás, vuestro amor por Butterberd. —La desestructurada vanguardia invasora ya alzaba sus armas preparándose para descargarlas contra la valerosa muralla de capas azules con rombos amarillos—. Por ello, os pregunto, defensores de Butterberd, ¡¿a cuantos de estos desgraciados enviaréis esta noche de vuelta al inframundo antes de caer?!

El grito que surgió de la unión de las voces de los diecinueve como repuesta a la pregunta de su señor resonó en toda la calle. Ningún hombre abandonó a sus compañeros ni ningún caballo huyó, todo lo contrario, todos, encabezados por Alhazam, relincharon y levantaron sus patas delanteras para después lanzarse poderosamente hacia delante, alentados por sus dueños y poseedores como ellos de una imparable fuerza que nacía de su interior y crecía con el recuerdo de cada habitante de Butterberd asesinado esa noche, una fuerza tan pura que parecía borrar cada rastro de duda o temor, chocando la impoluta y blanca luz que emanaba de cada uno de ellos salvajemente contra el negro tinte que rodeaba el aura de sus infinitos enemigos y penetrando en sus

filas como una afilada y certera flecha lo hace en la carne de su objetivo, abriéndose camino de forma inevitable y cercenando músculos, venas y nervios a su paso, cerrando ojos para siempre y sembrando la duda y el miedo entre quienes no lo hacían. Pero pronto, y como todos sabían, no pudieron avanzar más, momento en el que comenzó una desigual batalla de predecible final, viéndose tanto Rico como sus hombres rodeados y sin posible escapatoria. Relinchos, golpes, gritos y acero chocando por todas partes. Capas azules que rebanaban cabezas y extremidades a lomos de sus más que agobiadas monturas, y capas azules que caían arrastrados por pálidas manos para desaparecer sumergidos en el amenazante y letal mar de demonios que invadía cada palmo del lugar. Rico Hart segaba toda vil vida que se le acercaba tratando no discernir si esta pertenecía a un hombre, a una mujer, o a un infante, cosa que consiguió irremediablemente debido a la velocidad a la que se movían, obligándolo a lanzar letales espadazos sin tan siquiera intentar dirigirlos, golpeando con su afilado acero en todas direcciones convertido en una suerte de labriego cortando manojos enteros de espigas de trigo con su hoz. Alhazam a esas alturas ya no esperaba instrucciones de su amo, pues era presa de una total y devastadora locura que había fijado sus negros ojos en el infinito y embriagado su cuerpo de furia haciéndolo entrar en un bucle de levantamientos sobre dos patas, pisotones, y patadas.

Por extraño que pueda parecer, en ese momento Rico se acordó de su familia. Sabía que algún día entenderían que no tuvo otra opción, que siempre hizo lo que creyó mejor para la ciudad y para ellos, y que su sacrificio era necesario si quería que los últimos defensores de Butterberd, comandados por Darmund, tuviesen alguna opción, pues si estos eran sorprendidos, todo estaría definitivamente perdido. Hacer lo que estaba haciendo era la única forma de darles algo de tiempo, por poco que fuese, tanto a ellos como a los miles de inocentes que trataban de sellar a toda prisa cualquier acceso a sus casas, apuntalando tablas y vigas y amontonando mesas y sillas tras las puertas. Una fugaz y cobarde estocada alcanzó su pierna izquierda a la altura del muslo, una

estocada que entró fría e indolora, pero que comenzó a hacerle perder abundante sangre, empapándole al instante la pernera. A esta, varias más se sucedieron, llegando alguna de ellas a atravesarle la cara interna de la rodilla, esta sí, produciéndole un tremendo dolor que vino seguido por la total pérdida de sensibilidad desde ese punto hasta abajo, llegando a tener la impresión de que le habían amputado el miembro. En un rápido intento por ubicarse, miró a su alrededor, solo para ver que ni tan siquiera había espacio suficiente como para luchar. Alhazam también debió comprender que el fin había llegado, y ya solo ladeaba la cabeza una y otra vez mientras su blanco y fuerte cuello se teñía aquí y allá de rojo. Su orgulloso amo bajó su espada y se aferró a él, en un intento por no ser despegado de su lomo, no porque este temiese morir solo, sino porque sabía que el animal no lo merecía.

—Tranquilo, estoy aquí contigo —le susurró al oído mientras esperaba el temido final.

Pero entonces, la mayoría de las manos que los tocaban pararon. Rico abrió sus ojos ya cerrados y barrió la zona con la vista tratando descubrir qué sucedía, y a pesar de ser evidente, necesitó un momento para respirar y asegurarse de que no era una alucinación fruto de la pérdida de sangre.

De forma sorpresiva e increíblemente organizada, decenas de hombres surgieron de las calles menores, atacando los costados de la marabunta armados con lanzas que ensartaron torsos y estómagos como agujas atraviesan mullidos cojines, y obligando a los desconcertados invasores a volverse hacia ellos, no olvidando por completo a los pocos capas azules que aún vendían caras sus vidas, pero sí dándoles un respiro, suficiente para que el gran caballo blanco viese la última de las esperanzas pasar, y aferrándose a ella, arrancó a correr atropellando todo a su paso y triturando huesos, recibiendo desesperadas heridas por parte de quien trataba de detenerlo pero sin tan siquiera dar opción a ser derribado, llevado por una inercia que ni con la muerte pararía. Caballo y jinete cruzaron la violenta zona dejando tras de sí al último de los

demonios y luego pasando por el lado de todo el que llegaba para defender la ciudad, filas y filas de improvisados soldados vestidos con cuestionables armaduras y sin instrucción, pero dispuestos a morir por su señor y su ciudad armados con espadas cortas y largas, garfios, martillos, y hasta hoces. Cuando Rico pasó la retaguardia, en lugar de detenerse, dejó que Alhazam continuase trotando un poco más, y solo cuando notó que el animal dejaba de resoplar nervioso, le pidió que se detuviese. Desmontó con cuidado, pues el temblor del que su amado amigo era presa amenazaba con hacerlo doblar sus otrora fuertes patas. Agarró las riendas suavemente y lo guio hasta el suelo, invitándolo a dejar de luchar, y cuando el animal estuvo tumbado de lado, se recostó junto a él. Le acarició el hocico y la cara y observó como emanaba abundante sangre por sus muchas heridas. Ahora sí, el rey de los caballos, como si toda su heroica resistencia solo buscase poner a salvo a su jinete, y sabedor de que lo había logrado, dejó que su respiración se fuese apagando poco a poco sin dejar de mirar a su dueño con sus negros y brillantes ojos desbordantes de humedad, ojos que no desaparecieron hasta que al final, tras el último de sus suspiros y tras las últimas palabras de eterno agradecimiento susurradas dulcemente a su oído, los cerró para siempre. Fue entonces cuando empezó a llover de forma violenta.

—¡Hermano! —lo llamó Darmund, quien llegaba montado a lomos de una yegua negra—. ¡Estás herido! —le señaló con el dedo la pierna ensangrentada, de la que regueros de agua teñida de rojo caían y comenzaban a formar un pequeño charco.

Rico no contestó, echó un último vistazo a Alhazam y se levantó trabajosamente, luego, dirigió la vista calle arriba donde la batalla seguía de forma encarnizada, nada que ver con el pesado y gris aura que envolvía el lugar donde se encontraba él. Arqueros habían tomado los tejados a ambos lados de la calle y descargaban sus flechas contra el enemigo, quien trataba de romper el cerco de lanceros que los oprimían cada vez más, alternando sus rápidas estocadas con férreas defensas usando sus escudos y custodiados

por voluntarios con todo tipo de armas que los alentaban esperando su turno. Algunos demonios, por su parte, se lanzaban bruscamente contra ellos impulsados por tal fuerza, que conseguían derribar a muchos. Otros, seguro que más instruidos y que por lo general eran quienes vestían esas armaduras rojas de demoníacas formas, luchaban como lo haría cualquier otro soldado, aunque a una velocidad pocas veces vistaspor Rico, haciendo uso de sus armas con visible soltura e inusitada crueldad.

—He ordenado a cincuenta hombres armados encargarse de la evacuación de la ciudad… —comenzó a informar Darmund—. Al parecer, se ha organizado una revuelta cerca de la puerta sur y se ha colapsado por completo la salida… La mitad de los ciudadanos de Butterberd deben encontrarse allí tratando de salir desesperadamente, he creído indispensable facilitarles las cosas. Espero no haber tomado una mala decisión, hermano.

—Has hecho bien —contestó Rico acabando de atarse un trozo de camisa en la pierna herida, luego volvió a mirar calle arriba al tiempo que recogía su espada del suelo.

—No podemos hacer más, hermano. Nos superan en número… lo sabes de sobra, al igual que todos y cada uno de los valientes que ahora luchan por ti. Saben que la ciudad está perdida… —Darmund detuvo sus palabras un instante, paralizado por la dura mirada que su hermano le lanzó, como si este considerase un delito admitir la dolorosa realidad, luego, continuó. —Pero están decididos a morir esta noche con tal de darles tiempo a sus familias.

—¿Y me pides que deje de luchar cuando más me necesita mi pueblo? ¿Pretendes que me siente a descansar en este frío suelo cuando los corazones de ellos arden de valor?

El señor de Butterberd dio la espalda a su hermano y comenzó a caminar calle arriba arrastrando la pierna, con la punta de su acero rallando el suelo y su capa azul empapada por la acuciante lluvia, lluvia que caía sin tregua al igual que el recuerdo de su familia

surcaba una y otra vez su mente ocupando el lugar de cualquier otro pensamiento. Pero entonces, Darmund trotó y se detuvo frente a él.

—Sé cabal, hermano. Aquí no te necesitan… pero quizás tu presencia agilice el desbloqueo de la puerta sur… Varios grupos de enemigos ya recorren calles y callejones, no todos se concentran aquí, puedo asegurarlo pues nos cruzamos con alguno que otro de camino hasta aquí. Que lleguen a la puerta es cuestión de tiempo, y si lo hacen antes de que esté evacuada… no quiero imaginar la carnicería que tendría lugar. Creo, hermano, que es allí donde debemos estar ahora.

Las palabras de Darmund debieron convencer al mayor de los Hart, pues este, tras pensar un instante sin apartar la vista de la encarnizada lucha, enfundó su espada y sin decir nada, montó tras su hermano. Como bien había contado su hermano, el terror iba propagándose a pasos forzados por la ciudad. Aquí y allá se cruzaron con armaduras rojas y bocas rebosantes de sangre, y no pocos inocentes cadáveres yacían tirados y masacrados por doquier. Cuervos y gatos habían abandonado sus ahora chorreantes tejados negros y llantos inundaban el ambiente. La caravana ya no llegaba hasta la plaza central, donde ahora reinaba el más absoluto silencio solo roto por el trotar de la yegua, y ni rastro de lucha allí ni en el resto de la calle principal hasta llegar a la altura de la catedral negra, donde miles de personas aglomeradas gritaban, lloraban, luchaban y desesperaban entre un desordenado mar de carretas y atemorizados caballos y asnos. Rico se dio cuenta al instante de que su hermano se había quedado corto al enviar solo cincuenta hombres al lugar. Estos, vestidos con buenas armaduras y, a diferencia de los demás voluntarios vistiendo la capa azul con rombos amarillos, eran incapaces de controlar la situación y no podían hacer otra cosa que tratar de mediar entre las cada vez más abundantes peleas. Uno de estos soldados se acercó a la yegua y le explicó agobiado a los Hart que el principal problema, además del obvio torrente de personas que trataba de salir, era que los caballos de una carreta habían entrado en pánico y habían comenzado a correr arrastrando todo a

su paso, matando a varios ciudadanos y causando el vuelque de tres carros justo en la salida. También les dijo que habían intentado coordinar el levantamiento de estas, pero que había sido imposible porque la gente no atendía a razones, corrían si veían la oportunidad de salir por un hueco, aunque para ello tuviesen que dejar atrás sus pertenencias, animales incluidos.

—Lo único que les importa es escapar de la ciudad… —fueron las últimas palabras del voluntario antes de volver junto a sus atareados compañeros.

—¡Mi señor! ¡Aquí mi señor! —se oyó gritar en la lejanía, a pesar del ensordecedor escándalo.

Tanto Rico como Darmund al instante se pusieron a buscar a quien llamaba, y cuando por fin lo vieron, ambos se quedaron petrificados. Allí, a unos trescientos pies a la derecha de la colapsada puerta, junto a una lujosa carreta repleta de faroles que conocía bien, sir Dawson levantaba el brazo tratando de sobresalir entre la multitud, una multitud que los acosaba fervientemente a pesar de los diez guardias montados que los escoltaban, los cuales mantenían de momento a raya a los acosadores, pero sin llegar a conseguir que les permitiesen avanzar.

—Esperaba que les hubiese dado tiempo… —murmuró abatido Rico.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! —acució su hermano al tiempo que dirigía la yegua hacia el agobiante gentío.

Como era de esperar, las manos no tardaron en comenzar a tratar de agarrarlos y las súplicas a propagarse a su paso. Tardaron bastante tiempo en llegar junto al viejo capitán, que aguardaba presto a permitir la rápida entrada de los hermanos al interior del carro. Tras ellos, lo hizo sir Dawson, cerrando la puerta e incluso corriendo el pestillo interior. Allí dentro todo parecía distinto, como si las gruesas tablas que formaban la estructura de la estancia móvil la dotasen de inviolable seguridad, sensación a la que ayudaba el

hecho de que las cortinillas azules estuviesen echadas, tapando las ventanas e impidiendo ver lo que ocurriese en el exterior. Naiara se lanzó sorprendida al cuello de su padre entre sollozos mientras Vigo y Lucius se abrazaban a una preocupada Avina. Laura parecía impasible, y solo rompió ese estado para arquear una ceja y pronunciar el nombre de su esposo como si no estuviese segura de que fuese él quien acababa de entrar. Rico esperó a que Naiara se calmase para después preguntarle a su esposa si todos se encontraban bien.

—¿Qué sucede Rico? ¿Por qué estás herido y lleno de sangre? Dime que habéis salido victoriosos al menos, dime que podemos volver a casa, que todo esto solo ha sido una cruel pesadilla… —imploró Laura cogiéndole una mano. La aparente frialdad mostrada por La Dama Blanca un momento antes se había esfumado.

—Ahora lo único que importa es que salgáis de aquí y lleguéis salvos a la capital —le contestó su esposo pidiéndole perdón con la mirada, sin tener claro por qué lo hacía.

—Nos ha sido imposible ir más rápido, mi señor —comenzó a decir sir Dawson—. Como planeamos, tomamos calles secundarias tratando de evitar el atasco que llegaba hasta la plaza central… Pero como temíamos, estas también habían comenzado a colapsarse, de hecho, creo que la situación en alguna de ellas es incluso peor que en la principal debido a la suma estrechez en algunos tramos. Aun así, conseguimos llegar con relativa facilidad hasta el cruce del callejón de los artesanos con la calle de los cipreses… allí nos encontramos con una verdadera batalla campal.

—¿Han llegado hasta allí esos desgraciados? Rezaba porque solo la sección noreste de la ciudad estuviese comprometida de momento… —se lamentó Rico Hart.

—Si os referís a esos adoradores del fuego… no, no había rastro de ellos por allí, de hecho, acabo de tener conocimiento de que han cruzado el pasillo… —aclaró sir Dawson para después tragar saliva

en un intento por deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta antes de continuar sin haberlo conseguido del todo—. La refriega de la que os hablo estalló entre diferentes familias de la ciudad, era imposible saber exactamente cuál fue el origen, pero para cuando nos dimos cuenta, estábamos inmersos en ella. Tuve que ordenar a los guardias que desenvainaran sus espadas y yo hice lo mismo. Nos costó que no volcasen este carro, como ya habían hecho con varios. Fue tanto el acoso que recibimos que incluso mi joven caballo, sin experiencia en revueltas, salió despavorido… ¡Cómo echo en falta a mi viejo Lengua Gris!

—Debemos hacer lo posible por desbloquear las puertas… ¿Se os ocurre algo? —preguntó Rico al tiempo que se asomaba por un lateral de una de las cortinas para mirar en dirección al lugar del que hablaba.

—Tal vez —comenzó a decir Darmund, —podríamos pedir a unos cuantos de esos voluntarios que usen sus caballos para arrastrar los carros volcados… Veo difícil que podamos levantarlos.

—Ya habíamos pensado en eso, mis señores, pero esos civiles con aires de guardias a los que les habéis colocado la capa azul se han negado en rotundo a valorar si quiera mis órdenes, dicen no responder a otro que a alguno de ustedes dos… Por supuesto evité revelar que escoltábamos a vuestra familia, por si acaso teníamos la suerte de que nadie lo descubriera, pero toda la ciudad conoce a lady Laura y a vuestros hijos, y de sobra sabían quien viajaba en el interior de un carro escoltado por la guardia de Butterberd con su capitán a la cabeza… Abandonar la protección de vuestra familia para arrastrar carros volcados y caballos moribundos no era una orden que pudiese dar, creed que lo habría hecho de haber podido —comentó sir Dawson aun visiblemente conturbado.

—No creo que tomaseis una mala decisión, viejo amigo. De lo único que podría culparos es de amar a mi familia y velar por ella, y os lo agradezco —le dijo amablemente Rico posándole una mano en

el hombro, luego, le pidió que mandase traer a seis o siete de los voluntarios que vociferaban desperdigados por la zona.

El veterano capitán salió y durante el tiempo que tardó en volver Rico estuvo abrazado a su familia, consolando a sus hijos y animando a Laura, regalando promesas a Vigo y a Lucius de épicas batallas con espadas de madera en los inmensos jardines del abuelo Priot, endulzando los oídos de Naiara con historias sobre bellos paisajes sureños repletos de animales y recordándole a su esposa cuánto la amaba y cuánto la había amado siempre. También aprovechó para insistirle a su hermano que huyese cuando ellos pudiesen hacerlo, pero este se negó en rotundo, alegando que no abandonaría la ciudad si su hermano mayor no lo hacía junto a él.

Cuando Patrick Dawson volvió a entrar, lo hizo seguido por seis voluntarios, cinco de los cuales aguardaron junto a la puerta del carro, sumándose de momento a la escolta del mismo. Nada más ver a Rico, el hombre agachó la mirada y le mostró sus respetos sorprendido, pero como si quisiese devolver la autoridad a su capitán, el señor de Butterberd calló y cedió la palabra al viejo, quien ordenó lo que según sus palabras ya había ordenado antes sin que nadie obedeciese, obteniendo, esta vez sí, la respuesta que esperaba. Desde el interior del habitáculo, la familia Hart al completo observaba la difícil tarea impuesta a los voluntarios, que al principio apenas si podían llevar a sus caballos hasta las puertas, pero que en el momento en el que el primero de los carros se movió, comenzaron a coordinarse eficientemente, dirigidos por Patrick Dawson y ayudados, a su vez, por más y más ciudadanos.

—Después muchos se preguntan por qué todo pueblo necesita líderes… —comentó Darmund.

Rico esbozó media sonrisa, y comenzó a decir.

—Como decía padre, «cuando reina la locura, —Su hermano se unió a la frase—. más hace la cabeza de un líder férreo que mil látigos ».

—Y como yo digo, —añadió Laura sin que nadie lo esperase—, cuando reina la desesperación, más hace la comprensión que mil espadas afiladas.

Ambos hermanos la miraron y antes de que pudiesen pronunciar palabra alguna, la puerta volvió a abrirse.

—Ocurre algo, mi señor —informó el guardia que se asomó.

Todos los allí presentes miraron por las ventanas al instante solo para ver cómo la multitud aglomerada a la altura de la catedral negra comenzaba a descontrolarse aún más si cabe, tanto, que hacía parecer que el resto mantenía una perfecta calma. Pero de repente, el aparente revuelo focalizado en esa zona se propagó como una ola entre el mar de gente envolviendo el lugar en gritos que comenzaron a multiplicarse perdidos en la densa niebla negra que empezaba a cubrir todo con suma rapidez.

—¿Qué es ese humo? —preguntó confundido Darmund mientras veía la oscuridad avanzar hacia ellos.

—Usan las sombras para atacar, ya los he visto hacerlo antes. No puedo decir mucho más… solo sé que, tras el humo, llegan los demonios.

Naiara lloraba sin parar, como Vigo y Lucius. Laura, por su parte, parecía haber vuelto a su anterior estado, dura como la piedra.

—Solo la magia puede explicar esto… ¡Jodidos magos! —espetó Darmund.

—Creo que esta vez te equivocas, hermano. Algo que no hemos visto antes se cierne sobre nosotros, y tal vez tengas razón en que la magia ha podido tener algo que ver… Pero no son magos los que nos atacan… no si obviamos al piromante abatido por el capitán Dingo.

—Eso que me has contado antes… ¿Crees que es cierto lo que te dijo? ¿Crees que realmente era el hijo del puto Pried Mackay?

La niebla ya ocultaba gran parte del lugar y la voz de Patrick Dawson se pudo distinguir ordenando a su guardia que se preparasen para defender a su señor. Rico volvió a mirar en dirección a las puertas, consiguiendo un mínimo alivio al ver que la última de las carretas volcadas que cerraban el paso era por fin apartada a un lado, y como si de la rotura de una presa que regulaba el cauce de un bravo río se tratase, una incontenible avalancha de personas se precipitó a cruzar las puertas, la mayoría incluso dejando atrás animales y pertenencias, esas por las que tanto tiempo habían aguardado por temor a perderlas, y que ahora parecían insignificantes comparadas con la posibilidad de vivir, de no ser alcanzados por esas tinieblas que trataban de cogerlos. Rico miró por última vez a su esposa, tratando de decirle sin palabras que todo saldría bien, y tras eso, desenfundó su espada y salió seguido por Darmund.

—Se acercan, mis señores —dijo sir Dawson acero en mano cuando los hermanos estuvieron a su lado.

En torno al carruaje, los diez guardias sobre sus caballos aguardaban preparados.

—Si al menos supiésemos a qué nos enfrentamos… —murmuró el viejo capitán.

—Por lo que he visto, a fanáticos. Vos conocisteis al que parece ser su líder. Fanáticos que sienten fascinación por la sangre de sus enemigos, seguramente rindan culto a algún demonio… No atienden a razones ni siguen otro camino que el de arrasar con todo a su paso. No queda tiempo, mi viejo amigo, así que coged de nuevo el mando de esta compañía y sacad a mi familia de aquí.

—¡No podéis quedaros aquí! —soltó enfadado sir Dawson, pero no obtuvo respuesta por parte de Rico, quien de pronto parecía haber olvidado hasta la niebla que llegaba cargada del más aterrador de los caos.

—Os seguiré, nos encontraremos junto a los primeros cipreses del bosque. Acabo de darme cuenta de que tal vez tengamos una oportunidad —dijo por fin el señor de Butterberd sin dejar de seguir con la vista a una mujer y a una niña con mechones rojos en el pelo que iban a lomos de una fibrada y esbelta yegua marrón que se abría paso ágilmente entre la multitud guiada por un hombre.

Y aunque necesitó un tiempo para asegurarse, no le quedaron dudas de que era él, era Kraigon Ta-Has. Así que indicó a su hermano que le siguiese, y mientras ya las sombras se disponían a envolverlo todo y la compañía encargada de poner a salvo a su familia avanzaba para su alivio hacia las puertas, los hermanos Hart se lanzaron tras el testario. Casi lo habían alcanzado cerca de la salida cuando la oscuridad les llegó de tal forma que en adelante caminaron a ciegas por un tortuoso camino de obstáculos, muchos con vida víctimas de caídas y tropiezos, y por más que avanzaban y más rápido lo hacían, no lograban salir de las sombras. Rico entonces comenzó a gritar el nombre del testario una y otra vez, y Darmund lo copió también tratando de ayudarlo, aunque no supiese a qué, al tiempo que sentían y escuchaban el terror de quienes los rodeaban, pero lo peor vino cuando los llantos y las voces se mezclaron con las enajenadas risas que ya había escuchado un rato antes, cuando ese humo negro lo envolvió todo a su alrededor. Sabedor de lo que venía ahora, Rico agarró a su hermano por el brazo para que se detuviese y se preparó para luchar, una lucha que llegó tras el más tenso y frío de los momentos en forma de endemoniada joven. Esta apareció súbitamente frente a él desplazando la niebla a su veloz paso, sin armas empuñadas, pero con una rabia y una fuerza sobrehumana. Ni tiempo de atacar tuvo el mayor de los Hart, pues el golpe que la pálida mujer le propinó lo hizo caer de espaldas. En el suelo, solo oía frenéticas pisadas acercándose y alejándose, alguna que otra pisándolo con fuerza, y en su primer intento por levantarse, una rodilla haciéndolo caer de nuevo golpeándole en el costado. Cuando trató de levantarse por segunda vez, notó como le agarraban un tobillo, el de la pierna herida, y al instante, tiraron de él con fuerza. Se deslizó con rapidez

y durante más tiempo del que hubiese querido entre botas, zapatos, y pies descalzos, y cuando por fin se detuvo y quiso incorporarse, la mujer volvió a aparecer frente a él. Esta acercó la nariz al cuello de Rico y tras olisquearlo con placer arrancó su yelmo. Dos ojos rojos de gato se clavaron en él mientras trataba inútilmente de quitársela de encima, pues la joven lo había despojado de su espada y retenía con increíble facilidad sus dos muñecas, inmovilizándolo. Hubo un instante en el que la chica le palpó las heridas de la pierna para después lamerse con pasión la mano empapada en sangre. Entonces, de repente, la cabeza de la endemoniada desapareció y su cuerpo cayó sobre él. Una tosca mano lo invitó a levantarse.

—No esperaba volver a veros, sir Ta-Has —le dijo a Kraigon cuando estuvo en pie, y sin pararse a mirarlo una segunda vez, se giró con la espada en alto preparado para repeler al siguiente que se le acercara.

A Rico también le había parecido ver tras él a la yegua sobre la que iba la familia del testario.

—Cuidaos, lord Hart —murmuró el mago antes de perderse de nuevo en la niebla.

—¡Esperad! —gritó el señor de Butterberd—. ¿Esa es la moral de los de tu raza, abandonar los vuestros?

—No, lord Hart —se oyó contestar, palabras que llegaron cada vez desde más lejos—. Todo lo contrario, es protegerlos lo que pretendo… No siento amor por esta ciudad ni por ninguna, para mí, mi hogar y mi deber siempre estará junto a mi familia… ¿No son ellos «los míos»?

Por más que Rico gritó su nombre, el testario no volvió a responder a su llamada. Pero a pesar de eso, ya no por tratar de alcanzarlo si no por tratar de ver la luz, corrió hacia donde pensaba se hallaba la calzada, totalmente desorientado debido a los zamarreones que la chupadora de sangre le había dado mientras lo arrastraba. Vagaba perdido cuando chocó de frente con algo, y tras

descubrir a tientas que se trataba de un carruaje abandonado incluso por sus caballos, decidió subirse encima. Como pensaba, la extraña niebla no ascendía, si no que parecía permanecer a no más de diez palmos de altura, hecho que le permitió abandonar la oscuridad. En dirección norte le fue imposible ver nada más que un virulento e infinito campo de sombras que cruzaban las puertas de la ciudad y se expandían tras y frente a ella, así como en dirección noreste y sureste. Solo las murallas se imponían sobresaliendo gloriosamente buscando encontrar la luz. Por suerte, el sur parecía despejado aún, separándolo menos de cuarenta pasos de la codiciada y ahora caótica calzada, y a lo lejos, a mitad de camino entre el bosque y él, pudo ver para su tranquilidad que el carruaje escoltado por su guardia personal se alejaba ya sin que nada lo impidiera. Bastante más atrás, pero mucho más deprisa, cabalgaban los Ta-Has, montando en un nuevo caballo el mago y en la yegua de antes la maga y la niña.

Sabiendo que su familia ya estaba a salvo y lamentándose por no haber recibido ayuda del testario, se dispuso a dejar atrás su amada ciudad, esa por la que tanto orgullo y amor siempre había sentido y que ahora se sumía en la más oscura de las noches, a pesar de que el alba ya se podía percibir. Poco a poco se agachó en el techo sobre el que estaba para no caer sobre la pierna herida con brusquedad, y el humo pasó de cubrirle hasta las rodillas para llegarle al pecho, momento en el que miró por última vez hacia las puertas con la intención de inmediatamente después bajar a tierra firme y correr en línea recta lo más rápido que su cojera permitiese. Pero de pronto, algo le hizo cambiar sus planes. A la altura de las puertas, seguramente al igual que él sobre el techo de un carruaje abandonado, una figura vestida con armadura roja gritaba jubiloso y alentaba a quienes nadaban deseosos de sangre en el oscuro mar bajo él. Rico no podía olvidar esa cara, nunca podría hacerlo después de esa noche. El líder rojo, seguro de su victoria, ni siquiera llevaba puesto el yelmo con forma de calavera y corona de dagas, dejando sus rubios casi blancos cabellos al aire y sus repulsivas facciones a la vista de todo quien quisiese o pudiese mirarlas. Dos

flamberges de mango negro y acero ondulante goteaban sangre empuñados por su dueño y destellos negros y rojos centelleaban en su refinada armadura adornada con muerte.

El señor de Butterberd sabía que esa era su oportunidad, aunque llegar hasta allí iba a ser imposible, pues de seguro acabaría perdido o ensartado, o ambas cosas, así que la única opción que vio fue la que nadie en su sano juicio hubiese tomado: Pedirle que viniese a por él. Así pues, se levantó y comenzó a gritarle, y éste no tardó en dirigir la vista hacia su posición. Dejando claro que se acordaba del que decía ser el señor de la ciudad que masacraba, el líder rojo sonrió en la distancia y desde las alturas, se dejó caer sumergiéndose en las negras aguas. Rico sabía que el demonio había caído en su provocación, así que, sin perder tiempo, ubicó una varilla de metal que había visto antes sobresalir entre el humo, y sabiendo que formaba parte de otro carruaje, saltó. Como esperaba, sus pies cayeron sobre otro techo de madera como el que acababan de abandonar, y allí, aguardó con su espada apuntando al cielo.

No fue muy larga su espera, pues repentinamente, mucho más rápido de lo que pensaba, su enemigo emergió a pocos pasos de él dando un gran salto que lo hizo alcanzar el lugar donde pensaba estaba su presa. Seguro de su letal ataque, mientras ascendía levantaba sus dos flamberges, listos para degollar, los cuales acabaron segando el aire que ocupaba el que un instante antes había sido el sitio de su objetivo. Entonces, viendo que el más glorioso momento de su vida había llegado, y sin opción de fallar, Rico se abalanzó blandiendo su ahora legendaria espada, una que llevaba implícito el honor de su familia y el coraje de todos los ciudadanos de Butterberd, una cuyo afilado acero brilló reflejando el ya vago influjo de la luna y el naciente brillo del sol, una que descendió súbita y limpiamente cargada con la fuerza del corazón de su orgulloso dueño. Fue en ese cruel momento, justo antes de que el señor de Butterberd pudiese cumplir el que creía su glorioso destino, como si su enemigo pudiese ver sin mirar, o quizás por ser el mismo quien tendía la trampa, cuando el líder rojo, aún sin

incorporarse, giró su cabeza en su dirección, y esbozando una siniestra sonrisa, clavó sus rojos ojos en él al tiempo que alzaba una de sus armas, la cual se hundió en la garganta de su rival atravesándola con letal facilidad, desgarrando piel y carne y arrebatando esperanzas.

Para cuando Rico cayó de bruces junto a su asesino, este ya había sacado su ensangrentado flamberge del cuerpo del señor de Butterberd, y tras pasar su roja lengua por el acero con enfermizo placer, acarició la negra piedra que engarzaba su pomo, y sin dejar de mirarla como si la venerase, sonrió una vez más al moribundo.

—El piromante tenía razón, vuestra ciudad nos ha abierto las puertas de Skar… Ha sido un placer conoceros, lord Hart —fueron sus últimas palabras antes de desaparecer en la niebla.

Rico era consciente de que esta vez sí, la dama vestida de sombras venía a por él. Pero tal vez por el mucho trabajo que esta tenía esa aciaga noche en la que miles de inocentes almas vagaban buscando sus caminos, tardó más de lo que hubiera debido en llegar. Y durante la agónica espera, el señor de Butterberd trató de levantar la cabeza, no intentando otra cosa que asegurarse de que su familia estaba a salvo una última vez. Con el humo cubriéndole hasta la altura de la boca, pudo ver el carruaje en la distancia, parado a los pies de los primeros cipreses del bosque, donde supuestamente su esposa e hijos debían esperarlo. Sus ojos se inundaron ante la certeza de que él nunca llegaría a ese encuentro, y no pudo hacer otra cosa que pedir entre gorgoteos a los dioses que cuidasen de ellos, pues él ya no podría hacerlo. Un dulce aroma inundó su alma y comenzó poco a poco a adormecer sus sentidos, al tiempo que su cabeza se hundía de nuevo en las sombras, y mientras eso ocurría, no dejó de mirar hacia los cipreses. Ya la oscura y bella Dama le tendía la mano amablemente y le susurraba promesas de descanso cuando vio como varios demonios abandonaban las tinieblas y corrían calzada arriba. Quiso gritar para alertar a sir Dawson de que huyesen, que no lo esperasen, pero no pudo hacerlo pues la Dama lo envolvió con sus negras sedas y lo sumió en el descanso eterno.

En ese mismo momento, Kraigon, Seilyn y Zarem observaban desde sus dos monturas, ocultos bajo los árboles del bosque, cómo varios capas azules trataban de impedir que los demonios alcanzasen su objetivo, un carruaje plagado de faroles que, por su parte, se alejaba estrepitosamente calzada arriba escoltado por dos o tres guardias de Butterberd más.

—Se nota que no son guardias de la tormenta, tienen coraje, hay que admitirlo —murmuró Seilyn al ver cómo los soldados acababan con todo el que trataba de cruzar la barrera que formaban a pesar de que por momentos los superaban en número.

—Debemos irnos ya, este lugar no tardará en volverse inseguro. Cabalgaremos sin tomar la calzada, intentando salir de los bosques lo menos posible hasta que lleguemos a Castor.

—¿Estás seguro de que la familia de Sisou nos ayudará a ocultarnos? —preguntó la joven maga.

—Renaud Brada siempre ha protegido a los de nuestra raza, es un buen hombre y mi amigo. Además, sé que os gustará su aldea, sobre todo a ti, que tanto odias las ciudades —contestó Kraigon sin apartar la vista de la calzada.

Y siguió mirando hacia allí hasta que vio como tres o cuatro demonios esquivaban a los defensores sin que estos siquiera los viesen pasar por los márgenes del bosque, y con tanta ansia corrieron, que terminaron alcanzando el carruaje. Desde la distancia los Ta-Has fueron testigos de cómo el carruaje era asaltado, derribando rápidamente a su mínima escolta y sacando a sus ocupantes por las ventanas. Una racha de viento trajo el sonido de los desesperados gritos de una mujer, la cual debía ser con la que se cebaban los demonios, pero solo las blancas telas que la envolvían podían distinguirse desde allí. Tras eso, lo que parecían dos niños también fueron arrojados al exterior, y los depredadores dejaron atrás su presa para abalanzarse sobre ellos.

Tanto Kraigon como Seilyn sabían que no podían hacer nada, no sin poner en peligro a Zarem, quien llevaba todo el rato con la cara enterrada en la espalda de su tía para no ver lo que ocurría, así que ambos palmearon a sus caballos y se internaron aún más en el bosque, buscando llegar a un riachuelo que decía conocer la maga para llenar los odres de agua fresca antes de emprender el viaje. Desmontaron en uno de los márgenes de este y mientras llenaban los odres y los caballos bebían, tímidas voces comenzaron a oírse entre los arbustos. Seilyn agarró su bastón y Kraigon su espada y ambos aguardaron silenciosos. Podrían haber pasado desapercibidos, pero de pronto, el caballo que antes montaba Kraigon comenzó a retozar nervioso, y cuando el mago se giró para intentar calmarlo, la voz de su hermana lo alertó. Siete de esos demonios habían salido de detrás de unos lentiscos y se acercaban despacio y sonrientes armados con espadas cortas seis de ellos y con una daga el séptimo, siendo este tan solo un niño de más o menos la edad de Zarem. Y ese, precisamente, fue el que atacó sin que nadie lo esperase, sin darle siquiera tiempo al mago a usar su don ni a esquivarlo, saltando de tal forma que al instante estuvo encaramado de su cuello y trataba de morderlo, cosa que hubiese conseguido de no ser porque Seilyn se lo quitó de encima de un fuerte golpe de bastón. Pero algo que ni siquiera el mago había notado había sucedido.

La caliente humedad que sintió a la altura del estómago hizo que se palpase la zona, y fue ahí cuando tanto él como su hermana fueron conscientes de que la daga estaba incrustada en su cuerpo. La maga quiso ayudarlo, pero se vio obligada a defenderse de nuevo del endemoniado niño, y mientras lo hacía, Kraigon retiró de su estómago el acero que lo había herido de gravedad, el cual usó para matar al dañino infante y después corrió ayudado por Seilyn hasta los caballos donde Zarem los esperaba aterrada. A los otros ni siquiera pareció importarles la muerte de su pequeño compañero, pues seguían sonriendo y acercándose poco a poco, sabedores de que sus víctimas no podrían ir muy lejos, pues un reguero de sangre manchaba el suelo por donde el mago pasaba haciéndolo caer a los

pies de su hermana, la cual se debatía entre arrastrar al caído y no perder de vista a sus cada vez más cercanos enemigos. Pero cuando menos de diez pies los separaban, de pronto, un grito destrozó todo a su paso, desintegrando las plantas del suelo y secando árboles y matorrales, tornado lo verde en marrón y lo marrón en gris, levantando una nube de polvo a su paso y haciendo que los demonios se retorciesen gritando de dolor un fugaz instante para después terminar desparramados en el suelo convertidos en tétricos esqueletos vestidos de piel negra. Seilyn miró entonces a su sobrina sin entender cómo la pequeña había conseguido proyectar su poder, quien rápidamente bajó las palmas de sus manos antes extendidas hacia el frente como tratando de derribar una pared, y luego corrió, de nuevo presa del llanto, hacia su padre. Se arrodilló junto a él y su tía hizo lo mismo, aún desconcertada, y entre temblores y tiritones, el mago le recordó a su hermana que debía proteger a la niña y que no salieran de los bosques hasta llegar a Castor, y ella no pudo hacer otra cosa que asentir mientras le agarraba la mano y sus ojos desbordaban. Después, Kraigon miró con dulzura a la que para él era su hija, y tratando de disimular el dolor que sentía y con la intención de distraer su mente, le pidió que le contase su cuento preferido, ese que la niña tanto había oído de su boca y la de su tía, ese que usaron para consolarla tantas veces intentando que no se sintiese un monstruo por culpa de su don, ese que según le habían contado, era también el favorito de su madre, ese que ella nunca había sentido suyo, a pesar de que todos dijesen que lo era. Pero en lugar de hacer lo que su padre pedía, la niña hundió el rostro en el pecho del mago y empezó a sollozar que no quería que se muriese. Él le acarició el cabello buscando calmarla y le volvió a pedir, por favor, que se lo contase, y esta vez sí, entre susurros que morían en el pecho del mago, y mientras todo su mundo parecía teñirse de azul y gris, la pequeña cumplió el deseo de su padre.

—Al principio de los tiempos, la madre Vida solo alumbró a dos hijos, Verano e Invierno. Cálido e impetuoso el primero, y frío y cruel el segundo. Ambos, a pesar de su parentesco y por culpa de lo opuestos que eran ,estaban condenados a no entenderse… —El

llanto obligó a la pequeña a detenerse un instante—. Y es por eso por lo que su madre, viendo cómo nada germinaba en la tierra y cómo los crudos enfrentamientos entre sus hijos abogaban por destruirlo todo, dio a luz a dos hijas. —La respiración de Kraigon se apagaba por momentos, y como si no estuviese de acuerdo con que eso pasase, su hermana se alejó y agarró las riendas de los caballos. Zarem continuó—. A una la llamó Primavera, y era alegre y hermosa. A la otra, la más conciliadora y poseedora de la más nostálgica de las voces, Otoño. Así, con las hermanas mediando entre los dominantes hermanos, fue como el mundo comenzó a respirar, limpiándose los sucios ríos y mares y plagándose de peces, y floreciendo bosques donde animales surgieron y se reprodujeron rápidamente. —Seilyn trataba de levantar al mago del suelo, repitiendo una y otra vez que no le iba a dejar allí. Este se dejó mover, solo interesado en que el cuento continuase—. Pero un día, Invierno comenzó a gritar muy fuerte, y Verano lo oyó y le contestó, y tan fuerte fue su grito, que Primavera se asustó y se escondió donde nadie podía encontrarla, haciendo que por su cobardía el mundo comenzase a morir de nuevo. Fue entonces cuando Otoño decidió intervenir, y como sabía que no era tan poderosa como sus hermanos mayores, comenzó a cantar la más bella de las canciones, una tan hermosa y perfecta que hizo a Primavera salir de su escondite y calmó a sus hostiles hermanos. Una tan eterna que, si en las noches más silenciosas estás atento, aún puedes escuchar sus bellos ecos llevados por la suave brisa…

Kraigon apretó su mano con fuerza, y mientras luchaba por no cerrar los ojos para no dejar de mirarla, le susurró.

—Eso eres tú, mi amor. El más bello de los ecos de Otoño.

EPÍLOGO: EL ÚLTIMO HOMBRE DE KLAUS

La ciudad arde con tal vehemencia que aún desde aquí puedo sentir el asfixiante calor que emana y los gritos ya han ganado la partida al sonido del acero. Al menos aquí, postrado en esta roca invadida por musgo amarillento y escondido entre los arbustos, podré morir con relativa paz, y mientras espero la llegada de la oscura dama, trato de poner en orden mi vieja y cansada cabeza, no con la intención de buscar consuelo en el recuerdo de mis gestas pasadas, si no para que cuando los ejércitos de Skar lleguen para vengar a cada uno de los ciudadanos de Butterberd y encuentren mi cuerpo, sepan que no todo se perdió, que aún hay esperanza para la ciudad, una esperanza que admito di por perdida en el momento en el que esos demonios alcanzaron la carreta en la que trataba de huir mi señora, Laura Belross.

Al principio fueron pocos, quizás tres o cuatro que corrían con la intención de alcanzarnos presos de esa desmedida rabia que parece dominarlos y que los dota de una letal mezcla de fuerza y velocidad, pero pronto más y más los siguieron, y lo hicieron con tanta ansia que no tardé en darme cuenta de que íbamos a tener que luchar. Ordené a tres de los guardias que me acompañaban que siguiesen escoltando la carreta y que los caballos que tiraban de ella galoparan lo más rápido que pudiesen, mientras que los otros siete se plantaron espadas en mano cerrando la calzada, y aun sabiendo cada uno de ellos que posiblemente esa sería su última batalla, todos decidieron quedarse. Los demonios llegaron y muchos fueron abatidos por los últimos defensores de Butterberd, pero al final fuimos sobrepasados. Al final de esta maltrecha carta que es mi testamento, intentaré dejar constancia de cada uno de sus nombres, si vivo lo suficiente, pues sus familias deben saber que

fueron héroes, y que, gracias a ellos, una luz aún vaga en esta oscuridad.

Enfrentarse a esos desgraciados es como estar en el inframundo, pues mientras te quitas a uno de encima, tres o cuatro se abalanzan hacia ti, no dándote opción siquiera a pensar tus movimientos, y obligándote a luchar más como un carnicero desquiciado que como un caballero de la vieja guardia de Klaus Hart. Juro que vi a varios de ellos meter sus pálidos rostros en el cuello de los guardias que caían como si fuesen lobos cazando, embriagados por el olor a sangre. Yo acababa de recibir una estocada a la altura del hombro izquierdo cuando oí gritar a mi señora. De alguna forma, en el fragor de la batalla, seis o siete de esos demonios nos habían sorteado y para cuando me di cuenta, la escolta ya no existía. Miré a mi alrededor y pude contar a tres capas azules aún en pie haciendo valer su honor y corrí tanto como mis piernas me permitieron, aunque no fue suficiente, ya que para cuando llegué ya habían sacado a lady Laura al exterior por una de las ventanas y varios de ellos se ensañaban con ella. Fui a por ellos y tan centrados estaban en su asesinato, que no me oyeron llegar. Después traté de impedir que hiciesen a los pequeños lo mismo que a su madre, pero fue entonces cuando sentí el frío atravesando mi espalda. La descuidada espada que encontraréis junto a mi cadáver fue la que me mató, la otra, deseo que repose junto a mis restos, en el lugar de descanso de mis padres. Al principio de esta carta dije que quizá aquí podría morir con relativa paz, pero ahora me doy cuenta de que eso no será posible, pues ver cómo segaban la vida de esos dos pequeños me martiriza como nada lo ha hecho en la vida, y espero que entiendan que esa no era simplemente la familia a la que juré servir, si no que era mucho más que eso… los quería, y cuando los mataron estuve a punto de darlo todo por perdido, arrojar mi arma y dejar que mi vida acabase, ya no tenía sentido seguir con ella. Pero entonces, lo vi.

Ese zorro blanco que siempre acompaña a la primogénita Hart, Naiara, se escabullía sigilosa pero velozmente entre el caos aprovechando la atención que mi presencia captaba y valiéndose hábilmente de las sombras para no ser visto a pesar de su llamativo color. Por un instante, me clavó sus vivaces ojos y cuando fue consciente de que lo había visto, miró un segundo hacia atrás. Confieso que tal vez sea un delirio fruto de la pérdida de sangre y que incluso me avergüenza decir esto, pero tengo que hacerlo: Estoy convencido de que ese animal quería que mirase tras él, quizás, para que supiese que mi muerte iba a tener un sentido. Ver a la niña siguiéndolo me hizo olvidar todas mis heridas. Acabé con los pocos que quedaban y tuve la suerte de que los tres últimos guardias habían vendido cara sus vidas, pues ningún demonio más llegó a la altura de la carreta. Así pues, me interné en el bosque hasta llegar a este lugar, donde ya carente de fuerzas tuve que sentarme a descansar, un descanso que ahora sé que será eterno. Para mi sorpresa, pude ver por última vez a la señorita Hart. Apareció, como no, junto a su inseparable amigo blanco. Estaba muy asustada y dudo que pueda superar lo que ha visto esta noche, pero estaba viva. Tan tozuda como siempre, casi tengo que obligarla a dejarme aquí. Solo se convenció cuando, gracias a los dioses, dos caballos pasaron galopando y para mi fortuna, reconocí a quienes los montaban, pues mi señor Rico Hart me había ordenado vigilarlos semanas antes. Accedieron a llevarse a la niña con ellos, así que, si todo sale bien, en el momento en el que lean esto, si aún no ha llegado a la capital, sabed que tenéis que buscar a un hombre herido, alto y de cabello plateado que viaja con una mujer joven y delgada ataviada con una capa verde y con una niña de unos diez u once años con mechones rojos en el cabello y hojas de arce a modo de botones en su abrigo. Buscadlos, pues el alma de Butterberd está con ellos, ya que como siempre he sabido, mientras un Hart viva, la ciudad lo hará.

Sir Patrick Dawson

Sir Marius Amadio

Sir Caldelas Mooney

Sir Laurent Carnascal

Sir Ileno Carnascal

Sir Dolce Escibar

Sir Franc Lopis

Sir Salvato Ricott

Sir Victory Jorquera

Sir Pabel Hernán

Sir Rosso Sarabia

Continuará…

¡Gracias por llegar hasta aquí!

Apreciamos mucho el tiempo que has dedicado a leer esta novela.

Sería un placer para nosotros que nos dejaras tus impresiones en Amazon, además, nos ayudarías muchísimo a mejorar y a crecer en el mundo editorial.

También puedes visitar la web **www.ecosdeotoño.com**

